

JOHN CONNOLLY  
JENNIFER RIDYARD



# CONQUISTA

LAS CRÓNICAS DE LOS INVASORES I



Lectulandia

Ya están aquí, como en las peores pesadillas: la Tierra ha sido invadida por unos alienígenas.

Sin embargo, los ilyrios, que así se llaman, no parecen salidos de un mal sueño: hermosos y más civilizados que los humanos, su ocupación no es cruenta sino, se diría, casi altruista.

Pero no todos los humanos piensan lo mismo. En muchos lugares del planeta se organiza la resistencia contra el invasor, liderada por jóvenes como Paul Kerr y su hermano Steven, unos adolescentes dispuestos a jugarse la vida por la libertad de la Tierra.

Entre los ilyrios también hay disensiones y las diversas facciones libran una sorda lucha por el poder, como bien sabe Syl, la bella hija del gobernador ilyrio de Europa y la primera de su raza que ha nacido en el planeta.

**Lectulandia**

John Connolly & Jennifer Ridyard

# **Conquista**

**Las Crónicas de los Invasores - I**

ePub r1.0

Titivillus 05.06.16

Título original: *Conquest. The Chronicles of the Invaders I*  
John Connolly & Jennifer Ridyard, 2014  
Traducción: Vicente Campos González

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

JOHN CONNOLLY  
JENNIFER RIDYARD

# CONQUISTA

LAS CRÓNICAS DE LOS INVASORES I

Traducción de Vicente Campos

Para Geoffrey y Vivienne Ridyard

Al principio fue el agujero de gusano. Brotó como una rara flor en las lindes del sistema solar, empujando a Plutón en tamaño y majestuosidad. Era hermoso: la teoría se había hecho realidad. Una vez descubierto, los ojos de la Tierra se concentraron en él y el telescopio espacial *Walton* se reorientó para estudiarlo más de cerca. Al cabo de unos días, las imágenes llegaban a la Tierra.

Lo que el *Walton* reveló era una especie de abultamiento en el espacio, igual que si le hubiera salido una ampolla con forma de lente al tejido del universo. Como comentó un científico, para incomodidad de sus colegas, casi parecía que la humanidad estuviera siendo estudiada a su vez. Las estrellas que se desplegaban más allá del agujero se veían distorsionadas y levemente descentradas, un efecto que se explicaba por la inmensa cantidad de energía negativa necesaria para mantener abierto el agujero de gusano. A lo largo de su borde brillaba una luz intensa que se atenuaba hacia el centro, oscuro, como una pupila que no pestañeara, y por eso los periódicos empezaron a referirse a él como «el Ojo en el espacio».

En cuanto hubo pasado la emoción inicial del descubrimiento se plantearon preguntas inquietantes. ¿Había estado siempre ahí?, y, de ser así, ¿por qué nadie lo había visto antes? Al parecer, la respuesta era que el Ojo no se había abierto hasta entonces. Pero, en ese caso, ¿por qué se abrió justo en ese momento?, ¿se trataba de un fenómeno natural o acaso de algo más siniestro?

Los primeros años del siglo XXI todavía no habían ofrecido ningún indicio de que la humanidad no estuviera sola en el universo. Poco después del descubrimiento del agujero de gusano, los seres humanos recibieron la prueba concluyente de que el universo estaba más poblado de lo que habían imaginado jamás.

Una flota surgió del Ojo, una gran escuadra de naves plateadas, gráciles y elegantes, que se desplazaron imparables hacia el pequeño y lejano planeta azul a velocidades que escapaban a la comprensión humana.

Y los habitantes de la Tierra las vieron acercarse, a ritmo constante, sin hacer ruido. Se intentó contactar con las naves, pero no hubo respuesta...

Se propagó el miedo, por no decir el pánico. Se hablaba del fin del mundo, de su destrucción inminente. Estallaron disturbios que paralizaron las grandes ciudades, y hubo suicidios en masa de seguidores de los cultos religiosos más extremos, convencidos de que sus almas serían acogidas, como por arte de magia, en las naves espaciales que se aproximaban.

Pero dondequiera que acabaran sus almas, no fue en aquellas naves.

La flota se detuvo en los alrededores de Marte, y la Tierra se mentalizó para hacer frente a un ataque inminente. Algunos corrieron a esconderse en búnkeres, otros buscaron refugio en estaciones y redes de metro, o se ocultaron en cuevas. Esperaban explosiones y devastación, pero nada de eso se produjo. Sin embargo, las instalaciones y sistemas tecnológicos de la Tierra empezaron a fallar: la electricidad, el gas, el agua, las comunicaciones, todo fue atacado simultáneamente, sabotado por sus propios ordenadores, pero de un modo deliberado y discriminando los objetivos: los sistemas de defensa nacionales dejaron de funcionar, pero no los hospitales; los aviones de combate caían al suelo, mientras que los vuelos comerciales aterrizaban intactos. Una fuerza exterior se había hecho con el control de todo, una fuerza que parecía ir con cuidado para evitar más bajas de las estrictamente necesarias. Aun así, hubo muertes.

Los generales de la Tierra avisaron de que el verdadero ataque sería inminente, pero no pasó nada más. Las naves plateadas permanecieron silenciosas en las alturas, mientras que abajo se desmoronaba la sociedad. Hubo saqueos y asesinatos. Se emprendieron éxodos masivos de las ciudades. Se generalizaron los asaltos a granjas y el robo de ganado que se sacrificaba para alimentarse, así que los granjeros empezaron a disparar a los intrusos. Los hombres se volvieron contra los hombres, y su rabia llegó al extremo de que a veces se olvidaban de la existencia de los alienígenas. Al cabo de sólo tres días, los ejércitos estaban disparando contra sus propios ciudadanos. Lo único que importaba era la supervivencia.

Entonces, al cuarto día, se restauró selectivamente la electricidad en nueve ciudades del mundo: Washington, Londres, Pekín, Nueva Delhi, Abuya, Moscú, Brasilia, Canberra y Berlín. Se envió una única palabra a todos los ordenadores de todos los despachos gubernamentales. La palabra era:

## RÍNDANSE

Y la Tierra se rindió, claro, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

Cuando los nuevos amos del planeta se dieron a conocer por fin, no se parecían en nada a lo que los habitantes de la Tierra hubieran imaginado, porque los ilyrios no se diferenciaban mucho de los propios humanos. Por su gracilidad y belleza recordaban a sus propias naves. Eran altos —el más bajo de ellos no medía menos de un metro ochenta—, de miembros levemente alargados, y su piel exhibía el más matizado de los tonos dorados. Algunos lucían melenas metalizadas y brillantes, mientras que otros mantenían sus perfectos cráneos lisos y rapados. Carecían de párpados, así que tenían los ojos siempre abiertos y una membrana clara les protegía las retinas. Cuando dormían, los iris de diferentes colores simplemente se cerraban



sobre las pupilas, y los ojos, mientras descansaban, parecían unas vívidas y fantasmales canicas engastadas en sus delicados rasgos.

Los ilyrios se referían a lo sucedido como una «conquista tranquila». Deseaban evitar más derramamiento de sangre y restituyeron todos los servicios básicos y las comodidades materiales a los humanos. Sin embargo, mantuvieron inutilizables los sistemas de armas modernos. En un primer momento, prohibieron los vuelos comerciales. Cesaron las telecomunicaciones y, durante una temporada, internet dejó de funcionar. Hubo un periodo de ajuste que resultó difícil, pero con el tiempo se reanudó algo que se parecía a la vida normal.

Los ilyrios estaban al tanto de las necesidades del planeta que habían colonizado porque su tecnología llevaba muchas décadas oculta en la Tierra, desde que las primeras señales de radio humanas fueron detectadas por sondas situadas en las bocas de los agujeros de gusano y se emprendió la primera infiltración sigilosa en el planeta. Grupos de diminutos robots ilyrios, la mayoría no más grandes que insectos, habían entrado en la atmósfera a finales de la década de 1950, camuflados en lluvias de meteoritos, y habían enviado detalles sobre la población, la atmósfera y el clima de la Tierra. Los ilyrios siguieron el desarrollo de las guerras y las hambrunas, observando lo mejor —y lo peor— que la raza humana podía ofrecer. Internet había supuesto una razón de más. Los nanobots se incrustaron en la red; no sólo eran capaces de transmitir a los drones la suma de todo el conocimiento acumulado de la humanidad, sino que pasaron a formar parte de la tecnología misma. A medida que la humanidad adoptaba internet y los ordenadores se integraban en su día a día, también daba la bienvenida involuntariamente a los ilyrios, les franqueaba la entrada a su vida y sembraba las semillas para su llegada.

Tras la conmoción inicial de la invasión, empezó la resistencia humana. Hubo tiroteos y atentados con bomba. Se secuestró y asesinó a ilyrios o se los retuvo como rehenes en una vana tentativa de forzarlos a retirarse del planeta. Los líderes del mundo se confabularon para resistir.

Como respuesta, a los habitantes de Roma se les dio un plazo de cuarenta y ocho horas para abandonar la ciudad, que seguidamente fue borrada del mapa con una inmensa explosión que esparció polvo y escombros por toda Europa occidental: un recordatorio de que los imperios de la Tierra ya no eran lo que habían sido antes de la llegada de los invasores. Más adelante, los ilyrios anunciaron que una décima parte de la población entre quince y veintiún años de todos los pueblos y ciudades sería llamada a filas para servir en las brigadas del Ejército ilyrio durante cinco años. En esencia, los jóvenes serían rehenes: toda familia de la que se reclutara a un miembro tenía la responsabilidad de informar sobre saboteadores o asumir las consecuencias. Si se producían actos de violencia contra los invasores, se informaba a los ciudadanos de que no volverían a ver a sus jóvenes. Era una estrategia para disponer de confidentes diseñada para sembrar la desconfianza y desactivar la colaboración entre quienes podrían desafiar el dominio ilyrio.

Pero los ilyrios también ofrecían esperanza. Erigieron grandes condensadores en climas áridos que transformaron los desiertos en campos de cultivo. Modificaron genéticamente frutas, cereales y verduras para que fueran más abundantes y resistentes a las plagas. Al cabo de dos años, el hambre había desaparecido prácticamente de la Tierra, así como muchas enfermedades contagiosas. La geoingeniería —el uso de reflectores gigantes para devolver la luz del sol al espacio antes de que alcanzara al planeta— puso fin al problema del calentamiento global, reduciendo las temperaturas de la Tierra a niveles que no se veían desde principios del siglo XIX.

Los ilyrios hicieron todo lo posible para mejorar la Tierra.

Y aun así los humanos nos combatían a cada paso...

Syl Hellais, la primera de su especie que nació en la Tierra, se levantó de un salto de la mesa y corrió hasta la ventana del dormitorio. Abajo se extendían los muros de piedra gris y los patios adoquinados del Castillo de Edimburgo: su fortaleza, su hogar y, a veces, le parecía, su prisión. Más allá del castillo se desplegaba la ciudad, inquietante bajo los oscuros cielos escoceses.

¡Allí! Una columna de humo se alzaba hacia el este, efecto de la explosión que había distraído a Syl de sus deberes escolares. Oía a lo lejos las sirenas, y un vehículo de patrulla ilyrio apuntaba desde el cielo con sus focos a las calles de abajo. Los humanos atacaban de nuevo. Les gustaban las bombas. Las bombas eran fáciles de poner. Podían ocultarse en bolsos, en coches, incluso debajo de gatos y perros muertos. Y, si no eran bombas, había francotiradores. Todos los ilyrios eran objetivos potenciales, aunque la Resistencia humana prefería matar sólo a los uniformados. Se mostraban más clementes con los ilyrios jóvenes, con *las* jóvenes en particular, aunque no descartaban su secuestro. Syl se ponía en peligro cada vez que caminaba por las calles de Edimburgo, pero ser consciente del riesgo sólo hacía sus exploraciones más emocionantes. Aun así, había aprendido a ocultar su naturaleza alienígena a las miradas fisgonas, y, con un poco de maquillaje, las gafas y la ropa apropiadas, a veces conseguía hacerse pasar por humana.

Al fin y al cabo, ¿acaso no era ella también de este planeta? Era Syl, la nacida en la Tierra, el primer ilyrio que había venido al mundo, al mundo conquistado, durante los primeros meses de la invasión. A su modo, se sentía tan ciudadana del planeta como los humanos. Era la hija de dos mundos: nacida en uno, leal al otro. Aborrecía la Tierra, pero también la amaba, aunque raramente reconociera ese amor ante nadie, ni siquiera ante sí misma.

Sacudiendo la cabeza, Syl se apartó de la ventana, del humo y de la matanza invisible. Habría más. No acababa nunca y nunca acabaría, no en tanto los ilyrios permanecieran en la Tierra.

Ella era Syl, la Primogénita. Syl, la Terragénita.

Syl, la Invasora.

Pero Edimburgo no fue el único objetivo atacado aquella noche. Más al sur estaba a punto de realizarse otro asalto, uno que cambiaría para siempre la vida de Syl Hellais.

El Ejército ilyrio había establecido muchas de sus bases en las grandes ciudades y fortalezas del pasado de la Tierra. Aquellas que todavía se mantenían en pie —entre ellas, la Torre de Londres y el Castillo de Edimburgo en el Reino Unido, el Palacio Real de Estocolmo en Suecia, el Castillo de Praga en la República Checa, la Ciudad Prohibida de Pekín en China— fueron adaptadas sin más para el uso de los ilyrios. Donde no quedaba nada de las fortalezas originales, se sustituyeron con imitaciones construidas fuera del planeta que luego se depositaron en su emplazamiento desde naves espaciales, o bien se reconstruyeron con materiales encontrados en la propia Tierra.

El Fuerte de Birdoswald fue erigido por el Imperio romano como parte de la Muralla de Adriano, que originalmente se extendía todo a lo ancho de la Inglaterra septentrional para proteger el sur de los saqueos de los escoceses. Antes de la llegada de los ilyrios, sólo se mantenían en pie las partes bajas de los edificios y de los muros, y el diseño y la lógica de los mismos era evidente cuando se contemplaban desde las colinas que se cernían sobre ellos o desde las pendientes que se extendían por debajo. Danis, el jefe del Ejército ilyrio en Gran Bretaña, sentía una fascinación especial por los romanos, y se había tomado la molestia de que el antiguo fuerte no quedara completamente destruido por los nuevos añadidos. Había utilizado piedra de la zona para reconstruir los muros, y en las fachadas de los cuarteles donde vivían sus soldados se había colocado también piedra que se fundía con el paisaje.

Danis se había acuartelado en el fuerte con una pequeña guarnición de reclutas galateanos, que parecían anfibios, al mando de un oficial ilyrio llamado Thaios. Si hubiera dependido de Danis, Thaios no habría sido su primera opción, porque ni siquiera era miembro del Ejército ilyrio, sino del Cuerpo Diplomático. Los militares y los diplomáticos se tiraban a degüello, cada institución intentaba aumentar su poder a costa de la otra. Sin embargo, a Danis le habían ordenado que le diera el mando a Thaios porque éste era uno de los preferidos de los diplomáticos y lo estaban formando para el liderazgo. También se daba por sentado que, en el futuro, habría un momento en que la administración de la Tierra pasaría a manos del Cuerpo y entonces el Ejército tendría que marcharse para emprender nuevas campañas. Ceder posiciones de mando a los diplomáticos era el primer paso a tal fin.

Con todo, y por lo que a Danis respectaba, Thaios no era más que un niño mimado, y Danis, un veterano soldado, no le habría encargado ni que enseñara a nadar a un pez. Por su parte, Thaios consideraba el mando de una pequeña guarnición perdida en medio de ninguna parte un destino por debajo de su categoría.

Sin embargo, se creía que la guarnición cumplía allí una función necesaria. El contrabando de armas era moneda corriente en la zona, y a la población local se la consideraba especialmente hostil, como suele suceder en las fronteras disputadas. La amenaza de exilio permanente para sus hijos sólo había conseguido predisponer en contra a muchos escoceses y, no lejos de Birdoswald, un primitivo Artefacto

Explosivo Improvisado había destruido recientemente dos vehículos de un convoy del Ejército. Entre las bajas se contaba Aeron, el predecesor de Thaios, que había saltado por los aires en tantos pedazos que no pudo recuperarse su cabeza. Desde entonces, la mayoría de los ilyrios iban y venían de Birdoswald por vía aérea. Donde antes habían aparcado los coches y los autocares que traían a los grupos de turistas a ver el fuerte y la muralla, descansaban ahora un par de interceptores con armas ligeras —unas naves pequeñas y móviles que se utilizaban para misiones y patrullas por las cercanías— sobre una plataforma de aterrizaje.

Por lo demás, la guarnición de Birdoswald estaba formada en su mayor parte por reclutas galateanos, unos seres grises, robustos, con una piel cuya textura recordaba al cuero, ojos bulbosos y bocas anchas. Los humanos los llamaban «sapos». Se comunicaban mediante un código de chasquidos como si croaran, y la rareza de sus rasgos impedía que pudieran interpretarse sus emociones: comían, luchaban y mataban con la misma mirada fija e impertérrita.

La conquista del sistema galateano había resultado una de las campañas más provechosas de los ilyrios. Les proporcionó una fuente inagotable de soldados, porque los galateanos eran belicosos por naturaleza, estaban acostumbrados a recibir órdenes y hasta genéticamente adaptados para el combate tras milenios de luchas intertribales por los escasos recursos de que disponían. Además, dado que sus mundos originarios eran poco más que rocas yermas habitadas por diversos depredadores —donde los propios galateanos ocupaban un punto intermedio en ese ciclo natural de matar y que te mataran—, se mostraron más que dispuestos a entrar al servicio de los ilyrios. Aportaban al reclutamiento mucho más de un joven de cada diez, y la mayoría se presentaban voluntarios.

Ocho galateanos estaban sobre los muros del fuerte y uno ocupaba la atalaya. Todos iban pertrechados con gafas de visión nocturna y armas de disparo rápido. Cada uno llevaba también un cuchillo de hoja curva como si reprodujera en acero la garra de un gran reptil.

El radar de la guarnición detectó un vehículo cuando todavía estaba a casi dos kilómetros. Se acercaba desde el oeste a unos setenta kilómetros por hora siguiendo la carretera que transcurría en paralelo a los restos de la muralla. El galateano que vigilaba la pantalla avisó a Thaios.

Aunque no estaba prohibida la circulación de vehículos por la carretera, los ilyrios habían impuesto un toque de queda general en ciertas áreas. No se permitía viajar con vehículos motorizados entre la puesta y la salida del sol, a no ser que se hubiera solicitado permiso por adelantado a través de los cauces apropiados. Y esa noche la guarnición de Birdoswald no había recibido ninguna comunicación de ese tipo.

Thaios observó el punto que se desplazaba en la pantalla. Era musculoso y se enorgullecía de su fuerza física, aunque todavía tenía que ponerse a prueba en combate. Llevaba la cabeza afeitada, aunque de la forma en que se la rapaban

tradicionalmente los cargos superiores del Cuerpo. Thaios aspiraba a ser uno de ellos y afeitándose la cabeza dejaba claras sus ambiciones.

Siempre estaba irritado, como mucha gente que tiene miedo y no quiere que se le note. Los galateanos no le respetaban porque él no los respetaba a ellos. La población de la zona le odiaba porque le había dado por ordenar que se llevaran a cabo registros de vehículos y redadas en las casas, que entorpecían su vida cotidiana y concluían con daños a la propiedad, sin contar con alguna detención esporádica. Los militares le aborrecían porque era miembro del Cuerpo, y muchos en el propio Cuerpo Diplomático desconfiaban de él porque era sobrino del gran cónsul Gradus, una de las figuras más poderosas de la organización, aparte de que se pensaba que transmitía comentarios críticos sobre sus colegas a su tío..., lo cual era cierto. También se creía que se le estaba preparando para entrar en la cúpula sólo por la influencia de su tío, lo cual, una vez más, también era cierto.

—Alerta a los guardias —ordenó Thaios—. Refuerza el servicio de vigilancia en la puerta principal.

Sonó una sirena atronadora. Seis galateanos emergieron del cuerpo de guardia con las armas listas y corrieron a zancadas hacia la entrada. Estaban en medio de la plaza central cuando se oyó un sonido silbante en el cielo nocturno, y, poco después, el primer proyectil de mortero cayó entre ellos y mató al instante a tres. La guarnición todavía estaba aturdida por la conmoción del primer proyectil cuando cayó otro, y los galateanos que habían sobrevivido a la explosión inicial murieron en la segunda.

Los dos guardias que se encontraban encima de la puerta principal dudaban entre localizar el mortero o vigilar la aproximación del camión, que ahora ya era visible a simple vista. Avanzaba con las luces apagadas, pero las gafas de visión nocturna de los galateanos les permitían distinguir la forma que tenían y las siluetas borrosas de dos personas en la cabina. Sin esperar más órdenes, los guardias se concentraron en la amenaza visible más inmediata y abrieron fuego contra el camión. Éste cruzó la línea central de la carretera cuando le alcanzaron las primeras balas, luego aceleró y se abalanzó directamente contra las puertas del fuerte. Las portezuelas de ambos lados del vehículo se abrieron y los dos humanos saltaron para salvar el pellejo antes de que el camión chocara contra el fuerte.

La potencia del impacto derribó a uno de los guardias del muro junto a la puerta. Quedó despatarrado en el suelo, con una pierna torcida en un ángulo grotesco mientras el cráneo herido vertía sus fluidos por los orificios de la nariz y de los oídos.

Todavía no se había puesto de pie cuando el camión, cargado de fertilizante, explotó.

Las inmensas puertas reventaron y saltaron de las bisagras, una de ellas aterrizó sobre el interceptor más próximo y le aplastó la carlinga. La segunda puerta fue a parar sobre el tejado del cuerpo de guardia principal, atravesó la hojalata como si fuera la hoja de un cuchillo y dejó atrapados dentro del edificio a quienes no había matado.

Empezaron a disparar desde los campos de alrededor. A Thaios la explosión de las puertas le había reventado los tímpanos y, casi paralizado por el dolor, intentaba organizar a sus soldados supervivientes, gritando órdenes que él mismo sólo oía como un ruido distorsionado. Los guardias respondían al fuego desde el muro, pero había humanos entrando por los restos en llamas del camión y una ráfaga concentrada de disparos de armas automáticas tumbó al guardia de la atalaya. Un humano que se encontraba en la puerta del cuerpo de guardia en ruinas acribilló a balazos el interior. Thaios le apuntó y disparó una única ráfaga. El hombre se retorció y se derrumbó, pero antes de que Thaios tuviera tiempo de buscar otro blanco, sintió un martillazo en el hombro, seguido de una intensa quemazón. La bala le había atravesado la parte superior del cuerpo y de la herida ya manaba sangre roja ilyria. Retrocedió a un rincón junto al cuerpo de guardia en ruinas. Oyó una explosión apagada a sus espaldas cuando los guardias atrapados en el interior utilizaron una granada para abrir un boquete en la parte de atrás del edificio. Thaios los llamó y, a cubierto, desde detrás de las paredes destrozadas del viejo fuerte, hicieron frente a los insurgentes: unas figuras oscuras que saltaban, se precipitaban por todas partes y de vez en cuando eran iluminadas por las llamas del camión incendiado. Una segunda gran explosión desgarró el aire cuando volaron el segundo interceptor, el único que quedaba, y Thaios y sus soldados se encontraron sometidos a un fuego cada vez más intenso. Cayó uno de los galateanos, luego otro y, al poco, un tercero, hasta que al final sólo quedaba con vida Thaios.

El tiroteo se interrumpió. Todo se sumió en el silencio por un instante hasta que una voz le gritó a Thaios:

—¡Ríndete! Ríndete y no te haremos daño.

Thaios miró la pantalla digital de su pistola de pulso. Estaba casi descargada: sólo le quedaba un disparo. Podría haber intentado recuperar otra arma de alguno de los galateanos caídos, pero veía a los insurgentes alrededor. Si se movía, quedaría al descubierto.

—Tira el arma —dijo la misma voz—. Luego ponte en pie y enséñanos las manos.

De repente, Thaios se sintió muy cansado. Había sido muy ambicioso, había tenido demasiadas ganas de ascender. Todo para nada.

Oyó de nuevo la orden de que se rindiera. Los humanos se acercaban. Una de sus sombras casi le rozaba la bota.

Thaios se llevó la pistola a la boca.

—Lo siento —dijo.

El humano que estaba más próximo a él frunció el ceño, pero Thaios no le hablaba a él.

—¡Impedídselo! —chilló alguien.

Fue lo último que oyó Thaios antes de que le explotara la cabeza.

A la mañana siguiente, Syl avanzaba a paso rápido por los pasillos del Castillo de Edimburgo mientras la seda suave de sus pantalones le rozaba las piernas con un susurro, había adoptado una expresión que pretendía parecer resuelta, aunque los que la tenían a su cuidado la habrían descrito con cierto desaliento como «obstinada». Era una palabra que utilizaban con frecuencia para describir a Syl. Quizá, se decía la joven ilyria para sus adentros (y con ilusión), era porque había salido a su madre, la hermosa Lady Orianne, que había sido a la vez testaruda y encantadora, una combinación que la volvía prácticamente irresistible.

Syl, hay que decirlo, todavía estaba afinando el rasgo del encanto. ¿Y la belleza? Bueno, su padre le decía que la belleza estaba en el ojo del que miraba, y para él era la criatura más bella del mundo, es más, de todos los mundos. ¡Claro que qué iba a decir él: era su padre! Y aunque en verdad no era poco agraciada, sus facciones aún conservaban la flacidez inmadura de la juventud, complementada, eso sí, con una perturbadora intensidad en los ojos y cierta brusquedad en los modales. Tampoco le favorecía el que no fuera dada a sonreír por complacer a los demás, porque las sonrisas podían emplearse mucho mejor, y sólo se reía en las contadas ocasiones que lo merecían de verdad. ¿Y cómo se suponía que debía comportarse sino?, se preguntaba, porque no tenía la menor intención de sonreír sin motivo, o de perder el tiempo riéndose de chistes tontos. En cualquier caso, Syl creía que reírse de algo sólo por ser amable solía implicar que el chistoso en cuestión te castigaría con otra frustrante bromita, y tendrías que reírte de nuevo, y así el ciclo se prolongaría hasta que ella se muriera de aburrimiento o, también es posible, acabara matando a alguien. A decir verdad, no sabía qué haría primero.

Y pese a todo, Syl era tratada con mucha indulgencia porque había sido concebida entre las estrellas y, como primer ilyrio nacido en la Tierra, era un vínculo viviente entre el mundo originario de Ilyr y el planeta conquistado. Por descontado, también ayudaba el que su padre fuera Lord Andrus, gobernador de las islas de Gran Bretaña e Irlanda, y, por extensión, de toda Europa. Pero, como todas las mujeres ilyrias, Syl llevaba el apellido de la familia materna. Y le gustaba ser Syl Hellais. Syl Andrus sonaba..., bueno, feo.

Para los ilyrios había sido evidente que Gran Bretaña debía ser la base de operaciones en Europa: incluso antes de la invasión, ya era un país obsesionado por la vigilancia, tanto la visible como la secreta. Sus calles estaban infestadas de cámaras



de seguridad, muchas de ellas con funciones de reconocimiento facial, y las actividades de sus ciudadanos estaban monitorizadas constantemente por departamentos gubernamentales. A su llegada, los ilyrios apenas habían tenido que cambiar nada. Lo mismo podía decirse de la mayoría de las demás naciones poderosas: China, Rusia y Estados Unidos. Los gobiernos de la Tierra, con la colaboración de poblaciones demasiado indolentes o confiadas para que les importara y obsesionadas con colgar cada detalle de sus vidas en internet, habían ayudado a que los ilyrios se hicieran con el control del planeta.

Andrus también era responsable de la administración en el conjunto de Europa y los gobernadores de las demás naciones europeas se subordinaban a él. Técnicamente estaba al mismo nivel jerárquico que los administradores de territorios de extensión similar, incluidos África, China, Rusia, Australasia y las Américas, pero él presidía el Consejo de Gobierno, lo que le daba un voto de calidad en todas las decisiones importantes. A efectos prácticos, el gobernador Andrus era el ilyrio más poderoso en la Tierra, aunque Syl se cuidaba mucho de utilizar la frase «No sabe usted quién es mi padre» para librarse de problemas. Bueno, a decir verdad, se cuidaba de volver a utilizarla una segunda vez...

También debe tenerse en cuenta que Lady Orianne había muerto cuando Syl sólo tenía un año, víctima de un ataque de malaria en la época en que los ilyrios todavía estaban adaptándose a las enfermedades del nuevo mundo. No hay sustituto posible para una madre y por eso Syl destilaba una persistente tristeza, acompañada de una rabia que le resultaba difícil de contener. Hacía ya tiempo que a Andrus le preocupaba su comportamiento, pero como le recordaba amablemente Althea, la institutriz de Syl desde la infancia, no era el primer padre que se había quedado sin habla exasperado al ver que su hija se acercaba a la edad adulta.

«Señor, incluso si su madre estuviera aquí, sospecho que Syl sería una adversaria difícil», comentaba en voz baja. A Althea se le había confiado el cuidado de Syl desde la muerte de Lady Orianne, y se había encargado maternalmente de ella lo mejor que había podido, amándola como si fuera hija suya. Su propio vástago, un varón, había muerto poco después de nacer, otra víctima de la enfermedad, y ella se había convertido en el ama de cría de Syl. Un lazo especial unía a Syl y a Althea, pero los años de adolescencia también estaban resultando complicados para la institutriz. Con todo, albergaba grandes esperanzas para la chica. A Syl le iría bien en la vida siempre que su padre no la estrangulara antes.

En ese momento, Althea se apresuraba para alcanzar a su pupila, que corría por los pasillos.

—¿Por qué no estás en la escuela, Syl? —preguntó Althea.

Como todos los niños de los ilyrios, Syl asistía diariamente a clases: ciencia, matemáticas, historia, idiomas. Se les instruía sobre Ilyr y su Imperio, pero también se les enseñaban las diferentes culturas de la Tierra y de los principales mundos conquistados.

—Déjame tranquila, Althea —dijo Syl, mientras la institutriz se ponía a su lado.

Para divertirse, Syl cambió el paso, ralentizándolo y acelerándolo sucesivamente de manera que Althea se quedaba atrás o adelantaba un par de metros a su pupila. Y en ambos casos se encontraba hablándole al vacío, aunque ya se hacía una idea de adónde se dirigía Syl, y estaba resuelta a detenerla.

—No se puede molestar a tu padre —dijo Althea—. Ha regresado a primera hora y apenas ha dormido.

—Es mi cumpleaños, Althea. Tengo derecho a pedirle un favor.

Según una antigua tradición ilyria, el día en que se cumplían años se podía hacer una única petición a un ser querido que tenía que ser concedida. Era un vestigio de una costumbre del pasado, pero todavía se hacía con cariño. Los maridos pedían un beso a sus esposas; las madres, una comida preparada por sus hijos: pequeños gestos, pero no por eso menos importantes.

—Puedes hablar con él después de tus clases —dijo Althea.

Syl se había cansado de su juego y había decidido dejar a Althea atrás, así que la exasperada institutriz se vio obligada a correr para seguir el ritmo de las largas zancadas de Syl. Para los estándares ilyrios, Althea era baja; hoy, el decimosexto cumpleaños de Syl, la chica ya era con diferencia más alta que ella.

—Lo que voy a pedirle es que me permita no asistir a las clases —dijo Syl—. Me gustaría pasar un día a mi aire en la ciudad.

Como si Althea no supiera lo que eso implicaba, Syl se detuvo junto a una de las ventanas del castillo e hizo un gesto dramático hacia las calles de Edimburgo que se desplegaban a sus pies. Edimburgo y Londres eran los dos centros administrativos de Andrus, pero él prefería Edimburgo, y su gran castillo que dominaba la ciudad, a la Torre de Londres. Londres era una ciudad a la que costaba querer: superpoblada, maloliente y cada vez más violenta. Tres meses atrás, la propia Torre había sido objeto de un ataque por parte de un terrorista suicida que pilotaba una avioneta cargada de explosivos. El atentado fue frustrado, pero, en secreto, a Andrus no le habría molestado que la Torre hubiera quedado reducida a escombros. Le habría encantado tener una excusa para pasar más tiempo en Escocia, con su paisaje abrupto pero hermoso que tanto le recordaba a las agrestes tierras septentrionales de la propia Ilyr, donde había pasado su juventud. También Syl se sentía más a gusto en Edimburgo, que seguía siendo su hogar cuando su padre se ausentaba para ir al sur durante semanas o hasta meses.

—Por tanto —prosiguió Syl—, ¿cómo va a concederme mi padre el deseo de cumpleaños si, cuando se lo pida, éste ya habrá pasado?

Althea tuvo que admitir que la lógica de la joven era incontestable. Por desgracia, también sabía que Andrus había dado órdenes estrictas de que no se le molestara. La noche anterior habían sufrido dos atentados y todavía había que hacer el recuento de los muertos, cosa que sometía a Andrus a las presiones de sus superiores de la metrópolis para que diera una respuesta apropiada a las últimas atrocidades. A esas

alturas ya se hallaba sobre la precaria línea que separaba a aquellos que defendían la consideración y la comprensión en sus relaciones con los humanos y quienes exigían imponer una disciplina más dura. Y lo que pasaba con los humanos, también le pasaba con su propia hija, pensó Althea.

—Syl, no es un buen momento. Anoche hubo asesinatos...

—Oh, siempre hay asesinatos, Althea —replicó Syl—, todos los días, todas las semanas. Si no los matamos nosotros a tiros, son ellos los que nos matan con armas y bombas. A lo mejor es que, para empezar, no deberíamos estar aquí.

—¡Chsss! —dijo Althea aferrando el brazo de Syl—. Eso está muy bien para decirlo en los debates en clase, pero ni se te ocurra soltar nada por el estilo cerca de los aposentos de tu padre. Hay quienes estarían encantados de ir contando por ahí que la hija de Lord Andrus se expresa como una traidora en el castillo del gobernador.

Syl ni siquiera estaba muy segura tampoco de que su clase fuera un lugar conveniente para debatir las bondades e inconvenientes de las conquistas ilyrias. Ella era uno de los veinte alumnos de su clase, el menor de los cuales sólo tenía siete años. A todos les enseñaba el mismo tutor, Toris, que era tan anciano que Ani, la mejor amiga de Syl, decía que para él no existía la historia: todo era experiencia personal. Toris no alentaba el pensamiento independiente. Su propósito se limitaba a explicarles cosas, y el de sus estudiantes consistía en memorizarlas.

—¿Desde cuándo expresar una opinión se considera traición? —preguntó Syl.

—No seas tan ingenua. Comentarle a alguien que el tiempo podría cambiar es una opinión. Sembrar la disensión es una traición.

—Vaya, ¿he sembrado la duda en ti, Althea? —dijo Syl. Y a la institutriz, aunque bien sabía que se estaba burlando de ella, le encantaba el espíritu que animaba a la joven—. ¿Saldrás a manifestarte a las calles si el tiempo no cambia?

Althea cogió las manos de la chica y la retuvo allí, mirándola a los ojos. Unos ojos dorados rojizos, como los de su madre. También tenía la voz de su progenitora, grave pero musical. Lo que hubiera heredado de su padre no era tan evidente. A todas luces, carecía de su diplomacia y de su dominio de sí para no decir en voz alta lo primero que le pasaba por la cabeza. A pesar de eso, sí poseía una asombrosa habilidad para hacer que los demás bailaran a su son, que se doblegaran a su voluntad. Ni siquiera Althea era del todo inmune a la manipulación de Syl.

—Tienes que andarte con cuidado, Syl —dijo Althea—. La posición de tu padre no está afianzada. Ha corrido el rumor de que van a destituir a los gobernadores debido a los crecientes niveles de violencia. Los diplomáticos ya han incrementado su presencia aquí. Washington es ahora una ciudad de diplomáticos, y se les ha concedido un mandato especial que excluye a los militares de Islandia, que entrará en vigor el mes que viene. Como comandante en jefe de los militares en la Tierra, tu padre está furioso.

La patente sorpresa de Syl dejó claro que no se había enterado de nada de eso todavía, y Althea se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—¿Una destitución? —preguntó Syl—. En ese caso, ¿podríamos regresar a Ilyr?

Althea se fijó en el uso de la palabra «regresar». Como muchos ilyrios atrapados muy lejos de casa, Syl anhelaba ver su mundo originario. Althea no se hacía esas ilusiones. Ilyr ya no era lo que había sido en el pasado. Había cambiado. Las conquistas lo habían cambiado.

—Tal vez —dijo Althea—. Tu padre podría regresar, pero sería degradado, posiblemente encerrado. Y recuerda, Syl, tu padre ama este planeta. No quiere volver. Toda su vida ha soñado con ver mundos nuevos, y ha pasado más tiempo fuera de su planeta natal del que ha vivido en él. Quiere que lo entierren en este mundo extraño y que un sol extraño caliente su tumba. Si tu madre hubiera vivido, las cosas habrían sido de otro modo. Ella estaba unida profundamente a Ilyr. Amaba su mundo, pero amaba aún más a tu padre.

—Y por eso murió —dijo Syl con amargura—. Murió por culpa de un planeta que la odiaba, que odiaba a todos los que eran como ella.

Althea no discutió. Ya había escuchado eso antes y en aquellas palabras había algo de verdad.

—Yo no soy mi padre —prosiguió Syl—. Yo quiero vivir en Ilyr. Es mi verdadero hogar.

Ilyr: ella sólo lo había visto en libros y en pantallas; proyecciones de bosques que se alzaban diez veces más altos que cualquier vegetación que hubiera en la Tierra; de océanos más profundos y más limpios que las aguas contaminadas del Atlántico o el Pacífico; o de las criaturas que andaban, nadaban, reptaban y volaban por los entornos, mucho más nobles, impresionantes y hermosos que los moradores de este planeta, los mejores de los cuales —tigres y ballenas azules, gorilas y osos polares— ya estaban además a punto de extinguirse. Y, sobre todo, Syl quería ver sus ciudades: Olos, la Gema del Norte; Arayyis, con una parte construida bajo el océano y otra por encima de las aguas; y la gran Tannis, la Ciudad de las Agujas, la más hermosa del Imperio ilyrio, la urbe en la que había nacido su madre. Es verdad que había caminado por Ilyr activando los programas de realidad virtual en las salas conectadas del castillo, pero siempre era consciente de que no se trataba más que de una ilusión. Quería respirar aire ilyrio, no una imitación bombeada por un ordenador. Syl sólo mostraba cierta paciencia con Toris durante las clases que impartía éste sobre Ilyr, porque el viejo bobo estaba tan loco por el planeta como ella.

—Ilyr ya no es lo que era —dijo Althea—. No te creas todo lo que os dice o enseña Toris. El anciano acabará ahogándose en su propia nostalgia.

Syl se soltó las manos.

—Nada te complace, Althea. Eres tan ácida como una manzana verde.

En ese momento, cuando Althea parecía a punto de tomarse a mal el comentario, Syl le plantó un besazo en la mejilla y se alejó de un salto, sonriendo. Ése era otro de sus talentos: la capacidad para reconocer cuándo había ido demasiado lejos y de actuar para evitar daños mayores. Sólo le faltaba, pensaba Althea, aprender a

contenerse *antes* de ir tan lejos.

—Ahora me estás entreteniéndome —dijo Syl—, y tengo que pedir el favor.

—¡Syl! Ya te lo he dicho, está ocupado.

—No te preocupes, no le molestaré. Esperaré fuera hasta que haya acabado. Y por favor, deja de correr detrás de mí. Ya sabes que no puedes ir a mi ritmo.

Syl se apresuró por el pasillo, se despidió con un gesto de la mano desde la esquina y desapareció. Althea respiró hondo y se apoyó en la pared más próxima. Abajo, en la calle, la ciudad seguía con su vida cotidiana, la bomba de la noche anterior ya casi había caído en el olvido. A lo lejos se cernía la colina conocida como Arthur's Seat. En Edimburgo se respiraba majestuosidad, pensó Althea, pero su belleza era severa y despojada. El verano se acercaba a su fin y el primer indicio de un invierno frío y húmedo ya soplaba a través de los callejones. Althea detestaba el frío. Ojalá Andrus hubiera sido nombrado gobernador de España y Portugal, o de América Central, cualquier sitio con un poco de luz y calor. Le agobiaba la melancólica lóbreguez de los territorios septentrionales.

Pero en ese momento se aproximaba alguien. Levantó la mirada y vio al tutor, Toris. Una figura arrugada, enfurruñada, que caminaba muy encorvada. No hacía ningún daño, pero Althea, como Syl, lo consideraba un viejo pelmazo. Aunque, a diferencia de Syl, ella no estaba obligada a escucharle si no le apetecía.

—Busco a Syl —dijo Toris—. La clase ha empezado.

—Pues vaya tras ella, si es que puede correr lo bastante. Hoy no tiene la cabeza para clases. Es su cumpleaños. Se pasará el día a su aire, tanto si se le da permiso como si no.

Toris pareció a punto de protestar, entonces se rindió y se contentó con un resignado encogimiento de hombros.

—Bueno, en ese caso, que pasee lo que quiera, a ver si le sirve de algo.

A Althea le sorprendió. Toris no era de los que tienden a mostrarse indulgentes. Ani, la mejor amiga —y cómplice— de Syl, era delatada sistemáticamente a sus padres, incluso por la menor infracción, y Toris habría acudido con igual frecuencia a la puerta de Lord Andrus para quejarse del comportamiento de Syl si Andrus no fuera el gobernador, o si Althea no hubiera hecho todo lo posible por aplacar la ira de Toris. Según había descubierto Althea, los libros antiguos parecían calmarle. Y también el vino. Y, a propósito...

—¿Ha estado bebiendo? —preguntó Althea—. No es propio de usted darse por vencido tan fácilmente.

—Yo también he sido joven —respondió Toris con frialdad.

—¿De verdad? —dijo Althea aspirando—. Me asombra que pueda recordar algo de hace tanto tiempo.

—Mi trabajo consiste en recordar —le dijo Toris, con cierta dignidad—. Yo recuerdo para que otros no olviden.

—A Syl y a los demás niños les llena la cabeza con cuentos sobre las glorias de

Ilyr. Sueñan con regresar a un lugar que no conocen y, mientras tanto, la vida que tienen les pasa por delante.

—Ilyr es excelso —dijo Toris.

—Tal vez lo fuera en el pasado —replicó Althea—. Pero ellos nunca la verán, no tal como fue. Nunca.

—Eso no lo sabe —dijo Toris.

—Sí lo sé —respondió Althea—. Y usted también.

Toris no se molestó en alargar la discusión. Althea y él ya habían discutido al respecto antes, y volverían a hacerlo más adelante, pero no esa mañana. Toris estaba cansado y se sentía viejo. Los cumpleaños de sus estudiantes siempre le hacían sentirse viejo. Dejó a Althea y, arrastrando los pies, se encaminó a aburrir a aquellos de sus pupilos que, por el momento, no se las hubieran ingeniado para escapar.

Los dos jóvenes que caminaban hacia el pequeño restaurante cerca de la London Road de Edimburgo no se distinguían en su aspecto de los demás jóvenes que todavía consideraban Edimburgo «su» ciudad, a pesar de la presencia de alienígenas, policías o cualquiera que hubiera podido pensar otra cosa. Uno era más alto y mayor que el otro, pero el parecido de ambos era demasiado obvio para que no fueran hermanos. Se llamaban Paul y Steven Kerr y eran miembros de la Resistencia.

Paul había nacido poco después de la invasión ilyria. Le faltaban unas semanas para cumplir los diecisiete, pero se movía con el porte y la autoridad de un hombre mayor, como correspondía a alguien que había arriesgado la vida en la lucha contra la ocupación. Su hermano Steven acababa de cumplir los quince y se sentía menos seguro de sí mismo. Hasta el momento sólo había participado en operaciones poco importantes, sobre todo de vigilancia. Steven sospechaba que Paul era el responsable de que le mantuvieran alejado de la acción, aunque éste siempre lo había negado. Steven se creía lo bastante mayor para luchar; después de todo, ya habían muerto chicos y chicas de su edad a manos de los ilyrios y sus razas vasallas, y no era justo que le impidieran desempeñar su papel en la Resistencia. Parecía que Paul, poco a poco, iba asumiéndolo, al menos a su manera, y por eso había aceptado que Steven le acompañara en esa misión concreta. Por un día, la escuela tendría que pasar sin ellos.

Pese a su relativa juventud, Paul era uno de los mejores agentes de inteligencia de la Resistencia. Sabía escuchar, y era hábil cuando se trataba de introducirse en lugares y situaciones de los que podría obtenerse información útil. La Resistencia contaba con jóvenes espías por toda la ciudad, y muchos de ellos dependían directa o indirectamente de Paul. Poco de lo que ocurría entre los ilyrios era ignorado por los miembros de la Resistencia, o eso creyeron durante mucho tiempo.

Sin embargo, unos acontecimientos recientes les habían llevado a poner en duda ese convencimiento. Les habían llegado rumores de la posible existencia de túneles secretos bajo Edimburgo, contruidos sin que ellos se enteraran. Y corrían rumores aún más siniestros: enfermos y ancianos que desaparecían de los hospitales, cadáveres enviados al crematorio que se perdían sin llegar a destino. Y todo eso ocurrió incluso antes del ataque a Birdoswald. Paul, aunque solían avisarle por adelantado de ese tipo de operaciones, no había sido informado previamente. Le había inquietado, y por eso se alegraba de que se hubiera convocado una reunión. Quería saber más.

—Date prisa —le dijo a Steven—. O llegaremos tarde.

Obediente, Steven apresuró el paso. Aunque a veces había roces entre ellos, como los hay entre todos los hermanos, Steven adoraba a Paul. Paul era un combatiente.

Paul había matado.

Cuando el restaurante apareció ante ellos, Paul se detuvo.

—Recuerda —le dijo a Steven—. Permanece callado. No digas nada a no ser que alguien te haga primero una pregunta. Si te digo que te marches, te marchas, ¿vale? Nada de quejas.

—Ni siquiera notarás que estoy ahí, de verdad —dijo Steven.

A Paul le habían ordenado que llevara a Steven con él. Si no, no lo habría hecho. Sabía lo que iba a pasar. Había llegado la hora: la Resistencia había decidido que su hermano pequeño estaba listo para operaciones importantes.

El Danny's Diner era un típico restaurante barato. Ofrecía desayunos todo el día, le echaban masa de rebozar a lo que se terciara, de salchichas a chokolatinas Mars, y servía patatas fritas con todo. Incluso se podía pedir una ración doble de patatas, que consistía básicamente en patatas con más patatas. Danny's Diner era el restaurante menos saludable de Escocia, y a veces se contaba en voz baja que había matado a más escoceses que los ilyrios. Nadie se fijó en los chicos cuando entraron. Allí todos eran amigos de la Resistencia, pero también sabían que no convenía meterse en asuntos ajenos. Sólo Danny, que trabajaba detrás de la barra, les hizo un levísimo gesto con la cabeza.

Dos mujeres jóvenes, ambas sólo unos años mayores que Paul, estaban sentadas en un reservado al fondo del restaurante. Se llamaban Jean y Nessa Trask, y su padre era uno de los principales líderes de la Resistencia en Escocia. Tenían delante unas tazas de té grisáceo, los restos de unas tostadas y las preceptivas patatas, ahora resacas y frías.

—Creía que estaría vuestro padre —dijo Paul al acomodarse en el banco de plástico.

—Está ocupado —respondió Nessa, la mayor de las chicas—, pero te invitará al té igualmente. —Le hizo una seña a la camarera, que se escabulló, nerviosa, y por buenas razones.

Nessa era más alta y más ancha que su hermana. Algunos de los chicos la llamaban Nessy, por el monstruo del Lago Ness, pero sólo a sus espaldas; ella le habría partido la cara a cualquiera que hubiera oído llamándola con ese apodo. Su hermana Jean era más bonita, y no tan lista, pero sí mucho más peligrosa. Se le daban bien los cuchillos.

—Mucha actividad anoche —dijo Paul refiriéndose discretamente a Birdoswald.

—A nosotras nos sorprendió tanto como a ti —replicó Nessa.

—¿No fuimos nosotros?



Nessa negó con la cabeza.

—Los fuegos artificiales en la ciudad sí fueron nuestros, pero no la historia del fuerte. Mi padre lo está investigando. Por eso no ha venido.

Llegaron sus tés, y los mayores observaron con divertida frialdad cómo Steven daba un sorbo de prueba. Era repugnante, como siempre. El chico vació inmediatamente varias bolsitas de azúcar en su taza y la removió con fuerza antes de dar el siguiente sorbo. El dulzor ayudaba, pero no demasiado.

—Y bien —dijo Nessa sin dejar de mirar a Steven, que intentaba no parecer incómodo bajo su examen—, así que éste es el nuevo soldadito.

Jean se rió disimuladamente. Cogió el cuchillo de la mantequilla y empezó a jugar con él, manteniéndolo en equilibrio en la punta del dedo. El truco le salía a la perfección.

—Ya ha participado antes en trabajitos —dijo Paul saliendo instintivamente en defensa de su hermano.

—Ha estado esperando patrullas en las esquinas de las calles —dijo Nessa—. Eso también sabe hacerlo mi perro.

—Entonces, ¿por qué no has traído a tu perro? —dijo Steven, que sorprendió a Nessa, aunque Paul alzó las cejas al techo y le dio una contundente patada a su hermano en el tobillo derecho.

—Incluso ladra como mi perro —dijo Nessa, pero pareció que Steven la divertía—. Mi padre dice que está listo. ¿Qué dices tú?

Miró directamente a Paul. Puede que Jean fuera más bonita, pero Nessa tenía algo especial: carisma. Paul incluso podría haberla encontrado atractiva si no le diera tanto miedo.

—Está listo —afirmó Paul, tras un momento de vacilación. A su lado, las mejillas de Steven se encendieron de orgullo.

—Si tú lo dices... —dijo Nessa—. Yo no lo sé, sólo soy una chica —añadió con el mismo tono que un campeón del mundo de los pesos pesados habría dicho que sólo era un boxeador.

—¿En qué consiste el trabajo? —preguntó Paul.

Nessa se inclinó para acercarse y bajó la voz.

—Creemos que hemos encontrado uno de los túneles...

Mientras se acercaba al despacho, Syl oía los gritos de su padre. Se detuvo un instante cuando todavía no podía verla Balen, el secretario, que controlaba rigurosamente el acceso al gobernador desde su mesa ante la puerta. A Syl le caía bien Balen, y el afecto que éste le mostraba era patente, pero, al asomarse por la esquina, supo que esa mañana era improbable que el secretario fuera a recibirla con los brazos abiertos. Balen miraba fijamente la pantalla de vídeo, sus dedos recorrían veloces el monitor. La pantalla era una proyección creada por el sistema de inteligencia artificial del castillo; esas proyecciones con imágenes podían recrearse en cualquier momento, en cualquier sala del castillo. De niña, Syl había creído que era magia. Balen iba contestando a la vez las llamadas en su consola de comunicaciones, ajustando su tono según la categoría del interlocutor, aunque todos recibían básicamente la misma respuesta: no, no será posible hablar con el gobernador Andrus...

La puerta del despacho estaba entreabierta. Syl no veía a su padre, pero sí vislumbró a un humano pequeño, casi calvo, que llevaba un traje varias tallas más pequeñas de lo que le habría quedado bien. Era McGill, el ministro principal del Parlamento escocés, que servía de canal de comunicación entre los escoceses y los ilyrios. Los ilyrios habían permitido que siguieran funcionando la mayoría de los ayuntamientos, e incluso los parlamentos nacionales, por más que sólo eran un espejismo de gobierno, dado que no podía tomarse ninguna decisión importante sin la aprobación ilyria. El gobernador Andrus solía comentar que, visto lo mal que los gobiernos humanos cumplían sus funciones, incluso las más simples, bien podían haber preferido ceder todo el poder a los ilyrios, y así asegurarse al menos de que el trabajo se hacía bien.

Mientras Syl escuchaba, su padre alzó la voz de nuevo.

—¿Más libertad de movimientos? —gritó—. ¿Se ha vuelto loco?, ¿tiene la menor idea de lo que está pasando en este maldito país suyo? Tiroteos, atentados con bomba, actos de sabotaje y asesinatos. Anoche sufrimos un atentado en la ciudad, y además atacaron la guarnición de Birdoswald. Perdimos veinte galateanos y al capitán de la guarnición, por no mencionar dos interceptores que quedaron reducidos a metal carbonizado..., ¿y me pide que le dé a su gente más oportunidades para atacarnos?

—Nosotros no somos responsables de las acciones que se realicen al sur de la frontera —dijo McGill—. Y tampoco estamos hablando aquí de Escocia entera. Por

ahora, lo que pedimos es que, al menos, dé más facilidades de desplazamiento entre las ciudades y, tal vez, designe Edimburgo como zona libre, con libertad de movimientos sin restricciones dentro de los límites de la ciudad.

—La razón por la que no se refiere a la totalidad del país, señor McGill —adujo Andrus— es que la mayor parte de las Highlands sigue siendo un territorio sin ley, donde reina la anarquía. Viajar al norte, a Inverness y Aberdeen, sólo es posible por vía aérea, porque cualquier vehículo que se mueva a ras de suelo corre el riesgo de ser atacado y saqueado. Me paso muchas horas entretenido intentando aclarar cuál de ustedes es peor: si los escoceses, los irlandeses o los galeses. Cuanto más estudio su historia, más compadezco a los ingleses por haber tenido que lidiar con todos ustedes.

—Y eso que ahora les están atacando cerca de Carlisle —le interrumpió McGill—. Perdóneme por recordárselo de nuevo, pero... eso es Inglaterra, ¿no?

—Contagiada por el virus de la rebelión que se originó aquí, no le quepa duda —replicó Lord Andrus—. De hecho, sospecho que los terroristas se desplazaron al sur, a Birdoswald, y no al norte. Son escoceses, seguro, o yo soy idiota. Y no creo que los rebeldes le tengan tampoco mucho aprecio a su ciudad. No aprueban ni siquiera la limitada cooperación que usted nos ofrece y les encantaría castigar a los colaboradores más serviciales para que sirvan de ejemplo. Nuestras medidas de seguridad les protegen a ustedes tanto como a nosotros.

McGill inclinó la cabeza; las palabras de Lord Andrus habían dado en el clavo. Los ataques graves contra las fuerzas de ocupación se estaban multiplicando en Edimburgo, aunque en Glasgow era todavía peor: había barrios de viviendas sociales en las afueras de la ciudad, fuentes inagotables de rebelión y disidencia violenta, por los que incluso los galateanos se negaban a patrullar.

—Por ahora no se relajarán las restricciones de desplazamiento —dijo Lord Andrus. Entonces, como si recordara su propia reputación de diplomático, añadió—: Valoremos de nuevo la situación dentro de tres meses. Pero se lo advierto: si el ataque a Birdoswald representa el principio de una nueva campaña terrorista, lo único que puede esperar supone una represión que hará que los primeros tiempos de la invasión parezcan un sueño agradable. Puede decírselo a los rebeldes de mi parte.

McGill empezó a quejarse, pero Lord Andrus le interrumpió.

—No me tome por tonto, señor McGill. Podría hacer que le torturaran hasta que decidiera compartir con nosotros lo que sabe de la Resistencia. El único motivo por el que no lo hago es que prefiero que permanezcan abiertos algunos canales de comunicación con ellos, y además me desagrada la violencia innecesaria. Aunque cada vez me cuesta más hacer oír mi voz entre quienes creen que hemos sido demasiado tolerantes. Si continúa la violencia, no podré contenerles mucho tiempo. Puede que a usted no le caigan bien los galateanos ni los militares, pero somos soldados disciplinados y organizados. Sólo respondemos a las provocaciones y luchamos en defensa propia. Las poblaciones conflictivas tienden a atraer la atención de fuerzas mucho más brutales.

Syl sabía que su padre se refería a la Securitat. Era la policía secreta ilyria, y rendía cuentas exclusivamente al Cuerpo Diplomático y a su líder, el gran cónsul Gradus. La Securitat había sido la responsable de la destrucción de Roma.

Se oyó el chirrido de una silla al echarla hacia atrás, y al momento apareció su padre en el umbral, acompañando a McGill, una figura casi cómicamente oronda comparada con la altura y el porte aristocrático de Lord Andrus.

Su padre tenía sesenta años, pero era fuerte, estaba en buena forma y mostraba pocos signos de envejecimiento. La esperanza de vida de los ilyrios era mayor que la de los humanos gracias a la terapia génica y a las sustituciones de órganos, con lo cual se alargaba habitualmente hasta los ciento veinte años terrestres o más, de manera que Lord Andrus todavía no había sobrepasado la mediana edad. Tenía un historial militar imaculado, y su experiencia en conquistas y batallas le granjeaba el respeto del Ejército y, todo sea dicho, cierto temor entre los diplomáticos. Incluso era de dominio público que hasta el gran cónsul Gradus, que regía sus actos según el lema «Los soldados conquistan, pero los diplomáticos gobiernan», se cuidaba de irritar a Andrus, lo cual no quiere decir que no le detestara. Las razones de su enemistad podían resumirse en una simple diferencia entre los dos ilyrios: Gradus era cruel; Andrus, no. Sin embargo, en el universo ideal de Gradus, los militares acababan con toda la resistencia en los territorios conquistados y luego se retiraban a vendarse las heridas mientras los diplomáticos recogían el botín. De hecho, él habría preferido que el Ejército estuviera enteramente bajo su control, como una sección más del Cuerpo Diplomático, sometidos a su poder.

Pero fue Gradus quien apoyó la designación de su padre a su cargo actual, a pesar de las objeciones de muchos de los altos funcionarios del propio gran cónsul. Curiosamente, al menos tres cuartas partes de los gobernadores ilyrios en la Tierra eran oficiales militares, y los demás se habían retirado hacía poco del servicio. Una noche, mientras cenaban, Syl le había preguntado a su padre al respecto.

—Los humanos lo llaman «regalo envenenado» —le respondió—. En el Ejército lo conocemos como «orden de doble filo». Significa que algo que parece una suerte puede acabar siendo una maldición. Gradus quiere que los militares fracasen aquí. Si fracasamos, los diplomáticos y él podrán hacerse con el poder. Gradus no es tonto, Syl. La conquista de la Tierra es muy distinta de las anteriores aventuras imperiales. Nunca nos habíamos topado con una civilización tan avanzada. Biológica, cultural y socialmente tenemos más en común con los humanos que con cualquier otra de las razas conquistadas. Pero Gradus y los suyos están tan convencidos de su propia superioridad que, en comparación con la nuestra, todas las demás razas les parecen insignificantes. Ni siquiera se ha tomado la molestia de visitar la Tierra. Ocupa el palacio de un rey difunto, urdiendo sus conspiraciones como una araña teje su tela, escuchando los susurros de las brujas.

Syl se estremeció al recordar las palabras de su padre. Ahí estaba: el misterio en el corazón mismo del Imperio ilyrio, el poder secreto que se ocultaba tras su

imparable expansión.

Las brujas.

La Hermandad de Nairene.

Syl nunca había visto a una miembro de la Hermandad de Nairene, pero había oído historias de su poder. Durante siglos habían sido una orden de clausura, dedicada en exclusiva a registrar y conservar la historia del Imperio ilyrio. Cuando el Imperio empezó a expandirse, primero explorando su propia galaxia y luego propagándose por otros puntos del universo, también creció la sed de conocimientos de la Hermandad. Eran un depósito de todo lo que se sabía sobre el universo, de unos conocimientos que se pasaban de generación en generación. Cualquier familia consideraba un gran honor tener a una hija en la Hermandad, aunque Syl no entendía el atractivo de que la encerraran para el resto de sus días, con la prohibición de viajar o explorar, o siquiera abandonar la Marca, la laberíntica ciudad que la Hermandad utilizaba como guarida. La Marca estaba situada en una luna de Ilyr llamada Avila Minor, y nadie alunizaba o abandonaba el satélite sin el permiso de la orden.

Pero de repente, la naturaleza de la Hermandad cambió. Dirigida por Ezil, la más anciana de la orden, habían salido de la Marca, y algunas incluso se habían casado. Si se tenía por un honor que una hija se uniera a la orden, algunos hombres ambiciosos también se dieron cuenta de la ventaja que supondría contar con los conocimientos que tenía la Hermandad a mano. Ezil decidía a qué hermanas se les permitía casarse y con quién, pero ella no se casó, ni tampoco ninguna de las otras cuatro hermanas superiores. Prefirieron convertirse en indispensables como consejeras, se vincularon al Cuerpo Diplomático, y poco después ya no se tomaba ninguna decisión sin consultárselas.

Todo eso había sucedido muchos años antes de que Syl naciera, y Ezil y las hermanas superiores, conocidas como las Cinco Primeras, no habían sido vistas fuera de la Marca desde hacía décadas. Pero la eclosión de la Hermandad había señalado el principio de lo que ahora se conocía como el Segundo Imperio. Fue la Hermandad la que había dado al Imperio el medio para expandirse, porque había descubierto la ubicación de los agujeros de gusano. El universo rebosaba de ellos; eran puertas que comunicaban galaxias y que permitieron a los ilyrios viajar inmensas distancias a una velocidad inconcebible hasta entonces. Lord Andrus le había explicado a su hija la naturaleza de los agujeros de gusano cuando era pequeña. Le había enseñado una hoja de papel y le había pedido que imaginara que representaba millones y millones de kilómetros de espacio. Hizo una marca con su pluma en el extremo de la esquina superior derecha de la página y otra similar en el de la izquierda.

—Bien —dijo—, imagina que este primer punto es Ilyr y el segundo es la Tierra. ¿Cuánto se tardaría en viajar de uno al otro?

—Años —había respondido la pequeña Syl—. Una vida entera.

—Muchas, muchísimas vidas enteras —dijo su padre—. Pero utilizando los agujeros de gusano podemos cubrir esa distancia en un instante.

Dobló la página con cuidado, alineó los puntos y procedió a perforarlos con la punta de la pluma.

—Esto es lo que hacen los agujeros de gusano. Conectan puntos distantes del universo.

—Pero ¿cómo sabemos adónde llevan? —preguntó Syl.

—Mandamos por delante drones para que exploren los sistemas. A veces nos lo dice la Hermandad.

—¿Y cómo lo sabe la Hermandad? —preguntó Syl, y su padre no pudo explicárselo porque, como Syl había descubierto, desconocía la respuesta. Si los ilyrios amaban los secretos, la Hermandad vivía para ellos.

El Imperio había explorado más de un centenar de sistemas, todos los cuales habían sido elegidos porque contenían un planeta habitable con formas de vida, por primitivas que fueran, y materias primas que podían servir para abastecer las conquistas posteriores del Imperio: alimentos, combustible, minerales, metano, agua. Gracias a la Hermandad y a los agujeros de gusano, los ilyrios habían descubierto que el universo era básicamente un lugar deshabitado y que las civilizaciones complejas como la suya se daban muy de vez en cuando. Hasta el momento, sólo habían encontrado una especie, la humana, que podría, con el tiempo, llegar a ser tan poderosa como ellos, si no más. Habían sido los propios humanos quienes habían atraído a los ilyrios: al enviar señales de radio al universo habían alertado al Imperio de la presencia de otra raza avanzada. Más valía, como había comentado uno de los generales de su padre, conquistarlos ahora, en su propio mundo, que tener que combatirlos más adelante en otro.

La Hermandad había estado de acuerdo, y así se puso en marcha el plan para invadir la Tierra.

Cualquier mención a la Hermandad sacaba siempre de quicio al padre de Syl.

—Brujas —murmuraba—. Malditas brujas. Y Syrene es la peor de todas.

Ezil todavía vivía, aunque rondaba ya los dos siglos: una edad proveya y excepcional incluso para una ilyria. Se decía que estaba muy débil y que el control de la Hermandad había pasado gradualmente a manos de Syrene, que había sido su novicia. Y Syrene ejercía algo más que influencia sobre el gran cónsul Gradus porque era su esposa, escogida para él por Ezil en persona.

Sólo los militares se habían resistido a las insinuaciones de la Hermandad, y a los soldados se les había prohibido extraoficialmente mantener relaciones con las hermanas de Nairene, aunque en realidad éstas apenas habían intentado infiltrarse en el Ejército. Parecían darse por satisfechas infestando las filas de los diplomáticos, y

dejando que los militares se encargaran del trabajo de la conquista, pero su influencia en el Cuerpo Diplomático era uno de los factores que contribuían a la hostilidad entre las dos principales fuerzas del Imperio.

Syl recordó todo eso mientras observaba cómo Lord Andrus se quitaba educadamente de encima a McGill. Entonces dio un paso y se colocó delante de su padre cuando éste se disponía a pasar, fue un movimiento tan rápido que él casi tropieza con ella. A sus espaldas, Balen se puso en pie detrás de la mesa, con un fajo de papeles en la mano. Sonrió con frialdad a Syl. Al igual que Althea, pensaba a todas luces que no tendría que molestar a su padre en ese momento.

—¡Syl! —exclamó Lord Andrus. Le hablaba en lengua ilyria, una lengua áspera pero para ella más dulce que cualquier idioma humano—. ¿Por qué no estás en clase?

—Quería verte. Es el aniversario de mi nacimiento. Yo...

Él le puso las manos sobre los hombros y la besó en la frente.

—No me había olvidado. Hay un regalo esperándote en tus aposentos, y luego cenaremos juntos, pero ahora tienes que volver a clase, porque si no ya me veo a Toris quejándose de que te dejo regodearte en la ignorancia, y a Althea acusándome de consentirte demasiado.

—Pero es que...

Su padre levantó una mano para que se callara.

—Tengo una reunión muy importante, Syl. Lo hablaremos más tarde. Y ahora, vuelve a clase. Vamos, anda.

La fue empujando por delante de él y, cuando llegaron al pasillo principal, el padre se fue por la izquierda y la hija por la derecha. Syl siguió adelante un rato hasta que él ya no podía verla y entonces se detuvo. No era justo. Su padre le había prometido que el aniversario de su nacimiento siempre sería un día especial, no sólo porque ella era su único descendiente, sino porque su madre había concedido importancia a esas ocasiones. Con su madre ausente, su padre creía que debía celebrar el nacimiento de Syl por los dos, y cada año había hecho todo lo posible para que fuera una jornada que mereciera la pena recordar. En su décimo cumpleaños, habían cogido su deslizador privado, habían ido a Sudamérica y habían merendado en el Machu Pichu, en Perú. Cuando cumplió trece, viajaron a Florencia y Lord Andrus le regaló un boceto de Miguel Ángel que habían salvado de la destrucción de Roma, porque ella adoraba el arte.

Pero hoy estaba demasiado ocupado para ella, y Syl temió que eso sentara un precedente. Le escocían los ojos. Intentó contener las lágrimas, pero una se le escapó y se la enjugó con rabia. No, no lloraría; al menos, no ahí. Volvió corriendo a sus aposentos, se echó en la cama y se concentró en no llorar hasta que estuvo segura de que se le habían pasado las ganas. Luego intentó imaginar qué le habría dicho su madre si viviera. Seguramente le habría recriminado que se comportara como una niña mimada, y le habría recordado que su padre la amaba, pero a veces las exigencias de su trabajo implicaban que no pudiera pasar tanto tiempo con ella como



a Syl le gustaría. Seguro que la resarciría más adelante.

Syl se incorporó y se frotó la cara. Sobre la mesa había una caja atada con cintas de colores brillantes en la que no había reparado hasta ese momento; era el regalo de su padre.

—¡Oh! —exclamó, con un grito infantil de expectación mientras saltaba de la cama para inspeccionar el paquete.

Pesaba, así que lo desenvolvió donde estaba y descubrió una sencilla caja de madera. Dentro de la caja, casi oculta entre papel de seda, había una escultura de bronce de una mano masculina. Ella la reconoció al instante y se le escapó un grito de alegría, porque era *La Main*, una pieza de bronce de la mano derecha de Picasso esculpida por el propio artista. Había formado parte de la colección de la National Gallery de Escocia antes de que el edificio fuera saqueado e incendiado durante el periodo de disturbios que siguió a la invasión. Se había recuperado una parte de la colección, pero el museo no se había reconstruido, así que las pinturas que habían estado alojadas allí previamente adornaban ahora las paredes del Castillo de Edimburgo. Sin embargo, *La Main* se creía perdida. La obra de bronce formaba parte de una serie de diez piezas, pero se desconocía el paradero de las demás.

A Syl le encantaba pintar y había algo en el modo en que Picasso representaba el mundo, la forma en que hacía que lo familiar resultara extraño y nuevo, que la fascinaba profundamente. Le gustaba la idea de que la mano que había creado tantas maravillas hubiera sido reproducida en bronce, y ahora podía tocarla con los dedos, sintiendo el frío metal en la piel, y sonrió sin quererlo.

La acompañaba una nota: «El arte es universal. Que un gran artista te inspire para convertirte en otra».

Acarició el bronce y encontró las marcas de los dedos de su creador.

—Gracias —susurró.

Lord Andrus fue preguntándose, incluso cuando sus guardias personales se pusieron a su paso detrás de él, qué pensaría su hija del regalo que le había hecho. Se había enfadado con él, pero sabía que no le duraría mucho, y sonrió mientras imaginaba lo mucho que le complacería *La Main*.

Su sonrisa se desvaneció al llegar a la puerta de la sala de reuniones privada contigua a sus oficinas. Sus guardias ocuparon sus puestos fuera y les dio instrucciones estrictas para que no dejaran franquear la puerta a nadie, en especial a su hija; otra vez, no.

Andrus activó su lente privada, no quería utilizar una pantalla de los sistemas del propio castillo. La diminuta lente se desplegaba sobre su ojo derecho y le permitía ver imágenes virtuales superpuestas a la realidad, desde los nombres de las calles a información meteorológica o mensajes privados de su Estado Mayor si estaba fuera del castillo. Las lentes se habían desarrollado al principio para su uso en el campo de batalla; se alimentaban con la información de drones y satélites espaciales, y suministraban a los soldados mapas, datos sobre la dirección del fuego enemigo y, más importante aún, sobre su posición. Ahora muchos ilyrios les daban los mismos usos que daban antes a los teléfonos móviles: recibían llamadas a través de las lentes, buscaban información, veían películas e incluso jugaban a juegos inmersivos. A Andrus le irritaba ver que una tecnología tan asombrosa se utilizara para fines tan frívolos.

Danis apareció en la lente de Andrus. Los restos del fuerte de Birdoswald ardían a sus espaldas. El viejo general era uno de los soldados de confianza de Andrus, y su mejor amigo.

Además, había que tener en consideración el detalle, no menor, de su hija, Ani. Fian, la esposa de Danis, había dado a luz a la niña mientras Syl todavía digería sus primeras comidas sobre el pecho de su madre; sólo un largo y difícil parto había impedido que Syl y Ani fueran casi gemelas, y las pequeñas se habían conformado con ser hermanas del alma. Si Danis hubiera buscado activamente un puesto de gobernador, Syl y Ani habrían tenido que separarse, y eso habría partido el corazón de ambas ilyrias. Hasta cierto punto, Danis había sacrificado su ambición personal ante el altar de la felicidad de su hija.

—Dime, Danis —dijo Andrus mientras se servía una copa de vino.

Danis parecía helado y calado de humedad. En su propia lente, miró con envidia

cómo Andrus se acomodaba en su silla.

—Espero que sea un buen vino, ¿eh? —dijo.

—De primera.

—Estás adoptando los gustos de un diplomático. Pronto te afeitarás la cabeza y no podrás levantar las manos por el peso de todas las joyas que lucirás en los dedos.

—Te daré una botella cuando vuelvas —dijo Andrus—. Ahora cuéntame lo de Birdoswald.

En una esquina de su lente aparecieron unas imágenes del fuerte que le transmitía Danis. Había cuerpos diseminados por todas partes.

—Fue un ataque cuidadosamente planificado y bien ejecutado —dijo Danis—. Hace un año, la Resistencia no habría tenido las agallas ni los efectivos para llevar a cabo una incursión como ésta.

—¿Y qué ha cambiado?

—Su organización, su armamento y su capacidad de recopilar información. Lo último es lo que más me inquieta.

—¿Han infiltrado espías entre nosotros?

—Ya sabes que sí. Al fin y al cabo utilizamos trabajadores humanos. No podríamos hacer nada sin ellos. Incluso los que mantenemos a distancia nos vigilan: conocen nuestras idas y venidas, nuestros movimientos de tropas... Pero, además, está el problema de los traidores.

—Ah —dijo Andrus, con expresión intranquila.

Los ilyrios todavía miraban con malos ojos la mezcla de las dos razas, pero las semejanzas biológicas entre ellas llevaron a que algunos ilyrios se hubieran emparejado en secreto con humanos. Todavía no había nacido vivo ningún híbrido humano-ilyrio, pero sí había habido embarazos y abortos, y era sólo una cuestión de tiempo que la naturaleza superara las diferencias entre las especies. Mientras tanto, la vigilancia de las relaciones le competía a la Securitat y el castigo por esas relaciones era la separación y el exilio. Varios ilyrios habían huido con sus amantes humanos para eludir la deportación; se creía que la mayoría de los desertores de la isla de Gran Bretaña habían ido a parar a las Highlands escocesas, la región más anárquica del país. También se creía que algunos de esos ilyrios estaban proporcionando información a la Resistencia, seguramente a cambio de protección.

Más imágenes de cadáveres aparecieron de manera fugaz en la lente. Todos de galateanos. No había imágenes de Thaios, el comandante de la guarnición.

—¿Dónde está el cadáver de Thaios? —preguntó Andrus.

—No lo sé —dijo Danis—. Los del Cuerpo llegaron aquí antes que nosotros.

Andrus se inclinó hacia delante en la silla. Eso sí era una novedad.

—¿Cómo es posible? Birdoswald es una base militar. Todas las comunicaciones se realizan directamente a través de nosotros, y todas las transmisiones que no sean militares se bloquean de manera automática. ¿Has hecho un barrido electrónico para localizar dispositivos de espionaje ocultos?

—Claro que sí —dijo Danis—. El equipo que pudimos recuperar de los escombros estaba limpio.

—Bien, ¿y podría Thaios haberse puesto en contacto con el Cuerpo en cuanto empezó el ataque?

—Yo diría que ya tenía bastante con concentrarse en sobrevivir. Por más diplomático que fuera, su primer instinto habría sido luchar, sobre todo teniendo en cuenta que su propia vida estaba en juego.

—Y aun así, los diplomáticos se enteraron de lo que estaba pasando antes que nuestro Equipo de Respuesta a Emergencias.

—Sí.

Era muy extraño. Andrus no lo dijo, pero estaba seguro de que a Danis y su unidad tenía que haberseles pasado por alto algún tipo de dispositivo de comunicación; eso, o los diplomáticos se lo habían llevado junto con el cuerpo de Thaios.

—Entonces, ¿no has encontrado nada de interés? —preguntó.

—Yo no he dicho eso. Puede que no haya podido examinar a Thaios, pero sí he echado un vistazo a los cadáveres de los galateanos.

—¿Y qué me dices?

Danis frunció el ceño.

—No puedo estar seguro, pero diría que algunos de ellos fueron asesinados cuando ya habían caído. Ejecutados, incluso.

—¿Por la Resistencia? —Andrus no pudo disimular su sorpresa.

—La Resistencia de por aquí no tiene la costumbre de rematar a los heridos en el suelo, ni a galateanos ni a ilyrios. En otros lugares, sí: en Afganistán clavan las cabezas de los nuestros en estacas, y en México y Texas nos las mandan en cajas, pero aquí los humanos tienden a atenerse, más o menos, a ciertas normas de civilización. Aunque hubieran cambiado de táctica, eso no explica por qué el Cuerpo Diplomático se apresuró a limpiar el lugar a fondo después de la incursión. Además, los galateanos no cayeron a causa de las balas.

—¿Y cómo murieron? —preguntó Andrus.

—Usaron armas de pulso. Esto ha sido obra de diplomáticos. De diplomáticos o de securitats.

La ira nubló el semblante de Andrus. Mientras la mayoría de los militares todavía preferían variaciones de la munición estándar —balas o proyectiles de mayor calibre—, los diplomáticos y sus securitats se inclinaban por las armas de pulso infrasónicas que causaban resonancia, o vibración, en sus blancos. Cráneos, pechos y abdómenes eran cámaras de resonancia especialmente receptivas. Dependiendo del nivel de energía, el objetivo podía sufrir náuseas, o incluso dolores torácicos. A la máxima potencia, los pulsos destruían los órganos internos, abrasaban los corazones, los pulmones y los cerebros. Era una forma desagradable de morir.

De manera que los diplomáticos habían entrado ilegalmente en una base militar

que había sufrido un ataque letal, y la pérdida de uno de los suyos no era una excusa. Pero ahora Danis sugería que hasta podrían haber asesinado a los soldados galateanos tras los sucesos. Aunque no fueran ilyrios, aquellos seres eran también sus soldados y matarlos así se consideraría un asesinato.

—¿Por qué iban los diplomáticos a matar galateanos? —preguntó Andrus.

—Sospecho que los remataron para que no pudieran contar lo que habían visto, para que no quedaran testigos de lo que hubiera ocurrido en los últimos instantes en Birdoswald.

—Pues si es lo que pretendían, lo consiguieron.

—No del todo. Parece que se llevaron el cadáver de Thaios a la instalación principal de los diplomáticos en Glasgow. Y casualmente tengo allí un contacto que me debe favores. Él tampoco pudo examinar el cuerpo, pero sí pudo echarle un vistazo mientras lo depositaban sobre una mesa de autopsias.

—¿Y?

—No tenía cabeza.

—¿Una ráfaga de disparos?

—Pues debían de ser de un arma muy grande. No tenía ni una vértebra cervical. Según mi fuente, no quedaba nada de Thaios por encima de los hombros, aunque tampoco es que tuviera gran cosa cuando estaba vivo.

—¿Algún tipo nuevo de arma?

—Si lo es, los humanos deben de habérselo robado a nosotros, pero ¿cómo iban a poder darle uso?

Todas las armas ilyrias estaban codificadas para percibir ADN ilyrio o galateano, una precaución introducida para impedir que razas alienígenas hostiles utilizaran la tecnología ilyria contra sus creadores.

—Puede que hayan encontrado una forma —dijo Andrus—. Han pasado de ser unos peces que apenas sobrevivían en el cieno a la exploración espacial en poco más que un abrir y cerrar de ojos, en un parpadeo del universo. Era sólo cuestión de tiempo el que se pusieran a adaptar nuestras armas.

—Supongo que eso explicaría los pulsos utilizados contra los galateanos, pero si los humanos hubieran conseguido desbloquear las armas ilyrias habríamos tenido noticia de ello —dijo Danis—. No me cabe la menor duda.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría?

—Creo que Thaios se puso un arma de pulso a máxima potencia en la boca y apretó el gatillo.

Sólo de pensarlo, Andrus hizo una mueca. El grado de vibración que causaría un acto así ciertamente bastaría para reventar un cráneo.

—Pero ¿por qué?, ¿para que no lo capturaran? Eso sería un acto de inmolación sorprendente en alguien como Thaios. Después de todo, los diplomáticos habrían utilizado su localizador para dar con él en menos de una hora.

En los últimos años, los ilyrios de la Tierra habían sido equipados con un pequeño

localizador subcutáneo, que por lo general se implantaba en el brazo derecho. El localizador podía conectarse a voluntad, dado que a pocos ilyrios les hacía gracia que sus movimientos fueran conocidos y monitorizados. Syl, por ejemplo, raramente lo encendía, ni siquiera —o más bien sobre todo— cuando emprendía una de sus pequeñas excursiones sin permiso más allá de los muros del castillo. Por lo que a ella respectaba, sólo debía usarse en un caso de emergencia muy grave, y casi nunca se acordaba de que lo llevaba en el cuerpo.

Se había desatado una polémica sobre si debían implantarse los localizadores en las dentaduras, o incluso en los cerebros, tal vez como parte del chip, la delgada membrana electrónica que se les agregaba a todos los ilyrios en el cerebro cuando nacían, permitiéndoles interactuar electrónicamente con su entorno, y realizar desde tareas simples como llamar pantallas virtuales o traducir lenguas ajenas a operaciones más complejas como pilotar naves espaciales o utilizar sistemas de armamento. También monitorizaba su salud, escaneándolos constantemente en busca de señales de enfermedades o achaques. Por desgracia para la madre de Syl, la antigua versión de su chip no había sido capaz de reconocer la infección de malaria que acabaría matándola.

El uso de localizadores se había mantenido en secreto durante un tiempo, pero se pensaba que recientemente los humanos se habían imaginado por su cuenta la existencia del dispositivo o bien se lo habían revelado los desertores ilyrios. Codificar chips con localizadores se había puesto a prueba durante un breve periodo en México, pero la operación resultaba dolorosa, el localizador parecía demasiado sensible a los impulsos eléctricos del cerebro, y había llevado a que las bandas mexicanas decapitaran a los cautivos ilyrios para evitar su rescate.

—No tengo ni idea de por qué razón podría suicidarse Thaios —dijo Danis—. Aunque, bien pensado, con ello me evita muchas molestias. No era más que un espía de su tío.

Andrus ni se molestó en discrepar. Y optó por repasar todo lo que le habían contado: un diplomático muerto que parecía haberse comunicado, no se sabe cómo pero en secreto, con sus superiores antes de suicidarse, y galateanos asesinados con armas de pulso. Si había algún patrón o alguna lógica no los veía.

—Cóbrate los favores que puedas —le dijo a Danis—. Averigua, *con discreción*, si Birdoswald ha sido sólo un incidente aislado. Quiero informes pormenorizados de bajas entre oficiales del Cuerpo Diplomático de los últimos seis meses. Quiero saber si se han utilizado armas de pulso contra nuestras propias tropas en algún lugar de la Tierra. ¡Quiero respuestas!

Andrus apagó la comunicación por lente y dio un sorbo de vino sin disfrutarlo.

En Birdoswald, Danis tuvo que conformarse con café de un termo mientras empezaba a llover. A su alrededor, los galateanos muertos habían empezado a oler.

Suspiró profundamente.

La suerte del soldado, pensó, no es agradecida.

El Cuerpo Diplomático había ocupado la antigua Escuela de Arte de Glasgow para instalar su cuartel general regional, y allí tenía también la Securitat su guarida escocesa. El edificio había sido el primer encargo encomendado al gran arquitecto escocés Charles Rennie Mackintosh, y era una mezcla de arquitectura *baronial* escocesa y motivos del Art Nouveau. Hermoso pero imponente, se alzaba al borde de una colina empinada y tenía forma de letra E. Los cristales de las grandes ventanas de estilo industrial de su fachada septentrional habían sido sustituidos por vidrio templado, capaz de resistir una explosión sin hacerse añicos. Cuando hace unos años estalló un inmenso camión bomba delante del edificio, el cristal ni siquiera se agrietó, y ahora bloques de cemento impedían que los vehículos accedieran a la zona. Además había sido fortificado con muros rematados con objetos afilados, pero eran más para impresionar que para otra cosa. Como todas las instalaciones de los diplomáticos, el edificio estaba protegido por un escudo de energía. Un escudo de última generación: su avanzado diseño implicaba que ya no aparecían las náuseas que solían provocar los escudos prototipo, que habían sido abandonados hacía mucho a causa de la sensación de mareo que provocaban en quienes entraban.

Ni que decir tiene que los diplomáticos no habían creído conveniente compartir su tecnología de escudos mejorada con sus rivales militares.

En la morgue del sótano de la escuela, dos técnicos examinaban con atención el cadáver decapitado del vicecónsul Thaios. Llevaban puestos guantes y máscaras. Incluso en el entorno de temperatura controlada de la morgue, los restos de Thaios habían empezado a descomponerse. La piel se le había cubierto de erupciones negras y moradas, y su carne desprendía una desagradable pestilencia. Eso era, como poco, raro. En otras circunstancias se habría llevado a cabo una autopsia completa para investigar la excepcional rapidez de la descomposición. Pero en este caso no se realizaría ninguna autopsia. Las órdenes que habían recibido los técnicos sobre el cuerpo de Thaios eran muy distintas.

—¿Estás seguro? —preguntó el primer técnico.

—Sólo cumplo lo que me han ordenado —dijo el otro—. Y sé que no conviene preguntar.

—Pero tendría que dársele un servicio apropiado, no... *esto*. Es el sobrino del gran cónsul Gradus. Cuando Gradus se entere, se armará una buena.

Su colega le miró con furia. Era mayor y su superior.



—¿Es que no entiendes nada, pedazo de bobo? La orden procede de Gradus en persona. Y ahora acabemos de una vez. Apesta.

El técnico más joven empezó a cerrar la bolsa del cadáver, pero se detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿El qué? —preguntó a su vez su colega.

—Eso. —Señaló con el dedo enguantado el pecho de Thaios. Parecía estar cubierto de diminutos hilos rojos que asomaban de los poros. No había reparado en ellos hasta ese instante. Los acarició con la mano, pero los filamentos eran tan delicados que apenas si los notaba.

—No lo sé —contestó su colega—. Y no quiero saberlo. Olvida que los has visto, y yo haré lo mismo.

No se oyeron más quejas. Los dos ilyrios sellaron juntos la bolsa y la llevaron a la sala del horno. Allí, como les habían ordenado, incineraron el cadáver de Thaios. Mientras se convertía en carne carbonizada, oyeron pasos a sus espaldas.

—¿Ya está hecho? —preguntó una voz femenina.

—Sí —dijo el técnico mayor.

Si la recién llegada hubiera sido cualquier otra persona, él habría tenido la tentación de responder con el chiste de que Thaios no sólo estaba hecho, sino tan hecho que se había chamuscado; pero al oír aquella voz se le pasaron todas las ganas de bromear. Sería más sensato dejar sus comentarios graciosos para más tarde, en privado, porque la mujer con el uniforme negro y dorado de la Securitat no parecía dada a las risas. Era Vena, el mando superior de la Securitat en el Reino Unido, y seguramente el miembro más despiadado de la policía secreta entre este planeta y la propia Ilyr. Nadie había visto reír jamás a Vena, y sólo muy de vez en cuando se la había visto sonreír. Le corría hielo por las venas; hielo y vapor hirviente, como un eco de las dos franjas plateadas que adornaban su cabeza afeitada.

—¿No hubo nadie que examinara el cuerpo? —preguntó con una voz tan afilada y cortante como una daga.

—Nadie. Lo pusimos en una cámara de seguridad con un número de serie, sin nombre. Hicimos lo que se nos ordenó.

—Bien.

—Aunque es curioso que se descompusiera tan deprisa —dijo el técnico más joven, y a su lado oyó a su colega inspirar profundamente. Tan cerca. Les había faltado tan poco. Le había avisado de que no hiciera ningún comentario, se lo había avisado mil veces.

Apenas le dio tiempo de ver el arma que apareció en la mano de Vena. Era demasiado tarde para reaccionar, demasiado tarde para hacer nada salvo morir. Los pulsos que mataron a los dos técnicos salieron seguidos, casi a la par, y las gruesas paredes del sótano amortiguaron el sonido.

Y se unieron a Thaios en las llamas.

A pesar de la gratitud que sentía por el regalo de su padre, Syl seguía sin tener la menor intención de desperdiciar su cumpleaños sentada en clase, aunque tampoco podía pasarse todo el día vagando por los pasillos del castillo. No tendría ningún sentido.

Era una de las que mejor conocía el castillo, puede que hasta mejor que la escolta de su padre. Había explorado la vieja fortaleza desde que empezó a gatear, y había descubierto mirillas secretas y puestos para espiar creados hacía siglos, cuando los cortesanos escuchaban a escondidas las discusiones de los reyes. Incluso había encontrado el rincón secreto oculto detrás de la chimenea del Gran Salón, la espectacular estancia en la que su padre se reunía a menudo con dignatarios que estaban de visita. Sellada durante la visita de un presidente ruso en el siglo anterior, la existencia misma de la mirilla había caído en el olvido hasta que Syl se topó casualmente con una mención de la misma en los archivos. Ahora era su rincón particular, y a veces se recogía allí a leer o escuchar música, amparada por la oscuridad. Otras veces, si coincidía que se encontraba allí, espiaba las reuniones de su padre, pero la mayoría eran tan aburridas que raramente se tomaba la molestia.

Gracias a esos fisgoneos, Syl conocía sucesos que habían ocurrido en la Tierra y que Toris nunca compartía con sus estudiantes. Sabía que, como tantos imperios antes que ellos, los ilyrios habían renunciado a controlar Afganistán, cosa que habría sido preocupante si los propios afganos no estuvieran divididos en facciones islámicas enfrentadas, tan malquistadas como los grupos cristianos por todas partes, y dirigieran su rabia unos contra otros. Las discusiones de los humanos giraban siempre en torno a lo mismo, independientemente del dios o los dioses que adoraran: si su dios había creado a todos los seres vivos, ¿acaso no había creado también a los ilyrios?, ¿o era el hombre el único hecho a su imagen y semejanza, el hombre el único ser primordial en toda la creación?

Por su parte, los ilyrios se consideraban simplemente criaturas del universo, de manera que esos debates habrían carecido de sentido para ellos si no hubieran conllevado repercusiones tan violentas. Se había barajado la posibilidad de proscribir la religión por completo, pero ya lo habían intentado en otros mundos conquistados y los resultados fueron siempre los mismos: la represión multiplicaba la fuerza de las creencias. Pero el extremismo religioso era un problema permanente y, con mucha frecuencia, parecía motivado no tanto por la fe cuanto por el odio a cualquier cosa y a

cualquier ser que no fuera como el creyente.

En su escondrijo, Syl se planteó si el hombre no sólo no habría sido creado a imagen de su dios, sino que él mismo habría dado forma a un dios a su propia imagen: violento, iracundo y vengativo. Todo eso resultaba bastante torvo, concluyó, y su cumpleaños no era precisamente el día ideal para pasárselo escuchando a hurtadillas noticias todavía más lúgubres pegada al agujero de la pared.

Apática, entró en el salón contiguo a su dormitorio. La casa en la que vivían su padre y ella había sido construida originalmente para el gobernador del castillo en 1742 y había servido de residencia a los sucesivos gobernadores durante un siglo hasta que el cargo fue abolido durante un tiempo. Luego había albergado un hospital hasta que el puesto de gobernador se restableció en 1935, y ahora un gobernador ilyrio dormía en su dormitorio y comía en su comedor. Era un edificio precioso, aunque un poco frío en invierno.

Por costumbre, Syl cogió un libro, pero al instante volvió a dejarlo en su sitio. Quería moverse. Quería hacer algo. Se acercó a la ventana, apartó los pesados cortinajes y se asomó al bullicioso patio. Se había transformado en una plataforma de aterrizaje para el gobernador y las visitas importantes, y regularmente lo utilizaban lanzaderas, deslizadores e interceptores.

Syl contempló el tráfico durante un rato, sin ver nada anómalo, anhelando subirse a una lanzadera y marcharse a algún sitio, a cualquiera, no le importaba dónde. Pero se suponía que ni siquiera podía dejar el entorno del castillo sin ir acompañada. Aunque la zona de la Milla Real de Edimburgo era menos peligrosa que otras para los ilyrios, éstos seguían siendo objeto de una curiosidad que, en el mejor de los casos, podría calificarse de vagamente hostil. No era raro que les tiraran piedras, y cosas peores podían sucederles cuando perdían de vista el castillo.

Pero ir angostándose dentro de esas cuatro paredes era como morir poco a poco.

Empezó a llover. Las pesadas gotas salpicaban la ventana, y el patio se vació cuando todos corrieron a refugiarse. Eso ponía fin a sus dudas: leería y se olvidaría de salir..., pero menuda manera de desaprovechar el día. No parecía que desperdiciar un día recluida en el castillo fuera a compensarle por todas las penas que, sin duda, le impondrían por saltarse la escuela.

Volvió a su habitación y abrió su armario con brusquedad. Como muchas de las jóvenes ilyrias, su vestuario consistía en una mezcla de vestidos ilyrios —sobre todo túnicas largas para el personal no militar ni de la seguridad— y ropa de la Tierra, aunque su padre desaprobaba las prendas que no se ajustaban a las normas, en especial si se las ponía su hija. Pero los atuendos humanos le permitían a Syl libertad de movimientos por la ciudad. Sí, era alta, pero no demasiado, todavía no. Su piel aún no había adquirido el intenso resplandor dorado de la madurez, así que sólo parecía muy bronceada. Tenía gafas de cristales ahumados para ocultar sus ojos —las gafas de sol eran mejores, pero no parecía que hoy fuera día para llevarlas— y un extravagante sombrero de terciopelo en el que recoger su cabello refulgente.

Entonces, sonriendo para sí, se puso unos vaqueros y un abrigo viejo; con el sombrero bien encasquetado, creyó que fácilmente podía pasar por una estudiante extranjera, italiana, quizás, o española.

—Me llamo..., eh, Isabella —dijo a su imagen reflejada en el espejo adoptando un espantoso acento que pretendía ser italiano—. *Buongiorno*, Edimburgo.

Rápidamente metió la ropa humana en una mochila y se encaminó al patio a través de los pasillos más discretos del castillo. Se cambió de indumentaria en un lavabo cerca de la Torre de Argyle, abrió un paraguas y salió bajo la lluvia. Nadie la detuvo cuando dejó el castillo; los guardias estaban más preocupados por controlar a quienes querían entrar que a quienes salían. Si tenía un poco de suerte, y cuando volviera había guardias que conocía en las puertas, podría convencerles de que no informaran a su padre. Syl sabía muy bien cómo engatusar a los centinelas.

Pero eso sería más adelante. Por ahora había cumplido los dieciséis y estaba fuera del castillo. Era libre. Tan absorta estaba en disfrutar del momento, pese a que llovía y un viento frío arrastraba gotas gélidas contra su cara, que no se fijó en la figura que se apartó de las sombras de la Explanada y se puso a caminar distraídamente a su paso, tras ella, oculta entre la gente.

Paul y Steven se acercaban a la Milla Real y a la tienda de Knutter.

Knutter era un activista de segunda fila de la Resistencia, que pasaba información y proporcionaba un lugar seguro donde ocultar armas y municiones cuando se necesitaba. Un primo suyo de Aberdeen había muerto en los primeros tiempos de la invasión, abatido a tiros cuando lanzaba un cóctel molotov a una patrulla, y Knutter, a partir de entonces, apenas podía disimular su odio a los invasores. No obstante, no tenía acceso a secretos importantes de la Resistencia y sólo conocía las identidades de un puñado de sus miembros. Era mejor así. Muy pocos de los que combatían a los alienígenas disponían de más información que la estrictamente necesaria para sus operaciones inmediatas, porque, igual que la Resistencia contaba con confidentes cercanos a los ilyrios, también había humanos dispuestos a traicionar a los suyos por dinero, o a cambio de ascensos, o de garantizar el regreso junto a sus familias de los reclutas. Cuanto menos supieran hombres como Knutter, menos podrían revelar sin querer u obligados bajo tortura en el caso de que los detuvieran e interrogaran.

Lo que convertía la tienda de Knutter en un activo especialmente útil era que disponía de un acceso secreto a las criptas del South Bridge, la red de más de cien compartimentos en los arcos del propio puente, construido a finales del siglo XVIII. Primero habían albergado tabernas y talleres de diversos oficios, además de servir como míseras viviendas para los pobres de la ciudad. Se decía que los asesinos en serie del siglo XIX Burke y Hare habían buscado víctimas entre los residentes de las criptas cuyos cadáveres vendían para experimentos médicos. Más adelante, entre mediados y finales del siglo XIX, las criptas se cerraron y no volvieron a excavarse más hasta finales del siglo XX, cuando se convirtieron en atracción turística. Ahora proporcionaban un escondite para armas y, esporádicamente, para miembros de la Resistencia que habían sido identificados y eran perseguidos por los ilyrios, aunque muchos preferían asumir el riesgo de que los pillaran sobre la superficie. Las criptas eran lúgubres y húmedas, y se decía que estaban hechizadas, pero, por lo que sabía Knutter, sólo aquellos que ya creían en fantasmas eran susceptibles de tragarse también esas patrañas. Él todavía no se había topado con nada, ni humano ni alienígena, que no pudiera derribar de un cabezazo lo bastante fuerte. Hasta el momento, su frente no había atravesado el rostro de ninguna entidad sobrenatural.

Sin embargo, fue Knutter el primero que oyó ruidos procedentes de las criptas después de tomarse unas copas de más, lo que le hizo replantearse sus opiniones

sobre los fantasmas y, más aún, sobre la bebida. Pero es que siguió oyendo ruidos después de recuperar la sobriedad y también reconoció los extraños gorgoteos y chasquidos del idioma de los sapos a través de las grietas de la pared de su sótano. Y fue entonces cuando informó a la Resistencia. Cuando los líderes concluyeron que se trataba de algo más que simples alucinaciones de Knutter, realizaron más pesquisas entre los confidentes. Al ensartar los diferentes retazos de información, se formó una cadena de sucesos y se dedujo que los ilyrios habían estado excavando túneles en el más absoluto secreto bajo la ciudad, y se habían acercado a Knutter y a las criptas.

Los líderes de la Resistencia se pusieron furiosos: se había llevado a cabo una excavación importante casi literalmente ante sus propias narices y ni se habían enterado. Su red de espías y confidentes les había fallado. Los ilyrios habían sido capaces de mantener sus túneles en secreto hasta que el agudo oído de Knutter había captado lo que pasaba. La Resistencia llegó a la conclusión de que era el Cuerpo Diplomático y no el Ejército el que estaba detrás de las excavaciones. No habían conseguido infiltrarse a fondo entre los diplomáticos, porque éstos preferían no utilizar mano de obra terrestre, y la mayoría de sus miembros guardaba las distancias con los humanos, salvo cuando los combatían, los detenían o los mataban. Si hubieran sido los militares quienes excavaban bajo Edimburgo, alguien habría informado a la Resistencia. Sólo los diplomáticos estaban en condiciones de mantener en secreto un proyecto de ese calibre, con la colaboración, posiblemente, de la Securitat.

Katherine Kerr, la madre de los chicos, había sido guía turística en la ciudad antes de la invasión ilyria, y había transmitido los secretos que conocía —entre ellos la ubicación de varias entradas ocultas a las criptas, la tienda de Knutter incluida— a su familia más cercana. Por eso Paul y Steven fueron elegidos para la misión y se les dio instrucciones desde las más altas instancias, a través de Nessa, para que investigaran más a fondo. No tenía sentido perder más tiempo, había dicho Nessa. Knutter les esperaba en cuanto se acabaran el té.

En ese momento, un vehículo patrulla ilyrio pasó zumbando a su lado, con su blindaje gris erizado de armamento tanto letal como no letal. A Paul le recordaba una enorme cochinilla. Sus ruedas quedaban ocultas bajo el chasis, y la carrocería tenía forma de V para proteger a los ilyrios que llevaba en su interior dispersando la potencia de los explosivos. Ni siquiera tenía ventanillas; una serie de sensores proporcionaba a los tripulantes una imagen detallada del entorno sin exponerlos a ningún daño. Como la mayoría de los vehículos ilyrios más pequeños, se movía con biogás que se producía básicamente a partir de restos animales, aunque los ilyrios también utilizaban vehículos que funcionaban con electricidad e hidrógeno, este último extraído en su mayor parte del metano. Los chicos lanzaron una fugaz mirada al vehículo, pero nada más. Demostrar demasiado interés por una patrulla ilyria podría hacer que ésta se interesara a su vez por ellos; pero no prestarle la menor atención era casi igual de peligroso porque indicaba que tal vez te esforzabas

demasiado por pasar inadvertido. Era un equilibrio difícil de conseguir.

—¿Estás nervioso? —preguntó Paul.

—No —dijo Steven y al momento se corrigió—: Bueno, puede que un poco.

—Pues no lo estés. Tenemos derecho a caminar por las calles. Todavía no nos lo han prohibido.

Por delante de ellos se extendía la Milla Real coronada por el castillo al fondo. Antes de la ocupación, el castillo había sido la mayor atracción turística de la ciudad. Ahora pocos humanos iban allí por voluntad propia, y los que entraban a trabajar solían ser o bien traidores o espías. Paul nunca había puesto el pie dentro y, pese a su compromiso con la lucha de la Resistencia, a veces dudaba de que llegara de nuevo un tiempo en que los turistas pasearan inocentemente entre sus almenas, recordando la gran invasión que había tomado el castillo como base y que al final había sido derrotada. Cuando se sentía desbordado por el pesimismo, le costaba hasta imaginarlo.

—Apresura el paso —le dijo a Steven. La lluvia había cesado por un momento, pero volvería. Siempre volvía en esta ciudad.

Syl salió de la tienda de ropa antigua con sus compras en una bolsa de plástico. El hombre del mostrador la había mirado de manera un poco rara mientras ella echaba un vistazo, pero no había dicho nada. Aun cuando sospechara que no era humana, seguramente necesitaba hacer negocio. La proximidad del castillo y la presencia de patrullas ilyrias que paraban y cacheaban a la gente llevaba a que muchos ciudadanos evitaran los alrededores de la Milla Real. Pese a todo, Syl se compró un precioso monedero antiguo con adornos de nácar y un abrigo de lana blanco con el cuello de piel que le daría calor en invierno.

Las calles se habían secado y salía el sol. Tal vez el día mejorara, algo que merecía la pena celebrar. Syl miró a su izquierda. Había una pequeña cafetería cerca que servía pastas muy buenas. Tal vez podía clavar una vela en una de las pastas y cantarse una canción. Se rió al pensarlo y empezó a caminar. Canongate Kirk, una iglesia del siglo XVII, quedaba un poco más adelante y a su lado estaba la cafetería.

De repente se oyó una explosión tremenda, como si una mano inmensa hubiera dado una bofetada a la Milla Real, y la cafetería, simplemente, ya no estaba allí. Se desintegró en una nube de polvo, ladrillo y cristal. Syl fue derribada; levantó los brazos de forma instintiva para protegerse la cara y la cabeza. Los oídos le pitaban y no oía bien. Entonces la alcanzó la nube de polvo y empezó a asfixiarse. Intentaba no respirar pero estaba asustada, así que empezó a hiperventilar y la sensación de ahogo se agudizó.

Unas manos frenéticas la agarraron e intentaron ponerla de pie.

—¿Estás bien? —preguntó una voz. La oía como si le hablara desde debajo del agua, pero aun así le resultó familiar—. Syl, ¿estás herida?

Syl negó con la cabeza. Tosió y escupió polvo. Notó que le salpicaban la cara con agua, se encontró con una botella en las manos y bebió.

—Creo que no —dijo por fin en cuanto dejó de atragantarse.

Entornó los ojos hacia la figura que tenía delante hasta que pudo ver a través del polvo fino. Todo era brumoso bajo la luz del sol manchada de humo, pero reconoció la figura femenina, con la cabeza ladeada como la de un pájaro, el cuerpo pequeño para su edad pero rápido y flexible, que en ese momento iba burdamente disfrazada con ropa humana que no combinaba y unas gafas de sol muy parecidas a las que Syl se había dejado en el castillo. Después de todo, las habían comprado juntas, porque eso es lo que hacen las mejores amigas.

—¡Ani! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—Seguirte —dijo Ani, y sus palabras le llegaron a Syl como un susurro distorsionado, aunque hablaba con tono normal—. Creí que sería divertido, pero ya no me lo parece. Deprisa, no tardarán en llegar las patrullas. Tenemos que alejarnos de aquí.

Oyeron sirenas y, desde las alturas, el sonido silbante de los interceptores que se aproximaban. Ani tendió la mano para ayudar a Syl a levantarse, pero antes de que ésta pudiera cogérsela, una tercera mano se la agarró y, de un tirón, la puso en pie y la equilibró. Se le escapó un grito de sorpresa.

—¿Estás herida? —preguntó una voz masculina.

Delante de las chicas había dos jóvenes humanos, a todas luces hermanos. El que había hablado era el mayor. Entre el polvo y el caos tras la explosión, era evidente que el chico había tomado a Syl y a Ani por humanas. Syl sacudió la cabeza, confusa, intentando recordar su nombre humano, su acento italiano.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó él, y Syl se dio cuenta de que, aturdida, le estaba mirando la boca muy de cerca, viendo cómo articulaba las palabras que apenas podía oír. El labio inferior del chico era sinuoso y suave, y sintió una extraña necesidad de tocárselo para ver si era tan suave como parecía, tan rosado y limpio en la cara cubierta de polvo.

—Estamos bien —dijo Ani—. Sólo queremos volver a casa.

Ani tiró con fuerza del codo de Syl y empezó a volverse hacia el castillo, pero el chico más joven la detuvo alargando el brazo; Syl se vio así empujada aún más cerca del mayor y observó, medio escuchando y medio leyendo sus labios, que la boca se movía de nuevo, se hallaba lo bastante cerca de él para distinguir el bozo como una salpicadura de pimienta sobre su labio superior.

—Espera —dijo—. ¿Has visto lo que ha pasado?, ¿había gente...?

—No lo sabemos —le interrumpió Ani, que volvió a tirar del brazo de Syl, y Syl sintió el pánico que desprendía su amiga en oleadas. No podían fiarse de ningún humano, pero además, en el caos que seguía a un atentado sería particularmente sencillo secuestrar a un par de jovencitas ilyrias en la calle.

—Un momento —dijo Syl y sacudió la cabeza para que los oídos se le



destaponaran un poco—. Era la cafetería MacBride..., creo que ahí fue la explosión. Antes no vi a nadie por la calle, pero puede que hubiera gente dentro. Eso es todo lo que sé. Pero gracias por ayudarme.

—Tenemos que irnos, de verdad —dijo Ani con tono apremiante, y Syl se dio la vuelta para seguirla, pero el chico no se movió, y su acompañante más joven también se acercó impidiéndoles el paso. Ya está, pensó Syl. Nos han descubierto bajo los disfraces. Lo saben.

—Por ahí no —advirtió el mayor.

—Dejadnos pasar —dijo Ani—, ¡por favor!

—No podéis ir por ahí —repitió el chico—. De ninguna manera.

—¿Por qué no? —preguntó Ani.

Syl miró más allá de ellos. Ya se veían soldados y vehículos de emergencia acercándose desde el castillo.

—Porque podría estallar otra bomba.

Y, mientras lo decía, se produjo una segunda explosión devastadora y los vehículos que se aproximaban saltaron por los aires.

Todos se dieron la vuelta y echaron a correr, pero no hacia el castillo sino alejándose de él y de la matanza, de la sangre vertida y el hedor a amoníaco que quedaba a sus espaldas, de la nube que se iba levantando, formada de piedra y cemento pulverizados y carne destrozada, fuera humana o ilyria. Habían llegado securitats, con sus uniformes negros y dorados, que se arremolinaban como escarabajos interrogando a los tenderos, cacheando a los transeúntes y obligando a subir a sus vehículos blindados a cualquiera que no les diera una explicación plausible de por qué se encontraba cerca del lugar de la explosión.

Syl, Ani y los dos humanos corrieron juntos por la Milla Real; los chicos doblaron una esquina de una calle lateral, reduciendo el paso sólo lo bastante para asegurarse de que ellas los seguían, y al momento volvieron a acelerar, moviéndose sin parar, izquierda derecha, derecha izquierda, serpenteando, cambiando de dirección hasta que al final se detuvieron en un umbral encajonado en una esquina.

—Ahora, a la izquierda —dijo el mayor.

Pero al volver a la calle la que salió primero fue Ani y, en lugar de a la izquierda, giró a la derecha y luego se metió inesperadamente por un estrecho callejón que apestaba a orines. Syl la siguió y, casi al instante, también los chicos, que alcanzaron a Ani cuando ésta se acuclilló junto a un charco de colillas de cigarrillos detrás de un contenedor de plástico en la parte de atrás de una tienducha. Parecía que se quería ocultar.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruñó el chico mayor, pero ella se llevó un dedo a los labios y entonces todos lo oyeron: el chirrido de un interceptor seguido del rítmico paso ligero de soldados que se aproximaban, cuyas botas repicaron como una ovación sobre los adoquines cuando dejaron atrás el mugriento callejón. Los jóvenes permanecieron inmóviles, casi sin respirar, mientras las pisadas se desvanecían.

—Debes de tener un oído increíble —dijo el chico cuando volvió a hacerse el silencio, pero Ani se limitó a encogerse de hombros y esbozó media sonrisa.

—Guíanos —dijo ella.

Frunciendo levemente el ceño, el humano miró primero a una de las dos ilyrias y luego a la otra, entornando sus ojos azules, y sólo entonces pareció tomar una decisión. Se acercó a la entrada del callejón y se asomó por la esquina antes de hacerles una seña para que le siguieran.

Ahora se movían todavía con más cautela, deteniéndose a escuchar cada pocos

pasos, fintando y zigzagueando, perdiéndose aún más en las profundidades del laberinto de calles que se extiende por detrás de la Milla Real.

—¿Adónde vamos? —preguntó Syl en voz baja cuando se detuvieron en otro recodo que daba a una callejuela que nunca había visto, donde los altos y majestuosos edificios eran más humildes y estaban torcidos y ennegrecidos por décadas de contaminación. Tenían las ventanas rotas, algunas incluso tapiadas, y sobre una puerta descascarillada vio los grafitis que pintaba la Resistencia.

Ella no debería estar ahí; ni ella, ni ningún ilyrio. El corazón le latía aterrorizado, como si tuviera en el pecho una bolsa de piedras golpeando unas con otras ruidosamente.

—Um..., ¿lejos de aquí? —dijo el chico mayor cerca de su oído.

—Pero ¿adónde?

Syl notaba en la mejilla la calidez del aliento del humano y podía olerle: jabón y almizcle. Retrocedió un poco, aturullada.

—No había pensado en ningún sitio en particular. Sólo lejos de los soldados y los securitats. Van a empezar a apresar a la gente como a ovejas para la matanza.

—Oh. Bueno.

Reanudaron la marcha, pegados a los edificios, aunque la calle estaba vacía.

—¿Por qué?, ¿adónde teníais que ir? —preguntó.

—Al castillo —respondió automáticamente antes de darse cuenta.

Él se volvió hacia ella, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Al castillo?, ¿y para qué queríais ir allí?

Syl notó que Ani la pinchaba con fuerza en la espalda.

—Um, por una entrevista de trabajo —farfulló Syl—. Eso es, teníamos unas entrevistas.

—¿Para hacer de qué, exactamente?

—Fregar suelos. Ella es un genio fregando suelos —dijo Ani desde detrás de Syl.

—Sí. Fabulosa —confirmó Syl—. Y mi amiga limpia retretes.

El mayor se rió entre dientes, y el menor resopló.

—¿Y seguiréis llevando puestas las gafas de sol cuando limpiéis los váteres? —le preguntó a Ani.

—Claro —le espetó Ani—. Vestuario de seguridad. No me las quito nunca.

—Sí que sois raras —dijo el mayor, pero ahora parecía más tranquilo—. Pero yo no me acercaría al castillo durante un tiempo, al menos no hasta que la situación se haya calmado. Siempre podéis quedaros por aquí: es un sitio discreto y los ilyrios no suelen pasar.

Agitó la mano distraídamente hacia una chapa de hierro ondulado que colgaba de una puerta: EL DILYRIO ES UNA ENFERMEDAD MENTAL, habían garabateado encima con aerosol.

¿Eso crees?, pensó Syl para sí, y se estremeció de forma involuntaria. De golpe, sintió que la adrenalina la abandonaba, escurriéndose de su cuerpo, y de repente le

flojearon las piernas. Creyó que iba a vomitar. Recordó las explosiones, las dos bombas seguidas, lo cerca que había estado de precipitarse hacia la segunda, cómo se lo habían impedido esos chicos, que las habían salvado, cómo habían corrido con ellos hasta ponerse a salvo de los guardias. Pero ¿cómo sabían ellos que había una segunda bomba?, ¿acaso la habían colocado ellos?, ¿eran unos asesinos, unos asesinos de la Resistencia?

—Eh —estaba diciendo el mayor de los humanos mirándola con amabilidad—, ¿estás bien?, ¿de verdad?

Al joven se le formaron arrugas en las comisuras de los ojos. Tenía el labio inferior suave, mullido, y no parecía un asesino, aunque ¿qué aspecto tenía en realidad un asesino? De golpe, se sintió sobrepasada por todo. Con un escalofrío de náuseas, Syl intentó sentarse donde estaba, pero él dio un salto hacia delante y la sujetó por el codo.

—Aquí no —dijo—. Estás conmocionada. Vamos a llevarte a un lugar seguro. Hay un sitio aquí cerca...

—¡No! —gritó el otro chico adelantándose.

—De verdad, Steven, no pasa nada.

—Pero...

—Steven, yo tomo las decisiones. Ahora, vamos.

Tambaleándose entre Ani y el mayor de los humanos, Syl se vio llevada casi en volandas por un trecho de escaleras cubiertas de basura, luego a través de una puerta que pareció abrirse por arte de magia cuando el chico más joven —Steven, habían dicho, ¿no?— tocó una breve melodía en su tosco teclado. Entraron en un vestíbulo donde Steven tocó otra melodía junto a una puerta que parecía de madera pero resonó metálica, y se encontraron en una pequeña cocina. Las ventanas estaban tapiadas con tablones, pero aun así era un espacio pintoresco, alegre y luminoso, con un hule rojo de lunares sobre la mesa bajo una hilera de gruesas bombillas amarillas. El suelo era un damero de baldosas brillantadas y en las paredes había alacenas de pino pulido cuyos estantes se mantenían en precario equilibrio, atestados de tazas y platos sueltos, además de jarras y un surtido de chismes de diversa procedencia, todo de colores chillones que parecían pintados con lápices. Un enorme hervidor reposaba sobre una achaparrada cocina, esperando que lo usaran.

Ani acomodó con suavidad a Syl en una silla.

—¿Dónde estamos? —preguntó Syl y observó cómo el chico mayor ponía el hervidor al fuego, contaba con destreza las bolsitas de té que introducía en una olla de franjas verdes y luego vertía el agua hirviendo para cubrirlo todo seguidamente con una funda amarilla para mantener el calor.

Él la miró y, por primera vez, esbozó una verdadera sonrisa.

—Oh, vaya, has vuelto con nosotros. ¿Estás bien?

Ella asintió y le devolvió la sonrisa.

—¿Todos bien? —preguntó—. ¿Steven?

El chico más joven asintió y sonrió con malicia, como si quisiera subrayar lo estupendamente que se encontraba.

—¡Fue increíble! ¡Una pasada! —exclamó.

—¿Increíble? —dijo Ani volviéndose contra él—. ¡Tú sí que estás pasado, pero de vueltas!

La expresión del chico se ensombreció, se volvió y rebuscó en un armario donde encontró un paquete de galletas de avena y un azucarero, manteniendo su joven espalda erguida y orgullosa.

—Lo que tú digas —murmuró sin dirigirse a nadie en concreto, pero el mayor le dio una palmada afectuosa en el hombro antes de volverse hacia las chicas.

—A propósito, me llamo Paul —dijo sonriendo otra vez y tendiendo la mano, que retiró al instante para limpiársela y secársela en los vaqueros antes de ofrecérsela de nuevo.

—Syl —dijo Syl sin pensar, y la cálida mano del chico le estrechó la suya. Y entonces ella se dio cuenta de que acababa de meter la pata.

—¿Syl? —Él pareció desconcertado durante un momento, mientras le apretaba la mano con fuerza, y entonces dijo—: ¿el diminutivo de Sylvia?

—Sí, ésa soy yo —afirmó ella, obligándose a sonreír y esforzándose por parecer todo lo humana que podía—. Y ella es Ani.

—Annie —dijo Paul estrechando la mano de la aludida y saludándola con la cabeza—. Eso pega más. Cuando has dicho Syl, me sonó a nombre ilyrio. —Se rió secamente, y Syl y Ani se rieron también.

—Oh, y él es mi hermano Steven.

Todos se saludaron y luego se quedaron en silencio, mirándose con incomodidad; en sus manchadas caras las jóvenes ilyrias todavía llevaban puestas, sin ninguna lógica, las gafas. Ani parecía más ridícula que Syl; al menos las gafas de ésta podría ponérselas una persona normal un día como ése. Por el contrario, cualquiera diría que Ani iba camino de echarse en una tumbona y tomarse un cóctel.

—Aquí ya podéis quitaros las gafas —dijo Paul.

—¡No! —respondieron las chicas al unísono, y, en una explicación torrencial, Syl contó que Ani tenía un ojo mal a causa de las sustancias químicas de los productos para limpiar lavabos, y Ani dijo que Syl era bizca.

—¿Bizca? —preguntó Paul.

—Ajá —dijo Syl asintiendo, a la vez que le daba una patada a Ani por debajo de la mesa.

Paul y Steven se miraron confundidos; Paul se dio la vuelta para coger la tetera, les sirvió en unas tazas grandes y coloridas, y cargó la de Syl de azúcar «para la conmoción», antes de echar la leche. Ella dio un sorbo. Estaba dulzón, empalagoso hasta la náusea, pero se lo bebió y notó que el color volvía a sus mejillas y recuperaba

la vitalidad en sus fuertes huesos ilyrios.

—Y bien, ¿dónde estamos? —preguntó Ani, rompiendo el silencio que de nuevo se había abatido sobre ellos mientras masticaban las galletas.

—En un sitio —dijo Paul agitando vagamente la mano, y Steven dejó escapar una tos intencionada.

—¿Un sitio? Sí, ya veo.

Volvieron a callar. Syl observó a Paul, se fijó en cómo sostenía la taza con ambas manos, con los dedos entrelazados, delgados y fuertes, pero también vulnerables, como si intentara calentárselos aunque no hiciera frío. ¿Podían ser ésos los dedos de un terrorista, de un asesino? Tenía que averiguarlo.

—Paul —dijo y todos la miraron. El chico levantó una ceja y ella se mordió el labio nerviosa—. ¿Cómo sabías que iba a estallar una segunda bomba?

—No lo sabía —respondió él—. Sólo lo adiviné.

—¿Y cómo?

—Porque éste es mi hogar, Sylvia. Vivo aquí y así pretendo seguir, vivo, sin que me hagan volar por los aires. Eso es lo que a veces pasa con los atentados: una bomba explota y poco después explota otra. La primera atrae a los soldados y a los securitats que acuden a investigar, y la segunda los mata. Imaginé que posiblemente pasaría otra vez. Observo lo que me rodea. No he parado de observar desde que nací. ¿Es que tú no prestas atención a tu alrededor?

—Supongo —dijo, pero empezaba a darse cuenta de lo poco que sabía del exterior, del mundo que se extendía al otro lado de los muros del castillo.

Entonces cambió la expresión del chico, que entornó los ojos.

—¿Pensaste que había sido yo? ¿Crees que yo haría algo así, en un lugar donde podrían morir civiles?

—Bueno, no..., tal vez..., no lo sé. Después de todo, no te conozco, ¿no?

—Y yo no te conozco a ti —replicó él—, pero te hemos traído aquí, donde todos estaremos a salvo porque no somos como ellos, y porque es lo que hacemos. Nosotros somos humanos, no ilyrios. Nosotros nos mantenemos unidos. —El tono había cambiado. Había aparecido un matiz de suspicacia—. En esto estamos juntos, ¿no, Sylvia?

—¡Ella sólo preguntaba! —exclamó Ani, que se puso en pie irritada, recogió las tazas ruidosamente y las echó en el fregadero—. En cualquier caso, es hora de irnos.

—Sí, creo que sí..., Steven recoge un poco por aquí mientras yo llevo a estas dos de vuelta a la Milla. Nos vemos en un cuarto de hora, ¿vale?

Steven se encogió de hombros y miró dentro de su taza.

—Adiós —se despidió Ani secamente mientras seguía a Paul hasta la puerta.

—Gracias —dijo Syl, pero su voz sonó débil y aguda.

—Sí, salud —dijo Steven.

Al momento estaban de nuevo fuera, serpenteando y zigzagueando por las callejuelas, hasta el punto de que ella se preguntó si Paul intentaba confundirlas para

que no pudieran encontrar el camino de regreso al piso franco, porque si era eso lo que pretendía, lo había conseguido. Unas gruesas gotas empezaron a caer a su alrededor, Paul se subió el cuello del abrigo y aceleró el paso, sin decir palabra. Syl pensó que el chico estaba acostumbrado a rezagar a los demás, pero los ilyrios eran vigorosos y esbeltos por naturaleza, y ni siquiera a Ani, pese a sus piernas cortas, le costaba mantener el paso.

De repente, el chico se detuvo y señaló hacia delante.

—Id por ahí hasta el final, luego girad a la derecha y estaréis en la Milla, pero yo me mantendría alejado del castillo. Supongo que podréis encontrar el camino de vuelta a vuestra casa desde ahí.

Syl asintió, pero estaba prestando atención a otra cosa. Ani se encogió de hombros.

—Muy bien, gracias. Adiós —se despidió y se dio la vuelta para marcharse, pero Syl titubeó.

—Gracias, Paul —dijo y tendió una mano vacilante hacia él—. Y lo siento. Hoy me has salvado la vida, nos has salvado a las dos, y nunca lo olvidaré. De verdad, muchas gracias.

Él la miró fijamente y con calidez, y en las comisuras de los ojos volvieron a formársele unas arrugas cuando le cogió la mano, no como si se la estrechara formalmente, sino como un apretón amistoso.

—Bueno, sin duda ha sido interesante, Sylvia.

—Así es —dijo ella—. Buena suerte, Paul. —Entonces se dio la vuelta y se precipitó tras Ani.

—Hasta la vista, Syl —dijo.

Ella se volvió y se despidió con la mano y él agitó la suya. Syl no estaba segura, pero le dio la impresión de que él se estaba riendo.

Más tarde, Syl se asombraría de que hubieran sido capaces de volver sorteando tantas patrullas, tanto de militares como de diplomáticos, pero el caso es que pudieron hacerlo porque, en su ausencia, el pánico inicial alrededor del castillo se había mitigado y las cosas retornaban a la normalidad, como sucede en las ciudades que se han acostumbrado a la violencia.

Aparte del detalle sin importancia de que les hubieran salvado la vida, Syl se dio cuenta de que aquellos chicos también les habían hecho otro favor, porque, si no las hubieran llevado a un lugar seguro, a Ani y a ella seguramente las habría encontrado su propia gente y las habría acusado de haber salido del castillo sin autorización. Lo mejor que podría haberles pasado era que las arrastraran ante su padre, que las habría obligado a explicar qué hacían vagando por Edimburgo mientras explotaban bombas. ¡La habría castigado sin salir hasta cumplir los veintiuno!

Los ilyrios menores de dieciocho años no podían salir sin permiso más allá de los muros del castillo, o de las áreas controladas, aunque la mayoría de ellos interpretaba la norma en el sentido de que no podían ser *pillados* fuera de ciertas áreas sin pases. Syl no era la única que hacía habitualmente excursiones ilícitas; de otro modo, la vida habría sido muy aburrida. Aunque muchos de los militares hacían la vista gorda a esas escapadas, siempre que sus mandos no rondaran cerca, los securitats eran menos comprensivos, sobre todo si se trataba de hijos de militares: nunca desaprovechaban la oportunidad de hacerles la vida difícil a los soldados y a sus familias, y les habría encantado descubrir que tenían a la hija de Lord Andrus en sus manos, junto con una de sus amiguitas. Probablemente las habrían retenido toda la noche en una celda, sólo para hacérselo pasar mal a su padre, y luego las habrían exhibido ante él para que quedara como un idiota. Después de todo, si el gobernador era incapaz de controlar a su propia hija, ¿cómo iban a esperar que gobernase naciones? Así que Syl quería volver sin contratiempos al castillo, tanto por sí misma como por su padre.

Y tuvieron suerte, también, porque, justo cuando se acercaban al castillo, salieron un par de camiones militares y, detrás de ellos, Syl vislumbró al cabo Laris, que era lo más parecido a un amigo que tenía entre los guardias del castillo. Ella le había salvado de un severo castigo ese mismo año, cuando se había quedado dormido en su puesto una tranquila y húmeda noche de verano. Quiso la casualidad que Syl merodeara por el patio, incapaz de conciliar el sueño, y eso había evitado que el cabo acabara en un consejo de guerra porque ella le había despertado unos segundos antes



de que el capitán de la guardia del castillo hiciera la ronda.

Laris observó con semblante serio cómo Syl y Ani se quitaban los sombreros y las gafas, y pareció a punto de decirles algo, pero la mirada suplicante de Syl le indujo a morderse la lengua y les hizo un gesto para que entraran a la seguridad del castillo sin decir palabra. Pero Syl se fijó en que al otro lado de la calle una figura con uniforme negro y dorado se disponía a abordarlas antes de que un convoy se interpusiera y le impidiera seguir viéndolas. Incluso oculta bajo el casco, Syl estaba convencida de que había reconocido a Vena, la oficial superior de la Securitat en Escocia, tal vez en toda la isla. Vena no le tenía ningún aprecio a Syl, y su cercanía le dio a ésta más motivos aún para salir del patio y buscar un lugar más seguro.

Corrieron por el interior del castillo hasta el pequeño lavabo. Los pasillos estaban extrañamente vacíos, y Syl reparó en que no había humanos a la vista. Tras la explosión, el personal humano del castillo habría sido controlado y llevado a unas instalaciones de seguridad junto a los Nuevos Cuarteles. Era el protocolo habitual. Allí se les retendría hasta que estuviera claro que había pasado la amenaza y que ninguno de ellos había estado implicado de ninguna manera en los atentados.

Syl y Ani se cambiaron de ropa en el lavabo, adoptaron el aspecto más respetable que pudieron y luego corrieron a los aposentos de Syl. Allí se miraron la una a la otra durante un momento antes de estallar en risas histéricas de alivio.

—Guau —dijo Syl y abrazó a su amiga—. Menudo día de locos. ¿Se puede saber qué diablos ha pasado?

—Bueno, primero casi nos hacen saltar por los aires, pero dos chicos nos han salvado la vida —dijo Ani—. Luego hemos tomado el té con ellos. Y después, lo más asombroso de todo, está el pequeño detalle de que te hayas puesto a coquetear con un hu-ma-no de verdad.

—¡Yo no he coqueteado! —replicó Syl.

—Oh, claro que sí, y me parece que él también.

—¿Tú crees? —Syl no pudo evitar sentirse levemente complacida.

—Bueno, sí..., hasta que le dije que eras bizca.

La cabeza de Ani se inclinó con una risa burlona, pero contagiosa, y al momento Syl no pudo contener su propia risa.

—Eh —dijo Ani por fin—. Acabo de acordarme: feliz cumpleaños.

—Oh..., casi me olvido yo también. No me ha dado tiempo de comprarme el pastel, me muero de hambre.

—Ten —dijo Ani sacando lo que quedaba del paquete de galletas de avena de dentro de la bola que había hecho con el jersey y esbozando una sonrisa maliciosa.

—¿Nos salvan la vida y tú les robas las galletas? Eres malvada.

—Tómalo como un regalo de cumpleaños —dijo Ani—. No he tenido tiempo de comprarte nada, bueno, ni tiempo ni dinero. Mi padre me ha quitado la paga..., otra vez.

Cada vez que Syl creía que su padre estaba siendo injusto o excesivamente severo

con ella, se acordaba de Ani y Danis. Danis hacía que Lord Andrus pareciera blando como una nube de azúcar.

—Oh, no. ¿De qué te ha acusado ahora? —preguntó Syl.

—Me pilló fumando —respondió Ani.

—Oh, Ani. ¡Mira que haces tonterías!

Los ilyrios desconocían el tabaco hasta que llegaron a la Tierra. En Ilyr, todos los narcóticos estaban estrictamente controlados y, en cualquier caso, la mayoría de los ciudadanos los evitaba por razones de salud. Durante los primeros años de la invasión, los ilyrios habían intentado prohibir que se fumara, pero habían fracasado por completo. Ahora se toleraba el tabaco bajo en alquitrán para consumo humano. Los ilyrios tenían prohibido fumar, pero aun así algunos lo hacían, compraban el tabaco fuerte en el mercado negro aunque se sabía que lo controlaban delincuentes, muchos de los cuales pasaban información a la Resistencia.

Ani se encogió de hombros.

—Fue sólo un cigarrillo, y ni siquiera me hizo mucha gracia. Tuve mala suerte. Me había asomado a la ventana de mi habitación para fumar y para que el olor no quedara impregnado dentro, y el bueno de mi viejo pasaba casualmente por el Pabellón Central y miró hacia arriba, ya ves.

—¡Menuda pifiada! ¡Hasta el fondo!

—Me dijo que no podría fumar si no tenía dinero para comprar cigarrillos. Así que ahora no tengo ni para cerillas, ya no te digo pitillos.

—Pues menos mal que me gustan las galletas de avena —dijo Syl.

Se sentaron junto a la ventana y contemplaron la ciudad masticando las galletas en silencio. Parecía muy tranquila desde ahí arriba, y el cielo era de un azul intenso, pero para Syl la perspectiva había cambiado, cambiado para siempre ahora que habían estado tan cerca de la muerte en la ciudad a ras de suelo, ahora que habían huido con humanos, ahora que se habían escondido de los de su propia especie. Ani chasqueó la lengua y suspiró, porque sus pensamientos vagaban por los mismos derroteros.

—Me pregunto si ha habido heridos en la explosión —dijo Syl por fin—. La dueña de la cafetería parecía agradable. Nunca se ha negado a servirme, ni siquiera cuando no he ido disfrazada, y ya sabes cómo son algunos.

Ani asintió. Había locales en la ciudad donde hacían el vacío a los ilyrios que pretendían comprar algo o comer. No les servían, no les hablaban, los aceptaban en silencio hasta que ellos se rendían y salían dejando el establecimiento sólo para los humanos. Era ilegal, claro, y peligroso para los humanos implicados. Se sabe que la Securitat había detenido a gente que se negaba a relacionarse con ilyrios, aunque, en general, ese tipo de actitudes solían tolerarse de mala gana. Al menos, la resistencia pasiva era más digerible que los actos de violencia.

—A lo mejor no estaba allí —dijo Ani—. A lo mejor estaba cerrado.

Pero Syl no lo creía. La pequeña cafetería abría todo el día, seis días a la semana,

y la agradable propietaria estaba siempre detrás del mostrador. Se llamaba Frances. Llevaba el nombre bordado en el delantal.

Si Syl hubiera creído en un dios, habría rezado por el alma de Frances. Y habría dado las gracias por los humanos que habían acudido a rescatarlas.

—Mira —dijo Ani—, ahí fuera pasa algo.

Estaban echando del patio a los viandantes fortuitos y llegaban montones de miembros de la Securitat. Sólo eso ya era de por sí excepcional: Lord Andrus se había empeñado en mantener las actividades del día a día del castillo bajo control exclusivo de los militares, y entre ellas se incluía todo lo que tenía que ver con la seguridad. A la Securitat se le había permitido acantonar una pequeña guarnición en el Pabellón Inferior, y una base de mayores dimensiones junto a la Milla Real, pero no participaban en absoluto en la gestión de lo que ocurriese en el castillo. Syl nunca había visto tantos miembros de la policía de seguridad intramuros. Y sí, Vena los mandaba, con el casco bajo el brazo derecho. Las dos franjas plateadas e idénticas que corrían por encima de su oreja izquierda la distinguían, y gracias a ellas se la reconocía fácilmente. En privado, Lord Andrus la llamaba «Mofeta Plateada».

Cuando los de la Securitat tomaron posiciones alrededor de la plataforma de aterrizaje se intercambiaron empujones con la guardia militar normal, y se intuía que el enfrentamiento iba a pasar a mayores. Al instante apareció Peris, el capitán de la guardia del castillo. Fue directo hacia Vena y los dos oficiales se enzarzaron en una discusión. En un momento dado la cosa pareció que iba a estallar, porque Syl vio a Peris con la cara enrojecida, amenazando con el dedo a Vena. Como respuesta, Vena extrajo un documento del bolsillo de su chaqueta y se lo pasó al oficial. Peris lo leyó, se agitó y al final acabó aceptando la derrota. Hizo señas para que la guardia se retirara y dejara el patio en manos de la Securitat.

Una lanzadera se acercaba desde el norte. Estaba pintada de un rojo dorado, como si la hubiera atrapado la luz de un sol crepuscular, y tenía forma de tridente, con la púa central haciendo las veces de cabina y las laterales albergando los sistemas de propulsión. Exhibía los círculos negros entrelazados que servían de distintivo del Cuerpo Diplomático, pero dentro de los aros solapados había un solitario ojo rojo, una variante que Syl no había visto hasta entonces. La nave se cernió en las alturas sobre la plataforma de aterrizaje, pero no descendió. A pesar de que las ventanas eran oscuras, Syl notó que las presencias que había tras ellas estaban mirando el patio y el castillo. La nave le parecía hermosa y perturbadora a la vez, como una elegante arma que aguardara a ser disparada.

Vena se llevó un dedo a la oreja derecha y activó un diminuto comunicador. Escuchó un instante, levantó una mano y llamó a dos guardias. Siguieron más conversaciones. La nave roja seguía a la espera. Los guardias volvieron corriendo al castillo y al cabo de unos segundos un lienzo blanco empezó a desplegarse como una bóveda por el patio. Era el dispositivo de cobertura que se utilizaba para proteger a huéspedes importantes cuando llovía, pero el caso es que había dejado de llover.

Parecía que quienquiera que fuese el que llegara en aquella nave tridente simplemente no quería exponerse a las miradas curiosas, sin embargo, el lienzo era lo bastante fino como para que se transparentaran las formas y los colores, aunque no se pudieran distinguir los rostros.

Vena se colocó delante de la bóveda y caminó bajo ella a medida que se desplegaba, de manera que, paso a paso, fue saliendo del campo de visión de Syl. Sólo cuando la protección estuvo completamente desplegada la nave inició el descenso y el piloto aterrizó en el lugar preciso para que la puerta de la cabina quedara oculta por el lienzo.

Los motores se apagaron. Todo quedó en silencio durante un instante. Syl se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. ¿Dónde estaba su padre?, se preguntó. A todas luces, en la nave venía alguien importante y su padre solía recibir en persona a los dignatarios de visita. Era un gesto de respeto, tanto por su parte como por la de los invitados. Así pues, o este que llegaba era alguien al que quería desairar calculadamente con su ausencia —un gesto tan poco propio de su padre que le parecía impensable— o bien no había tenido noticia de la inminente llegada de la nave, lo cual resultaba todavía más extraño si cabe. Pero Vena sí estaba informada, y fuera cual fuese la autoridad a la que había recurrido para expulsar del patio a los hombres de su padre debía de ser muy especial, porque sólo Andrus tenía la potestad de reemplazar a su propia guardia.

Syl podía distinguir la figura de Vena a través del lienzo: una mancha de oscuridad recortada contra la blancura. Y también veía el contorno de la puerta de la cabina, que, al abrirse, pasó del rojo al negro. Emergieron unas figuras: dos soldados con armas seguidos de tres cuerpos con túnicas, dos de color amarillo claro y una de blanco; y por último emergió una sexta figura, una forma alta y casi triangular, con una túnica de un rojo oscuro e intenso. El exquisito tejido proyectaba un débil resplandor por el interior del lienzo, un resplandor que bailaba sobre las ondas que causaba la brisa cuando los recién llegados recorrieron el patio. Encabezados por Vena, los visitantes ocultos entraron en la Residencia del gobernador.

Syl sintió que Ani se estremecía a su lado.

—¿Qué es esto?, ¿qué está pasando?

—No lo sé —respondió Ani—. Es sólo una sensación. Una sensación muy rara. Quienquiera que venga en esa nave me da mala espina, tengo un mal presagio, muy malo...

Habían transcurrido varias horas desde los atentados cuando los dos jóvenes consiguieron entrar sin ser vistos en la tienda de Knutter, un pequeño supermercado donde también se vendía prensa, en South Bridge. Paul le dio la vuelta al rótulo de la ventana para que desde fuera se leyera CERRADO, echó el pestillo y bajó la persiana de lona para que nadie viera el interior.

—Llegáis tarde —dijo Knutter—, estaba preocupado.

A sus espaldas, la gente lo llamaba Knutter «el Cabeza Dura» tanto por sus malas pulgas como por su propensión a noquear a aquellos que le irritaban utilizando su protuberante frente o su coronilla cubierta de cicatrices para romperles la nariz, una táctica conocida como «propinar cabezazos» o, en la región, dar «besos de Glasgow». Llevaba la cabeza afeitada y los antebrazos adornados con tatuajes de tréboles y el escudo del Celtic de Glasgow, aunque había nacido en Edimburgo y la tienda había pertenecido a su familia desde hacía generaciones.

—Estamos bien —dijo Paul—, pero nos pillaron cerca las explosiones de las bombas.

Se acercó a la nevera, sacó dos botellas de agua y le lanzó una a su hermano. Knutter frunció el ceño. Los chicos dieron un largo trago para aclararse la garganta y, cuando acabaron, Knutter extendió la mano para que le pagaran. Era ese tipo de persona.

—¿Visteis heridos? —preguntó después de que le hubieran pagado y guardase el dinero en la caja registradora. Knutter no había salido de la tienda en toda la tarde, ni siquiera después de las explosiones. No le competía a él ayudar a las víctimas, no si corría el riesgo de que lo detuvieran los de la Securitat. En cualquier caso, le habían ordenado que esperara a los chicos, y eso fue lo que hizo.

—Yo diría que la mayoría de los muertos eran ilyrios —dijo Paul—, pero dos chicas nos contaron que la primera explosión podría haber sido en la cafetería de MacBride. La segunda se cargó a la mitad de la unidad de respuesta ilyria, creo.

—Conozco a los MacBride —dijo Knutter—. Son buena gente.

Hizo una mueca pensando en lo que Paul acababa de contarle.

—¿Quiénes eran las dos chicas?

—Sólo chicas.

—¿Os vieron la cara?

Paul se encogió de hombros.

—¿Y qué pasa si las detiene alguna patrulla? Podrán describirnos.

—¿Y qué? —dijo Steven—. No éramos los únicos que andábamos por allí. Eso no nos convierte en culpables de algo.

—Eres un niño estúpido —le respondió Knutter—. La Securitat cree que todo el mundo es culpable. Aunque no lo seas, te torturarán hasta que acabes confesando lo primero que se te ocurra, sólo para poner fin al dolor.

—Déjalo tranquilo, Knutter —dijo Paul—. Él tiene razón. Sólo eran unas chicas cualesquiera, y están en deuda con nosotros. Si no fuera por mí y por Steven, a estas alturas creo que sus pedazos estarían esparcidos por toda la Milla Real. Poco faltó para que se precipitaran de cabeza a la segunda explosión.

Knutter murmuró algo para sí. Por delante de la tienda pasó un transporte de tropas ilyrio y los tres se apartaron rápidamente de la entrada.

—Entonces, ¿fue nuestro grupo el que puso las bombas? —preguntó Knutter.

—Es posible —contestó Paul dándose unos golpecitos en la nariz como si se tratara de un secreto impronunciable. Como respuesta, Knutter también se toqueteó la nariz y guiñó un ojo.

En realidad, Paul no tenía ni idea de quién había sido el responsable de los atentados. Seguramente le habrían informado con antelación si se hubiera estado planeando hacer algo en la Milla Real, ¿no? Después de todo, la Resistencia los había enviado, a él y a Steven, a investigar los túneles, así que sus jefes estaban al tanto de que había miembros activos en el área. Además, la Resistencia no ponía grandes artefactos explosivos en zonas civiles. Se corrían demasiados riesgos de matar a humanos. No, algo no encajaba.

Pero las dos bombas, que habían estallado una detrás de la otra, se ajustaban a cierto patrón, como les había explicado a las chicas: la primera atraía a las unidades de respuesta de emergencia, a los militares y a los securitats, y la segunda se los llevaba por delante. Había comandos de la Resistencia especializados en explosivos que trabajaban de ese modo, pero no era lo habitual en el interior de ciudades, y menos aún donde podrían causar víctimas humanas.

Paul miró por la abigarrada tienda de Knutter y se le escapó un sentido suspiro.

—¿No deberíamos cancelar la misión? —dijo Knutter.

—No —respondió Paul—. Seguimos con lo previsto. Con un poco de suerte, los ilyrios estarán ocupadísimos revisando los escombros de la Milla.

Miró a su hermano, que asintió.

—Estoy listo —dijo.

Paul se volvió hacia Knutter.

—Bien, más vale que nos enseñes el camino.

Knutter condujo a Paul y a Steven a la trastienda. Desde allí bajaron por unas toscas escaleras hasta el sótano.

—Birdoswald —dijo Knutter—. Ojalá hubiera estado allí. Fue una operación de primera.

Paul asintió como si estuviera de acuerdo, pero no dijo nada. Primero Birdoswald y ahora bombas en la Milla Real. Parecía que alguien quisiera dejar sin trabajo a la Resistencia.

Estaban en el sótano, bajo una débil mancha de luz trémula, y Knutter empezó a apartar cajas hasta que dejó al descubierto una estantería oxidada.

—¿Veis? —dijo.

No, no veían, y el hombretón se rió tontamente como un niño.

—Bueno, claro que no, cómo vais a ver.

Con un guiño melodramático a ambos hermanos, soltó los cierres que sujetaban la estantería a la pared y la deslizó hacia delante sobre unas ruedecillas ocultas. Detrás había una lámina de madera contrachapada pintada a juego con los ladrillos, que Knutter apartó para descubrir una entrada lo bastante amplia para que pasase un hombre sin agacharse. El interior olía a humedad, y cuando Knutter encendió una linterna dentro, Steven y Paul oyeron una rata que se escabullía buscando el refugio de las tinieblas. La luz iluminó una sala con un techo curvo.

—¿Veis ahí? —preguntó Knutter señalando a la base de la pared del fondo. Steven y Paul entornaron los ojos y vieron que el cemento que mantenía unidos los ladrillos en aquella zona parecía más reciente que en el resto de la pared—. Llevo estas últimas noches trabajando ahí, he estado quitando ladrillos hasta que he podido abrir un agujero lo bastante grande para pasar. Luego los he vuelto a colocar sobre un soporte metálico, de manera que toda la sección puede sacarse y ponerse de nuevo con facilidad. Es un trabajo limpio. No lo veríais si no lo buscarais.

—Genial —dijo Steven con toda sinceridad.

—¿Y lleva directamente al nuevo túnel? —preguntó Paul.

—Casi. Todavía no sé cómo pudieron excavarlo de forma tan silenciosa. A ver, pasa justo por debajo de mi tienda y ni me habría enterado si no hubiera estado aquí abajo y hubiera oído farfullar a esos sapos.

Paul miró a su hermano.

—¿Estás listo?

Steven asintió y ambos se quitaron los gruesos abrigos dejando al descubierto los cuchillos cortos y afilados que ocultaban debajo. Esos cuchillos eran las únicas armas que habían llevado al centro de la ciudad, porque si te detenían en las calles con un arma de fuego te mandaban sin más a los Batallones de Castigo. Los batallones, formados por los que habían sido declarados culpables de actividades terroristas u otros delitos graves contra los ilyrios, eran enviados habitualmente a trabajar y luchar en los mundos más hostiles. La esperanza de vida de quienes eran destinados a ellos se contaba en semanas y meses, por no decir en días.

Paul y Steven se sujetaron unas linternas LED a la frente y se arrodillaron para ayudar a Knutter a retirar la sección de la pared.

Más allá sólo había oscuridad.

Paul comprobó la hora. Respiró hondo. El aire del otro lado olía a rancio, pero allí

había algo más, algo turbio. Knutter le entregó una pistola Glock.

—Sólo por si acaso —dijo—. Y la quiero de vuelta.

Paul cogió el arma sin vacilar.

—Muy bien —dijo—. Hagámoslo de una vez.



Syl percibió la nueva tensión que se respiraba por los pasillos mientras los recorría con Ani intentando averiguar qué estaba pasando. Aparte de los militares de su padre, se veían más securitats, y ambas fuerzas mantenían discretamente las distancias con cierta hostilidad. En dos ocasiones fueron detenidas por miembros de la Securitat que les preguntaron adónde iban y por qué, y sólo la intervención de los miembros de la guardia de su padre impidió que se produjera una situación embarazosa. Los securitats intentaban poner el castillo bajo régimen de aislamiento, por motivos de seguridad, y los militares se oponían por principios. La situación en el castillo había cambiado y, aunque en parte podría tener algo que ver con los atentados, era también obvio que estaba relacionada con la nave roja que esperaba, hermosa y siniestra, en el patio. Rupe, un sargento de la guardia del castillo, estaba aconsejando a Ani y a Syl que volvieran a sus aposentos tras el segundo encuentro con los securitats cuando apareció un ilyrio con un traje negro con un ribete dorado en el cuello y observó su conversación con mirada seria y severa. Era alarmantemente delgado, llevaba el pelo moreno muy corto y su piel tenía un matiz amarillento enfermizo y descolorido. Hacía pensar en una espada envainada aguardando a que la usaran.

Sedulus.

Syl conocía su nombre y su reputación, aunque por suerte nunca habían tenido motivos para hablar. Sedulus era el jefe del Directorio de Seguridad para todo el norte de Europa, uno de los oficiales más poderosos de la Securitat en la Tierra. A su padre, ella lo sabía, le desagradaba profundamente, y Sedulus le profesaba el mismo desprecio. Éste rara vez venía a Edimburgo y prefería quedarse en su propio cuartel general en la fortaleza de Akershus de Oslo, en Noruega, un edificio que en el pasado habían ocupado los nazis. Al padre de Syl ese detalle le parecía muy sintomático.

Syl vio, no sin alarma, que, además de Sedulus, también estaba Vena. Había oído rumores de que Sedulus y Vena eran amantes, aunque le costaba creer que pudiera existir nada parecido al amor en una relación entre aquellos dos. Ambos se aproximaron a su pequeño grupo. Instintivamente, Rupe se situó delante de Syl y Ani como si quisiera protegerlas de los de la Securitat.

—Apártese, sargento —dijo Vena.

—¿Puedo saber por qué? —respondió Rupe.

—Porque soy su oficial superior, y si no obedece mis órdenes, haré que lo metan

en una celda.

—Con el debido respeto, señora —dijo Rupe poniendo tanto sarcasmo en sus palabras que a Syl no le cupo duda de que quería provocar a Vena para que intentara detenerle—, ésta es una base de operaciones militar y yo respondo ante el Lord gobernador. Puede coger sus órdenes y metérselas donde no les dé el sol, si me permite la expresión.

Syl vio que Vena hacía gesto de sacar la pistola que llevaba en el cinturón, pero Sedulus le puso la mano sobre el brazo y ella se quedó inmóvil.

—No buscamos bronca, sargento —dijo Sedulus. Tenía una voz melosa, pero a ella asomaban agujijones de abejas que no zumbaban muy lejos—. La mayor Vena sólo quería asegurarse de que estas jóvenes damas estaban sanas y salvas después de los recientes sucesos.

—¿Por qué no iban a estarlo? —cuestionó Rupe.

—La mayor Vena tiene la impresión de que la hija del gobernador y su amiga podrían haberse hallado fuera de los muros del castillo cuando explotaron las bombas. Si así fuera, sería conveniente que mis oficiales tuvieran la ocasión de interrogarlas, sólo por si han visto algo mientras estaban al otro lado, por así decirlo.

Sonrió. Al hacerlo, sus labios no encajaban bien y se veía entre ellos una rendija de dientes blancos. Le hacía parecer hambriento.

—La mayor debe de haberse confundido —dijo Syl—. No estábamos fuera.

—Os vi en el patio —dijo Vena.

—Oh, sí, estábamos en el patio —dijo Syl—, pero eso todavía no es ilegal, ¿verdad que no?

Miró a Ani. Ésta se encogió de hombros con gesto inocente.

—Me parece que no, pero creo que a la mayor le gustaría ilegalizarlo.

—Ibais cubiertas de polvo —replicó Vena.

—Estábamos mirando los camiones —dijo Syl—. Queríamos saber qué estaba pasando. Supongo que debimos de ensuciarnos al ponernos tan cerca.

Vena hizo una mueca frunciendo el ceño. Su mirada se fijó en los vaqueros ceñidos de Ani, las zapatillas deportivas plateadas y el jersey de talla demasiado grande que le dejaba el hombro al descubierto y revelaba un curioso tatuaje de un pájaro con alas de mariposa. Las franjas plateadas que lucía Vena en el cráneo indicaban que le gustaba expresar su propia personalidad, pero que no aprobaba que los demás hicieran lo mismo, sobre todo las princesitas malcriadas de sus antagonistas militares.

—Vistes como una furcia humana —dijo Vena.

—Mejor que vestirme como una furcia de la Securitat —contestó Ani. Habló sin pensar, y Syl vio que se arrepintió al instante de sus palabras, pero era típico de Ani soltar lo primero que se le pasara por la cabeza y sólo pensar en las consecuencias más tarde.

Los ojos de Vena se ensombrecieron. Una lengua rosa pálida asomó entre sus

labios, como una serpiente que tanteara antes de morder.

—Ándate con cuidado, pajarito —dijo—, o puede que tenga que arrancarte las alas.

Incluso Sedulus pareció comprender que nada bueno sacarían de continuar esa conversación.

—Bien —dijo—, creo que eso responde a nuestras preguntas por el momento, ¿no?

Vena no parecía haber obtenido las respuestas que buscaba y le habría encantado proseguir el interrogatorio en algún lugar más tranquilo y privado, pero captó la indirecta.

—Si usted se da por satisfecho, señor, yo también —declaró.

—En ese caso, dejemos que la encantadora hija del gobernador y su no menos preciosa amiga sigan con sus cosas —dijo Sedulus—. Gracias por su colaboración, sargento...

—Rupe —respondió el sargento.

—Rupe —repitió Sedulus—. Recordaré ese nombre. Un servidor tan leal al gobernador merece ser adecuadamente recompensado, y lo será, cuando llegue la hora.

Sedulus y Vena se retiraron, al menos por el momento. Rupe dejó escapar un breve suspiro de alivio.

—Gracias, sargento —dijo Syl—. Espero que no le hayamos metido en un lío.

Aunque sospechaba que sí. Sedulus tenía buena memoria y a Vena no le hacía gracia que le llevaran la contraria.

—Si me han metido en un brete, habría merecido la pena sólo por ver la cara que ha puesto esa zorra, disculpen la expresión.

—¿Puede decirnos qué está pasando? —preguntó Ani—. Nadie parece saberlo, o nadie quiere explicárnoslo.

—Lo único que sé es que tenemos visitantes de fuera del planeta —dijo Rupe—. Visitantes inesperados, y a su padre no le ha hecho ninguna gracia. —Bajó la voz—. No podría asegurarlo, pero he oído que entre los que han venido está el gran cónsul Gradus.

Eso sí era una novedad. Gradus no había visitado la Tierra hasta ese momento, y en circunstancias normales se habría presentado con toda la pompa y ceremonia y no en una pequeña nave un día húmedo en un Edimburgo que acababa de sufrir atentados.

—Bien —concluyó Rupe—, como estaba diciendo, si yo fuera ustedes buscaría algún lugar acogedor y tranquilo y esperaría a que pasara todo. Los securitats no sienten ninguna simpatía por nadie, salvo por los suyos, claro, y puede que yo no esté cerca para protegerlas la próxima vez. Vamos, váyanse ya.

Ellas se marcharon, pero sólo hasta la siguiente esquina. Cuando estuvieron seguras de que Rupe había desaparecido, Syl se detuvo.

—¿Qué pasa? —dijo Ani.

—¿Te apetece escuchar a escondidas? —preguntó Syl.

—¿El qué?

—Lo que sea que vaya a pasar.

Ani pareció vacilar.

—Creo que ya hemos tenido bastantes movidas por un día, ¿no? Quiero decir, nos hemos escapado del castillo y hemos tenido que volver a hurtadillas, casi nos hacen saltar por los aires dos veces, hemos tomado té y galletas con el enemigo y nos las hemos apañado para cabrear al jefe de la policía secreta y a su repugnante marioneta.

—Anda, hazme el favor —dijo Syl—. Es mi cumpleaños.

—¿Adónde vamos?

—Al Gran Salón.

Ani simuló que fruncía el ceño y se rió.

—Muy bien, pero nos vamos en cuanto nos entre el sueño. Que ya verás como será un peñazo.

—Perfecto —dijo Syl, pero tenía la sospecha de que la reunión no iba a ser precisamente aburrida.

Paul y Steven estaban en las alcantarillas. Paul las había recorrido otras veces. Las alcantarillas habían proporcionado un medio para transportar armas por toda la ciudad —e incluso una vía para huir de las patrullas—, pero los ilyrios lo habían descubierto y habían colocado sensores de movimiento a lo largo de las rutas que la Resistencia utilizaba con más frecuencia; sensores de movimiento y minas antipersonales infrasónicas de carga mínima capaces de matar a una persona sin dañar la red de alcantarillado.

Por eso ahora la Resistencia procuraba evitarlas; no tenían tiempo para hacer un barrido a fondo en busca de sensores y minas, y sólo en los casos más desesperados volvían a introducirse bajo tierra. Paul había visto lo que les pasaba a las entrañas de los soldados de la Resistencia alcanzados por las minas infrasónicas. No era agradable e intentó quitarse esas imágenes de la cabeza mientras su hermano y él avanzaban torpemente entre la porquería de la ciudad. Lo único que le tranquilizaba era saber que no parecía probable que los ilyrios colocaran minas en zonas que utilizaban sus propias tropas. Siempre y cuando lo que había oído Knutter no fueran imaginaciones suyas deberían considerarse a salvo.

—¿Por dónde? —preguntó Steven.

—A la izquierda —dijo Paul.

—¿Por qué a la izquierda?

—¿Por qué no?, ¿prefieres que cada uno vaya por su lado?

Steven negó con la cabeza. No le gustaba moverse bajo tierra y el túnel ya le estaba dando escalofríos. Aunque había bombillas a intervalos irregulares a lo largo de todo aquel trecho —otra señal de que los ilyrios usaban las alcantarillas—, sólo les proporcionaban una iluminación muy tenue y había grandes charcos de oscuridad entre cada punto de luz.

Paul miró a su hermano menor con una admiración mal disimulada. Steven era sólo un niño, aunque también lo eran muchos de los miembros más valientes de la Resistencia. Los ilyrios tendían a vigilar con más rigor a los adultos y a los adolescentes mayores, no a los niños. Incluso en los mejores tiempos, los pequeños eran difíciles de controlar. Por las calles de Edimburgo iban niños con armas y explosivos de plástico ocultos en sus mochilas escolares. No era lo que ningún padre habría querido para sus hijos, pero había una guerra en marcha. Steven era más valiente que la mayoría de sus colegas, pero siempre sería el hermano pequeño de

Paul, y Paul intentaba protegerle lo mejor que sabía.

—Ya me lo parecía —dijo Paul—. Ahora con sigilo.

Se encaminaron juntos hacia el sur, aferrando los cuchillos en los puños. Las linternas que llevaban en las cabezas proyectaban sombras confusas sobre las paredes del túnel, que les sobresaltaba, así que optaron por apagarlas y confiar únicamente en sus propios ojos y la luz de las paredes.

Paul llevaba un podómetro sujeto a la cadera y comprobaba la distancia recorrida a medida que avanzaban, comparándola con el mapa que sostenía en la mano. El túnel parecía pasar por debajo del South Bridge y Nicholson Street, y luego giraba hacia el nordeste en Lutton Place dirigiéndose hacia Queen's Drive y las Salisbury Craggs. Al acercarse a las Craggs les llegó un hedor que fue metiéndoseles en la nariz y Steven tuvo que esforzarse para no hacer ruido a causa de las arcadas que le entraron. Era olor a quemado, o a algo peor.

—El crematorio —dijo Paul—. Debemos de estar cerca.

Los ilyrios habían declarado práctica insalubre los entierros en las grandes zonas urbanas, y habían decretado que los restos de todos los humanos fallecidos en Edimburgo fueran incinerados en un crematorio central construido a tal fin al este de Queen's Drive. La orden había causado cierta consternación, pero no tanto como habría cabido esperar, pues las incineraciones habían empezado a superar a los enterramientos ya antes de la llegada de los invasores. La gente simplemente se tomaba a mal que le dijeran lo que tenía que hacer, aunque fuera algo que ya hacía por voluntad propia. Ésa era la razón última de su oposición.

Llegaron a una bifurcación en el túnel, y a su derecha descubrieron una pared desmoronada. Habían quitado los ladrillos y colocado unas vigas de soporte para que no se viniera abajo del todo. Paul y Steven se aproximaron para mirar de cerca y vieron que alguien había abierto un agujero en la pared de la alcantarilla. Un trecho de tubería, de poco más de cuatro metros de largo y lo bastante amplio para que un hombre se desplazara por dentro a gatas, conectaba la alcantarilla con otro túnel, mejor iluminado, que se abría al otro extremo.

—Quédate aquí —le dijo Paul a Steven.

Se metió en la tubería y se arrastró apoyándose en los codos, haciendo el menor ruido posible, hasta que llegó a la otra punta. Le temblaban las manos, pero intentó conservar la calma mientras escuchaba por si oía algún ruido al otro lado antes de arriesgarse a echar un rápido vistazo.

El túnel era perfectamente circular, con bloques de goma colocados a lo largo del suelo para ofrecer puntos de agarre. A Paul le sorprendió que los ilyrios hubieran podido construirlo sin que nadie se diera cuenta, hasta que recordó que le habían hablado de unos láseres gigantes que a veces utilizaban para abrir túneles a través de las montañas para construir nuevas carreteras u ocultar sus bases militares. Sí, pensó, uno de esos láseres, si lo montaban bajo tierra, serviría para hacer el trabajo, y eso explicaría por qué las paredes del túnel eran tan lisas. Los ilyrios sencillamente se

habrían abierto paso perforando con los rayos el subsuelo de la ciudad.

A su derecha, el túnel llegaba a su fin en una mancha de oscuridad. Allí había almacenada alguna maquinaria. A su izquierda, el túnel se cruzaba con otro de tamaño y uniformidad similares.

Se puso de espaldas, boca arriba, deslizó casi toda la parte superior de su cuerpo fuera de la tubería, luego se aferró con fuerza a los lados y se dejó caer en el túnel. Vio a Steven en la otra punta, esperando que le mandara reunirse con él.

—Vamos —le dijo.

Steven trepó rápidamente a la tubería y Paul le ayudó a salir en el otro extremo. En ese momento oyeron los gorgoteos de galateanos comunicándose entre sí, y Paul arrastró a su hermano hacia las sombras, donde se fundieron con los montones de maquinaria y plástico. Paul se sacó el arma de Knutter de debajo de la chaqueta. Si tenían que pelear para salir de allí, lo harían. Si las cosas se ponían muy feas, esperaba retener a los sapos mientras Steven escapaba, pero rogaba que la situación no llegara tan lejos, tanto por sí mismo como porque sabía que le costaría mucho convencer a su hermano menor para que se fuera sin él.

En la boca de la cripta apareció un galateano. Se detuvo en un charco de luz y miró por el túnel hacia las sombras, donde los chicos se habían pegado todo lo que podían a la pared. Steven contuvo el aliento, temiendo que si aspiraba, aunque sólo fuera una molécula más de la pestilencia del túnel, vomitaría.

El galateano siguió su camino. Tras él apareció una sucesión de plataformas flotantes de las que utilizaban los ilyrios para transportar objetos pesados. A su lado caminaban varios agrones, la raza esclava que se encargaba de los trabajos más sucios de los ilyrios. Los agrones no medían más de metro y medio, pero tenían la parte superior del cuerpo hipertrofiada y eran increíblemente fuertes. Tenían la cabeza lampiña y la cara arrugada como los perros shar pei. Vigilaban el avance de las plataformas, asegurándose de que no se golpearan contra las paredes. Cada plataforma transportaba una carga de contornos irregulares, cubierta por una lona. Steven y Paul habían visto pasar cuatro de ellas cuando apareció la quinta y última. Ésta daba problemas a los agrones, avanzaba con más dificultades que las demás. Cuando estaba en mitad del cruce, empezaron a saltar chispas desde el panel de control y la plataforma se inclinó hasta caer al suelo. Los dos agrones que iban a un costado dieron rápidamente un paso a un lado para evitar que los aplastara. Una de las fijaciones que mantenía la lona en su sitio se soltó con brusquedad y ésta se cayó por la derecha desvelando lo que había debajo.

Steven sintió que su hermano mayor se encogía a su lado. Él se mordió el labio para reprimir un grito involuntario y contuvo una arcada para no vomitar.

Cinco cadáveres se amontonaban sobre la superficie metálica: tres hombres, una mujer y un chico que parecía sólo un poco más joven que Steven. Todos estaban desnudos y su piel exhibía ya señales de decoloración y descomposición, porque además de la incineración obligatoria de los cuerpos en las veinticuatro horas

siguientes a su deceso, los ilyrios también habían prohibido el uso de sustancias conservantes en los cadáveres por razones medioambientales. Como poco, eso animaba a los familiares de los difuntos a abordar la cuestión de su eliminación cuanto antes.

Siguiendo instrucciones de los sapos, los agrones descargaron los cadáveres de la plataforma averiada y los distribuyeron como mejor pudieron entre las demás, moviendo los cuerpos con brusquedad para hacer sitio.

Y entonces, para espanto de los chicos, uno de los cuerpos se movió. Era la mujer. Volvió la cabeza y emitió un débil gemido. Tenía el pelo moreno y le caía sobre la cabeza, tapándole la mayor parte, pero Paul pudo ver un ojo abierto presa del pánico. La mujer parecía mirarle directamente. Empezó a gritar, sin parar, y el sonido se repetía como un eco por el túnel hasta que uno de los galateanos se puso delante de ella, impidiendo la visión de los chicos. Sacó un arma de pulso, la cargó y disparó.

Los chillidos cesaron.

La pequeña procesión reanudó la marcha; pero no hacia el crematorio sino alejándose de él, en dirección a la base de lanzaderas ubicada bajo la colina denominada Arthur's Seat.

En cuanto todo volvió a quedarse en silencio, Paul soltó a Steven y dejó que su hermano vomitara.

—¿Estás bien? —preguntó cuando cesaron las arcadas de Steven.

Éste asintió y se irguió avergonzado, enjugándose hilos de vómito de los labios.

—Estaba viva. Esa mujer estaba viva.

—Sí.

—Y entonces la mataron.

—Sí.

—¿Qué estaban haciendo con esos cuerpos, con esa gente?

—No lo sé. No iban a incinerarlos, eso está claro. Salgamos de aquí. Tenemos que informar de lo que hemos visto, y necesito aire fresco.

Los dos jóvenes volvieron a trepar hasta la tubería y emprendieron el camino de vuelta a la seguridad.

Knutter arrugó la nariz cuando reaparecieron en la tienda.

—No habéis estado dentro mucho rato —dijo—; pero aun así apestaís. ¿Tienes mi arma?

Paul le devolvió el arma; Knutter se la metió en el cinturón.

—¿Habéis descubierto qué hacen?

Steven no dijo nada. Estaba aprendiendo a mantener la boca cerrada cuando alguien hacía una pregunta, dejando que Paul diera las respuestas. Ahora observaba con atención a su hermano, esperando a ver qué decía.

—No del todo —dijo Paul.



—¿Qué quieres decir? —preguntó Knutter—. He corrido mucho riesgo llevándoos ahí abajo y haciendo ese agujero en la pared. No vais a tener otra oportunidad como ésta, ya lo sabéis, a no ser que alguien ponga otra bomba en la Milla Real. ¿Qué habéis visto? —Se movió hacia Paul con las manos levantadas—. Dímelo, pequeño engreído...

Paul se movió rápido. En un abrir y cerrar de ojos había dejado de limpiarse las botas con un periódico y estaba pegado a Knutter, apretando el cuchillo contra su garganta.

—Tendrías que cuidar tus modales —dijo Paul—. Te contaré lo que necesites saber, nada más. Así es como sobrevivimos. ¿Lo entiendes?

Knutter intentó tragar, pero la nuez se le atascó en el filo del cuchillo.

—Sí —gruñó.

—En ese caso, nos vamos —dijo Paul.

Bajó la hoja afilada y Knutter se frotó la garganta con incomodidad.

—Yo sólo preguntaba —dijo.

—Lo sé —dijo Paul.

Ahora se arrepentía de haber utilizado el cuchillo contra Knutter. Tenía que aprender a controlar sus prontos; no sería sensato dejar a aquel hombre irritado. La gente irritada comete estupideces.

—Escucha, lo siento —dijo—. Cualquier segundo que se pase ahí abajo es un segundo de más, entiéndelo.

—Sí, bueno —dijo Knutter—. No deberías amenazar con cuchillos a los amigos. Me has pillado por sorpresa, eso es.

—Le diré a la gente que tenga que saberlo que hoy lo has hecho muy bien —dijo Paul—; nos has ayudado mucho.

Knutter les acompañó a la puerta. Cuando comprobó que el camino estaba despejado, les dejó salir, y Paul y Steven se encaminaron a casa.

—Tendrías que haberte quedado con su arma hasta estar seguro de tenerlo controlado —dijo Steven.

—Knutter es un buen tipo —comentó Paul—; lo que pasa es que a veces se olvida de las normas.

Steven asintió. Caminaron durante un rato.

—¿Puedo tener un arma? —preguntó Steven.

A Paul le invadió una inmensa tristeza mientras cruzaban Princes Street. Sólo un paso muy corto separaba llevar un arma de usarla, y todavía más corto de acabar abatido por otra. Sabía que no podía mantener a Steven a salvo para siempre, pero todavía quería protegerle aunque sólo fuera un poco más.

—Tal vez algún día —dijo—. Tal vez.

Como el resto de su especie, el agrón que volvió a reparar y recuperar la

plataforma averiada tenía mala vista, y no era demasiado inteligente. Pero estaba dotado de un agudo sentido del olfato e incluso entre los diversos olores del túnel detectó el hedor agrisado de vómito humano. Siguiendo su olfato, se movió en la oscuridad del túnel hasta que encontró la fuente de la que procedía el olor, todavía reciente.

Al cabo de unos segundos había dado la alarma.

Evitando los pasillos principales y tomando los pasajes que conectaban el antiguo edificio del Monumento a los Caídos de Escocia y el Palacio Real, y deteniéndose a escuchar en cada esquina para asegurarse de que el camino estaba despejado antes de avanzar, Syl y Ani consiguieron llegar sin llamar la atención a la sala contigua al Gran Salón.

—Antes de saltarme la clase para buscarte, Daren le preguntó a Toris sobre la guerra civil —susurró Ani mientras ayudaba a Syl a mover el inmenso armario que ocultaba la entrada al escondrijo de la mirilla. Syl había descubierto el pestillo que permitía que el armario de madera resbalara sobre el suelo y dejara el espacio justo para deslizarse a un lado. Sin abrir ese pestillo, el armario pesaba tanto que se requerirían muchos hombres para moverlo.

—¿De verdad? —preguntó Syl—. Seguro que Toris no le hizo ningún caso.

A Daren le divertía burlarse de Toris casi tanto como a Ani. El pobre Daren estaba loco por Ani, pensaba Syl, y siempre hacía lo que ella decía, pero Ani no parecía sentir el menor interés por él, aunque el chico se habría amputado una mano de buena gana si ella se lo hubiera pedido.

—No mucho.

El anciano tutor intentaba explicar el conflicto desde la perspectiva más amable posible, argumentando que la sociedad ilyria había mejorado gracias a él, pero las heridas que había abierto todavía eran visibles hoy en día. La animadversión entre los diplomáticos y los militares era prueba de ello.

La guerra civil fue uno de los periodos más oscuros de la historia ilyria, un conflicto sucesorio que se prolongó durante el siglo que siguió a la muerte de Meus, el Unificador de Mundos, que había puesto los cimientos de lo que se conocía como Primer Imperio Ilyrio. La guerra civil dividió a la sociedad ilyria, incluso a las familias. A un lado estaba la élite, formada por los ricos y los privilegiados, entre ellos los diplomáticos, que se creían mejor preparados para el gobierno y pensaban que la democracia era un experimento fracasado. Un puñado de jefes militares se puso de su parte, junto con las milicias de las Primeras Colonias obligadas por los diplomáticos, que habían aumentado su poder y ambición en sus bases de los mundos exteriores. Contra ellos se unieron la mayoría de los civiles comunes y corrientes, los políticos electos y casi todos los altos jefes militares, entre ellos el bisabuelo de Syl. A veces, en un mundo u otro, la guerra se libraba en cruentas batallas, pero

básicamente consistió en una sucesión de treguas y acuerdos, incumplidos por un bando u otro, punteados de forma sistemática por escaramuzas guerrilleras de baja intensidad.

Al final, se llegó a un acuerdo duradero para impedir que la raza ilyria se destrozara por completo. Se creó un Consejo de Gobierno que sería elegido por el pueblo durante cinco sesiones, con representación paritaria de militares, autoridades civiles y diplomáticos, quienes surgieron del conflicto con más poder aún del que disfrutaban al principio, lo cual atestiguaba no sólo su inteligencia sino, más aún, su crueldad. Un presidente, elegido para veinte sesiones del Consejo, contaba con el voto de calidad en caso de discrepancias. El cargo de presidente se alternaba entre miembros de los tres grupos principales, y aquella estructura había funcionado bien hasta que el Segundo Imperio emprendió la reciente expansión a otros sistemas y el Cuerpo Diplomático aumentó su influencia respaldado por la Hermandad. Ahora los diplomáticos controlaban el Consejo y sólo la presidencia actual del comandante supremo Rydus, el jefe militar más condecorado de su época, impedía que su supremacía fuera total.

—Y bien —dijo Syl—, ¿qué quería saber Daren de aquella época?

—Le preguntó a Toris si podía volver a suceder.

¿Otra guerra civil? Mejor ni pensarlo.

—¿Y qué respondió Toris? —preguntó Syl.

—Toris dijo que creía que todos los bandos habían aprendido del último conflicto, lo cual no es decir gran cosa.

—A Toris le fastidia que los rapados de los diplomáticos no nos gobiernen a todos —dijo Syl—. Piensa que el tratado fue un error y que los diplomáticos y sus aliados estaban al borde de la victoria cuando se firmó la tregua.

—¿Cómo lo sabes?

—A mi padre le gusta instruirme durante la cena.

—Pero si Toris es tan amigo del Cuerpo, ¿por qué permite tu padre que nos eduque?

—Porque dice que Toris sabe mucho, y que sus defectos en un ámbito no lo incapacitan necesariamente para todo —dijo Syl. Sonrió con malicia—. Mi padre también dice que uno debe conocer a su enemigo.

—Yo no creo que Toris piense lo mismo. Cuando Daren intentó seguir con el tema, Toris se enfadó, le dijo que se callara y que estudiara historia con más atención. —Ani pareció repensarse lo que acababa de decir—. No, no sólo se enfadó. Creo que más bien se asustó. ¿Tú piensas que es posible que estalle una nueva guerra civil, Syl?

Syl empujó a Ani dentro del escondrijo y tiró del armario a sus espaldas de forma que el hueco se cerró. Durante un instante reinó una oscuridad absoluta hasta que Syl destapó unas estrechas rendijas en la pared que permitieron que la luz del Gran Salón penetrara en su zulo. El Salón estaba vacío por el momento, pero no permanecería así

mucho tiempo.

—Mi padre dice que el comandante supremo Rydus es experto en hacer equilibrios con las exigencias de los militares y los diplomáticos —respondió—, y ningún ilyrio quiere un nuevo conflicto civil. Sí, los diplomáticos ansían más poder, pero no al precio de una guerra con los militares. Mientras Rydus sea presidente y el Ejército permanezca unido, los diplomáticos permanecerán bajo control.

Se dio cuenta de que estaba utilizando casi las mismas palabras que le había oído a su padre durante la última reunión con sus consejeros en el Gran Salón. Hablaba ante sus propios oficiales, sus mandos más leales, sin temor a que le escucharan los espías de los diplomáticos. Pero, bien pensado, Syl lo había escuchado a escondidas, y si ella podía espiar las reuniones que se celebraban en el Salón, ¿no podrían hacerlo otros también? Sabía que se registraba regularmente el Salón en busca de dispositivos de escucha, y que su padre tenía cuidado cuando hablaba en entornos no controlados, pero, aun así...

Miró por las rendijas. Le ofrecían una vista sorprendentemente buena de la sala, y cuanto se decía en ella le llegaba con nitidez. Eran unas grietas invisibles desde el interior del Gran Salón —se había asegurado comprobándolo ella misma desde el otro lado— porque habían sido disimuladas con mucho cuidado para que parecieran defectos naturales de los materiales utilizados para construir la chimenea siglos atrás.

Se abrió una puerta al fondo del Salón y entró el gobernador Andrus, con Balen a su espalda. Detrás de ambos entró Peris, el capitán de la guardia del castillo. Su padre se dio la vuelta para encararlo.

—¿Por qué no se me informó de su aproximación? —preguntó. Hablaba con tranquilidad, pero la voz no disimulaba la rabia que sentía.

—No se nos dio ningún aviso —dijo Peris—. La nave nodriza salió del agujero de gusano con la identificación de nave de mercancías. No había ninguna indicación de que se tratara de una nave diplomática, y ni siquiera nos percatamos de la presencia de diplomáticos hasta que la lanzadera hizo su aproximación final a Edimburgo.

—No sólo hay presencia de diplomáticos —dijo Andrus—, también de la Hermandad.

A Syl se le agarrotó el estómago. Ninguna miembro de la Hermandad de Nairene había estado en la Tierra, y ella sólo las conocía a través de las palabras de su padre, que destilaban desconfianza hacia las hermanas y sus costumbres.

—Lo siento, gobernador —dijo Peris—. Nos engañaron.

—Pero ¿con qué fin? —preguntó Andrus—. ¿Por qué querrían presentarse Gradus y su bruja con tanto secretismo? —Se volvió hacia Balen—. ¿Dónde están ahora?

—Los llevé a la *suite* principal de invitados —dijo. La *suite* de invitados estaba en lo que en el pasado había sido un museo militar. No muy lejos de la residencia del gobernador.

—¿Y los estamos vigilando?

Balen se removió con incomodidad. Estaba claro que hubiera preferido dar otra respuesta a esa pregunta.

—Lo estábamos haciendo con cámaras y micrófonos —dijo—. Por desgracia, ambos sistemas parecen haberse averiado. Quedaron inutilizados pocos segundos después de que la Nairene entrara en la *suite*. Ahora lo único que recibimos son interferencias y ruido blanco. Ah, y algunos gritos del gran cónsul Gradus, que está exigiendo ser conducido ante usted inmediatamente, pero para oírle no hacían falta dispositivos de vigilancia. Grita lo bastante para entenderle sin ellos.

Algo parecido a una sonrisa se dibujó vagamente en los labios de Andrus.

—Bien. Pues que siga echando humo durante un rato. ¿Nos hemos puesto en contacto con la nave nodriza?

—Sólo para las cortesías habituales.

—Exigid la declaración de la carga y de la tripulación de la nave. Id con alguna excusa. No me importa cuál, pero quiero un listado completo de cuantos venían en esa nave, y si es posible, alguna pista de dónde procede. Con un poco de suerte habrá alguien a bordo dispuesto a contarnos con discreción de qué va todo esto. Mientras tanto...

Pero Andrus no pudo dar más instrucciones. Oyeron voces que se aproximaban y la puerta del Gran Salón se abrió de golpe para dar paso a un ilyrio extremadamente alto, de hombros anchos, atuendos dorados iridiscentes, con la cabeza afeitada y los dedos adornados con anillos que tenían engastadas piedras preciosas: el distintivo de un alto mando de los diplomáticos, porque los ascensos en el Cuerpo se señalaban con la entrega de anillos. Iba rodeado por sus propios soldados privados —que acababan de llegar en una segunda lanzadera— y por miembros de la Securitat, entre los que estaba Vena «la Mofeta Plateada». Éstos, a su vez, eran vigilados por cinco miembros de la guardia del castillo, que se habían visto empujados a través de las puertas por la simple presión de sus numerosos adversarios.

—Gran cónsul Gradus —dijo Andrus con tono educado pero tenso—. Qué amable por su parte venir a vernos. Estaba a punto de mandar a mi edecán para que le acompañara, pero veo que ha encontrado el camino solo.

Gradus hizo una leve reverencia, aunque sin ninguna humildad.

—Temía acabar acostumbrándome al lujo de mi entorno y olvidar el propósito que me ha traído hasta aquí —respondió. Mientras hablaba, recorría el Gran Salón fijándose en las armaduras y las armas expuestas: las espadas, las picas, los antiguos morteros de trinchera que se alzaban como pequeños cañones del suelo. Dio la impresión de que la armadura de caballería que había junto a la chimenea le interesaba especialmente, y se refirió a ella:

—¿Qué animal montaban los humanos con esto puesto? —preguntó.

—Caballos —dijo Andrus.

—Me gustaría ver alguno, o incluso montarlo, si puede organizarse.

Su voz era extrañamente aguda, pero por debajo resonaba una carencia de armonía, como un instrumento mal afinado que tocara una hermosa pieza de música. Desde su privilegiada perspectiva, a Syl le pareció una figura aborrecible. Aquel hombre desprendía algo que la turbaba en lo más hondo: un aire decadente, melifluo. Sus túnicas habían sido confeccionadas para que pareciera todavía más ancho de hombros y esbelto de cintura, y desprendía un fuerte aroma que, incluso a aquella distancia, le provocaba picor en la nariz. Syl se fijó en que los anillos —docenas de anillos— estaban tan engastados en la carne de los dedos que sería imposible quitárselos, como si hubiera nacido ya con las galas que lucía y sus dedos hubieran sido adornados desde la cuna.

—Tal vez si hubiera informado con antelación de su llegada, habríamos preparado mejor su recibimiento —dijo Andrus—. Incluso habríamos podido mandar un caballo a esperarle. No imaginábamos que el jefe del Cuerpo Diplomático se presentara de forma inesperada en una nave de mercancías, a no ser que haya caído en desgracia a los ojos de los mundos.

Balen se permitió esbozar una sonrisa, y Syl también sonrió para sí, deseando tener el mismo dominio de las palabras que su padre.

Algunos de los guardias del castillo seguían forcejeando con los soldados y los de securitats mientras Gradus estaba en medio, con la cara cada vez más enrojecida, rabiando por dentro. A todas luces no era sensato dejar que la situación se prolongase, sobre todo con tantas armas cargadas en la sala. Andrus alzó una mano y ordenó a los guardias que pararan. Tras un tenso intervalo en el que Gradus pareció reacio a ordenar lo mismo, también él agitó un largo dedo y sus protectores bajaron las armas.

Gradus tomó asiento a la mesa del consejo. Andrus le imitó.

—Como respuesta a su pregunta —dijo Gradus—, las tensiones entre el Ejército y el Cuerpo Diplomático implican que cualquier viaje, por poco importante que sea, se convierta en objeto de especulaciones y atraiga la atención de espías y confidentes. Prefería llegar aquí sin la rémora de rumores previos. Haga salir a sus guardias, Andrus, y yo haré lo mismo. Entonces podremos hablar.

Andrus ordenó a Peris que despejara la sala. Al capitán le complació especialmente esperar a que Vena saliera antes de seguirla él mismo, una pequeña pero hiriente demostración de que era su superior. Sólo quedaron dentro Andrus, Gradus y Balen.

—Todavía parece que me veo superado en número —dijo Gradus emitiendo un pequeño pero melodramático resoplido—, no es muy justo que digamos.

Miró hacia la puerta con expectación. Al cabo de un momento ésta se abrió y apareció una figura vestida de pies a cabeza con una túnica ondulante de un rojo intenso y la cara cubierta por un velo de delicado encaje. Los dedos de Ani se crisparon alrededor del codo de Syl, pero cuando Syl se volvió hacia ella, su amiga simplemente miraba, con los ojos abiertos como platos, a aquella aparición en rojo, sin darse cuenta de la fuerza con la que le aferraba el brazo. Detrás de la figura se

veían las caras tanto de los guardias del castillo como de los soldados del Cuerpo, todos ellos mirándola fijamente con una mezcla de fascinación y temor.

—Gobernador Andrus —dijo Gradus—, permítame presentarle a Syrene, Archimaga de la Hermandad de Nairene, y mi esposa.

Ani dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, y ella y Syl se acercaron de manera instintiva a las rendijas desde las que observaban mientras Syrene se aproximaba a la mesa con los pies ocultos por las galas de color escarlata de manera que parecía deslizarse por encima del suelo en una cascada roja. No habló, ni saludó a Andrus ni a Balen. Se limitó a sentarse a la derecha de Gradus y colocó las manos enguantadas sobre la madera antigua de la mesa del salón del consejo.

—Sea bienvenida, Archimaga —dijo Andrus.

—No parece que lo diga muy sinceramente —susurró Ani.

—Claro que no —corroboró Syl—. Odia a la Hermandad.

—¿Por qué?

—Ahora no. Te lo cuento más tarde. Escuchemos.

Ani obedeció. Aquello era interesante. En el pasado, la emoción de entrar en el escondrijo se debía a que hacían algo prohibido, y no a nada que desde allí hubieran visto o escuchado. Pero aquello..., aquello era algo nuevo: una hermana de Nairene aquí, en la Tierra. Y no cualquier hermana, sino la Archimaga en persona, la legendaria Syrene. Ani sentía calor y frío a la vez.

Syrene no respondió a las palabras de Andrus. El velo rojo se movió ligeramente mientras miraba despacio alrededor de la sala, con los ojos todavía ocultos.

—Al grano —dijo Gradus—. Le traigo malas noticias, Andrus. Nuestro amado presidente, Rydus, ha muerto.

Andrus vaciló y se echó atrás en la silla, conmocionado. Syl sintió pena por él: su padre había servido con Rydus y había estado más cerca del viejo militar que de su propio padre. Rydus promovió su carrera y había estado a su lado cuando se casó con Lady Oriane, la madre de Syl. Fue Rydus quien nombró a Andrus gobernador principal de la Tierra después de la conquista, confiándole de hecho el gobierno del más excepcional de los planetas.

—¿Cómo? —preguntó su padre sin poder pronunciar apenas la palabra.

—Una embolia. Parece que murió mientras dormía.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas.

¡Tres semanas! Syl se quedó de piedra. Las noticias de Ilyr solían tardar cierto tiempo en llegar a los planetas que se hallaban en la periferia del Imperio, pero una información tan importante podrían habérsela comunicado a Andrus antes. Existía una red de estaciones de transmisión que enlazaba Ilyr con los diversos agujeros de gusano. Su padre podría haberse enterado de la muerte de Rydus en sólo unos días, en lugar de semanas, pero Gradus le había ocultado la noticia. Incluso Syl podía imaginar lo que eso significaba: Gradus y el Cuerpo tenían el control absoluto de los



transmisores y habían impedido a propósito que la noticia de la muerte de Rydus le llegara a Andrus en la Tierra.

—Decidí informarle en persona, como señal de respeto, en lugar de dejar que le llegara la noticia a través de otros canales, tal vez contaminada por habladurías —añadió Gradus.

—¿Qué tipo de habladurías?

—Usted sabe tan bien como yo que cuando una figura importante muere en esas circunstancias, la fábrica de rumores empieza a acuñar falsedades. Siempre habrá quienes murmuren sobre conjuraciones y oscuros complots, pero he traído conmigo los informes de los médicos. Haré que se los envíen a su secretario, pero comprobaré que no puede albergarse la menor duda acerca de cómo murió Rydus.

Syl observó cómo su padre se tragaba su dolor mientras empezaba a asumir las implicaciones de lo que Gradus acababa de decirle.

—¿Y qué va a pasar con la presidencia? —preguntó—. Doy por sentado que usted se ha ofrecido como candidato. ¿O acaso ha ido todavía más lejos y ha ocupado ya el cargo?

Era de dominio público que Gradus aspiraba al cargo de presidente, pero se había resignado a esperar largo tiempo para ascender, pues Rydus sólo llevaba seis sesiones de su mandato y no había ningún indicio de que tuviera mala salud. La familia de Rydus tendía a ser longeva, o lo había sido hasta ahora.

—Me malinterpreta, Andrus. Es cierto que puedo haber tenido esas ambiciones en el pasado, pero a medida que he ido envejeciendo me he dado cuenta de que las responsabilidades del cargo superan con creces sus ventajas. He decidido dejárselo a alguien mejor preparado para las exigencias que impone.

»Con esa intención, he dado instrucciones al Cuerpo de que no se aproveche del súbito e inesperado fallecimiento de Rydus. No hemos querido colocar a un candidato diplomático. Por el contrario, hemos acordado que los militares sigan ocupando el puesto. Rydus debería haber permanecido mucho más tiempo en el trono presidencial. Parecía indigno aprovecharse de su muerte y dar la impresión de que el Cuerpo sólo estaba interesado en promover sus propios fines. Nosotros, como ustedes, sólo queremos el bien del Imperio.

Si a Andrus le había dejado atónito la noticia de la muerte de Rydus, esta última revelación le pareció, si cabe, más chocante todavía. Que el gran cónsul renunciara a aumentar el poder del Cuerpo asumiendo la presidencia en persona, o, como mínimo, garantizándose que algún títere de los diplomáticos elegido por él ocupara el cargo mientras Gradus manejaba los hilos contradecía todo lo que había creído hasta entonces, o sospechado al menos, sobre la naturaleza de Gradus.

—Y entonces, ¿quién es ahora el presidente? —preguntó Andrus.

—Tenemos la suerte de que el general Krake estuviera dispuesto a presentar su candidatura, y el Consejo de Gobierno la aprobó por unanimidad. Ojalá disfrute de una larga vida y ejerza un gobierno sabio.

Los ojos de Andrus no se apartaban de Gradus, pero Syl vio que Balen dejó de mirar al gobernador para fijarse en la inmóvil y silenciosa figura de Syrene. Krake había sido uno de los pocos mandos militares que se saltó la norma, extraoficial, pero ampliamente aceptada, de mantener a la Hermandad alejada del Ejército, y había tomado a una de las hermanas como esposa. Se llamaba Merida y era una de las favoritas de Syrene, que había sido su tutora desde la más tierna infancia.

Todos se quedaron en silencio durante un momento. Andrus y Gradus parecían enzarzados en una callada y tácita lucha privada. Gradus sonreía, como si invitara a Andrus a enunciar en voz alta sus sospechas en presencia de la Archimaga.

Pero en ese momento Syrene se levantó el velo, que cayó hacia atrás en delicados pliegues descubriendo su cara. La piel tenía un intrincado tatuaje, unas extrañas formas animales afilegranadas se derramaban desde su cráneo y por su frente, ornamentando sus mejillas —cada una de ellas decorada con un ojo rojo como el que había a un costado de la lanzadera— y enmarcando unos labios tan gruesos y rojos que parecían a punto de reventar. Era más pálida que la mayoría de los ilyrios porque en los recovecos más profundos de la Marca, donde la Hermandad ocultaba sus secretos, penetraba poca luz.

Revisó la sala con languidez, con sus ojos grandes y gélidos. De repente, Ani se llevó las manos a los lados de la cabeza y se masajeó las sienes como si le dolieran.

—¿Ani? —preguntó Syl—, ¿qué pasa?

—¿No lo sientes? —dijo Ani—. ¿No *la* sientes?

La mirada de Syrene se posó sobre la chimenea y el espectro de lo que tal vez fuera una sonrisa cruzó fugazmente su cara. Ani se apartó la mano derecha de la sien y se la llevó a la boca, hizo una mueca como si estuviera sufriendo y se mordió con fuerza los nudillos. Syl la rodeó con el brazo, preocupada, pero Ani no reaccionó.

Syrene se volvió hacia el padre de Syl, ladeó la cabeza y el ojo de la mejilla izquierda pareció parpadear una vez mientras hablaba.

—¿Tiene la absoluta seguridad de que estamos solos aquí, Lord Andrus?

La cara de Andrus era una máscara.

—Por supuesto, Archimaga —dijo.

—Ya. Muy interesante.

Syrene se levantó y volvió a cubrirse la cara con el velo, ocultando sus ojos inquisitivos.

—Vamos, marido mío —dijo—. Su ilustrísima está conmocionado. Continuaremos más tarde la conversación. Dejémosle llorar todo lo que ha perdido...

—Sí, claro —dijo Gradus, que se puso en pie para seguir a la Hermana Roja.

—... y todo lo que tal vez podría perder todavía —concluyó Syrene.

Gradus se detuvo un instante y pareció a punto de decirle algo más a Andrus, pero simplemente se rió entre dientes y se alejó a grandes zancadas, convencido de que las últimas palabras de Syrene eran mejores que cualquier comentario que pudiera ocurrírsele a él.

Todos comprendieron lo que en realidad había acontecido, aunque nadie estaba dispuesto a decirlo en voz alta: en Ilyr se había producido un golpe de Estado incruento.

La Hermandad había asaltado la presidencia.

Ani y Syl dejaron pasar un tiempo prudencial antes de salir del escondrijo y volver a la residencia del gobernador. Sin embargo, allí se encontraron con otro alivio del internamiento en el castillo: Althea, que tenía un don para consolar a quienes sufrían, fuera un dolor físico, emocional o psicológico, se había ofrecido voluntaria para ayudar a los heridos en el Hospital Real de Edimburgo en Morningside Terrace, y había convencido al gobernador Andrus de que diera permiso a Syl y Ani para acompañarla. La empatía era una cualidad muy valorada por los ilyrios: quienes comprendían el dolor y el sufrimiento era probable que hicieran cuanto pudieran para evitar causárselos a los demás. Así que Syl y Ani les sostuvieron las manos a los heridos, tanto ilyrios como humanos, dispuestos a aceptar consuelo de cualquier origen.

La tecnología ilyria había permitido grandes avances en las técnicas de la medicina humana. Ahora se utilizaba habitualmente piel artificial ProGen para tratar las quemaduras, eliminando la necesidad de injertos. Los órganos internos enfermos eran sustituidos por otros crecidos en «andamios» artificiales: órganos animales a los que se les habían extraído las células vivas dejando sólo una estructura básica de vasos sanguíneos que habían sido repoblados con células del cuerpo del propio paciente. La terapia génica curaba los defectos genéticos. Había terapias con nanopartículas y células madre para tratarlo todo, de la diabetes al cáncer. Incluso el envejecimiento humano podía ralentizarse. Todavía había algunos terrestres que se resistían a esos tratamientos por razones religiosas, y otros que propagaban el infundio de que formaban parte de un plan secreto ilyrio para acabar con la especie humana. Pero la mayoría admitía que era un avance reemplazar fácilmente los órganos internos dañados o deteriorados, y que, en consecuencia, la esperanza de vida de los humanos había aumentado de forma considerable.

Syl y Ani estaban agotadas cuando por fin volvieron al castillo y fueron directamente a sus aposentos para lavarse, cambiarse y comer algo.

Se había reunido un pequeño grupo en los aposentos privados del gobernador. Ahí estaba el propio Lord Andrus, y también Balen. El general Danis se había recostado en un sillón, con las piernas estiradas por delante, los pies cruzados, y parecía casi dormido. La última en llegar fue una joven que vestía una combinación

de ropa ilyria y humana, llevaba el pelo corto y aun así despeinado, y tenía los ojos oscuros y despiertos. Estaba junto a la puerta, y aunque parecía tranquila, transmitía la misma sensación que los animales en tensión, listos para saltar a la primera. Se llamaba Meia y era la oficial a cargo del servicio de inteligencia de Lord Andrus.

Balen sirvió vino. Sólo Meia lo rechazó.

—¿Por qué no bebe nunca? —preguntó Danis.

Meia se lo pensó un momento.

—Puedo, pero no le sienta bien a mi organismo —dijo por fin—. Y prefiero mantener la cabeza despejada.

—Muy sensato —dijo Danis y dio un largo trago de su copa—. Espero ser tan sensato como usted algún día, aunque su gusto en joyería siembra ciertas dudas acerca de lo acertado de su juicio.

Apuntó con la copa hacia el cuello de Meia, del que colgaba una cruz junto a una media luna musulmana, un símbolo Om hindú en un amuleto e incluso un *torii*, o puerta, sintoísta. Meia se apresuró a ocultarlos.

—No me cuesta nada aceptar el concepto de la existencia de un creador —dijo Meia—. ¿Por qué habría de costarle a usted?

—Porque... —Danis se contuvo y se calló lo que quiera que hubiera estado a punto de decir, optando por desviar la cuestión—. Sus opiniones sobre la naturaleza del universo son fascinantes, no me cabe duda, pero me interesa más oírle explicar para qué sirve un servicio de inteligencia militar que no ha sido capaz de avisarnos de la llegada del gran cónsul y su esposa-bruja ¡hasta que estaban ante nuestras puertas hablándonos de presidentes muertos!

Su voz había ido subiendo poco a poco de tono a lo largo de la frase hasta acabar casi en un rugido. La sala estaba insonorizada y se había barrido en busca de dispositivos de escucha antes de la reunión, pero costaba creer que hubiera alguien en las cercanías de la sala que no se hubiera enterado de que Danis estaba contrariado.

—Mis órdenes son vigilar lo que sucede en la Tierra, no las actividades del Cuerpo en todo el universo —replicó Meia—. Si quiere que me dedique a eso, general, tendré que reclutar un asistente.

—Primero Birdoswald y ahora esto —dijo Danis—. Tal vez lo que necesita no sea un asistente sino un sustituto.

—Podría decirse lo mismo de usted, general —contraatacó Meia—. ¿Cómo va la Guerra contra el Terrorismo?, ¿ha aplastado ya a la Resistencia o acaso no me he enterado de la noticia mientras estaba observando cómo recogían pedazos de cuerpos esparcidos por la Milla Real?

Danis se levantó del sillón. No estaba claro con qué intenciones, pero parecían incluir hacerle daño a Meia. El objetivo de su ira ni se inmutó. Era mucha rival para Danis, y ella lo sabía.

Lord Andrus levantó una mano.

—Basta, dejadlo los dos. Ya tenemos bastantes enemigos en el castillo para

sumarles más de nuestras propias filas.

Dio un sorbo de vino y frunció el ceño. El licor, de sabor habitualmente agradable, le supo a vinagre. Los acontecimientos de ese día le habían quitado las ganas de muchas cosas. Dejó la copa a un lado y juntó las puntas de los dedos de ambas manos sobre la mesa.

—¿Qué están haciendo en este momento nuestros queridos huéspedes? —le preguntó a Balen.

—El gran cónsul cena en su habitación con dos de sus asistentes.

—¿Y su mujer?

—Ella ha pedido unos aposentos separados y cena sola, con el único servicio de su doncella.

—A lo mejor ella y su amado no se llevan bien —apuntó Danis—. Uno de ellos podría pasarse a nuestro bando y explicarnos qué está pasando.

—¿Han intentado ponerse en contacto con la nave nodriza?

—No, y tampoco nos han presentado ninguna petición para disponer de un canal de comunicación.

—¿Podrían haber traído equipo propio?

—Es posible, pero estamos monitorizando las habitaciones en busca de cualquier signo de tráfico electrónico.

Andrus miró a Meia.

—Me da la impresión de que tienes algo que contarnos.

Meia asintió.

—¿Por qué el gran cónsul ha elegido para presentarse precisamente el día de hoy, justo después de un atentado doble con bombas tan cerca del castillo?

Andrus miró a Danis y Danis se encogió de hombros.

—¿Por qué no? A lo mejor ha venido a llorar la muerte de su sobrino.

—Es bien conocido el celo que pone el gran cónsul en su propia seguridad, pero es igualmente cuidadoso, por no decir más, con la protección de su esposa —respondió Meia con paciencia—. La Hermandad no se tomaría nada bien que Syrene sufriera algún daño. Está destinada a convertirse en Maga a la muerte de Ezil.

—No hay el menor indicio de que esa vieja zorra vaya a morir —dijo Danis—. Una pena. Aunque, bien pensado, a lo mejor ya está muerta, dado lo mucho que hace que nadie la ha visto. Si así fuera, que le vaya bien.

—Sigue —dijo Andrus sin hacer caso al comentario del general, aunque para sus adentros coincidía en su opinión sobre Ezil.

—Bien, no es propio de él arriesgarse a aterrizar aquí mientras el humo de los atentados todavía se cierne sobre la ciudad —dijo Meia—. Y el gran cónsul suele ser muy coherente, al menos en este aspecto. Por tanto, tenemos aquí una contradicción.

Meia se acercó a la chimenea y a los otros tres ilyrios que había en la sala.

—También los miembros de la Resistencia son coherentes en sus acciones. No ponen en peligro a sus propios civiles. Se andan con cuidado y limitan sus ataques a

las instalaciones y al personal militar. Cuando les es posible, también atacan a los diplomáticos y a sus securitats, aunque el Cuerpo prefiere trabajar desde detrás de los muros y los escudos, de modo que tienen más posibilidades de arremeter contra nosotros. No se ajusta en absoluto a los patrones de actuación de la Resistencia poner artefactos explosivos en una zona como la Milla Real, donde hay negocios humanos y muchos transeúntes. Hoy hemos perdido diez soldados y tres miembros de la Securitat, pero también han muerto cuatro humanos y hay docenas más de heridos de ambas especies.

—¿Es posible que la Resistencia esté intensificando su campaña o cambiando de tácticas? —preguntó Andrus.

—No lo creo. Si hubieran tomado una decisión como ésa, habríamos tenido noticia de ello. No carecemos de fuentes de información dentro de la Resistencia, y sus jefes aquí son muy estrictos en su metodología: ninguna baja civil.

—¿Se trata entonces de un grupo escindido? —dijo Danis—, un grupo que no crea que la Resistencia es lo bastante radical.

—En ese aspecto, la Resistencia también tiene sus propios métodos para tratar con los disidentes —dijo Meia—. Con unas advertencias suele bastar. Después siempre puede romperse alguna pierna. Nunca ha ido a más, pero si a alguien se le ocurriera herir y matar a civiles como protesta contra el liderazgo de la Resistencia, no duraría mucho. No, no creo que la Resistencia colocara esos artefactos.

—Entonces..., ¿quién? —preguntó Danis—, ¿nosotros?

—No —dijo Meia—, no exactamente.

Esperó. Al cabo de un momento, Andrus dijo lo que todos estaban pensando.

—¿El Cuerpo Diplomático?, ¿la Securitat?

—Eso explicaría por qué el gran cónsul no temió aterrizar justo después —dijo Meia—. Sabía que no había peligro de más ataques.

—Pero ¿por qué? —preguntó Danis—, ¿con qué fin?

—Para debilitar al gobernador y, por extensión, al gobierno militar de la Tierra. Un nuevo presidente ha ascendido al poder, uno que, pese a sus credenciales militares, probablemente esté bajo la influencia de la Hermandad. El Cuerpo Diplomático quiere el control absoluto de este planeta. No está dispuesto a compartirlo con el Ejército. ¿Qué mejor forma de demostrar el fracaso de los militares que haciendo explotar bombas en la puerta del gobernador principal del planeta, o, de paso, exhibir el valor del gran cónsul con su disposición a aterrizar pese a la amenaza?

—Pareces muy segura de lo que dices —comentó Andrus.

—Segura, no, pero se ajusta a los hechos que conocemos. Y además está la cuestión de los suicidios —añadió.

—¿Suicidios? —inquirió Danis.

—Sé que ha estado investigando lo que le pasó a Thaios, el sobrino del gran cónsul, en Birdoswald. Los indicios apuntan a que prefirió suicidarse antes que

dejarse capturar. Hubo un incidente similar en Irán el mes pasado, en el que también estuvo implicado un pariente del gran cónsul Gradus.

—Yo le había pedido a Danis que investigara la muerte de Thaios —dijo Lord Andrus—. Parece que tú le has ahorrado el trabajo. ¿Tienes pruebas?

—Un testigo ocular en Teherán. Un vicecónsul, primo de Gradus, fue acorralado cerca de una mezquita después de que su convoy cayera en una emboscada. En lugar de dejarse capturar, según parece activó una granada infrasónica. Las consecuencias fueron... desagradables.

Andrus reflexionó sobre lo que acababa de oír.

—Investiga más —le dijo a Meia—. Quiero saber si hay alguna relación entre esas dos muertes y la llegada de Gradus a la Tierra.

En ese momento llamaron a la puerta. Rupe, el sargento que antes había ayudado a Syl y a Ani en su encontronazo con el Cuerpo, estaba fuera.

—He dado órdenes de que no se nos interrumpa, sargento —dijo Andrus, y por su tono de voz no cabía la menor duda de su irritación.

Sin embargo, Rupe ni parpadeó. Llevaba muchos años con Andrus y sabía cuándo la situación exigía el ejercicio de cierto criterio personal.

—Señor, me pareció que perdonaría la interrupción en esta ocasión —dijo—. La Archimaga Syrene ha enviado un mensaje. Pide ver a su hija.



Katherine Kerr estaba preocupada por sus hijos. Siempre se había preocupado por ellos: era la maldición que implicaba ser madre. Además, le habían salido testarudos. Paul era el más voluble de los dos; Steven, más tranquilo y cauteloso; y una vez habían tomado una decisión, no había forma de que cambiaran de opinión. Aunque eran distintos en muchos sentidos, habían sabido encontrar la forma de actuar como uno solo, complementándose mutuamente a la perfección.

A ello ayudaba el que Steven adorase a Paul; pero éste, a su vez, era muy protector con su hermano pequeño. Paul se había sentido orgulloso e intranquilo a la vez cuando Steven le pidió participar en la Resistencia. Su madre sabía que no podía hacer nada para impedirselo, del mismo modo que tampoco había intentado que su hijo mayor no se uniera a la organización. En ambos casos sabía que, de haberlo desaprobado, o haberles puesto obstáculos, ellos habrían seguido adelante sin su beneplácito, y tal vez por eso mismo habrían corrido más peligros. También sabía que Paul cuidaría de su hermano, pero no pasaba ni un día sin rezar por ellos, sólo por si acaso.

El padre de Paul y Steven había muerto cinco años antes. La Securitat lo había detenido durante una batida que siguió al asesinato de uno de sus miembros. Aquel día, Bob Kerr había acudido corriendo a su trabajo en el zoo de Edimburgo, donde era el responsable de los tapires malayos, entre otras especies. Una de las tapires iba a dar a luz tras la larga gestación propia de ese animal, y Bob quería estar presente por si surgían problemas. Cuando intentó explicárselo a los securitats, lo introdujeron en uno de sus transportes y le golpearon el pecho con una de sus porras eléctricas. Murió de un ataque al corazón en la parte de atrás del vehículo. Desde aquel día, Catherine supo que sus hijos lucharían, y distaban mucho de ser los únicos que lo harían.

Ése era el gran punto fuerte de la Resistencia: la mayoría de sus miembros eran muy jóvenes. Tenían una energía y una inventiva de la que carecían sus mayores. Tal vez se debía a que era la generación constreñida por los ilyrios a servir en mundos exteriores, obligada a luchar en guerras en remotos planetas en nombre de un imperio que había ocupado su propio mundo por la fuerza. Pero hacía poco también se había descubierto que los ilyrios habían contaminado el suministro de agua potable de la Tierra, aunque hasta el momento los análisis químicos no habían revelado indicios claros. Sin embargo, no eran chismorreos ni rumores infundados, lo habían contado algunos de los ilyrios que habían desertado. Hablaban de un inhibidor de la

testosterona, una forma sencilla e inocua de mantener bajo control la agresividad humana. La droga inhibía la glándula pituitaria para que no segregase las hormonas LH y FSH, que estimulaban la producción de testosterona.

Sin embargo, el incremento brusco en la testosterona corporal durante la pubertad hacía que los adolescentes, tanto varones como féminas, fueran menos vulnerables a la droga ilyria. En los años transcurridos desde que se conoció la supuesta existencia del inhibidor, se habían llevado a cabo medidas para contrarrestar sus efectos: tomar suplementos de testosterona, hervir el agua antes de consumirla o, preferiblemente, beber sólo agua que procediera de manantiales naturales limpios. El problema era que el inhibidor tenía un efecto acumulativo, y la mayoría de los hombres y las mujeres llevaban bebiendo agua contaminada durante tanto tiempo que no se sabía cuánto se prolongarían sus efectos. La nueva generación se había mantenido inmune y por eso la responsabilidad de combatir a los opresores recaía sobre ella.

Ahora, al oír cómo se abría la puerta y entraban los chicos, la señora Kerr sintió una oleada de alivio y rezó una breve oración de agradecimiento. No le había preguntado a Paul adónde iban cuando se marcharon, pero siempre sabía si se trataba de una tarea especialmente arriesgada la que les esperaba. Era como si sus hijos se intercambiaran la personalidad cuando se ponían tensos: Paul se volvía callado y Steven farfullaba como si creyera que nunca tendría otra ocasión de hablar. Habían estado así durante el desayuno, y una parte de ella había querido encerrarlos bajo llave en sus habitaciones para que otros se hubieran visto obligados a asumir sus deberes.

Y entonces había oído la explosión que resonó como un eco desde la Milla Real, y se quedó paralizada, olvidándose de levantar la plancha hasta que el olor a chamuscado del tejido quemado llenó la habitación, estropeando unos pantalones de Steven. ¿Era eso lo que hacían los chicos ahora, poner bombas?, ¿se habrían alejado a tiempo? Se había pasado el resto del día esperando, preguntándose si llamarían a la puerta, abriría y se encontraría a gente de la Resistencia, tal vez a un hombre acompañado de su esposa, o de su hermana, o de su madre, alguien que la consolara cuando le dijeran que sus hijos habían muerto...

Pero ahí los tenía, sus chicos. En casa. A salvo. Pasarían con ella un día más. Los abrazó a los dos, pero se fijó en que Steven se aferraba a ella un poco más, y cuando le miró a la cara, se dio cuenta de lo pálido que estaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Acaba de ver algo que le ha revuelto el estómago —dijo Paul—. Se recuperará enseguida.

—Azúcar, eso es lo que necesita.

Sacó una botella de Irn-Bru de la nevera y sirvió un vaso alto para Steven y otro para Paul. Ella no bebió. Nunca había sido muy partidaria de las bebidas efervescentes, pero a los chicos siempre les había gustado el Bru. Junto al whisky, se la consideraba la bebida nacional escocesa.

—Bébetelo todo —le dijo a Steven—. Te sentará bien. Os prepararé la cena ya que habéis vuelto.

—Tengo que salir otra vez dentro de un rato —dijo Paul y ella sabía lo que aquello significaba. Debía informar de lo que fuera que hubiesen visto, o hecho, esa tarde.

—Las explosiones... —dijo.

—No fuimos nosotros —le aclaró Paul, y ella se tranquilizó al oírlo. Había noticias de que habían muerto humanos además de ilyrios, y ella no quería que sus hijos participaran en esa clase de matanzas.

Llamaron a la puerta de la calle. Los chicos se miraron uno al otro y luego a su madre. No esperaban a nadie. La señora Kerr se limpió las manos en el delantal, aunque no las tenía mojadas ni sucias, e intentó controlar el miedo.

—Abro yo —dijo—. Quedaos ahí.

Echó la cadena a la puerta antes de abrirla. En el camino de entrada, a cierta distancia, había un hombre corpulento. No lo había visto nunca.

—¿Señora Kerr? —preguntó.

—¿Sí? —dijo ella—. ¿Qué desea?

—Me llamo Knutter —se presentó él—. Me preguntaba si sus chicos ya habrían vuelto a casa.

Algo goteó desde debajo de su pelo y le cayó lentamente por la frente. Ella vio cómo la sangre llegaba a la ceja y caía sobre las pestañas.

Knutter parpadeó.

—Corra —susurró.

Ella cerró de golpe a la par que oía el *slap* del disparo de un arma de pulso. La parte superior del cuerpo de Knutter chocó contra la puerta mientras se moría y el grueso cristal se agrietó con el impacto. Ella se volvió y vio que Paul y Steven estaban mirándola desde la mesa de la cocina.

—¡Salid de aquí! —chilló mientras la puerta delantera reventaba por detrás de ella. Algo la golpeó en la espalda y la lanzó al suelo boca abajo. El cristal de la ventana de la cocina se rompió y dos granadas de gas corrieron como ratas plateadas por el suelo. La sala se llenó de humos sofocantes y unos galateanos pasaron por encima del cuerpo de la señora Kerr mientras otros entraban por la puerta de la cocina. Los alienígenas llevaban equipos de respiración que les protegían del gas. Uno de ellos se arrodilló al lado de la mujer en el suelo y le esposó las manos a la espalda antes de sacarla a rastras por los pies. Le dolía la base de la columna. Supuso que la había alcanzado un pulso de baja potencia porque no notaba que sangrara y, más que dolorida, se sentía aturdida. Le lloraban los ojos, pero aun así pudo ver qué les pasaba a sus hijos.

Los galateanos se habían abalanzado sobre ellos y los habían inmovilizado fácilmente en el suelo de la cocina, cliqueando y croando entre sí a través de sus máscaras. Parecía que les divirtiese ver cómo los chicos intentaban zafarse, aunque

no paraban de toser, asfixiados. Uno de los galateanos, cansado del juego, golpeó a Paul en la cabeza con la culata de un arma de pulso, y puso fin a la lucha. Steven ya estaba tan indefenso como un bebé vendado, con las manos sujetas a su espalda y los pies encadenados con grilletes magnéticos. Un hilo de sangre le corría a Paul por la cara, al que levantaron entre dos galateanos mientras un tercero le abofeteaba para que recobrar el conocimiento. Abrió los ojos, le costaba centrar la mirada, pero al menos estaba consciente. Algunos hombres habían muerto accidentalmente a manos de galateanos que sólo pretendían reducirlos. Los anfibios no siempre sabían, o querían, controlar su propia fuerza. Le pusieron las manos encima a Steven y lo registraron, pero Paul y él habían dejado los cuchillos en el paragüero al entrar porque a su madre no le gustaba ver armas en la mesa del comedor. Cuando los galateanos se cercioraron de que Steven no iba armado, lo levantaron del suelo y lo pusieron de pie entre sus captores mientras tosía rodeado de gases.

Los galateanos rociaron el aire con un compuesto químico para disipar el gas antes de quitarse las máscaras. También rociaron una forma diluida de la misma sustancia sobre los chicos y su madre, aliviándoles el escozor de los ojos y la garganta. Una ilyria de la Securitat uniformada de negro y dorado entró en la casa por la puerta delantera y fue a la cocina. Detrás de ella, Paul distinguió la forma de un cuerpo caído boca abajo en el sendero del jardín. Reconoció a Knutter por la camisa. Entonces entró un agrón olisqueando el aire detrás de la ilyria y le impidió ver más allá.

La ilyria se apoyó en el marco de la puerta de la cocina y miró fijamente a los chicos. Paul reconoció a Vena al instante, porque la Resistencia tenía fotografías de la mayoría de los mandos ilyrios, pero intentó que no se le notara. Si Vena se daba cuenta de que él sabía quién era, le confirmaría que se trataba de un miembro de la Resistencia. Su única esperanza era hacerse el tonto, pero era una esperanza remota, por no decir vana. La presencia en su casa de esa ilyria en concreto significaba que se habían metido en un verdadero lío. Vena no era de las que hacen visitas de compromiso.

El agrón se detuvo a su lado.

—¿Son éstos? —preguntó ella.

El agrón se acercó a Paul, le olisqueó y luego volvió su atención hacia Steven. Tenía los ojos plateados pero muy mala visión. La criatura veía el mundo a través del olfato. Puso la nariz cerca de la cara de Steven, acercándole tanto las alas a la boca que el chico sintió la mucosidad del agrón en sus propios labios cuando el alienígena exhaló.

El agrón asintió. Agarró a Steven por el pelo y le echó la cabeza atrás.

—Te-te olí —tartamudeó toscamente al oído de Steven; la mayoría de los agrones sólo tenían un dominio muy básico del lenguaje—. Olí.

—Bien —dijo Vena—. Muy bien.

A Paul le sangraba abundantemente el cuero cabelludo. El agrón no paraba de

echar rápidas miradas a la sangre y las alas de la nariz se le retorcían. Al final, ya no pudo resistir el olor. Una tosca lengua rosa salió de entre sus labios y lamió la cara de Paul. Uno de los galateanos apartó al agrón de un empujón. No pareció hacerle gracia el gesto.

—Olí —repitió la criatura y se señaló a sí misma con un dedo grueso—. Yo, bien.

Convocados por Vena, más securitats llenaron la casa. Típico de ellos, pensó Paul: esperar a que el trabajo sucio esté hecho y anulada cualquier amenaza, y luego entrar pisando fuerte con las botas y agitando los puños.

—Llevaos a los chicos —ordenó Vena a uno de los recién llegados—. Y también a la madre.

El galateano señaló al agrón e hizo una pregunta chasqueando la lengua.

—Dejadle beber la sangre —dijo Vena—, se ha ganado su recompensa.

Mientras los Kerr eran conducidos fuera, oyeron cómo el agrón se abalanzaba sobre el cadáver de Knutter, y tuvieron que esforzarse por no oír el ruido que hacía la criatura al saciar su sed.

No es de extrañar que a Lord Andrus le inquietara que la Archimaga Syrene quisiera reunirse con su hija, pero hizo lo posible para que no se le notara. Llevaba mucho tiempo jugando a ese juego y ya pocas cosas le sorprendían, pero aquel día había estado lleno de conmociones, y esta última era, con diferencia, la menos grata.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué quiere ver a Syl o por qué deberíamos permitirlo? —preguntó Meia.

—Las dos cosas.

—Tal vez la Hermandad esté reclutando jóvenes —le dijo Danis a Meia—, en cuyo caso quizá le interese presentarse. La doblez y la deshonestidad se dirían esenciales para ser miembro, así que usted luciría una capa roja antes de que acabe esta misma noche.

Meia no le hizo ni caso.

—No puedo responder a la primera pregunta, pero a la segunda diría que porque nos abre una brecha y las brechas hay que aprovecharlas. No sabemos por qué Syrene ha acompañado hasta aquí a su marido, y ni siquiera tenemos idea de a qué se debe la presencia del propio Gradus en la Tierra. No le hacía falta dar en persona la noticia de la muerte del presidente. No es que le preocupe su dolor, señor. Aquí estamos completamente a oscuras. Y ahora Syrene ha movido pieza. ¿Lo pasamos por alto o respondemos moviendo nosotros también?

—Mi hija no es una espía —dijo Andrus—. No está formada para un intercambio de golpes con una Archimaga.

—Syl es muy lista —dijo Meia.

—No tanto como una Hermana Roja.

—He estudiado a la Hermandad durante muchos años —dijo Meia—. Me interesa.

—¿Y a qué se debe ese interés? —preguntó Danis.

—Adoran a un dios. Su dios es el conocimiento.

—¿Y qué ha aprendido de la Hermandad y de su dios del conocimiento?

—Muy poco. Son muy reservadas y no comparten nada con extraños. Me sorprendería que el propio Gradus supiera gran cosa de lo que piensa su esposa durante la mayor parte del tiempo, y estoy segura de que no tiene ni idea de lo que sucede en la Marca.

»Pero sí sé una cosa: la arrogancia es el punto flaco de la Hermandad. Y se han

ido volviendo más arrogantes a medida que han intervenido en el mundo más allá de la Marca. Cuanto han encontrado fuera les ha confirmado su superioridad, sobre todo la flaqueza de los varones. Syrene se cree más lista que cualquiera que haya conocido, más lista incluso que las más preparadas de sus hermanas, sin contar a Ezil y las Cinco Primeras, e incluso, en ese caso, debe de sentir que los poderes de la Maga están menguando. Subestimaré a Syl y, por mi experiencia, Syl no debe ser subestimada.

—¡Estamos hablando de una niña de dieciséis años! —se mofó Danis—. Es sólo unos minutos mayor que mi propia hija, y hasta un pececillo tiene más cabeza que mi Ani.

—A Ani tampoco hay que subestimarla —dijo Meia—, se equivoca con los de su propia sangre.

Andrus escuchaba la conversación con atención. Meia era la última línea de defensa de Syl. En caso de que se abriera una brecha en las defensas del castillo, o se inclinara hacia los diplomáticos el equilibrio de poder, ella tendría que llevar a Syl y a Ani a un lugar seguro y matar a quienquiera que se interpusiera. Había protegido a Syl desde que Andrus le había ordenado unirse a él en la Tierra poco después del nacimiento de su hija. Meia era despiadada, implacable.

Ajena al paso del tiempo.

—¿Y si mi subestimada hija sufre algún daño? —preguntó Andrus.

—No le pasará nada. Tenemos ojos y oídos en esa habitación y, en cualquier caso, Syrene no sería tan estúpida como para hacerle daño a Syl. No sacaría nada y ella siempre busca algún beneficio de sus actos.

Andrus miró a Danis y a Balen.

—¿Qué pensáis?

—Yo no la dejaría ir —opinó Balen, que quería a Syl casi tanto como a sus propios hijos.

—¿Danis?

—Me fastidia reconocerlo, pero creo que Meia tiene razón. Deberíamos permitir que se celebre la reunión, pero lo vigilaré todo, y pondremos guardias delante de la puerta: el doble de los que tenga Syrene. Si Syrene se opone a su presencia, nos vamos.

—No se opondrá —dijo Meia—. Es más, seguro que no espera otra cosa.

—¿Mandarías tú a Ani si estuvieras en mi lugar? —preguntó Andrus.

Danis se lo pensó un momento.

—La mandaré, pero antes advertiré a Syrene, para que supiera en qué se estaba metiendo. No la dejaré meter baza.

Andrus se quedó callado un momento, luego le hizo una seña con la cabeza a Meia.

—Trae a mi hija.

Syl y Ani, ya lavadas y alimentadas, pasaban el rato juntas en los aposentos de la primera. Estaban viendo, sin prestarles demasiada atención, películas antiguas, tanto humanas como ilyrias. Las humanas solían ser más divertidas. Las concepciones ilyrias sobre el arte ponían el énfasis en mejorar el espíritu y el entretenimiento era un interés muy secundario. Una de las obras de teatro ilyrio más importantes, *De estrellas y semillas*, duraba diecisiete horas, e incluía pausas para comer y un intermedio recomendado de dos horas para una siesta larga.

Sin embargo, Ani estaba chafada, sin ánimo. Se sentía así desde su pequeña aventura como espías. En el hospital había escuchado más que hablado, cosa que les vino muy bien a los heridos que atendió. Pero poco después de volver a las habitaciones de Syl tuvo una hemorragia nasal tan abundante que Syl quiso llamar a un médico. Ani le suplicó que no lo hiciera.

—Por favor, Syl —dijo—. No quiero que me examinen, no por esto. Ya se me pasará.

—¿Habías sangrado así antes?

—Un par de veces, cuando me he sentido... *agobiada*.

—¿Qué quieres decir con eso de agobiada? —preguntó Syl, pero Ani no quería seguir con el tema.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Claro, no tenemos por qué hablar de ello si no te apetece —dijo Syl—. Inclina la cabeza hacia delante. Esperaremos a que pare.

Cuando llamaron a la puerta, Syl fue a abrir. Se encontró con Meia delante, flanqueada de dos guardias, y sintió que palidecía a medida que la sangre le bajaba a los pies.

Debían de haber descubierto su aventura en la Milla Real. No podía haber otra razón para la presencia de Meia ahí. Sus temores parecieron confirmarse cuando ésta dijo:

—Tu padre quiere hablar contigo.

Syl asintió aturdida. Miró a Ani, cuya expresión reflejaba ahora las mismas preocupaciones de Syl. Sintió la mano de Meia en el hombro.

—No te preocupes, no te has metido en ningún lío, Syl —dijo Meia con tono tranquilizador, pero al momento, con una mirada inquisitiva, añadió—: ¿o acaso sí deberías preocuparte?

Syl sintió una oleada de alivio tan intensa que el cuerpo se le quedó flácido como el de una marioneta cuyos hilos se han aflojado.

—No —dijo—. En absoluto.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Ani.

—Tendrás que quedarte aquí —dijo Meia—. Lo siento, te la traeré de vuelta en cuanto pueda.

Syl cogió una capa porque ahora hacía frío dentro del castillo y salió con Meia.



Syl siempre le había tenido un poco de miedo a Meia. No era como los demás miembros del personal de su padre, sino una mujer tan extraña como serena, cuya vida personal permanecía en las sombras. Sólo respondía ante Lord Andrus, no dependía de ningún otro. A todos los demás parecía juzgarlos con una escala variable que se movía entre dos extremos: el desprecio y la diversión. Ani decía que Danis, su padre, detestaba a Meia, pero cuando Syl le había preguntado a Lord Andrus sobre el particular, él le había dicho que no era verdad.

—Se gruñen uno al otro como perros encadenados, pero la verdad es que tienen más en común de lo que parece —le explicó—. Si alguien le hiciera daño alguna vez a Meia, Danis lo perseguiría hasta los confines del universo; y si Danis no muriese de muerte natural, Meia acabaría con los responsables de su asesinato en sus camas.

Sin embargo, Syl no se fiaba del todo de Meia. No era razonable fiarse de los espías. Ahora se puso a su lado y se preguntó por qué la habría llamado su padre. Se fijó en que ya era casi tan alta como Meia, porque ésta era baja para los estándares ilyrios.

—No me ha dado la sensación de que te alegraras de verme aparecer en tu puerta —dijo Meia.

—No esperaba compañía, nada más.

—¿De verdad? —Meia no la miraba, pero Syl vio que levantaba una ceja en gesto de incredulidad—. ¿Así que no ha sido porque hoy salieras del castillo?

Syl no supo qué decir, y por lo tanto permaneció callada. Meia, por desgracia, era una experta interrogadora, y no responderle no significaba que fuera a librarse.

—¿Y bien? —insistió Meia—. No creo que vieras a nadie poniendo bombas mientras ibas de compras, ¿o sí?

Syl tragó saliva.

—Entonces sí que me he metido en un lío. Me has mentido.

—Sólo miento profesionalmente, nunca como algo personal —dijo Meia—. Tu padre no sabe nada sobre tu pequeña excursión de hoy, y con un poco de suerte no se enterará. Si llega a saberlo te encadenaría a un muro y te daría de comer de un cuenco para asegurarse de que no vuelves a vagabundear por ahí.

—¿No vas a decírselo?

—¿Por qué iba a hacerlo? No resultaste herida, y tampoco tu amiga Ani. Pero tienes que andarte con más cuidado. Es posible que tus disfraces funcionen a cierta distancia, pero de cerca tu piel pronto te delatará. Sería un buen golpe para la Resistencia capturar a la hija del gobernador. Vales mucho como objeto de intercambio, eso en el caso de que no creyeran que era mejor matarte de buenas a primeras.

—¿Me matarían?

—Es posible, si caes en manos de los hombres equivocados, y si no te encuentro yo antes.

—¿Y lo harías?, ¿me encontrarías a tiempo?

Meia se detuvo y la miró a los ojos por primera vez desde que Syl salió de su habitación.

—Sí. No lo dudes ni por un segundo. Pero esperemos que no se plantee la necesidad. Mientras tanto, procura reprimir tus impulsos aventureros durante unos días, tanto dentro como fuera del castillo. La situación es muy inestable.

Meia siguió andando, con Syl a su lado.

—¿Por Gradus y la Hermandad? —preguntó Syl, e inmediatamente se dio cuenta de que había hablado demasiado. Meia siguió caminando, pero sus pasos vacilaron por un momento.

—¿Qué sabes tú de Gradus y la Hermana Roja? —inquirió.

Syl fue cautelosa.

—Los vi llegar —dijo.

—Sí que tienes buena vista. Según me dijeron se ocultaron de todos nosotros.

—Y en el castillo no se habla de otra cosa —prosiguió Syl. Detestaba que Meia la interrogara porque la militar era inmune a sus encantos y evasivas.

—Le dije a tu padre que eras inteligente, pero no intentes pasarte de lista, sobre todo conmigo —dijo Meia—. Te conozco mejor de lo que te imaginas, y más te vale tenerme como aliada que como rival. Así que vamos a ser sinceras la una con la otra, ¿vale, Syl?

—Vale.

Meia dejó que los guardias se alejaran lo bastante para que no las escucharan.

—Os vi a ti y a Ani en los alrededores del Gran Salón, y os movíais como delincuentes. ¿Qué estabais haciendo allí? Nada de mentiras, Syl.

—Escuchábamos la conversación a escondidas.

—Esa cámara está insonorizada. Lo he comprobado personalmente.

—Yo conozco un sitio, un escondrijo.

—No me digas. Vaya, todavía estamos a tiempo de hacer una espía de ti.

—No quiero ser espía.

—Me sorprendes. Dadas tus actividades, pareces empeñada en optar al cargo. Tendrás que enseñarme cómo te las arreglaste para descubrirlo. Me interesa mucho.

Avanzaron hacia los aposentos de su padre. Meia se detuvo a la vista de la puerta y alzó un dedo hacia Syl como gesto de advertencia: llevaba la uña muy corta y sin adornos.

—Dime la verdad, Syl. ¿Has llegado a ver cara a cara a la Archimaga Syrene en algún momento del día de hoy?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No hay ninguna forma de que ella hubiera sabido de tu presencia en la reunión?

Syl se lo pensó un momento antes de responder. Una cosa era contarle sus propios secretos y otra revelar los de Ani.

—Estaba bien escondida —dijo Syl—. No sé cómo podría haberlo sabido. Pero...

—Sigue.

—Hubo un momento en que la Archimaga pareció mirar por toda la sala, como si supiera que había alguien que no debería estar allí. Miró directamente hacia... —*cuidado, cuidado*—, hacia mí, al sitio donde estaba escondida, aunque no podría haberme visto.

Meia no pareció muy contenta al oír eso.

—La Hermandad es una incógnita, Syl. Algunos las llaman brujas, y es posible que, en las profundidades de la Marca, hayan desarrollado habilidades que se nos escapan a los demás. ¿Te da miedo la Archimaga?

—Un poco.

—Eso está bien. Porque debe dártelo. ¿Sabes bailar bien, Syl?

—¿Que si bailo bien? —Syl pareció confusa—. No lo he probado nunca, ¿por qué?

Meia le puso la mano en la parte baja de la espalda y la empujó con suavidad hacia donde su padre la estaba esperando.

—Porque —dijo— estás a punto de bailar con la Hermana Roja.

Habían separado a Paul y a Steven de su madre. La última vez que la vislumbraron fue cuando la introducían en un coche patrulla de la policía normal, y uno de los agentes le ponía la mano en la cabeza para que no se golpeará. Eso, al menos, era una razón para la esperanza: estaba en manos de la policía de Lothian y Borders, la L&B, que eran fuerzas de seguridad locales, no de la Securitat. Los de Lothian y Borders no torturaban a las mujeres ni las perdían en sus prisiones secretas.

Todavía no.

El camión blindado de la Securitat tenía dos bancos de metal a cada lado, pegados a las paredes interiores, y un par de jaulas al fondo. Los chicos se libraron de las jaulas, pero les cubrieron las cabezas con capuchas en cuanto se sentaron y les colocaron y activaron collares magnéticos que los mantenían incómodamente erguidos contra el camión mientras éste serpenteaba por las calles de la ciudad.

Fue Paul el que se arriesgó a hablar. Oía una respiración húmeda al lado: un galateano como mínimo, puede que dos.

—¿Estás bien, hermanito? —preguntó.

La respuesta no se la dio Steven sino sus captores. El cuerpo de Paul se sacudió cuando le golpearon en el costado con una porra eléctrica, y una luz blanca estalló en su cabeza. Duró sólo un par de segundos, pero fue más que suficiente para que se mordiera la lengua. Cuando apartaron la porra todavía le temblaba el cuerpo. Contuvo las náuseas. No quería vomitar dentro de la capucha. Recuperó el control de la respiración, como le habían enseñado, y como él había enseñado a otros. Todos habían sido interrogados en el pasado, normalmente en el transcurso de los registros aleatorios y las redadas callejeras que los ilyrios realizaban con regularidad. En esos casos, había después un interrogatorio rutinario en la parte de atrás de la furgoneta o, a veces, en alguna de las comisarías de la L&B. Paul había llegado a pasar un par de noches en las celdas, aunque siempre lo habían soltado al alba. Pero esto era distinto: éstos eran la Securitat, y al mando de Vena. Steven y él no iban a ser retenidos durante un par de horas en la comisaría de St. Leonard's Meadows, o en la del West End o en la de Portobello, ni un humano decente de uniforme les ofrecería una taza de té y unas galletas. No, sólo podían estar llevándolos a dos lugares: el centro especial de interrogatorios de la Securitat en Glasgow o el castillo.

El camión redujo la velocidad y frenó hasta detenerse. Paul oyó que abrían las puertas, y luego desactivaron el collar y se lo quitaron. Unas manos fuertes le bajaron

a rastras del vehículo, y saboreó brevemente el aire de la noche a través de la capucha antes de que la atmósfera que le rodeaba se enrareciera, tornándose húmeda y sucia. Emitió un pequeño silbido y su hermano respondió del mismo modo, pero entonces oyó el sonido de algo duro golpeando carne blanda y Steven gritó de dolor.

—¡Dejadle en paz! —dijo Paul—. Es sólo un niño.

Esperaba recibir otra descarga de la porra, pero no se la dieron. Simplemente lo arrastraron en silencio hasta que lo obligaron a girar a la derecha y una mano lo empujó hacia delante. Durante un instante le asaltó una imagen de sí mismo al filo de un inmenso foso, a punto de precipitarse al vacío, y luego de cómo su figura encapuchada caía sin fin. Pero en realidad se golpeó contra un suelo de piedra, y a los pocos segundos oyó el golpe de otro cuerpo, y a Steven sollozando.

—No llores —dijo Paul—. No les des el gusto.

La puerta se cerró a sus espaldas.

Paul no tenía ni idea de cuánto tiempo los dejaron allí. Podía haber sido una hora, pero también tres. Una vez se aseguraron de que parecía que estaban solos en la habitación, los chicos encontraron una pared y se apoyaron en ella. Cuando Steven se disponía a hablar, Paul sólo dijo una palabra:

—Cuidado.

Los ilyrios estarían escuchándoles: escuchándoles y observándoles.

Con el índice de la mano izquierda, Paul empezó a tamborilear suavemente sobre la pared: dos toques cortos, dos largos, dos cortos. Era un signo de interrogación en código Morse.

Al cabo de un momento, Steven respondió con tres toques largos, seguido de largo-corto-largo.

OK.

La Resistencia se había dado cuenta demasiado tarde de que los ilyrios se habían infiltrado en todas las formas de comunicación electrónica, y muchos grupos de todo el mundo habían perdido miembros en los primeros tiempos. Internet todavía funcionaba, aunque tenía más virus que una pandemia de gripe; los ilyrios habían supuesto, acertadamente, que si permitían la circulación de dinero y que los negocios prosiguieran a escala mundial con cierta normalidad, buena parte de la humanidad se conformaría. Pero todos los teclados estaban monitorizados y sólo los idiotas transmitían información esencial a través de la Red o hablaban o enviaban mensajes de texto por teléfono. La Resistencia había recurrido a métodos más sencillos para mantenerse en contacto. Utilizaban buzones secretos, ubicaciones seguras donde podían dejarse y recogerse mensajes en papel. Intercambiaban señales e instrucciones por radio de onda corta, como habían hecho los espías en la segunda guerra mundial.

Y usaban el código Morse. Era una de las primeras cosas que aprendían los jóvenes cuando se unían a la Resistencia. A veces, Paul y sus colegas ni siquiera

tenían que introducir a los nuevos reclutas en los fundamentos porque los hermanos y hermanas mayores ya habían enseñado el código a los pequeños, como también los padres que no habían sucumbido a los métodos ilyrios para someterlos, químicos o de otro tipo.

Ahora, poco a poco, meticulosamente, los chicos elaboraron una historia inventada que les sirviera de coartada. Lo hicieron con palabras sencillas.

*Explorar. Criptas. Tubería. Aventura.*

*Nada.*

*No vimos nada.*

Las capuchas empezaban a oler mal. Se habían empapado con las exhalaciones de los chicos y hacía mucho, muchísimo calor. Paul sentía que se asfixiaba y oía que la respiración de Steven sonaba cada vez más aterrorizada.

—Tranquilo —dijo—, tranquilo.

Les dolían los brazos y la circulación empezaba a cortárseles debido a las ataduras. Paul ya no sentía los dedos.

Se abrió una puerta. Les llegó el sonido de objetos metálicos que depositaban sobre el suelo. Una mesa y sillas, pensó Paul. Tal vez nos den de cenar, un abundante ágape como es debido, con ternera, patatas asadas y salsa. Aunque estaba asustado, también tenía mucha hambre. No habían comido desde que habían compartido el paquete de galletas de avena con aquellas dos extrañas chicas, las que tenían nombres anticuados y llevaban varias capas de ropa encima, con sombreros y gafas, de manera que lo único que se les veía eran las mejillas, las frentes y las barbillas lisas y bronceadas, pero no los ojos, ni el pelo...

¡Oh!, pensó Paul, al darse cuenta de que las «chicas» puede que no fueran tales. Soy un idiota. Un redomado idiota. Estaba tan concentrado en las explosiones y en que no me detuvieran que no me paré a pensar que...

Pero cualquier reproche más que fuera a hacerse se vio interrumpido cuando unas manos lo pusieron de pie y lo acercaron a una silla. Se sentó y le quitaron la capucha. Parpadeó con fuerza ante la luz de los fluorescentes y durante unos segundos no pudo ver nada en absoluto. Poco a poco fue acostumbrándose a la vista y distinguió la mesa y las sillas, y a su hermano sentado a su lado, también parpadeando, con los ojos llorosos.

Sentada frente a ellos estaba Vena. Tenía la cabeza afeitada y el cuero cabelludo adornado con franjas plateadas. No había acabado con ellos, ni por asomo. Paul se lo temió cuando la vio en su casa. Incluso para los estándares de brutalidad de la Securitat, Vena era considerada una psicópata por la Resistencia. En la lista de objetivos que asesinar estaba incluso por delante del gobernador Andrus. Por lo que la Resistencia sabía, Andrus no tenía la costumbre de utilizar deslizadores —así denominados porque volaban deslizándose a ras de los límites de la atmósfera terrestre— para llevar cautivos a mucha altitud y desde allí arrojarlos al vacío. Para Vena eso era poco menos que una diversión. También se creía que informaba de todo

lo que veía y oía en la Islas Británicas a su amante, Sedulus. Era su lugarteniente en todo, salvo en el título.

—¿Sabéis quién soy? —preguntó.

—No, señora —dijo Paul.

—No —dijo Steven.

—Mentís —dijo Vena—. Anotaré cada mentira que me contéis y os amputaré un dedo por cada una.

Ninguno de los jóvenes respondió. Bien hecho, hermanito, pensó Paul. Está sondeando. No te apartes de la historia y nos irá bien.

—¿Qué estabais haciendo en nuestros túneles y para quién trabajáis? —preguntó Vena. A todas luces no iba a haber preámbulos de ningún tipo, nada de unas presentaciones para conoceros, nada de «Os estaréis preguntando por qué os hemos traído aquí». Eso quedaba para las películas. Los securitats tenían fama de ir siempre al grano.

—Tengo que ir al lavabo —dijo Steven.

Lo habían hablado en su conversación codificada. Tenían que encontrar el modo de salir de la celda, aunque sólo fuera un momento, para hacerse cierta idea de dónde se encontraban, de la seguridad, de los guardias que había. Allí dentro estaban ciegos.

—Mala suerte —dijo Vena.

—Tengo que ir con urgencia.

—Cuando me cuentes lo que quiero saber, podrás ir. Hasta entonces te quedarás donde estás.

—Me lo haré encima —dijo Steven.

Vena le sonrió y se inclinó por encima de la mesa.

—Si lo haces, te cortaré el órgano responsable y se lo entregaré a los agrones para que se den un festín. Se comen cualquier cosa.

Steven se calló. No creía que el ardid del lavabo fuera a funcionar, y no estaba dispuesto a arriesgar su virilidad por la lejana posibilidad de que saliera bien.

—Una vez más: ¿qué estabais haciendo en los túneles?

Era inútil negar que hubieran estado allí. El agrón se lo había revelado al decirle a Steven que había seguido su olor.

—¿Fue por accidente? —dijo Steven. Su voz sonó un poco más aguda hacia el final de la frase y pareció una pregunta, lo cual no era su intención.

—¿Por accidente? —dijo Vena—, ¿de verdad?, ¿no se os ocurre una excusa mejor?

—Sí, un accidente —dijo Steven—. Yo estaba haciendo el tonto por las criptas cuando encontré una tubería nueva y me metí dentro.

Entonces se interrumpió; la Resistencia les había enseñado a contar mentiras breves y escuetas para no enredarse ellos mismos con las palabras que iban entretejiendo. Pero ya había cambiado ligeramente la historia que habían acordado Paul y él, y Paul no estaba seguro de que fuera muy sensato.

Había dicho «yo», no «nosotros».

Vena frunció el ceño y Paul supo entonces que Steven había cometido un error. Se lo había dicho mil veces: las mejores mentiras eran las que se presentaban envueltas en las verdades más gruesas. Escondes la mentira y no adornas la verdad.

—Pero tu hermano iba contigo, ¿no?

Paul se mordió el labio.

—No, iba yo solo. Mi hermano no estaba allí.

—Qué raro —dijo Vena—. Eso no fue lo que nos contó vuestro amigo Knutter. Supongo que podríamos traerle aquí y pedir que corroborase la historia. Oh, espera, no, no podemos, porque está muerto, y vosotros también lo estaréis si os empeñáis en hacerme perder el tiempo. Incluso si vuestro amigo hubiera pretendido ocultar la verdad, vuestros olores os habrían delatado. Los agrones tienen quinientos millones de receptores olfativos. Vosotros sólo tenéis cinco millones. ¿Te parece que no pueden reconocer la diferencia entre tu tufo y el de tu hermano?

—Yo sí puedo —dijo Steven—. Él huele peor que yo.

Incluso en esa terrible situación, Paul no pudo contener la sonrisa. Su hermano pequeño estaba provocando a los ilyrios. Su madre siempre les había dicho que eran más listos de lo que les convenía. Tal vez tenía razón.

—Eres un jovencito muy gracioso —dijo Vena—. Por desgracia, a mí los dos me oléis igual. Oléis a miedo, a desesperación y a mentiras. ¿Qué visteis en ese túnel?

—Nada —respondió Steven.

Vena concentró su atención en Paul.

—¿Vas a dejar que tu hermano pequeño cargue con toda la culpa por ti?, ¿vas a dejarle que pelee tus batallas? Menudo cobarde estás hecho, permitir que hable un niño mientras tú te quedas sentado e intentas salvar tu propio pellejo.

—Como le ha dicho él —dijo Paul—, no vimos nada. Estábamos explorando las criptas, encontramos una tubería nueva, el olor hizo vomitar a mi hermano y nos fuimos de allí. Eso es todo. Él sólo quería protegerme al decir que yo no estaba con él. Lo sentimos.

Vena sopesó lo que acababa de decir Paul y luego hizo un gesto con la cabeza.

—Traedlo —dijo.

Los micrófonos ocultos en la sala recogieron su orden y la puerta se abrió. Entró un galateano con una caja de madera. Tenía la tapa con bisagras y perforada con orificios para respirar. La colocó en la mesa, y a Paul no le cupo duda de que oía algo moviéndose dentro.

Entraron otros dos galateanos. Soltaron los brazos de Steven, aunque sólo lo suficiente para estirárselos sobre la mesa. De la superficie de ésta, hasta ese momento lisa, emergieron un par de tiras metálicas que se deslizaron sobre las muñecas de Steven, sujetándoselas.

Vena miró a Paul.

—Dado que, por lo que parece, prefieres dejar que sea tu hermano el que hable,



tal vez te gustaría que sea también el que grite.

El galateano le dio una manopla de metal y cuero grueso. Vena se la puso en la mano derecha, luego levantó la tapa de la caja y con cuidado metió la mano protegida. Fuera lo que fuese lo que contenía, pareció atacarla, porque Vena se encogió y estuvo a punto de retirar la mano. Sin embargo, al final consiguió agarrar al bicho y lo sacó de su prisión.

Tenía algo más de treinta centímetros de largo, el cuerpo, acorazado, era morado y rojo como un músculo al descubierto, y se veían cinco patas con fuertes articulaciones a cada lado. Dos grandes ojos bulbosos, como los de una mantis, miraban sin pestañear desde su cráneo, y entre ellos había una boca larga y puntiaguda con una ventosa con púas en la punta. Mientras se resistía a Vena, dos delgados apéndices, como látigos negros, se desplegaron desde los costados de su mandíbula y azotaron inútilmente al aire, salpicando un líquido claro sobre la mesa.

—¿Os han picado alguna vez una abeja o una avispa? —preguntó Vena—. Puede ser muy doloroso. Incluso puede matarte si tienes alergia. Este pequeño monstruo se llama icurus y suele ser inofensivo. Sólo quiere que lo dejen en paz. Pero esos látigos punzantes descargan una potente dosis de una neurotoxina parecida a la apamina que se encuentra en el veneno de las abejas. He oído que lo describen como sentir que un ácido te abrasa la carne.

»El icurus tiene un pequeño rasgo desagradable. Durante el periodo de apareamiento, los aguijones sirven a un doble propósito: inyectan no sólo veneno, sino también larvas de icurus, que crecen en el organismo huésped y lo consumen desde su interior. En su planeta original, sólo cría en épocas muy concretas del año, pero la Tierra ha estropeado su reloj biológico. Sinceramente, no sé si éste está en celo o no. Sólo hay una forma de averiguarlo, creo.

Colocó el icurus sobre la mesa y lo soltó empujándolo hacia Steven.

—Me temo —dijo— que va a doler.

Para Syl, la reunión en los aposentos de su padre resultó inquietante y confusa. El cumpleaños había caído en el olvido, como también el temor de que su padre descubriera que se había salvado por los pelos de los atentados. Meia había dejado claro que no le contaría a Lord Andrus lo que Syl y Ani habían estado haciendo aquel día, incluida su excursión a la Milla Real y el episodio de espionaje, siempre que Syl no le diera motivos. Syl no se hacía ilusiones, porque ahora estaba en deuda con Meia, pero, sentada en uno de los sillones de su padre escuchando lo que ésta, Danis y su padre le decían, comprendió que ellos la necesitaban, y que la deuda que iban a contraer con ella sería, como mínimo, tan molesta como la suya con Meia.

No la habían necesitado antes, al menos, no de ese modo. Durante la mayor parte de su vida había dependido de los demás. Sí, su padre la necesitaba, claro, pero se trataba de una necesidad emocional, fruto del amor. Pero que recurrieran a ella por algo que podía hacer, algo práctico, algo peligroso, era muy distinto. Y aunque estaba resentida por la cautela de su padre —porque él no paraba de repetir los riesgos que implicaba—, le agradecía en secreto su preocupación, aunque lo que pretendía se pareciera cada vez más a utilizarla como si fuera un peón en su partida con el Cuerpo Diplomático y la Hermandad.

—Todavía no entiendo por qué quiere ver precisamente a Syl —dijo por fin el gobernador cuando quedó claro que iba a permitirle que acudiera a la llamada de la Hermana Roja.

Syl podría habérselo dicho, aunque sólo fuera una sospecha. Y también Meia, pero ésta guardó silencio. Syl recordó la forma en que Syrene había buscado el origen de lo que fuera que la perturbaba en el Gran Salón, y cómo finalmente se había fijado en el borde ornamentado de la chimenea que ocultaba las pequeñas rendijas a través de las que Syl y Ani la observaban, como si quisiera que su mirada adquiriera cuerpo y se introdujera entre los huecos igual que una serpiente.

Lord Andrus se acercó a Syl y le puso una mano en el hombro.

—No estás obligada a hacerlo, ya lo sabes —dijo—. Nadie pensará mal de ti si prefieres no perder el tiempo en compañía de Syrene.

—Lo entiendo —dijo Syl—. Quiero hacerlo.

Andrus miró a Meia, que le devolvió la mirada. No les hacía falta hablar. Ella había reflexionado sobre el problema y había dado su opinión basada en su análisis.

—Meia cree que eres lo bastante lista para enfrentarte a Syrene durante un rato, y

yo coincido con ella. Pero recuérdalo: es peligrosa, y astuta, y no siente ningún amor por esta familia.

Se calló un momento.

—Debes saber que tu madre hizo oídos sordos a las insinuaciones de la Hermandad para que entrara en la Orden cuando era joven —dijo.

Los ojos de Syl se abrieron como platos. No lo sabía.

—Lo hizo por muchas razones —prosiguió Lord Andrus—, algunas de las cuales entiendo y otras sólo puedo adivinarlas. Yo fui una de esas razones, aunque resulte demasiado vanidoso por mi parte el decirlo. Orianne y yo nos enamoramos desde muy tierna edad, cuando éramos más jóvenes aún que tú ahora. Ezil y Syrene se tomaron su rechazo como algo muy personal, en parte porque ella me amaba precisamente a mí, que, ya de joven soldado, había sido calificado como enemigo tanto por el Cuerpo como por la Hermandad. Ésa es la razón de que tu madre optara por vagar por las estrellas conmigo y abandonara su hogar para siempre. Estaba convencida de que si se quedaba le harían algún daño..., a ella o a cualquier hijo que llegara a tener. Así que tú naciste lejos de Ilyr y también lejos del alcance de las Hermanas Rojas. Pero ahora la Hermandad está aquí, y es posible que Syrene quiera conocerte porque desea ver por fin a la hija de Lady Orianne.

»Pero si fuera eso lo único que quiere, podría mirar imágenes tuyas hasta que se le cayeran los ojos de la cara. Por más excepcional que seas, Syrene no cruzaría la mitad del universo simplemente para admirar tus rasgos. Hay algún otro propósito en todo esto, y tenemos que averiguar de qué se trata. Así que enfréntate a ella, discute con ella, porque tal vez le revele a la hija algo que desea mantener en secreto al padre. Estaremos observando, y escuchando.

Lord Andrus alcanzó la mano derecha de Syl. En el índice, ella llevaba un anillo de oro blanco con un cristal rojo engastado.

—Si en cualquier momento te sientes amenazada o tienes miedo, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, padre.

El anillo funcionaba como alarma personal. Al apretar con fuerza el cristal, activaba el dispositivo. Dentro del recinto del castillo recibiría ayuda en cuestión de segundos.

Andrus la besó dulcemente en la frente.

—No puede decirse que sea el cumpleaños que me habría gustado para ti —dijo.

—Gracias por los regalos —susurró ella.

—¿Regalos? Sólo te hice uno.

—Dos —dijo Syl—. El vaciado de bronce y tu confianza.

Andrus sonrió.

—Meia te acompañará junto a Syrene y se quedará fuera hasta que salgas sana y salva.

Meia se adelantó.

—Vamos, Syl —dijo.

—¿Es la hora del baile? —preguntó Syl.

—Sí, ha llegado la hora.

En la pequeña celda de interrogatorios, la cabeza de Steven se desplomó sobre la mesa. El icurus había sido devuelto a la caja, con su veneno, que al parecer era inagotable. Los dedos de la mano izquierda de Steven se habían hinchado mucho, las puntas se habían amoratado y sangraban por las picaduras del icurus.

—Nada —susurró por lo que le pareció una centésima vez—, no vimos nada...

Ya ni siquiera lloraba. Había consumido todas sus reservas de lágrimas, no así su hermano. Paul lloraba: por su hermano, por su madre y por su propia incapacidad para distinguir entre la fuerza y la debilidad. Al permanecer en silencio, estaba permitiendo que su hermano sufriera. Si hablaba, si reconocía lo que habían visto, podía poner fin al dolor de Steven.

Pero si le contaba a Vena lo que habían visto, los dos morirían. De eso estaba seguro. Algo espantoso estaba pasando bajo la ciudad, algo que los ilyrios no deseaban que se supiese. El deber de Paul era mantenerse con vida, a sí mismo y a su hermano, e informar de lo que sabía a aquellos que podrían investigar más a fondo.

—Dejad de hacerle daño —dijo Paul—. Por favor. Hacédmelo a mí. Dejadlo en paz.

El pequeño receptor que Vena llevaba en la oreja se encendió, y, tras una pausa para escuchar, se levantó y salió de la sala sin decir palabra. Paul quería abrazar a su hermano, acunarlo y decirle que lo sentía, que todo iría bien, pero seguían con las manos atadas a la espalda. Así que se inclinó hacia delante y colocó la cabeza al lado de la de Steven.

—Lo has hecho muy bien —susurró—. Eres valiente. Más valiente que nadie que conozca.

—¿Es verdad? —preguntó Steven. Las palabras se le atascaron en la garganta, como sollozos secos.

—¿Que si es verdad qué?

—Lo que ella ha dicho de esa cosa, que inyecta sus crías en la gente.

—No lo sé —dijo Paul—. Creo que sólo intentaba asustarte.

—Pues lo ha conseguido. Estoy asustado.

—Haremos que te examine un médico en cuanto salgamos de aquí.

—Genial. ¿Y cuándo crees que será? Porque no me parece que la cosa pinte muy bien para nosotros ahora mismo.

Los chicos se levantaron. Steven se miró la mano desfigurada.

—Me quema —dijo—. Siento cómo se va difundiendo por el brazo.

Tenía razón. La hinchazón ya no se limitaba a la mano. Le subía por el antebrazo y ya había recorrido hasta la mitad, acercándose al codo.

—Lo curaremos —dijo Paul, pero no sabía si era verdad. Se preguntaba cuánto les habría contado Knutter a los ilyrios. Knutter no era inteligente, pero tenía cierto grado de astucia animal, y odiaba a los ilyrios. No les habría contado gran cosa. Como poco, admitir su relación con la Resistencia le habría hecho correr mucho peligro. Lo habían utilizado como distracción, pero había sido el agrón el que siguió el rastro del olor. No, Paul llegó a la conclusión de que Knutter seguramente había mantenido la boca cerrada con la esperanza de que todo saliera bien. Si no se apartaban de la coartada que habían preparado, todavía tenían alguna esperanza.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez no fue Vena la que entró sino un oficial médico con bata azul. Examinó la mano de Steven y le puso una inyección en el brazo, pero Paul reparó en que limpió la aguja en una toallita que colocó seguidamente en una bolsa de muestras estéril.

—Esto bajará la hinchazón —dijo.

—¿Y qué pasa con las larvas y lo demás? —preguntó Paul.

El oficial médico pareció sorprendido.

—¿Y qué quieres que pase?

—La oficial que le ha hecho esto dijo que el icurus inyecta sus larvas en el huésped.

—¿Ah, sí? Lo próximo que os dirá es que reparte regalos entre niños humanos por Navidad.

—Entonces, ¿no es verdad?

—No —bajó la voz—. El icurus pone huevos, miles de huevos, pero sólo en las hojas de una planta concreta. Tu hermano tiene veneno en su organismo, pero nada más. Aun así, el veneno ya es bastante malo. Le ha picado con ganas. Si el veneno se propagara, acabaría paralizándole el sistema respiratorio. He visto morir a hombres adultos por esas picaduras durante el interrogatorio.

Miró la caja. No parecía que aprobara los métodos de Vena.

—Gracias —dijo Paul.

—¿Por qué?

—Por tratar a mi hermano.

—Soy médico. A eso me dedico. Ilyrios, humanos, terroristas, para mí todos son iguales.

—Nosotros no somos terroristas —dijo Paul.

—Tanto da —dijo el médico—, no es asunto mío.

Desenvolvió otra aguja y le sacó una muestra de sangre a Paul.

—¿Qué está haciendo?

—Es sólo por precaución. No te preocupes.

Pero una vez más, volvió a limpiar la aguja con una toallita que introdujo en otra bolsa de muestras. Luego, antes de salir, también cogió muestras de piel de cada uno de ellos.

Al cabo de un rato entraron tres galateanos y soltaron las manos de los chicos.

Les dieron sopa y un poco de pan reseco.

En el silencio de la sala de interrogatorios esperaron a que se decidiera su destino.

Dos ilyrias con túnicas de color amarillo apagado estaban delante de la puerta de los alojamientos de Syrene y vieron con desagrado que se acercaban Syl y Meia.

—Novicias —susurró Meia—. Viven para conseguir la aprobación de la Archimaga.

Syl sintió cómo la evaluaban y que le habían encontrado defectos. Apenas parecieron fijarse en Meia, pero ésta sabía parecer inofensiva cuando así lo quería. Era uno más de sus talentos como espía. Tenía la capacidad de transformarse, una habilidad especial no sólo para fundirse con lo que la rodeaba, sino casi para alterar su aspecto físico. Se trataba de algo sutil —agachar la cabeza, hundir los hombros, relajar los músculos faciales—, pero incluso en el curso del breve trayecto desde los aposentos de Lord Andrus a la guarida temporal de la Hermana Roja, Meia había cambiado, y Syl pensó que, de no haber pasado la hora previa en su compañía, podría habérsela cruzado en la calle sin reconocerla.

—Traigo a Syl Hellais —dijo Meia—. La Archimaga la espera.

Una de las novicias asintió.

—Puedes entrar —le dijo a Syl—. La otra se queda fuera.

Meia le tocó el hombro a Syl con suavidad.

—Acuérdate de llamarla «su eminencia» —le dijo en voz baja—. Es lo que espera de ti. —Entonces se abrió la puerta y Meia dio un paso atrás.

Sin vacilar, Syl entró para presentarse ante la Hermana Roja.

Lo que primero la sorprendió fue la naturaleza de la propia sala. Del mismo modo que Meia tenía la capacidad de tomar lo familiar y hacer que pareciera extraño y nuevo, también los aposentos de Syrene se habían transformado con su mera presencia. Los suelos de madera estaban ahora cubiertos con alfombras rojas y doradas, a todas luces muy antiguas y de una ornamentación muy elaborada. Se habían desplegado telas sobre el mobiliario habitual, desbastando los ángulos, y la única luz procedía de velas. En los tapices de las paredes había imágenes de animales fabulosos y antiguas batallas libradas mucho antes de que las naves volaran a las estrellas. Encima de la cama colgaba lo que Syl reconoció finalmente como el sello de la Hermandad, el Ojo Rojo, pero éste era distinto del que adornaba la nave del patio y los collares de las guardianas. De él fluían gráciles zarcillos rojos de energía que parecieron moverse cuando Syl los miró, y le dio la impresión de que podían extenderse hacia ella y acariciarle la piel.

Y en el centro de la habitación estaba Syrene, extrañamente hermosa. Había prescindido de la larga túnica y el velo ornamentado de la Hermandad y llevaba un sencillo vestido rojo muy ceñido alrededor del torso, pero que caía como una cascada de sangre desde la cintura. Llevaba el pelo moreno muy corto, afeitado por delante, en el nacimiento mismo, para dejar al descubierto los tatuajes que surgían de su cuero cabelludo y que le recorrían la frente; todo había sido objeto de un esmerado cuidado. No era un corte militar, ni tampoco el tipo de riguroso rasurado que lucían algunas de las mujeres religiosas de la Tierra. Para Syl indicaba a la vez un deseo de cumplir con la exigencia de la Hermandad de que el cabello no fuera largo y cierto grado de vanidad personal por parte de Syrene. En los ojos de ésta brillaba un débil resplandor rojo. Syl creyó que podría deberse al reflejo de las llamas de las velas, pero cuando la Hermana Roja se adelantó para saludarla, el resplandor siguió donde estaba, y sólo se apagó cuando se encontró lo bastante cerca para que Syl le oliera el aliento. Tenía un matiz a especias picantes que no resultaba desagradable.

Syrene tendió las manos en un gesto de saludo. Al igual que su rostro, estaban elaboradamente ornamentadas con tatuajes rojos, aunque éstos recordaban a los delicados detalles de unas cortinas de encaje más que a las ilustraciones figurativas de su cara. Ahora que podía examinar a la Archimaga de cerca, la atención de Syl se vio atraída por los ojos rojos tatuados en el rostro, uno en cada mejilla. Estaban cuidadosamente grabados —casi parecían vivos— y las pupilas a su cuidado eran muy muy oscuras. Por primera vez desde que había entrado en la habitación, Syl sintió un cosquilleo de inquietud.

—Su eminencia —dijo.

—Syl Hellais —respondió Syrene—. No sabes cuánto me alegro de conocerte.

Extendió los brazos como si pretendiera abrazarla, y Syl se tensó de manera instintiva ante el acercamiento. No le gustaba que la tocaran desconocidos. Syrene se dio cuenta de la incomodidad y dejó caer los brazos a los costados, pero pareció levemente decepcionada por la reticencia de la joven al contacto físico. Es más, Syl no podía evitar la sensación de que, aunque acababa de llegar, Syrene ya se había aburrido de ella, como si en esos primeros instantes hubiera descubierto todo lo que merecía la pena saberse sobre ella y quisiera quitársela de encima cuanto antes.

¿Qué esperaba Syrene?, pensó Syl, y la respuesta le llegó sin querer.

A mi madre.

Entonces la sensación de decepción desapareció y Syl casi habría creído que no eran más que imaginaciones suyas de no haber sido porque se seguía sintiendo levemente dolida y, sí, rechazada.

—Por favor —le pidió Syrene—, siéntate. ¿Te apetece un poco de vino?

Había dos copas en una mesita, con dos sillones de biblioteca de cuero al lado. Entre las copas había una jarra de vino tinto. Syl bebía muy poco por norma, y habría preferido no hacerlo ahí. Era importante que mantuviera la mente despejada. Por otro lado, si la veía aceptar una bebida, era más probable que Syrene se relajara. Aceptó



una copa pequeña.

—Es italiano, muy añejo —dijo Syrene—. Una de las cosas que hace bien este mundo son las sustancias embriagantes. Ésta es una de las pocas botellas de cosecha rescatadas por un comerciante en Roma antes de que la ciudad se convirtiera en ejemplo para las demás.

Según el padre de Syl, la destrucción de Roma había sido un error terrible, un crimen de guerra que perseguiría a los ilyrios durante las próximas generaciones. Él se había opuesto, pero el Consejo en Ilyr le había desautorizado.

—¿No te parece bien lo que pasó en Roma? —preguntó Syrene.

—Era una gran ciudad, una ciudad hermosa —dijo Syl.

—¿La visitaste?

—Sólo una vez.

—¿Hubieras preferido que sirviera de ejemplo una ciudad menos bella?

—Habría preferido que no se hubiera destruido ninguna ciudad —dijo Syl.

—Tu padre habla a través de tu voz —dijo Syrene.

—No —replicó Syrene—, tengo voz propia.

—La Tierra se está volviendo díscola —dijo Syrene—. No nos tiene miedo. Y sin miedo no puede existir el imperio de la ley.

—¿Habla su marido a través de su voz? —dijo Syl y le sorprendió que Syrene se riera.

—Vaya, al final parece que sí has heredado algo de tu madre —dijo la Archimaga—. ¿Sabes que una vez llamó bruja a la cara a la Maga Ezil?

—No —dijo Syl—, no lo sabía.

Se sintió tremendamente orgullosa de una mujer de la que no podía acordarse, a la que sólo conocía por las fotografías y las proyecciones de vídeo. Atesoraba con cariño cada mención que hacían de ella, embebiéndose de los recuerdos que la gente compartía con ella, y que mantenía vivos sacándolos regularmente de la cajita donde acumulaba experiencias vitales, y examinándolos a la luz del mundo que había matado a Lady Orianne. Soñaba con ella por las noches. Guardaba el medallón de su madre junto a su almohada, en una caja de terciopelo atada con una cinta de uno de sus guantes, y de vez en cuando se permitía abrir un frasco de cristal amarillo que contenía las últimas trazas del perfume personal de su madre, almizclado y cálido.

—No fue muy sensato, claro —prosiguió Syrene—, además de una grave falta de respeto. Si Lady Orianne no hubiera huido de Ilyr con tu padre, la Hermandad habría encontrado la forma de hacerle pagar la ofensa cometida.

—Ella no huyó —dijo Syl—. Amaba a mi padre y quería estar con él.

—Tu padre era el único ilyrio que menospreciaba más que tu madre a la Hermandad. Hacían buena pareja.

—¿Era usted una de las que quería hacerle pagar la ofensa? —preguntó Syl.

—De cara a la galería, sí, pero para mis adentros yo admiraba el espíritu de tu madre. Habría sido un bello ornamento para nuestra orden. Con el tiempo, hasta es

posible que hubiera acabado rigiéndola. Me alegré de que rechazara un destino en la Marca y me sentí aliviada cuando se marchó con tu padre. Si no hubiera sido así y se hubiera replanteado la oferta de la Hermandad, habría ascendido y adquirido autoridad como he hecho yo, y ahora tal vez estaríamos compitiendo por el poder en la Marca.

—¿Es eso lo que usted busca, poder?

Syrene la miró con malicia por encima del borde de la copa.

—Haces muchas preguntas, pequeña. ¿Te ha pedido tu padre que las hagas?, ¿cree que puede sonsacarme algo metiéndote en una habitación conmigo? Típico de él. Siempre fue un torpe con sus métodos. Juega muy mal sus cartas.

Syrene dio un sorbo de vino. Unas gotas cayeron por su barbilla, oscuras, pero no pareció darse cuenta.

—En respuesta a tu pregunta, la vida se reduce al poder. Los poderosos sobreviven. Los poderosos prosperan. Así que sí, quiero poder, para mí y para los míos.

—¿Los suyos?, ¿se refiere a la Hermandad?

—La Hermandad, pero no sólo ella. Tú eres de los míos, como lo fue tu madre. La Hermandad es la gran fuente de poder femenino. A través de ella ejercemos influencia en un imperio, y en el gobierno de los mundos.

Durante un instante, el fuego rojo centelleó de nuevo en sus ojos, y se desvaneció.

—Hemos perdido contacto visual —dijo Balen.

Estaba con Lord Andrus y Danis, observando la serie de pantallas que mostraban los aposentos de Syrene desde una docena de ángulos gracias a las diminutas cámaras ocultas por todos los rincones. Ahora esas pantallas sólo mostraban interferencias.

—Comprueba el resto del sistema —ordenó Andrus.

Balen pasó a las imágenes que transmitían las cámaras de los demás puntos del castillo. Todas parecían funcionar bien, incluso las del dormitorio del gran cónsul Gradus, que lo mostraban profundamente dormido en la cama.

—Es la bruja —dijo Danis—. Les ha hecho algo a las cámaras... otra vez.

Tras el breve paso de Syrene por el Gran Salón, el equipo de vigilancia había sido reemplazado porque se creía que se había producido un fallo de funcionamiento o un sabotaje. Ahora estaba claro que la Archimaga en persona podría haber sido la responsable.

—Todavía tenemos sonido —dijo Balen—. Están hablando. Oigo a su hija. Parece estar bien.

—Meted un acechador —dijo Andrus—. A lo mejor tenemos más suerte con él. Mientras tanto, avisa a Meia de que hemos perdido el contacto visual. Asegúrate de que está lista para actuar de inmediato.

Balen se puso en contacto con Meia y luego activó uno de los acechadores, los

diminutos robots-espía diseminados, en estado de latencia, por todo el castillo. Éste era una cucaracha modificada: había sido equipada con componentes electrónicos instalados en la fase de pupa, de forma que el tejido del propio insecto creciera alrededor de los cables y microcircuitos, sellándolos en su interior; y los movimientos de las patas proporcionaban energía a la diminuta cámara que llevaba incrustada en la cabeza. Estos pequeños espías —moscas, avispas y polillas modificadas— eran la maldición de la Resistencia, porque nunca podían estar seguros de si un insecto estaba controlado por los ilyrios o no. Por esa razón, los insectos no sobrevivían largo tiempo cuando la Resistencia estaba haciendo de las suyas.

La cucaracha espía respondió a la señal de Balen y se desplazó a oscuras hacia los aposentos de Syrene.

En cuanto vio aparecer a Sedulus, Paul supo que Steven y él estaban perdidos. Vena iba pegada a sus talones, como un perro obediente y malvado. Tras ellos entraron media docena de galateanos pertrechados con uniforme blindado completo. Dos de ellos llevaban largas varas metálicas que acababan en collares magnéticos abiertos. Los dos que les seguían llevaban rifles de pulso y la pareja final iba armada con unas porras eléctricas que eran casi tan largas como las varas con aros. Antes de que los chicos pudieran reaccionar, recibieron unas descargas brutales y les colocaron los aros magnéticos alrededor del cuello mientras aún sufrían espasmos en el suelo. De nuevo les ataron las manos y les pusieron una cinta en la boca y alrededor de la cabeza para que no pudieran hablar.

Sedulus se adelantó. Hizo un gesto distraído con una mano por el aire para convocar una pantalla. En ésta se vio cómo colocaban una muestra orgánica en un dispositivo no mucho más grande que una caja de zapatos, y seguidamente la rociaban con tinta. Una luz ultravioleta se activó y enfocó la muestra. La mayor parte de ésta se iluminó, pero en el centro quedó un punto oscuro aislado. Se introdujo una segunda muestra en la caja y se repitieron los pasos, con el mismo resultado.

—Ésas eran las muestras de piel que os han quitado esta misma noche —dijo Sedulus, congelando la última imagen en la pantalla—. La tinta es fluorescente, pero los explosivos eliminan el brillo de la fluorescencia. Es muy sensible, capaz de detectar trazas de materia tanto orgánica como inorgánica. Las muestras de vuestra piel tenían trazas significativas de nitrato de urea, que, como estoy seguro de que sabéis, es un compuesto inorgánico utilizado en los artefactos explosivos caseros. Hoy mismo dos de esos artefactos explotaron en la Milla Real y los compuestos detectados en vuestra piel coinciden exactamente con los encontrados en la escena de esos crímenes.

Se acuclilló delante de ellos y habló despacio y con cuidado.

—Sólo para asegurarnos, hemos comparado vuestro ADN con muestras recuperadas de la escena y hemos realizado reconstrucciones.

Los ilyrios habían perfeccionado el arte de reconstruir rostros humanos a partir de muestras ínfimas de ADN. Habían descubierto que los factores genéticos intervenían en nueve rasgos del aspecto facial, entre ellos la posición de los pómulos, la distancia entre los ojos y las dimensiones de la nariz. Combinados con el análisis del ADN que ya permitía a los científicos predecir el color de los ojos y el cabello, una pequeña

muestra de material genético humano servía para hacer una reproducción casi fotográfica del individuo del que procedía.

La imagen suspendida en el aire cambió, y Paul y Steven se vieron mirando una representación de sí mismos. No se trataba de copias perfectas, pero nadie las habría confundido con las de otros.

—Condenados por vuestro ADN —dijo Sedulus. Algo que llevaba Paul le llamó la atención y alargó la mano derecha hacia el adolescente. Éste intentó apartarse, pero un galateano le inmovilizó. El índice de Sedulus hizo a un lado el collar dejando al descubierto la cruz de plata que llevaba al cuello. Su madre se había empeñado en que sus dos hijos llevaran una. Esperaba que los ayudara a mantenerse a salvo.

—¿Crees en Dios? —dijo Sedulus.

—Sí —respondió Paul.

—¿Sabes lo que es Dios?

—No.

—Dios es simplemente una tecnología que no entiendes.

Tapó la cruz.

—Vosotros, jóvenes caballeros, sois miembros de la Resistencia, y culpables de actos terroristas contra el Imperio ilyrio y los ciudadanos de esta urbe. Vuestros crímenes son una prueba irrefutable de que una política de ocupación contemporizadora no ha funcionado en estas islas. Sólo con grandes reticencias, el Consejo de Gobierno ha decidido instituir la pena de muerte por el asesinato de ilyrios para todos los ciudadanos de la Tierra de más de catorce años. Seréis colgados en el patio del castillo como ejemplo para los demás.

Se levantó y les miró desde las alturas con algo parecido a compasión.

—Que vuestro dios se apiade de vosotros, porque nosotros no nos apiadaremos.

A Syl le escocían los ojos. Le parecía que llevaba en aquella habitación con Syrene desde hacía mucho tiempo, porque se había abatido sobre ella un cansancio inmenso, pese a que apenas había dado unos sorbos de vino. Pero incluso cuando se le cayó la cabeza hacia delante y la barbilla le tocó el pecho, oía su propia voz hablando, respondiendo a todo lo que decía Syrene. Se obligó a mirar hacia arriba, y vio una imagen doble de Syrene en la silla que tenía delante. Parpadeó con fuerza en un intento de aclararse la vista, pero entonces una de las Syrenes se levantó mientras la otra seguía sentada. La que se puso de pie era casi transparente, un espectro de la otra, pero transpiraba más vida. Los ojos de la versión sentada estaban en blanco y recitaba una larga y tediosa historia de la Hermandad. De vez en cuando, la boca de Syl se abría y se le oía decir «¿De verdad?», y «¡Qué interesante!», pero no lo hacía por voluntad propia. Era una muñeca controlada por otro, y enfrente tenía una figura sin esencia, un recipiente vacío con una voz remota.

El espíritu de Syrene colocó las manos en la cabeza de Syl, y ésta no pudo hacer

nada para impedirselo. Sintió presión en las sienes y, al momento, la Hermana Roja estaba en su interior, buscando secretos. Con un tremendo esfuerzo para dominar su voluntad, Syl intentó realizar un truco que le había enseñado Meia hacía un par de años, cuando Lord Andrus se había ido y Meia quedó como única responsable de su seguridad. Syl le había preguntado sobre el espionaje y el peligro de que te descubrieran, y Meia le había explicado que, como parte de su formación, había aprendido a visualizar puertas cerradas y muros altos e infranqueables para mantener a raya a los interrogadores.

—Me han interrogado enemigos y no me han sonsacado nada —dijo Meia—. Ni siquiera con sueros de la verdad. Cuesta más resistir el dolor, pero puede hacerse. Puertas y muros, Syl, puertas y muros. Y nunca tienes que enfadarte, jamás. Irritarse supone perder el control y, si pierdes el control, te han ganado.

Ahora, mientras Syrene invadía su conciencia, Syl se resistía a la irrupción, levantaba muros de ladrillo que se alzaban ante sus pensamientos y recuerdos, protegiendo secretos con pesadas puertas de metal cerradas con inmensas cerraduras y pestillos. En cuanto Syrene abría una, Syl creaba otra. Percibía cómo se disparaba la frustración de la Hermana Roja, pero al mismo tiempo se sentía cada vez más agotada, y le costaba más mantener en pie paredes y puertas.

*¡Tú no!*

La voz de Syrene resonaba poderosa dentro de su cabeza. Ya no era brillante ni melodiosa sino áspera y ronca. Era la voz de una vieja arpía en el cuerpo de una joven.

*Si no fuiste tú a la que sentí, entonces ¿quién?, ¿quién era?*

Syl alzaba nuevos muros, pero ahora se desmoronaban más deprisa, el mortero se caía entre los ladrillos. Lo intentó con puertas, pero el metal se oxidaba y las cerraduras cedían. Los muros se desmenuzaban, las puertas se soltaban de las bisagras y cada vez que lo hacían tenía una visión en rojo: una mujer rodeada de llamas y zarcillos, que se abalanzaba sobre ella, y Syl tenía que retirarse.

*¿Quien?, ¿quién?*

Pero mientras Syl se esforzaba por ocultarle el nombre, un duende malvado en su interior intentaba pronunciarlo. Formaba las letras con ladrillos. Las garabateaba arañando la pintura de la puerta. Syl hacía cuanto podía para borrarlas, las eliminaba antes de que llegaran a formarse del todo, pero Syrene estaba resuelta, completamente resuelta.

*Dímelo, chillaba la espantosa voz. ¡Dímelo!*

A Syl ya no le quedaban fuerzas. Estaba a punto de perder el combate. Delataría a...

De repente, Syrene se retiró. A Syl le pitaron dolorosamente los oídos y, mientras se le aclaraba la vista, vio que la sombra de Syrene se fundía de nuevo con la figura sentada en la silla. La puerta se abrió de golpe y vislumbró a Meia, y a las novicias de Syrene inconscientes en el suelo a su lado, junto con dos de los guardias personales

de Gradus.

Y con ella venía Ani.

Syrene se puso furiosa por la intrusión. Amenazó con terribles represalias por el daño causado a sus novicias, pero en su forma de protestar había un punto demasiado melodramático, como si fuera consciente de que hablaba para un público y dijera las palabras que se esperaban de ella en una situación como ésta. Meia no le hizo el menor caso y se limitó a llevarse a la desconcertada Syl de la habitación, seguida por Ani.

Pero apenas había atravesado Syl el umbral, cuando apareció un pelotón de la Securitat por su derecha y, casi de forma simultánea, una docena de soldados fuertemente armados, encabezados por Danis, llegaban desde la izquierda. En cuanto los securitats vieron a los guardias de Gradus yaciendo inmóviles en el suelo alzaron las armas, y los soldados de Danis respondieron del mismo modo. Las tres mujeres estaban atrapadas entre ambos grupos, y lo único que pudo hacer Meia fue atraer a Syl y a Ani hacia sí y tumbarlas en el suelo para protegerlas con su propio cuerpo.

—¡Alto!

Era la voz de Syrene y su tono no admitía réplica. Incluso Danis, que claramente se moría de ganas por pelear, alzó una mano hacia sus hombres y les ordenó que no dispararan, aunque mantuvo su propia pistola de munición explosiva apuntando a los guardias que tenía delante.

Syrene apareció en la puerta.

—Dejad que se marchen —ordenó a los securitats.

—Pero, su eminencia... —replicó el sargento de la Securitat—, vuestros guardias y novicias han sido atacados.

Syl se asomó desde debajo de Meia. Los guardias aturcidos empezaron a levantarse con dificultades. Parecía que las novicias iban a seguir fuera de combate un poco más. «Me alegro», pensó, acordándose de cómo la habían mirado cuando llegó.

—¿Están muertas? —preguntó Syrene.

El sargento examinó a las novicias.

—No, su eminencia.

—En ese caso, ellas, como mi dignidad, se recuperarán —dijo Syrene—. Deja que se levanten las chicas.

Meia dio un paso atrás y Syl y Ani se pusieron de pie. Syl notó como si una nube saliera arrastrada por una ráfaga de viento de su mente, aclarando sus pensamientos.



Intentaba recordar lo que había pasado en los aposentos de Syrene, pero no podía retenerlo en la memoria. Los recuerdos se le escurrían entre los dedos, como humo. Sólo era consciente de una sensación de intrusión, de violación, y de que la Hermana Roja, que seguía en la puerta, la asustaba. Le costaba mantenerse en pie y Ani tuvo que sostenerla.

Syrene miró fijamente a Meia, como si quisiera grabarse la imagen de su cara en la memoria.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Soy Meia.

—Meia —repitió Syrene, saboreando la palabra en la lengua—. ¿Y cuál es tu linaje?

—Soy huérfana. Mi estirpe me es desconocida.

A Syrene no pareció gustarle la respuesta. El linaje era importante en la sociedad ilyria, y una de las funciones de la Hermandad era registrar las historias de las familias, tanto las importantes como las normales. Los nacimientos, muertes y matrimonios, todos se registraban en los archivos de la Hermandad. Incluso una huérfana tendría su correspondiente anotación en un archivo, a no ser que...

—¿Eres bastarda? —preguntó Syrene.

—No me gusta esa palabra —dijo Meia—. Prefiero la expresión «agente libre».

A Syrene no le pasó por alto el doble sentido de «agente».

—Ahora te reconozco —dijo—. Tú eres la jefa de espionaje de Andrus. ¿También te cuidas de él en otros sentidos? Su cama lleva mucho tiempo fría, e incluso el noble gobernador tiene necesidades.

Meia no mordió el anzuelo. La calma con la que encajaba las provocaciones llamaba la atención.

—Su pregunta contiene ya la respuesta —dijo—. El gobernador es un hombre noble. Nada más que decir.

—Bueno, en ese caso, mi querida oficial de espionaje, explícame por qué has atacado a mis guardias y novicias y has irrumpido en mi cámara sin mi permiso.

—Estábamos preocupados por la seguridad de Syl —dijo Meia.

—¿Por qué motivo?

Meia hizo una pausa.

—Por intuición —respondió por fin.

Danis se adelantó.

—No ayudó que todos los dispositivos de control de su habitación dejaran de funcionar poco después de que Syl entrara a hacerlos compañía —dijo colocándose al lado de Meia, y, al hacerlo, dejando claro que apoyaba sus actos—. Temíamos que fuera el presagio de otro ataque terrorista. Estábamos preocupados por su bienestar tanto como por el de Syl.

—¿Está reconociendo que me espían?

—¿Esperaba otra cosa?

—De ti, no —respondió Syrene—. No cambiarás nunca, Danis. Tus métodos son primitivos. Es increíble que hayas sobrevivido tanto tiempo. Creía que la selección natural se habría hecho cargo de una vieja reliquia como tú hace ya mucho.

—Soy un fósil viviente —replicó Danis—. Perduro. En cuanto a la vigilancia a la que la sometemos, sólo queríamos asegurarnos de que su estancia en el castillo en estos días tan difíciles transcurriera sin contratiempos. Y fuera breve —añadió.

Pero Syrene ya no le prestaba atención. Sus ojos se habían clavado en Ani.

—¿Y quién es ésta? —preguntó—. Responde, niña.

—Soy Ani.

—¿Eres una amiga de Syl?

—Sí.

—Sí, su eminencia —la corrigió Syrene, harta a todas luces de que tanto Meia como Danis hubieran ignorado su tratamiento, y negándose a aceptar semejante insolencia de una adolescente.

—Sí, su eminencia —repitió Ani y esbozó su sonrisa más falsa.

Syl observó que los dedos de Syrene se crispaban. La Hermana Roja tuvo que contener sus deseos de abalanzarse contra Ani, y la reacción de Syrene ante la presencia de su amiga removi6 un pequeño fragmento de recuerdos en el cerebro de Syl. La turbia nube de confusión se había llevado consigo la mayor parte de sus recuerdos de lo sucedido durante la última hora, pero no todos. Conservaba una imagen nítida de Syrene acercándose a ella y de la gélida quemazón de los dedos de la Archimaga.

*Ella toca. Así es como lo hace. Ella te toca.*

Ani seguía risueña, alegre y aparentemente candorosa. Todos esperaban a ver qué hacía a continuación Syrene. Al final, optó por no hacer nada aparte de soltar una amenaza que les pareció hueca a cuantos la oyeron.

—No os quepa duda de que el gran c6nsul Gradus se enterará de esto —dijo.

Se retir6 a sus aposentos, pero mientras cerraba la puerta no dej6 de mirar a Ani. Las fuerzas enfrentadas de securitats y militares permanecieron inm6viles en sus respectivos lugares durante un momento, y luego, como si hubieran llegado a un acuerdo tácito y silencioso, la hostilidad declarada dej6 paso a una aversi6n contenida. Los guardias aturdidos fueron sustituidos por otros; se llevaron a las novicias para que las examinaran; Syl, Ani y Meia se vieron rodeadas por el pelot6n de Danis y los soldados formaron un muro protector alrededor de ellas para alejarse de all6.

Pero no llegaron muy lejos. Danis y Meia parecieron recibir el mismo mensaje a la vez, y los dos se detuvieron cuando sus auriculares se encendieron. Danis se march6 inmediatamente con sus soldados y le dio 6rdenes a Meia para que llevara a las chicas de vuelta a sus habitaciones.

—¿Qu6 pasa? —pregunt6 Syl y no le gust6 la mirada que le devolvi6 Meia.

—Los de la Securitat han detenido a dos hombres j6venes relacionados con las

explosiones en la Milla Real —dijo—. Ven conmigo. Ya es hora de que me enseñes ese escondrijo tuyo.

El Gran Salón estaba más atestado que antes pese a lo avanzado de la hora. Se habían reunido consejeros, soldados, securitats y representantes tanto de los militares como de los diplomáticos, algunos por deber, muchos por curiosidad. Las bombas en la Milla Real habían sido importantes no sólo por las víctimas que habían causado, sino por su osadía: la Resistencia nunca había conseguido llevar a cabo un atentado importante tan cerca de la sede del poder ilyrio en la ciudad. Indicaba una escalada en la campaña contra el Imperio.

Hubo jadeos y caras de pasmo cuando Paul y Steven, rodeados por una falange de securitats y guardias del Cuerpo, fueron introducidos en la sala por Vena. Los cautivos llevaban las manos sujetas por delante con pesadas magnoesposas y tenían los pies encadenados con grilletes. Una cadena corta unía ambas series de sujeciones.

—Pero ¡qué joven es aquél! —exclamó alguien dando voz a lo que muchos otros pensaban en silencio.

Detrás de ellos entró Sedulus; y, por último, el gran cónsul Gradus y su esposa, Syrene. Gradus parecía serio, mientras que los rasgos de Syrene quedaban una vez más ocultos tras un velo.

Los chicos miraban alrededor de la sala con nerviosismo. Los dientes de Paul se marcaban contra la mordaza, lo que le daba el aspecto de una bestia salvaje gruñéndole a sus captores. A su lado, Steven exhibía la expresión de pánico de un animalillo acorralado.

*Sé fuerte, le deseó Paul. Estoy a tu lado.*

Como si hubiera hablado en voz alta, Steven alzó la mirada hacia su hermano mayor. Paul le guiñó un ojo, se irguió, envarándose como un palo, levantó la cabeza, y se alegró al ver que su hermano lo imitaba. Le vino a la memoria un recuerdo de su padre, y una expresión que a él le gustaba utilizar.

«Miradlos a los ojos y que les den, por idiotas», decía cuando alguien le faltaba el respeto a sus hijos, o intentaba menospreciarlos. Eso era lo que estaban haciendo en ese momento. Miraban a sus enemigos a los ojos y los maldecían. Miraban a la muerte a la cara, pero no mostraban miedo.

En la tenue luz del escondrijo, Meia vio que cuando hicieron entrar a los chicos, Syl se llevaba la mano a la boca conmocionada. Allí dentro sólo había sitio para ellas

dos; a Ani la habían dejado junto a la puerta, vigilando.

—¿Y qué hago si viene alguien? —había preguntado.

—Lo distraes —dijo Meia.

—¿Cómo?

—Si son hombres, coquetea con ellos.

—¿Y si no lo son?

Meia pensó un momento.

—Intenta coquetear de todos modos —dijo al fin.

Ahora Syl tocó la mano de Meia.

—¿Qué pasa? —preguntó ésta.

—Conozco a los chicos.

—¿Qué?

—Hoy, en la Milla Real, nos ayudaron a Ani y a mí. Impidieron que corriéramos de vuelta al castillo después de que explotara la primera bomba. Dijeron que podría haber otra y tenían razón.

—Eso es porque las pusieron ellos —dijo Meia.

Pero Syl negó con la cabeza.

—No, no fue así. Estoy segura.

Miró a los dos jóvenes humanos, tan pequeños y vulnerables entre los altos y hostiles ilyrios, y sintió una oleada de simpatía hacia ellos. Recordaba sus rostros, y lo mucho que les había preocupado lo sucedido. ¿Podrían ser tan buenos actores como para parecer sinceros cuando lo negaron todo delante de una taza de té y unas galletas de avena?, ¿podían ser quienes habían colocado las bombas y que no les contaran nada a las dos jovencitas en la Milla Real, sobre todo cuando una de ellas era Ani? Resultaba muy difícil ocultar una mentira a Ani. Ella las pillaba con la misma facilidad con la que los agrones captaban los olores.

Syl observó a Syrene. Miraba fijamente a los chicos que tenía delante, y a la tarima alta que había más allá. Esta vez no buscaba a oyentes fisgones en la sala. O bien no le importaba o no percibía su presencia. Se debía a la ausencia de Ani, Syl estaba convencida. Era Ani la que había ido a buscar a Meia para avisarla de que Syl corría peligro. Ella lo había sentido, había sentido el miedo de Syl, la presencia de la Hermana Roja, todo.

Y Meia la había creído. No había dudado de Ani.

Una puerta se abrió por detrás de la tarima y apareció Lord Andrus con su uniforme oficial, acompañado de Danis, Balen y media docena de sus consejeros más próximos. Sólo faltaba Meia.

—¿No tendrías que estar ahí abajo con ellos? —preguntó Syl.

—No soy una consejera —le explicó Meia—, sino una espía, y estoy haciendo lo que hacen las espías. Y ahora, cállate y escucha.

Lord Andrus esperó a que se hiciera el silencio antes de bajar. Mientras la sala se acallaba, le susurró algo a Balen, que descendió de la tarima y se acercó a los presos. Examinó la mano todavía hinchada de Steven y la inflamación de su brazo, pero no lo tocó. Volvió junto al gobernador y le informó de su examen. Mientras hablaba, Andrus le echó una mirada de reproche a Vena, que se la devolvió sin amedrentarse.

Cuando todo quedó en silencio, Vena y sus guardias obligaron a los chicos a adelantarse. Gradus y Syrene ocuparon su sitio, a la derecha; Sedulus, a la izquierda.

Gradus carraspeó.

—Lord Andrus —dijo—, parece que el Cuerpo Diplomático ha triunfado allá donde los militares han fracasado. Hemos dado con los humanos que participaron en las atrocidades que han sucedido hoy. —Agitó una mano en dirección a los chicos y adoptó una teatral expresión de sorpresa—. ¡Y son niños! ¿Cómo pueden afirmar los militares que controlan esta ciudad, este planeta, cuando unos simples niños pueden llegar casi hasta nuestros muros y matarnos a su capricho?

Lord Andrus no hizo el menor caso a las preguntas ni tampoco a las florituras retóricas de Gradus. No iba a permitir que se cuestionara su reputación ahí y dar pábulo a las ambiciones del gran cónsul.

—¿Qué prueba tiene de su implicación? —preguntó.

Vena miró a Gradus pidiéndole permiso para hablar, y éste asintió.

—Mi señor, hemos encontrado trazas de compuestos inorgánicos en su piel que coinciden con las de los explosivos utilizados hoy. Se ha comparado su ADN con el de muestras tomadas en el lugar de los hechos y se ha llevado a cabo una reconstrucción.

Vena agitó una mano en el aire y las imágenes generadas por el ADN de Paul y de Steven se cernieron a tamaño real, junto con un aluvión de información química. La visión suscitó un murmullo de irritación en la sala, como si se hubiera despertado un nido de avispas.

—No cabe la menor duda —dijo Vena—. Las pruebas son irrefutables.

—Por mi experiencia, nada hay irrefutable —le rebatió Andrus—. Por descontado, entregará a mis especialistas los resultados de los análisis.

—¿Está poniendo en duda la fiabilidad de nuestros métodos, Lord Andrus, o nuestra palabra? —dijo Gradus.

—Sus métodos parecen incluir la tortura de niños —replicó Andrus—. Y en cuanto a su palabra tendré que aceptarla, con reticencia, como muestra de buena voluntad más que por otra cosa.

Gradus retrocedió de manera que se situó detrás de Paul y de Steven.

—Cuidado, Lord Andrus —dijo—, cuando me insulta, insulta a mi cargo y, por extensión, al Cuerpo Diplomático. Y, lo que resulta aún más preocupante, parece que le concede más valor al trato amable a dos terroristas que a nuestros propios muertos.

Murmullos de aprobación recorrieron la sala. Estaba claro que entre los presentes había quienes creían que Gradus tenía razón, y no todos eran diplomáticos. Gradus pensó que tenía una oportunidad que podía aprovechar, una forma de socavar aún más la autoridad del gobernador. Durante un instante, se sintió respaldado por una parte considerable de los congregados, pero, como todos los vanidosos y estúpidos, desperdició su ventaja al pasarse de la raya. Antes de que nadie pudiera reaccionar, entrechocó las cabezas de los chicos con un resonante crujido. Se alzó un ahogado grito colectivo y los presos encadenados se derrumbaron.

—¡No! —exclamó Andrus.

Gradus le ignoró, agarró a los cautivos por el pelo y golpeó violentamente las cabezas de los chicos contra el suelo de mármol. Lágrimas de rabia salpicaban los ojos de Syl. El chico más joven se quedó boca abajo, inmóvil, mientras que el mayor gemía, con la cabeza de lado y los párpados cerrados, y la sangre que le fluía de la nariz rota encharcaba el suelo.

—Así —declaró Gradus—, así es como vengamos a nuestros muertos.

Se dio la vuelta trazando un círculo con los brazos abiertos de par en par, como un actor esperando una ovación que nunca llegó. Por el contrario, hasta algunos miembros de su propia comitiva parecían asqueados. Los ilyrios concedían mucho valor al honor, y no había nada honorable en hacer daño a dos chicos encadenados, independientemente de lo que hubieran hecho o dejado de hacer. En ese momento, Gradus se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, pero ya no podía parar.

—Estos humanos han cometido un crimen capital contra nosotros —dijo—. Y ha de aplicárseles un castigo ejemplar. No tendremos piedad.

—¿De qué está hablando? —preguntó Andrus. Por primera vez, su voz vaciló. Ahí pasaba algo nuevo, algo de lo que no había sido consciente.

Gradus ni le escuchó. Cuando habló a continuación, su voz sonó como un trallazo:

—Por todo lo cual, yo los condeno a muerte.

Se hizo el silencio durante un par de segundos, y entonces Andrus rompió a reír. Era una risa sin alegría, sólo traslucía burla.

—Por si lo ha olvidado, no sentenciamos a muerte a los niños, Gradus. Ésa es nuestra ley, sancionada por el Consejo hace siglos. Además, en mi jurisdicción no condenamos a muerte nunca. A cárcel, sí. A deportación en los Batallones de Castigo, sí. ¡Pero no ejecutamos a nadie! Matar a dos adolescentes humanos sólo agravaría los problemas que ya nos causa la Resistencia en la Tierra. Sería una invitación a la revuelta general. ¡Lo prohíbo!

Una voz aterciopelada se adelantó a la respuesta de Gradus.

—Lord Andrus, creo que hay algunos cambios de los que usted no ha sido informado.

Todas las miradas se volvieron hacia Syrene. A pesar del velo, todos oyeron con nitidez sus palabras.

—Por mandato presidencial, se ha levantado la prohibición de la ejecución de niños. La Resistencia terrestre se ha aprovechado de nuestra indulgencia. Ha utilizado a niños contra nosotros porque sabía que tendríamos reparos en hacerles daño. Ya no es así. Debe reinstaurarse el orden en este planeta y, lamentablemente, eso requiere un pequeño derramamiento de sangre.

Un diplomático de bajo rango, cuyos dedos aún dejaban ver más carne que anillos, se adelantó y entregó a Lord Andrus un documento sellado. Gradus aprovechó el momento para proseguir el discurso donde lo había dejado su mujer. Por su expresión, estaba claro que su interrupción le había irritado. Había querido ser él quien hiciera callar a Andrus. Ahora, una vez más, había quedado en evidencia dónde estaba el verdadero poder en la relación entre Syrene y Gradus. Gradus era el títere de su esposa.

Mientras Andrus rompía el sello de la carta, Gradus empezó a hablar.

—La orden otorga el control absoluto al Cuerpo Diplomático, a través de la Securitat, de todos los procedimientos judiciales de la Tierra, incluidos los de encarcelamiento, deportación y ejecución. En las decisiones en que el Ejército y el Cuerpo discrepen, primará la opinión del Cuerpo Diplomático. Eso, como se habrá fijado, se refiere a todas las decisiones, no sólo a cuestiones jurídicas. Por descontado, usted conservará su cargo como gobernador, Lord Andrus, pero usted y sus colegas gobernadores dependerán jerárquicamente del Cuerpo. Por el momento, tendrá que rendirme cuentas a mí en persona, como diplomático superior en este planeta, pero dentro de unos días nombraré a un oficial diplomático permanente que pondrá en marcha nuestras nuevas medidas en la Tierra.

Lord Andrus se quedó mirando fijamente la carta durante un buen rato, como si no diera crédito a su contenido. Syl y Meia observaban desde su escondrijo. Syl quería correr a los brazos de su padre, pero lo único que podía hacer era no gritar. Con un decreto, su padre había sido privado de su poder, y los ilyrios abrían la senda para una matanza. Esos dos chicos, chicos con los que ella había comido y bebido, chicos que le habían salvado la vida, sólo serían los primeros en morir. Seguirían más. Syl sentía vergüenza y rabia. Ella era ilyria, y los ilyrios estaban a punto de convertirse en asesinos de niños.

—La decisión está tomada —dijo Gradus—. Las ejecuciones tendrán lugar dentro de treinta horas, al alba del domingo. Eso nos dará tiempo para organizar una emisión pública a escala mundial, que servirá de advertencia de las consecuencias de matar ilyrios. Mientras tanto, el interrogatorio se reanudará mañana. Puede que tengan más información que nos sea de utilidad.

—No lo haga, Gradus —dijo Andrus—. Está mal.

—No —replicó Gradus—, es la ley.

Le hizo una seña con la cabeza a Vena, que puso en pie a los chicos. Steven se desmoronó, a todas luces inconsciente, y Syl vio que las lágrimas arrastraban consigo la sangre por la cara de Paul cuando lo colocaron tambaleándose delante de Gradus.



Intentó hablar, pero la mordaza le sofocó la voz. Casi con ternura, Gradus le bajó la mordaza para que se escucharan sus palabras.

—Mátenme —dijo—, pero dejen a mi hermano, por favor.

Gradus tocó la mejilla de Paul, sus dedos ensortijados rozaron la piel del chico.

—Si pudiera... —dijo—. Pero, de la misma manera que peleasteis juntos, moriréis juntos.

Paul apretó los labios, como si reflexionara sobre el sentido profundo de ese comentario, y entonces escupió un esputo sanguinolento a la cara de Gradus. Tras el sobresalto, éste le dio un puñetazo en la mandíbula y el chico se derrumbó, pero los guardias impidieron que cayera al suelo.

—¡Dame tu pistola de pulso! —le ordenó Gradus al guardia que tenía más cerca. A Syl no le cupo duda de que iba a matar a Paul allí mismo, pero Syrene se adelantó a una velocidad sobrenatural y puso la mano sobre el brazo de su marido.

—Todavía no —dijo—. Una muerte en secreto, invisible para las masas, no serviría de nada. Mejor que sufra en el patíbulo.

Le dieron un trapo y Gradus lo utilizó para limpiarse la cara. Sostuvo la tela ensangrentada ante Paul.

—Por esto voy a colgar primero a tu hermano, así lo verás morir —dijo Gradus—. ¡Lleváoslos!

Y se llevaron a rastras a Paul y a Steven, de vuelta a sus celdas para esperar en ellas su ejecución.

Los reunidos de nuevo en la Residencia del gobernador conformaban un grupo reducido y sombrío. Sólo Andrus, Danis, Meia y Balen estaban presentes, además de Syl y Ani, aunque la espía se marchó al poco tras una conversación apresurada con el gobernador. Lord Andrus se había sentado y ocultaba la cabeza entre las manos. La atmósfera era casi de luto, como si la autoridad del gobernador hubiera sido algo físico, una entidad que viviera y respirara que les había protegido y ahora había desaparecido. Syl creyó que su padre estaba conmocionado. Lord Andrus miraba hacia su interior, no hacia fuera, y apenas había dado un sorbo a la copa de brandy que tenía junto a su mano derecha. Danis no parecía más contento. No tenía ningunas ganas de servir bajo el yugo de Gradus, y era probable que Gradus no tardara en encontrar el modo de deshacerse del viejo general. Si tenía suerte, podría encontrarse al mando de un Batallón de Castigo, pero era más posible aún que muriera prematuramente mientras dormía, empujado al descanso eterno por un poco de veneno en el vino.

Syl estaba pensando en los dos chicos encerrados en las celdas, esperando la muerte: en Paul, con su boca suave, golpeada y sangrando; y en Steven, inconsciente y tan pálido que sus pecas parecían pintadas sobre papel. Sabía que no podían ser culpables del crimen del que les acusaban. Y aun cuando lo fueran, la idea de su ejecución le habría repelido igual. La construcción del patíbulo empezaría a la mañana siguiente en la explanada del castillo, la zona del recinto que se había conocido en el pasado como Castle Hill. Los humanos habían realizado ejecuciones públicas en aquel lugar en los siglos anteriores, y no sólo ahorcamientos, también quemaban vivos o decapitaban a los condenados, por lo general después de torturarlos hasta dejarlos al borde mismo de la muerte; y el Castillo de Edimburgo tenía la dudosa reputación de ser un lugar donde la tortura era habitual. Al leer las historias de la especie humana, Syl nunca había dejado de sorprenderse ante su propensión a la crueldad. Ahora le parecía que los ilyrios estaban a punto de demostrar que no eran mejores. De nuevo se estaba torturando en las celdas del castillo y de nuevo colgarían los cadáveres delante de las puertas de éste. Pero ahora habría niños entre los muertos, e incluso los humanos habían dejado de ejecutar niños.

Syl se preguntó si los ilyrios no se habrían infectado con los residuos de violencia impregnados en los muros de estas viejas fortalezas, lugares donde el dolor se había

ensañado con los indefensos durante siglos. Los ilyrios gobernaban desde las antiguas bases del Imperio romano, que crucificaba a aquellos que se le resistían; desde las antiguas fortalezas de los cruzados, en las que hombres, mujeres y niños eran pasados a cuchillo por adorar al mismo dios con otro nombre, y desde lugares como el Castillo de Akershus de Oslo o el de Praga, en la República Checa, edificios malditos por su relación con los nazis, que enviaron a millones de personas a hornos y cámaras de gas como parte de su plan para crear su propio imperio. ¿Nos han contaminado esos lugares?, se preguntaba Syl, ¿o acaso siempre fuimos tan crueles como los humanos pero encontramos la forma de engañarnos a nosotros mismos?

Gradus había ordenado que el patíbulo fuera resistente, porque preveía que permaneciera allí durante los años venideros. Estaba convencido de que no faltarían candidatos a probar la soga del verdugo. Tal vez tenía razón, pero en la mente de Syl iba cobrando forma, lentamente, un plan. Era un plan con pocas posibilidades de éxito, pero no podía quedarse con los brazos cruzados sin hacer nada para impedir que sucediera ese espanto.

Lord Andrus se volvió hacia su hija y empezó a preguntarle sobre lo que había pasado durante el rato que había estado con Syrene.

—Ahora es aún más importante, Syl. Más importante que lo que está pasando aquí, en la Tierra; me temo que la paz de la raza ilyria está en juego. Necesitamos que nos cuentes cada pequeño detalle que puedas recordar.

—Pero si no me acuerdo —dijo Syl—. Estábamos hablando y entonces...

Frunció el ceño para concentrarse. Era algo parecido a un sueño, un sueño en el que Syrene parecía dividirse en dos partes, una de las cuales había intentado meterse en su mente con una ferocidad implacable. Intentó explicárselo a su padre, pero no le salían las palabras. Parecía que le hubieran puesto un candado en la lengua.

Desconcertado y preocupado, Lord Andrus se volvió hacia Ani.

—¿Y tú?, ¿cómo acabaste metida en esto?

—Tuve una sensación clara de que Syl estaba en peligro —dijo Ani—. No sé cómo. Se lo dije a Meia, y ella me creyó.

Andrus miró a Danis, que se encogió de hombros.

—Siempre ha sido así —dijo—. Tal vez algunos ilyrios son más sensibles que otros.

—Bueno, tú desde luego no eres uno de ellos —dijo Andrus. Era el primer asomo de humor que había mostrado desde los acontecimientos en la cámara del consejo—. Y supongo que ahora ya sabemos por qué está aquí Syrene: la Hermandad ha afianzado su control sobre Ilyr y también quiere dominar la Tierra. No me sorprendería que Syrene empiece a construir una réplica de la Marca en Calton Hill y la llene de novicias.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Danis.

—Nada, por ahora —dijo Andrus—. Esperemos. Están pasando demasiadas cosas que no comprendemos todavía. Hasta que sepamos más, lo mejor es observar, y

escuchar.

—¿Así que vamos a ser los perros de Gradus? —dijo Danis.

—Sí, pero todavía conservamos los dientes, y nuestras cadenas son largas —dijo Andrus—. Mientras tanto, ten por seguro que Gradus cometerá errores. Está en su naturaleza. Si se empeña en imponer un gobierno más duro a los humanos, éstos se rebelarán contra él. Los incidentes violentos se multiplicarán, y el Cuerpo empezará a perder el control sobre la Tierra. Cuando eso suceda, y sucederá más pronto que tarde, los militares estarán esperando para recuperar el poder.

Fue Syl la que habló entonces.

—Dijiste que había dos chicos condenados a muerte, padre. Pero nosotros no somos así. Está mal. Tienes que ayudarles.

Su padre la miró con tristeza.

—No puedo hacer nada por ellos —refutó—. Si me enfrento a Gradus y al Consejo de Gobierno, acabaré en una celda junto a los chicos.

Por primera vez en su vida, Syl se sintió decepcionada por su padre. No se trataba sólo de que no pudiera hacer nada por Paul y Steven, es que *no quería* hacer nada. Ahora lo entendía con claridad. La ejecución pública de dos jóvenes humanos, emitida al mundo entero, propagaría la cólera entre la gente, y en esa rabia radicaba la única esperanza de Lord Andrus. Incluso aquellos que se habían resignado a vivir bajo el gobierno de los ilyrios y seguían con sus vidas como antes de su llegada se rebelarían. Gradus y el Cuerpo Diplomático se enfrentarían casi de inmediato a una rebelión a gran escala en un país tras otro. Los diplomáticos no serían lo bastante fuertes para reprimir una insurrección de esa envergadura, ni siquiera con la ayuda de sus securitats, y entonces se abriría una vía para que los militares intervinieran como la fuerza de la razón y la contención. La semana próxima, el breve gobierno de los diplomáticos en la Tierra podría haber acabado.

Y el padre de Syl estaba dispuesto a sacrificar a dos niños para que eso sucediera.

Meia estaba sentada a oscuras en el zoo de Edimburgo, escuchando los gritos de los animales y los cantos de los pájaros. Los animales nocturnos estaban activos y se sentía en comunión con ellos porque también era una criatura nocturna.

—Antes había cuervos aquí, ¿lo sabía? —dijo una voz a sus espaldas.

La mano de Meia se crispó sobre su pequeña pistola de munición explosiva, pero no se movió. Había oído acercarse al hombre mucho antes de que éste se hubiera delatado hablando, y sabía que venía solo. No suponía un peligro, no ahí: ése era un territorio neutral. Con todo, convenía andarse con cuidado. La confianza era como el dinero, no puede malgastarse a lo tonto.

El hombre pasó a su lado y se puso a mirar una jaula vacía.

—Por alguna razón —prosiguió—, a la gente que venía al zoo los cuervos no parecían interesarle, pero a mí sí, desde siempre. Son inteligentes, los cuervos. Buscan presas para los lobos y luego se alimentan de los restos que dejan éstos, pero a menudo me pregunto qué pasaría si los cuervos no encontraran presas durante un tiempo, o si uno de ellos cayera herido ante un lobo.

El hombre se dio la vuelta para mirarla. Era corpulento, más alto que ella, pero ligeramente encorvado. Llevaba las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del abrigo. Meia sabía que llevaba un arma y que le estaba apuntando. Sería de pequeño calibre, seguro que no más grande que su puño. No le haría un gran orificio en el cuerpo, pero tampoco hacía falta.

—Tratar con lobos es un negocio peligroso —concluyó el hombre.

—¿Y qué es usted?, ¿lobo o cuervo?

—Eso depende —respondió.

—¿De qué?

—De con quién esté negociando.

Sacó lentamente las manos de los bolsillos. Una estaba vacía. La otra sostenía una pequeña petaca plateada. Desenroscó el tapón y bebió. Meia olió el whisky desde donde estaba sentada. El hombre no le ofreció. A esas alturas ya se conocían demasiado bien.

Se llamaba Trask, y actuaba como canal de comunicación entre los ilyrios —o al menos la rama de los ilyrios representada por Meia y los suyos, los que se movían entre las sombras— y la Resistencia. No era una situación excepcional. Incluso en la peor de las guerras o en el tipo de conflicto de guerrilla en el que estaban enzarzados

los ilyrios y la Resistencia, con frecuencia era necesario poder comunicarse. Era una forma de garantizar que pudieran negociarse treguas, temporales o no, e intercambiarse prisioneros, además de información cuando era menester. En el caso de Trask y Meia, habían encontrado una forma de mantener la violencia de ambos bandos limitada a unos mínimos. En la Resistencia había quienes habrían calificado a Trask de traidor si hubieran conocido algunos de los acuerdos a los que había llegado con Meia, y entre los ilyrios había quienes asimismo la habrían considerado una traidora a ella. Meia sospechaba que Trask estaba más implicado en la Resistencia de lo que decía, pero eso no le competía. Prefería tratar con alguien con autoridad, alguien que pudiera tomar una decisión rápidamente, en lugar de con un soldado de a pie.

Trask se sentó a su lado en el banco. Un deslizador, una de las naves de larga distancia que los ilyrios utilizaban para los viajes intercontinentales en la Tierra, pasó por delante de la Luna hacia el este.

—Camino de sembrar desdicha en otro rincón del globo, sin duda —dijo Trask.

—Ya tenían desdicha de sobra antes de que llegáramos —dijo Meia—. Si usted estuviera de humor, incluso admitiría que hemos puesto fin a una buena parte de ella: el hambre, las enfermedades, los daños ambientales.

—Al precio de nuestra libertad.

—Ustedes nunca fueron libres, no de verdad. Nosotros nos limitamos a gobernar de manera más visible de lo que los de su propia especie hicieron jamás.

—Al menos, ellos eran de los nuestros.

—¿Debemos mantener esta conversación cada vez que nos vemos? —preguntó Meia.

—No me gustaría que pensara que somos amigos.

—Después de los incidentes del último par de días, creo que sería improbable.

—Si se refiere a Birdoswald, no fuimos nosotros.

—¿En serio?

—No le mentiría, Meia. Ya se lo dije hace mucho. Si no puedo contarle algo, mantendré la boca cerrada, pero no mentiré. De otro modo, estas reuniones no tendrían sentido.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Highlanders.

—¿Cerca de Carlisle? Nunca los hemos visto llegar tan al sur.

—Van a su aire, y no comparten sus planes con nosotros. Creen que nos hemos ablandado, que a lo mejor estamos demasiado cerca de los ilyrios.

—No se me ocurre de dónde han sacado esa idea —replicó Meia con brusquedad.

—A mí tampoco, a no ser que visiten el zoo después de anochecer.

—¿Y por qué Birdoswald?

—¿Por qué no?

—Hay objetivos más fáciles para ellos, más cercanos. Además... —Meia hizo

una pausa. Tenía que andarse con tiento—. Me parece que pretendían llevarse con vida al comandante ilyrio de la guarnición.

—Pues en ese caso no les salió bien —dijo Trask—. Tengo entendido que se voló los sesos.

—¿O sea que sí ha estado en contacto con los highlanders?

—En cierto sentido. Les hemos manifestado nuestra preocupación al verles en nuestro territorio y empezar a volar bases, por no mencionar algunas ruinas romanas muy bonitas, sin molestarse siquiera en pedir permiso.

—¿Y qué dijeron?

—Nos mandaron a un sitio muy maloliente, y no de paseo.

—¿Y las explosiones en la Milla Real?

Trask dio otro trago de la petaca.

—Eso tampoco fuimos nosotros.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Y tampoco los highlanders. Eso también se lo confirmo.

—Consiguieron irrumpir en Birdoswald sin demasiados problemas.

Trask se rió.

—Lanzaron un camión cargado de explosivos contra las puertas y confiaron en que saliera bien. Lo sorprendente es que no se volaran a sí mismos al pasar sobre algún bache de la carretera mucho antes de acercarse siquiera a la frontera.

—Un grupo escindido, entonces, ¿uno acerca del cual ustedes todavía no tenían noticia?

Trask la miró.

—Usted no estaría hablando conmigo si pensara que hay grupos escindidos de los que yo no supiera nada. En cuanto empezara a creer que mi información puede ser deficiente, haría que me detuvieran o que me mataran, y buscaría a otro que le hiciera compañía en sus visitas al zoo.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Puede que tenga que mirar más cerca de su propia casa —dijo Trask.

Meia no mostró la menor sorpresa ante la insinuación. El que Trask pensara lo que pensaba sobre el origen del ataque no hacía más que confirmar sus propias sospechas.

—Los diplomáticos no le tienen ninguna simpatía a los de su cuerda —prosiguió Trask—. Todo vale para sembrar un poco de inquietud entre las filas rivales. A propósito, ¿quién era la mujer de rojo?

Pese a todas las precauciones que había tomado Vena, la Resistencia conocía la nueva presencia en el castillo.

—Un miembro de la Hermandad de Nairene.

—Creía que no abandonaban su gran biblioteca en el cielo. ¿Qué está haciendo aquí?

—Sembrando un poco de inquietud entre nuestras filas.

—Vaya —dijo Trask—. Ahora me toca a mí: ¿qué hacen los ilyrios con los muertos y los moribundos?

—¿Cómo?

Trask sonrió. Le gustaba descubrir algo de lo que Meia a todas luces no tenía ni idea.

—Las cifras del crematorio no cuadran —dijo—. Entran más cadáveres de los que acaban en las llamas. No es una gran diferencia, sólo unos cuantos aquí y allá, casi todos sin techo y ancianos, pero nos hemos fijado, y también nos preguntamos por qué el Cuerpo se llevó a media docena de ancianos del hospital Western General, los subió a un camión y desaparecieron. Alguien dio por sentado que no los echarían de menos porque eran pobres, estaban enfermos y nadie se preocupaba por ellos. ¡Pero nosotros sí! Y nos han llegado informes similares de otros puntos del país.

—Lo investigaré —dijo Meia.

—Hágalo. ¿Hemos acabado?

—No del todo.

Meia se levantó. No le gustaba pasar demasiado tiempo cerca de Trask. Ella sabía que él tenía razón en lo que había comentado antes: cuando dejara de serle útil, lo mataría, aunque sólo fuera para protegerse a sí misma. Él haría lo mismo con ella. Sólo era cuestión de quién tuviera antes la necesidad. Una lástima. Había acabado cayéndole bien.

—Tenemos un problema —dijo ella y le oyó removerse en el banco. Casi se lo imaginaba buscando el arma. Dejó que viera que no sostenía nada en las manos.

—¿Qué clase de problema?

—El Cuerpo Diplomático ha reinstaurado la pena de muerte.

—No sabía que se hubiera abolido —dijo Trask. Sabía que los ilyrios, y en especial la Securitat, estaban más que dispuestos a matar a los miembros de la Resistencia si no podían capturarlos con vida, y a veces también si podían, del mismo modo que los francotiradores de la Resistencia estaban encantados de matar a cualquier ilyrio extraviado que pasara por delante de sus mirillas. Bastaba con pensar un poco para ver cómo la pena de muerte se aplicaba cada día.

—... para los niños —acabó la frase Meia.

—¡No habla en serio! —exclamó Trask—, ¿y qué hace Andrus? Él es la ley en esta zona. No lo permitiría.

—Tenemos un nuevo presidente en Ilyr —dijo Meia—. El cambio en la jefatura ha implicado un cambio de política. En el día de hoy, los diplomáticos han asumido el control efectivo de la Tierra. La época del guante de seda está llegando a su fin.

—¿Y cuándo entran en vigor las nuevas medidas?

—Las primeras ejecuciones están previstas para pasado mañana, en la explanada. Dos chicos, Paul y Steven Kerr, serán colgados por las atrocidades cometidas en la Milla Real.

Meia vio que Trask reaccionaba al oír los nombres.



—Conozco a esos chicos —dijo—. Son buena gente, lo único que le queda a su madre. Pero más importante aún: no tuvieron nada que ver con las explosiones. Ya se lo he dicho: ¡no fue la Resistencia!

Pero Meia le estaba mirando con atención. Los Kerr eran importantes para Trask; tal vez, por razones personales, pero seguramente por razones profesionales también. ¿Por qué? Asumiendo que Trask dijera la verdad y la Resistencia no hubiera puesto las bombas de la Milla Real, ¿por qué los diplomáticos les habían endosado el crimen a esos dos chicos?, ¿cómo los habían localizado?

—Trabajaban para usted, ¿verdad? —dijo Meia—. Esos chicos estaban cumpliendo una misión de la Resistencia cuando los detuvieron.

Trask asintió.

—¿De qué se trataba? —preguntó Meia.

—Túneles —respondió Trask en voz baja—. Hay túneles por el subsuelo de Edimburgo. Su gente los ha estado excavando, y queríamos saber por qué. Eso era lo que hacían los chicos. Buscaban los túneles.

—¿Túneles?

—¿No lo sabía? Está perdiendo pie.

Eso era obra del Cuerpo, pensó Meia, todo: la llegada de Syrene y Gradus, las bombas, los movimientos contra Lord Andrus y puede que incluso aquellas historias de túneles y cadáveres, todo estaba relacionado con los diplomáticos.

—¿Y qué pasa con los chicos? —preguntó Trask—. No puede permitir que los cuelguen.

—Ya se me ocurrirá algo —repuso Meia.

—Más vale —dijo Trask— o, se lo prometo, acabará chapoteando en ríos de sangre ilyria.

Syl pasó mala noche, atormentada por sueños en los que intentaba impedir que su padre fuera ahorcado, pero no podía llegar a tiempo hasta él porque gruesas filas de securitats, con uniformes que ya no eran negros sino de un intenso rojo sangre, la hacían retroceder. Se despertó antes del amanecer, convencida de que había alguien más en su habitación, pero estaba sola. Las sienes le latían con fuerza, y cuando miró al espejo, vio unas marcas circulares a cada lado de la cabeza, casi como quemaduras.

*Me tocó. Syrene me tocó, y me quemó.*

Era fin de semana, cosa que la consolaba un poco. Los ilyrios se habían tomado en serio algunas tradiciones humanas, y entre las mejores estaba el suspender las clases durante los fines de semana. Althea apareció poco después de las nueve y empezó a trajinar por la habitación, ordenando lo que no necesitaba ser ordenado.

—Tengo entendido que ayer viviste toda una aventura —dijo Althea.

—¿Ah, sí? —respondió Syl con cautela, sin saber a qué se refería exactamente Althea. Se preguntó dónde habría estado la mayor parte del día anterior, no era propio de ella alejarse de su discípula durante tanto tiempo, sobre todo en medio de tal agitación.

—Pues sí. Dicen que estuviste un rato con la Bruja Roja.

—Sí —reconoció Syl—, aunque no recuerdo bien qué pasó. Althea, ¿dónde estuviste ayer por la tarde?

—Tenía recados que hacer.

—¿Recados?, ¿qué recados?

—Nada que te importe. Esa curiosidad tuya será tu perdición si no te andas con cuidado. —Mientras lo decía miraba a Syl de una manera extraña, como si la retara a que negase que era curiosa.

—¿Te has enterado de lo de esos dos chicos, los que capturaron?

—Sí.

—Van a matarlos, Althea.

—¿A matarlos?

—¡Sí! Van a colgarlos y mi padre va a permitir que pase, para que Gradus y los diplomáticos tengan mala fama. Debemos impedirlo.

—No sé nada de esas cosas, Syl, y ni se me ocurriría juzgar las intenciones de tu padre. Y ahora, vístete. Quiere desayunar contigo.

Lord Andrus parecía exhausto cuando Syl entró en el comedor; tenía sus juveniles ojos vidriosos y la carne bajo ellos se veía hinchada por el cansancio y la angustia. Debía de haberse pasado despierto toda la noche, pensó Syl. Aunque estaba furiosa con él por lo que ella imaginaba que iba a hacer —o, de hecho, a no hacer en el caso de los chicos—, la inquietó verle en ese estado. En la mesa habían dispuesto fruta y queso, huevos revueltos con jamón y pimientos en un cuenco que un hornillo mantenía caliente. Syl dio un beso a su padre en la frente, para disimular se sirvió unas piezas de fruta en un plato y se sentó. No tenía nada de hambre. No podía quitarse de la cabeza a Paul y a Steven, y saber lo que iba a pasarles al día siguiente le daba ganas de vomitar. Ponerse a tragar comida a la fuerza no parecía muy apetecible.

Su padre le acarició el brazo.

—Quería decirte que lo siento, Syl. Tu cumpleaños no fue como me hubiera gustado. Te lo compensaré, te lo prometo.

¿Su cumpleaños? Se había olvidado por completo de él en el caos del día anterior. ¿Había transcurrido sólo un día? Le daba la impresión de que había vivido un año entero concentrado en las veinticuatro horas previas.

—¡Oh, por favor!, eso no importa. ¿Estás bien, padre? Pareces... enfermo.

—La inquietud pesa en la cabeza de quien lleva una corona —respondió él.

—*Enrique IV*, segunda parte —dijo Syl casi al instante.

Compartía con su padre la fascinación por muchos aspectos de la cultura del planeta Tierra. Era extraño, pensó, pero seguro que conocía mejor su arte y su cultura que muchos humanos. Y la habría conocido todavía más a fondo si hubiera podido cargarse la información directamente, pero desde que se descubrió que la carga directa de información a una edad temprana entorpecía el desarrollo mental, se incrustaban limitadores en los chips de los jóvenes ilyrios.

El chip se colocaba en la superficie del cerebro, cerca del córtex. Era un interfaz neuronal que permitía que los pensamientos ilyrios fueran detectados y leídos como patrones eléctricos. Luego esos patrones se convertían en órdenes que podían transmitirse a sistemas de control, entre ellos los de las cabinas de vuelo de naves, o de armas, ya fueran de pulso o hasta misiles. Además, a medida que los ilyrios envejecían, los implantes liberaban «baños» de electrones que estimulaban la memoria e incrementaban la atención. Podían utilizarse en el tratamiento de varias dolencias neurológicas, entre ellas la epilepsia, y para ayudar a los que sufrían parálisis permitiéndoles controlar prótesis en las extremidades. Gracias a los implantes, el aprendizaje podía sustituirse por la carga de información, proporcionando un conocimiento instantáneo de un idioma o de cualquier tema.

Pero los ilyrios descubrieron que el cerebro seguía desarrollando sus conexiones hacia el lóbulo frontal, y hacia los tractos responsables de tareas cognitivas complejas como la atención y la inhibición, hasta mucho después de pasada la adolescencia. Era

importante que ese desarrollo se produjera orgánicamente. Por razones similares, creían que era importante que los jóvenes aprendieran, y no sólo se cargaran de información. Como le gustaba decir a su padre, cargar era fácil. La comprensión verdadera resultaba más difícil. La carga era instantánea y superficial; el aprendizaje requería tiempo, pero con él llegaba la profundidad. Y así, tal vez por eso, Syl entendió realmente y por primera vez el significado de las palabras de Shakespeare.

—Así son las cosas —dijo Andrus—. Tantos años de instrucción, de gobierno y de diplomacia, y, sin embargo, Gradus me ha ganado la partida.

—No permitas que mueran esos chicos, padre.

—No tengo elección.

—¿No puedes posponer la ejecución? Podrías solicitar una confirmación de la orden del presidente. Es un paso tan abismal, un acto tan terrible...

—Esta mañana le he hecho la petición a Gradus, y ha sido denegada. Aunque intentara moverme a sus espaldas, tendría que mandar un mensaje a través del agujero de gusano. Suponiendo que pasara, tendría que transmitirse a Ilyr a través de relés, y Gradus los controla.

Empujó algunos huevos por su plato, pero Syl vio que ya se habían enfriado. Su padre tampoco estaba con ánimo para comer.

—Syl, el Imperio está cambiando —dijo—. Es posible que mi lugar ya no esté aquí, en este mundo.

Syl contuvo el aliento. Casi no se atrevía a hablar, pero tenía que plantear la pregunta.

—¿Quieres decir que volveremos a Ilyr?

—Tal vez —dijo él—. Lo que sucedió ayer no es más que el primer acto de muchos otros semejantes que cabe esperar. No se trata sólo de la pérdida de poder por mi parte, ni de la muerte de dos chicos. Está en juego la corrupción de una especie entera. En el corazón del Imperio ilyrio hay algo podrido y lleva ahí mucho, mucho tiempo. Deberá ser atacado en su origen. Y éste se encuentra en Ilyr y en la Marca, no aquí.

Syl sintió que se desgarraba por dentro. Anhelaba conocer Ilyr, quería vivirlo por sí misma, pero sabía que su padre amaba la Tierra, y tal vez ella también, más de lo que había pensado.

—¿Entregarás la Tierra a los diplomáticos?

—Si no me queda más remedio, sí. Hemos cometido grandes errores en este mundo, Syl, pero los diplomáticos lo harán peor. Si puedo impedírselo, lo haré, pero a veces un general debe perder una batalla para ganar la guerra. Si tengo que sacrificar la Tierra para evitar que este veneno se filtre más profundamente en el Imperio, lo haré.

—¿Cuándo lo decidirás?

—Pronto, Syl, pronto.

—Y... —Las palabras se le atragantaron.

—¿Sí?... ¿Syl?

—Y yo iré contigo, ¿no? No..., no me dejarás, ¿verdad que no?

Su padre la abrazó. Era poco dado a esas demostraciones de afecto y, por eso, ella les concedía aún más valor.

—Sí, Syl, vendrás conmigo, aunque puede que llegue un momento en que no me lo agradezcas.

Balen llamó a la puerta y entró. Se requería la presencia del gobernador en su despacho. A pesar del nuevo orden, los asuntos cotidianos del Gobierno no se interrumpían. Su padre la besó en la frente y salió.

Syl cogió su plato y fue a sentarse en el sillón antiguo de la sala de estar. Era su favorito: la pesada tela de brocado estaba alisada por el desgaste en algunas zonas y el asiento era amplio y circular, confeccionado originalmente para envolver las amplias faldas con miriñaques de las damas georgianas. Pero ella era más alta que las damas humanas del pasado, así que dobló sus inquietas extremidades debajo del torso y apoyó la cabeza atrás, alzando la mirada hacia la gran pintura que dominaba la pared. Era una obra maestra conocida como *El rapto de Europa*, pintada siglos atrás por el famoso artista llamado Tiziano. Había sido un regalo de los líderes humanos a Lord Andrus cuando se convirtió en gobernador de Europa y estableció la sede de su Gobierno en Edimburgo.

«Pensaron que no captaría la ironía», dijo él una vez, pero el cuadro le había encantado pese a todo, y enseguida le había dado un puesto de honor en el salón. *El rapto de Europa*, o simplemente *Europa*, como solía llamársele, representaba a unos gruesos querubines que parecían atacar a una mujer agitada, que iba a lomos de un toro inmenso, mientras unas ninfas en la orilla más lejana del lago observaban impotentes y unos monstruos marinos brillaban en las profundidades. Los ojos pequeños y brillantes del toro miraban directamente al espectador, su rabo casi se estremecía de emoción. Cuando era pequeña, a Syl le daba miedo aquel vibrante espectáculo, el trío de querubines que atacaban a la pobre Europa.

—Pero si no la están atacando —le había explicado su padre—. Intentan ayudarla. Ella está asustada y no lo entiende.

Syl pensó en Gradus mientras contemplaba la escena de nuevo. Curiosamente, le recordaba a los querubines, blandos, pálidos y despiadados, con su piel espeluznantemente lisa, sus ataques de rabia y sus peligrosos juguetes. Los miembros de la élite del Cuerpo Diplomático eran como él. Los sucesos de las últimas veinticuatro horas habían proyectado una nueva luz sobre el cuadro. Tal vez Europa acertaba al estar asustada. Tal vez la Tierra entera debería asustarse ante el gobierno de los diplomáticos.

Es posible que Syl se hubiera adormilado o que sólo se quedara abstraída contemplando la pintura, pero poco a poco empezó a ser consciente de que había alguien más cerca. Se dio la vuelta y descubrió a Meia, observándola.

—¿Es que nunca llamas a la puerta o qué? —preguntó fríamente.

—¿Por qué?, ¿estabas haciendo algo que no deberías? No sería propio de ti.

—Estaba pensando.

—¿De verdad?

Meia pareció sorprendida. Por la expresión de su cara, Syl supo que no bromeaba. A veces, resultaba difícil entenderla.

—Muy graciosa. Si buscas a mi padre, no sé por dónde anda.

—A decir verdad, te estaba buscando a ti.

Meia hizo aparecer una pantalla en la que empezó a verse una breve pieza captada por un vídeo. La cámara estaba muy inclinada hacia delante y en la pantalla sólo podían apreciarse las cabezas de dos o tres personas, porque una de ellas estaba de pie y la cámara no podía encuadrarla entera. La figura a la derecha era Syl. La otra, Syrene. Estaban sentadas cara a cara, mientras la tercera figura se movía entre ellas, vestida con túnicas de un rojo casi transparente, como si fuera un fantasma que acabara de entrar en la habitación. Syl vio que una mano translúcida le tocaba la sien y entonces la imagen parpadeó y desapareció.

—Cinco segundos —dijo Meia—. Eso fue todo lo que pudo conseguir el acechador antes de que la misteriosa fuerza que nos impedía monitorizar lo que estaba pasando en esa habitación cortocircuitara sus sistemas y los apagara.

Syl dejó que la grabación se reprodujera una y otra vez, intentando llenar los agujeros de su memoria. Eso le ayudaba. Había todavía mucho que seguía siendo confuso, pero al menos ahora sabía un poco más de lo que había pasado.

—Ésa era Syrene —dijo—. Pero la que estaba sentada enfrente de mí también era Syrene.

—Una proyección mental de algún tipo —dijo Meia—. Una parte de Syrene se libera para vagar a su aire, mientras el resto de ella permanece sentada y sonrío.

—No sabía que la Hermandad pudiera hacer eso.

—Yo tampoco. Parece que han aprendido todo tipo de trucos nuevos en la Marca: a hacer proyecciones mentales, a manipular a presidentes y cónsules, a gobernar un imperio entre bastidores. Tal vez debería dejar que la Hermandad me reclutara

también a mí. Podría aprender muchas cosas de ellas.

—No lo dirás en serio —dijo Syl.

—¿Tú crees? Bueno, como quieras.

—Me quemó —recordó Syl señalándose las marcas en las sienes.

—Sí. Me pregunto qué buscaba en esa maravillosa y misteriosa cabecita tuya. Fuera lo que fuese, sospecho que no lo encontró porque buscó en el sitio equivocado, o, mejor dicho, en la cabeza equivocada.

—No te entiendo.

—Creo que sí me entiendes, Syl. Quiero que lleves a tu amiguita Ani a mis aposentos dentro de una hora. Si no acudís, le contaré a tu padre lo que hicisteis ayer.

—¡No lo harías!

—Y tanto que sí —dijo Meia, y por el tono de su voz no le cupo a Syl ninguna duda—. Oh, no lo haría con gusto, bueno, con mucho gusto al menos, pero lo haría. Así que, ya sabes: una hora. Y no lleguéis tarde. Detesto que me hagan esperar, y quién sabe qué puedo hacer si ponen mi paciencia a prueba...

Syl y Ani llegaron pronto. Dadas las circunstancias, parecía lo más sensato. Ani se había mostrado muy reacia a acompañar a su amiga a los aposentos de Meia, porque cualquier reunión con ésta sólo podía traer problemas, al menos hasta que Syl le explicó las consecuencias para ambas si no hacían lo que les había mandado. Ani ya había sufrido la ira de su padre muchas veces para saber que no serían sólo los dos humanos los que correrían el peligro de acabar en la horca si él se enteraba de que su hija había estado vagando fuera de los muros del castillo sin permiso.

Meia las estaba esperando y abrió la puerta antes de que llamaran.

—Casi tan bueno como uno de tus trucos, ¿verdad, Ani? —dijo mientras cerraba la puerta tras ellas—. Claro que he tenido que aguzar el oído, pero seguramente tú ya lo sabrías.

Ani no dijo nada, lo cual era muy raro, incluso doloroso, tratándose de ella.

Las habitaciones de Meia eran más amplias y elegantes de lo que Syl había esperado, cosa que confirmaba lo valiosa que era para Lord Andrus. La ordenada zona del salón estaba amueblada con dos sillas y un sofá, y también había una pantalla de vídeo. De las paredes colgaban grabados y pinturas, algunas de ellas de bastante valor, le pareció a Syl. Mostraban buen gusto. Dos paredes estaban enteramente forradas de libros, tanto ilyrios como humanos. A Meia, como a Andrus, le gustaban los libros físicos. Una puerta entreabierta daba al dormitorio. Parecía excepcionalmente ordenado. De hecho, parecía una habitación que nunca había sido ocupada. A pesar de sus adornos, todo indicaba funcionalidad.

—Sentaos —ordenó Meia señalando el sofá, y Syl y Ani obedecieron.

Meia se acomodó en una de las sillas. Sacó una baraja de cartas de su bolsillo y las desplegó sobre una mesita baja entre ella y sus invitadas. Syl no había visto nada

parecido hasta entonces. En lugar de palos —como los naipes humanos— o de animales simbólicos, como los que utilizaban los ilyrios, sólo tenían cinco símbolos: un círculo, una cruz, un trío de líneas onduladas, un cuadrado y una estrella.

—En la Tierra a veces se las denomina cartas Zener —dijo Meia—. Se utilizan para poner a prueba la habilidad psíquica. Por descontado, la mayor parte de las pruebas son bobadas, y cierto grado de acierto puede atribuirse al azar. Las dos vais a hacer la prueba y la vais a hacer lo mejor que sepáis, porque si intentáis engañarme —miró a Ani, pero no a Syl—, entonces mantendré unas conversaciones muy interesantes con Lord Andrus y el general Danis. ¿Me he explicado bien?

Syl y Ani asintieron.

—Muy bien, empecemos.

Era sencillo: Meia les enseñaba el dorso de una carta y ellas tenían que adivinar qué símbolo había en la otra cara. Empezaron con cincuenta cartas y luego aumentaron a cien a lo largo de cinco pruebas. Al final, Meia calculó los aciertos de ambas.

—Syl —dijo—, has conseguido una media del dieciocho por ciento en las pruebas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Syl.

—Significa que si te da por apostar que mañana hará sol, es probable que llueva. No parece que tengas la menor capacidad psíquica. Es más, puede que incluso estés un poco por debajo de la media.

—Perdedora —dijo Ani.

—Todavía no sabemos tu resultado, listilla —repuso Syl, aunque ya sospechaba algo.

—Ani —dijo Meia—, tú has conseguido una media de noventa y nueve por ciento. Probablemente habría sido más alto si Syl no te hubiera distraído estornudando un par de veces.

—Lo siento —se disculpó Syl.

—No te preocupes —dijo Ani—. Los sujetos que están por debajo de la media probablemente estornuden más que el resto de nosotros.

Meia se acercó al mueble bar y sacó tres vasos y una botella de limonada natural.

—Una copa para celebrarlo —dijo.

—¿De limonada? —preguntó Ani, a quien su padre había pillado tantas veces bebiendo alcohol prohibido que casi había renunciado a impedírselo—. Anda, ¿por qué no te sueltas un poco?

Meia no le hizo el menor caso, sirvió la limonada y le dio un vaso a cada chica.

—Propongo un brindis —dijo—. Un brindis por la que, si no me equivoco, puede ser la joven con poderes psíquicos más dotada que ha conocido este mundo. ¡Por Ani!

Entrechocaron los vasos y bebieron. La limonada era buena: ni demasiado ácida,



ni demasiado dulce. Meia ni siquiera le dio un sorbo a la suya antes de dejar el vaso a un lado.

—Ahora, Ani —la exhortó—, ¿por qué no nos explicas qué más sabes hacer?

La lista era larga. Incluso Syl estaba sorprendida. Ani no sabía leer los pensamientos, todavía no, pero podía captar emociones, y dominaba el arte de descubrir a quienes mentían.

Pero había una habilidad concreta que a Syl le recordó lo que le había hecho Syrene: podía nublar las mentes. No durante mucho tiempo, pero sí el suficiente. Hizo una demostración con la propia Syl, obligándola a admitir que la limonada era, en realidad, whisky, y que la estaba mareando un poco. Eso irritó a Syl, no sólo porque no quería ser víctima de un experimento mental, sino porque sentía celos de los dones de Ani, y le dolía, sobre todo, que ésta no le hubiera contado a su mejor amiga que los tenía.

—Hay ilyrios que harían cualquier cosa por tenerte de su parte —dijo Meia—. Posees un don, un gran don. Syrene debió de percibirlo cuando la estabais espiando, pero no pudo localizar la fuente. Al principio, creyó que debía de ser Syl, aunque no estoy segura de por qué. Tal vez tú, Ani, puedes ocultarte, protegerte de algún modo, no lo sé.

—No estoy metida en un lío, ¿verdad que no? —preguntó Ani.

—No vas a tener ningún problema en absoluto —dijo Meia—, no si te abstienes de mostrar tus habilidades demasiado descaradamente y si haces lo que te voy a pedir.

—¡Pero si ya lo hemos hecho! —protestó Syl—. Hemos venido aquí y hemos hecho tus pruebas. Hemos cumplido nuestra parte del trato.

—¿Trato? —dijo Meia—. No recuerdo haber hecho ningún trato. Me limité a amenazarte, y la amenaza sigue en pie.

Syl soltó un taco por la frustración. Ani se recostó en el sofá.

—A ver, ¿qué quieres que hagamos? —preguntó.

—Lo que quiero —dijo Meia— es que ayudéis a escapar a dos prisioneros.

Más tarde, cuando todo había salido mal, Syl se preguntaría si podría haber hecho las cosas de otro modo de haber sabido lo que les pasaría. Pero ésa sólo era la ventaja que da la perspectiva del tiempo: a toro pasado, todo resultaba más claro, y cada paso equivocado, cada mala decisión, parecía tan evidente que era imposible creer que hubieran podido optar por ellos. Con todo, el plan de Meia, por muchos defectos que tuviera, fue el único que se le ofreció, de hecho, el único que había. Claro que tenía que hacer algo; claro que tenía que intentar salvar a Paul y a Steven, porque ellos la habían salvado antes. Y tal vez, sólo tal vez, los habían detenido por su culpa y la de Ani, porque se habían entretenido en ayudar a dos chicas presas del pánico en la Milla Real. No hacer nada para impedir un mal, cuando se podía hacer algo, le parecía a Syl casi tan terrible como el destino que Gradus había previsto para los chicos. Al día siguiente, sus cuerpos colgarían oscilantes y ella sería testigo.

El plan, hasta donde se cumplió, se basaba en un detalle en el que Syl nunca había reparado hasta que Meia se lo señaló: Syl se parecía un poco a Vena. No mucho, ciertamente no lo bastante para engañar a un guardia que no estuviera ciego, pero sí tenían una altura similar y un porte parecido, incluso se asemejaban en la forma de las caras y la astucia de sus rasgos. Syl se preguntó si ésa sería una de las razones por las que Vena parecía detestarla tanto, porque no cabía duda de que la Securitat la despreciaba. La presencia de la Securitat no auguraba nada bueno; técnicamente era la policía secreta ilyria, pero dado que estaba controlada por el Cuerpo Diplomático, aprovechaba la menor ocasión para hacer daño a los miembros del Ejército o a sus familias. Como hija de Lord Andrus, Syl era un objetivo especial para el veneno de Vena. «Ella cree que soy una pequeña zorra privilegiada», pensó Syl, «la niña de los ojos de mi padre, la que no puede equivocarse, la mayor de los que denominan Primogénitos. Vena, al mirarme, se ve a sí misma tal como podría haber sido, como debería ser. Bueno, que piense lo que quiera, para lo que va a servirle...».

Tal vez fue esa tendencia a la rebeldía, tanto como el deseo de salvar las vidas de los dos jóvenes, la que la llevó a hacerlo. En cualquier caso, ¿qué opción tenía? Ni siquiera había alternativa, ni mejor ni peor. Tenía dieciséis años —nacida entre las estrellas, crecida en un mundo extraño, criada entre una especie alienígena, hostil, a veces asesina—, pero hasta entonces nunca había intentado sacar a nadie de la cárcel.

No obstante, el éxito del plan no dependía de ella, sino de Ani, y de sus incipientes habilidades.

—No sé si puedo hacerlo —le dijo Ani a Meia mientras la espía sacaba dos uniformes de la Securitat del fondo de su armario y los extendía sobre la cama. Cada uno con su correspondiente capa y su capucha para resistir el frío del clima septentrional.

—Pues más vale que puedas —dijo Meia—. Si no eres capaz, tu amiga y tú podéis acabar en el patíbulo haciendo compañía a los humanos.

Ani lanzó una mirada suplicante a Syl. No quería hacerlo.

—Confío en ti —manifestó Syl con más seguridad de la que en realidad sentía—. Sé que no permitirás que nos pase nada, ¿vale?

Ani se tapó la cara con las manos.

—Me quiero morir —dijo con la voz amortiguada por los dedos.

Meia le dio una palmada en la espalda.

—Si fallas —dijo—, tus deseos se harán realidad.

Con la ayuda de Ani, Syl se recogió en la nuca el tupido y brillante cabello, y Meia le marcó el nacimiento del pelo con una crema de color carne, le aplastó los mechones rebeldes y le pintarrajeó de plata el borde del pómulo. Luego le dio una delgada horquilla para que se sujetara la capucha.

—No creo que ni Ani pueda engañarles si ven todo ese pelo —declaró Meia mirando con ojos críticos los esfuerzos de las chicas por ocultarlo—. Pase lo que pase, mantenedlo cubierto.

Los dos humanos estaban retenidos en las antiguas criptas del castillo. Construidas en el siglo xv en la roca que había en el costado meridional, las habían utilizado sucesivamente como almacenes, barracones y arsenal, y, como ahora, también de prisión. Eran espacios húmedos e incómodos, las celdas tenían cerraduras electrónicas que sólo podían abrirse con llaves magnéticas o desde un panel de una sala de control contigua. En ese momento, los chicos eran los únicos presos encerrados allí, y no los vigilaban galateanos, que solían ser los encargados de esas tediosas tareas, sino securitats. Cuatro agentes hacían guardia en el pasillo donde estaban Paul y Steven, y dos más ocupaban sus puestos en la sala de control. También había cámaras controlando las celdas, dentro y fuera.

A las nueve en punto de la noche se abrió desde fuera la puerta de la sala, que se cerró casi al instante. Los securitats se dieron la vuelta con apenas tiempo para ver una granada de gas rodando por el suelo hacia ellos. A los pocos segundos estaban inconscientes.

Meia entró encapuchada pero con la cara descubierta, aparentemente sin que la afectara el humo. Al instante manipuló todas las cámaras cercanas a las celdas para que dejaran de grabar, y rápidamente reprogramó todas las pantallas secundarias para que le dieran una vista nítida de la zona que se extendía ante los Nuevos Cuarteles, la antigua Prisión Militar, la Foog's Gate y la St. Margaret's Chapel, así como de los

accesos a las criptas desde el Gran Salón y el antiguo Palacio Real. De ese modo podría ver, con un mínimo de anticipación, si alguien se acercaba, pero, aun así, Syl y Ani tendrían que moverse deprisa. Las granadas de gas habrían sido más sencillas, pero la dispersión de los guardias a lo largo del pasillo implicaba que Meia no podía estar segura de que todos hubieran perdido la conciencia antes de que alguno tuviera tiempo de dar la alarma.

Comprobó su reloj. Cinco segundos.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

Dos figuras vestidas de negro aparecieron en una de las pantallas, vistas desde atrás.

Era el principio.

Los uniformes no les quedaban tan bien como deberían, y el de Syl tenía una mancha de sangre a la izquierda, junto a lo que parecía un pequeño remiendo para ocultar el tajo de una hoja de cuchillo. Syl no quería pensar ni cómo ni dónde había conseguido Meia aquel uniforme. Estaba empezando a pensar que la espía era mucho más manipuladora, y ciertamente más peligrosa, de lo que había imaginado hasta entonces.

Pasaron por delante de la sala de control y entraron en las criptas, deteniéndose antes de girar para introducirse en el pasillo principal de celdas. Una cámara las observaba desde el techo. Ani la miró un instante y entonces le enseñó, a la cámara y a Meia, el anular.

—No le hará gracia —murmuró Syl.

—Me da igual. Ha hecho que me sienta mejor.

Syl se lo pensó un momento y luego también enseñó el dedo a la cámara. Quería liberar a Paul y a Steven, pero no acababa de gustarle el que Meia la explotara de ese modo.

—Tienes razón —dijo—. También me siento mejor.

—¿Estás lista? —preguntó Ani.

Syl asintió.

—¿Lo estás tú?

Ani dejó escapar una larga exhalación. Su cuerpo se relajó de arriba abajo. Cuando volvió a mirar a Syl, sus ojos eran luminosos pero distantes, como un sol de mediodía atisbado a través de la bruma.

—Sí —dijo—, estoy lista.

Los dos securitats más cercanos a la sala de control se pusieron firmes cuando vieron aproximarse a las dos figuras uniformadas, pero ambos parecían confusos. Uno abrió la boca como si fuera a decir algo, y la mano se le fue hacia el arma de pulso que llevaba en el cinturón, pero se detuvo.

—Yo... nosotros... —dijo—. No la esperábamos, señora.

Repasó con la vista el rostro de Syl y la mancha plateada cerca de su sien, pero parecía costarle enfocar la mirada. Se frotó los ojos con el dorso de la mano, y entonces pareció más seguro de lo que estaba viendo.

—Hemos venido a llevar a los presos ante el gran cónsul —informó Syl.

A su lado, Ani permanecía en un silencio absoluto, y Syl casi sentía la intensidad de su concentración mientras se esforzaba por fijar las caras de Vena y una de sus sargentos femeninas, Grise, en las mentes de los ilyrios que tenía delante.

—No se nos ha avisado —dijo el guardia—. Nuestras instrucciones eran no permitir que nadie viera a los presos hasta mañana.

—¿Y quién os dio esas instrucciones? —inquirió Syl poniendo su tono de voz más autoritario.

—Bueno, usted misma, señora, y el gran cónsul.

Ella miró a un guardia y luego al otro y esperó. Dudaron. Uno de ellos entornó los ojos, como un hombre acostumbrado a llevar gafas que de repente tiene que ver sin ellas. Maldita sea, pensó Syl, seguidnos la corriente. Por favor.

—El gran cónsul desea hablar con los presos —dijo—, ¿queréis que vuelva y le informe de por qué no os parece bien?, ¿o a lo mejor preferís contárselo vosotros en persona?

Era evidente que ninguna de las dos opciones les hacía mucha gracia a los guardias. Se olvidaron de sus dudas y dejaron que Syl y Ani pasaran hacia las celdas, donde vigilaban dos guardias más. Ésa era la parte difícil, porque ahora Ani tenía que nublar las percepciones de cuatro individuos. Syl se atrevió a mirarla. El rostro de Ani era una máscara de concentración, pero tenía pequeñas gotas de sudor en la frente y en el labio superior. Syl se fijó también en que apretaba las mandíbulas.

En ese momento la otra pareja de guardias se adelantó, y Syl instintivamente bajó un poco la cabeza como si eso reforzara su impostura. Disimuló el gesto apuntando con la barbilla hacia las puertas de las celdas.

—Abridlas —ordenó, y cuando los guardias parecieron también reticentes a obedecer, y sus caras delataban la confusión que sentían ante la incongruencia entre lo que veían y lo que creían que veían, añadió—: ¡Rápido! —Cosa que sonó más como un gruñido que como una orden.

Eso dio a los guardias el empujoncito que necesitaban. Estaban acostumbrados a cumplir órdenes, y cuanto más simples, mejor. En cualquier caso, era más fácil obedecer órdenes que plantearse por qué no deberían cumplirlas. Ése era el principio

en el que se basaban los ejércitos. Sin él, se desharían en pedazos.

Las puertas de las celdas se abrieron de par en par y dejaron a la vista a Paul y a Steven en sus respectivas celdas, los dos tumbados de costado, despiertos.

—¡Arriba! —dijo Syl—. Venís con nosotras.

Paul se incorporó hasta quedarse sentado. Frunció el ceño y Syl casi oyó cómo chirriaban los mecanismos de su cerebro cuando prendió en ellos la chispa del reconocimiento. No quería que dijese nada, y entonces recurrió a la misma voz que había utilizado con los guardias.

—¡Ahora!

Los dos jóvenes se levantaron y se dirigieron lentamente a las puertas de las celdas. Los guardias retrocedieron y sacaron sus armas de pulso, listos por si acaso, pero los chicos no representaban ninguna amenaza real. Parecían cansados y asustados. Uno de los guardias puso un par de esposas magnéticas a cada uno y le entregó la unidad de control a Syl.

—¿Hemos de acompañarlas? —preguntó el primer guardia.

—No —dijo Syl—. Están controlados, no nos causarán ningún problema. Pronto —añadió— no causarán más problemas a nadie.

El guardia se rió y los demás le imitaron, pero eran unas risas nerviosas, inseguras. A su lado, Ani temblaba por el esfuerzo que le requería mantener distorsionada la realidad de sus apariencias. Un hilillo de sangre le salió por el ala derecha de la nariz y le cayó sobre la boca. Dio la espalda a los guardias antes de que pudieran verlo y Syl hizo un gesto a los chicos con la porra aturdidora que Meia le había dado, para que se pusieran en marcha por delante de ella.

Procuraron andar despacio hacia la salida de las criptas. Era lo único que podía hacer Syl para no echarse a correr, pero, aunque el miedo la dominaba, nunca se había sentido tan viva.

Lo habían conseguido. No sabía cómo, pero lo habían conseguido.

Si a Syl le costaba creer que hubieran sido capaces de sacar a los presos de sus celdas, Meia todavía estaba más sorprendida. Se había hecho a la idea de que tendría que rescatar a las jóvenes ilyrias de los guardias si llegaba el caso; el resultado habría sido un baño de sangre, y hasta Meia prefería no tener que matar securitats intramuros del castillo. En las ocasiones en que se había visto obligada a atacar a securitats, cosa que sólo —o casi— había hecho para protegerse, se había movido con discreción y nunca se habían encontrado los cadáveres.

Había monitorizado las acciones de Syl y Ani sin apartar la mano del pomo de la puerta de la sala de control, preparada para saltar en su ayuda si —o cuando— todo se venía abajo. Pero lo que estaba viendo era cómo acompañaban a los humanos, todavía esposados, fuera de las criptas, hacia los muros del castillo, donde se llevaría a cabo la siguiente fase del plan.

Uno de los guardias inconscientes a sus pies gruñó y arañó el suelo. Meia sacó una segunda granada de los pliegues de su capa. Sólo le faltaba que se despertaran y dieran la alarma. Tiró del seguro y lanzó la granada por abajo. Mientras el gas empezaba a llenar la sala, vio aparecer tres figuras en una de las pantallas que tenía delante, encaminándose hacia las criptas.

Incluso entre el humo reconoció a Vena.

Syl guiaba a su pequeño grupo hacia delante, a través de pasillos, pasadizos y galerías, algunos malolientes, otros de paredes húmedas y cubiertas de musgo, serpenteando y agachándose en los túneles tallados en la roca volcánica sobre la que se había erigido el castillo muchos años atrás. Esa zona le resultaba vagamente conocida; la había explorado de niña, antes de que volvieran a usarla como celdas, pero no la recordaba bien. Sin las indicaciones que le había obligado a memorizar Meia se habría perdido por completo.

Miró hacia atrás. A Ani le costaba mantener el paso. Ya no le sangraba la nariz, pero la sangre le había manchado la mejilla izquierda y la barbilla. Tenía los ojos vidriosos y se apoyaba en la pared. Syl se detuvo para darle tiempo a que los alcanzara. Se fijó en que Steven no iba mucho mejor que Ani. Fuera lo que fuese lo que le hubieran hecho físicamente los del Cuerpo ya debía de ser terrible de por sí, pero también habían dañado algo en su interior. Puede que se hubiera creído grande y

fuerte como su hermano mayor, pero todavía era más niño que hombre. Seguía adelante tirando de fuerza de voluntad, pero Syl veía que le faltaba poco para echarse a llorar y llamar a su madre.

—Eh —le dijo en voz baja a Ani—, ¿puedes seguir?

Ani asintió.

—Sólo estoy... cansada. Muy cansada.

—Casi hemos llegado —dijo Syl. Le acarició la mejilla a su amiga—. No podemos pararnos ahora.

—Eres tú la que te has parado, Syl —repuso Ani.

—Por ti.

—Si tú lo dices.

Ésa era la Ani que Syl conocía y amaba.

—Oh, Ani, lo has hecho tan bien...

—¡Lo sabía! —la interrumpió Paul en voz alta—. ¡Sylvia! Te he reconocido. No eres humana, ¡eres ilyria! Lo había imaginado. Tendría que haberme dado cuenta en la Milla.

Syl lo miró, le pasaron un millón de pensamientos por la cabeza, pero su boca no pudo formular ni una palabra. Él también la miraba fijamente, con los ojos entornados; sus pupilas recorrieron la cara descubierta de Syl y frunció el ceño al fijarse en la mancha de plata, en la extraña pasta que tapaba el nacimiento de su pelo, y luego se detuvo en las órbitas doradas y rojas que eran sus ojos, sin párpados, alienígenas.

—Menuda mierda —susurró Steven.

—He tardado un poco —dijo Paul asintiendo despacio—, porque cuando nos conocimos llevabas unas gafas que ocultaban tus ojos, y luego este uniforme me ha despistado también, pero eres tú, tu amiga y tú, las de la Milla Real. Creía que erais humanas..., un poco raras, pero humanas al fin y al cabo. Dios, cómo la pifié.

—Me temo que sí. Apuesto a que ahora te arrepientes de habernos ayudado.

Ella le devolvió una mirada desafiante, clavándola en aquellos ojos tan humanos en sus cuencas amoratadas, en los labios ensangrentados en los que se había fijado tanto el día anterior. Vio que él parpadeaba y se preguntó qué se sentiría al hacerlo, al no ver durante una fracción de segundo. Paul tardó un buen rato en responder.

—No —dijo él y su voz sonó de un modo que incendió las mejillas de Syl—. No, no me arrepiento. Mira, perdona si me equivoco, pero ¿esto es un rescate?

—Sí, lo es.

—Oh, bien. Esperaba que lo fuera. En ese caso, ¿sería posible que nos quitaseis las esposas, Sylvia?

—Lo siento —dijo Syl—, y en realidad me llamo Syl.

Él alzó las cejas como si no le importara y volvió a mirar intencionadamente sus manos esposadas. Syl activó el mando de control y las esposas se desmantaron y cayeron al suelo. Paul se frotó las muñecas e hizo una mueca. Las magnoesposas



tenían tendencia a calentarse a los pocos minutos.

—Ya era hora. Ojalá lo hubieras hecho un poco antes, *Syl*.

—Eres muy crítico para haber estado a sólo unas horas de acabar colgado —replicó *Syl*—. ¿Prefieres volver a tu celda a ver si se te ocurre un plan mejor?

—A decir verdad, no.

—Eso pensaba.

—Y entonces ¿adónde vamos?

—Afuera.

—Pues parece que hemos tomado el camino más largo.

—Hemos tomado el camino más seguro —dijo *Syl*—. Espero.

—Muy bien. Supongo que no nos queda otra que fiarnos de ti.

—Vale. ¿Alguna pregunta o comentario más, o podemos seguir adelante?

—Bueno, sólo una cosa.

*Syl* suspiró. Se preguntó si todos los rescatadores tenían que soportar interrogatorios como ése.

—¿Qué?

—Gracias —dijo *Paul*—. En nombre de los dos, gracias.

*Syl* se quedó de piedra.

—De nada —repuso y volvió a ruborizarse—. Pero sólo os estamos devolviendo el favor.

Él no dio importancia al desparpajo de la chica.

—Mira, cuando te fuiste, casi esperaba volver a verte, y sin tus malditas gafas.

—Pero ahora ya sabes que somos ilyrias.

—Sí. Pero al menos no eres bizca.

Sonrió y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa, incapaz de reprimirse. Se miraron fijamente, y así habrían seguido si no hubieran tosido al fondo.

—No quisiera interrumpir un momento tan encantador —dijo *Ani*—, pero me gustaría acabar de una vez con esto, por favor.

No todas las celdas del castillo estaban ocupadas, ni siquiera cerradas. En algunas, la mampostería se había deteriorado mientras que otras se utilizaban como almacenes y, de vez en cuando, como habitaciones para que durmieran los guardias que cumplían servicio doble. Desde las sombras de una de esas celdas, amueblada sólo con una almohada y un colchón, *Meia* vio pasar a *Vena*, acompañada por dos de sus acólitos vestidos de negro. Supuso que se trataba de una comprobación rutinaria de los presos, o puede que de otro interrogatorio. Fuera como fuese, maldijo a la oficial de la *Securitat* y todas sus obras. Maldita sea, ¿por qué no se había limitado a repantigarse y disfrutar de su éxito tras capturar a los humanos, conformándose con esperar a que llegaran las ejecuciones?

*Meia* esperó a que los tres *securitats* hubieran doblado la esquina. No le quedaban

más granadas, aunque sí llevaba la pistola de munición explosiva. Pero una cosa era dejar inconscientes a unos securitats para liberar a los presos, o hacerlos «desaparecer» sigilosamente si miraban en la dirección equivocada en un momento inoportuno, y otra muy distinta matar a la pequeña y malvada mascota de Sedulus, por más satisfacción personal que eso le hubiera producido. Ya habría problemas de sobra en cuanto se descubriera la fuga como para añadir cadáveres de categoría al cóctel.

Se deslizó fuera de la celda. Una cámara la vigilaba desde arriba, pero no le inquietó. Había deshabilitado todas las cámaras del edificio antes de salir de la sala de control. Comprobó su reloj. A esas alturas, Syl y Ani deberían estar en el muro, y en pocos minutos el castillo sería un repicar ensordecedor de avisos de alarma.

Alarmas.

Meia se detuvo. Sacó la pistola de munición explosiva del cinturón y ajustó su configuración antes de apuntar al colchón y disparar una única vez. Un trozo del colchón reventó y las llamas lamieron los bordes de la marca que dejó la explosión. Meia las abanicó con las manos, avivando el fuego hasta que el colchón y la almohada ardían con viveza. Cuando la llama la satisfizo, siguió la ruta que habían tomado Syl y Ani. Sólo se detuvo una vez, y sólo lo necesario para romper el cristal de la pequeña caja roja de la pared y activar la alarma de incendios.

Los securitats de las celdas se relajaron. Ahora que habían entregado los presos a Vena podían permitírselo. Los humanos ya no eran su responsabilidad. Al menos durante un rato podían tomarse la guardia con calma. Uno de ellos había sacado un tipo de pequeña petaca plateada que le habría resultado familiar a Trask, el contacto de Meia con la Resistencia, y se la estaban pasando unos a otros para entrar en calor porque las criptas eran húmedas y frías.

Por eso su sargento se sorprendió al encontrarse de repente frente a Vena y dos de sus tenientes, todo un espectáculo. Sólo agradeció que hubieran dado ya cuenta de la petaca de whisky y la hubieran guardado.

—No esperábamos que volviera tan pronto, señora —dijo.

Vena se fijó en la cara del suboficial, ligeramente enrojecida, notó el alcohol en su aliento y vio las dos puertas de las celdas abiertas a sus espaldas. No dijo ni una palabra. Simplemente se sacó el arma de pulso y disparó al sargento en la frente.

—Da la... —empezó a decir, pero la última palabra quedó ahogada entre un clamor de sirenas.

Fuego: el castillo estaba en llamas.

La alarma repercutió como un eco en el pasillo.

—¡Vienen! —gritó Steven y el miedo le hizo parecer todavía más niño—. Van a

atraparnos y a matarnos.

—Calla —dijo Syl—. Es la alarma de incendios.

Sin embargo, al cabo de unos segundos oyó otro ruido, un ulular más que una sirena. Intercambió una mirada con Ani. Ésa sí era la alarma general. Habían descubierto la fuga.

—¿Qué es eso? —preguntó Paul.

—Tienes que irte —dijo Syl.

—¿Irnos? —dijo mirando el muro compacto que se extendía ante ellos—, pero ¿adónde?

Syl no habría sabido encontrar la puerta si Meia no le hubiera descrito su posición al milímetro. Estaba señalada por dos delgadas líneas blancas sobre la piedra, poco más que unas muescas. Syl sacó la llave con sensor del bolsillo del uniforme y la colocó al lado de las marcas. Se oyó un clic y una sección de la pared se abrió de golpe; era metal pintado para que pareciera ladrillo, y el agujero descubierto apenas dejaba espacio para que pasara un cuerpo, siempre que no fuera demasiado grande. Syl no tenía ni idea de cómo ni cuándo lo habían abierto, lo único que sabía es que era obra de Meia, y que probablemente habría vías de escape como ésa diseminadas por todo el castillo.

Fuera, un hombre esperaba sobre las rocas. Era alto, aunque levemente encorvado.

—¡Trask! —exclamó Paul.

—Vamos, chicos —dijo Trask—. No hay tiempo que perder.

Paul se volvió hacia Syl.

—¿Y nuestra madre? La detuvieron con nosotros.

—Está a salvo —dijo Syl. Meia le había contado que la señora Kerr había sido liberada poco después de la detención de sus hijos. Ellos, no ella, eran el premio. Syl sólo esperaba, por los chicos, que Meia le hubiera dicho la verdad.

Steven ya se arrastraba a través del agujero, con la ayuda de Ani.

—¿Estaréis bien? —preguntó Paul.

—Ahora que ya sé que vosotros..., que los humanos no van a ser ejecutados por los míos, sí, creo que estaremos bien —respondió Syl—. Pase lo que pase.

—Por si sirve de algo, nosotros no pusimos aquellas bombas —dijo.

—Lo sé. Y me alegro —dijo Syl.

Paul la cogió del brazo. Se inclinó hacia delante para decir algo, pero no pronunció palabra, y ya se había marchado antes de que Syl se diera cuenta de que la había besado.

El recinto del castillo reverberaba con el sonido de las sirenas. Reinaba la confusión, tal como Meia había pretendido. Atropelladamente, los ilyrios intentaban aclarar no sólo qué estaba pasando, sino quién era el responsable que debía hacerse cargo de la situación. Mientras tanto, todas las fuerzas de los guardias de los diplomáticos y la Securitat del castillo, alertadas por Vena, se habían lanzado a la busca de los presos, pero se veían obstaculizados por quienes intentaban encontrar el fuego. Meia, que se había deshecho de la capa, se movía entre la confusión con las ideas muy claras, y se cuidaba de no atraer sobre sí más atención de la necesaria. No se hacía ilusiones sobre cuánto tiempo les regalaría su pequeño incendio a los que participaban en la fuga. Tenía que asegurarse de que los varones humanos habían salido indemnes del castillo, y de que Syl y Ani estaban a salvo en sus habitaciones, antes de que Vena y sus secuaces controlaran la situación.

Con todo, no podía reprimir una leve sonrisa. Acababa de realizar un acto de traición, y hasta ese momento todo iba bastante bien.

Syl y Ani no sonreían. Estaban a punto de perder los nervios por culpa de una cremallera atascada.

Los uniformes que Meia les había preparado eran de tallas más grandes que las suyas, pero no había importado porque, debajo de ellos, las dos jóvenes ilyrias llevaban la ropa de diario. El plan consistía en arrojar los uniformes al otro lado de los muros del castillo, donde el hombre encargado de llevar a los chicos a un lugar seguro se ocuparía de quemarlos, destruyendo todas las trazas de ADN que pudieran servir para identificar a los cómplices de la huida. Por desgracia, el fondo de armario que tenía Meia de uniformes de la Securitat estaba en buena medida limitado a los que hubiera podido quitarles a los muertos o adquirir de otro modo. Y si bien el uniforme de Ani se había abierto fácilmente, la cremallera del de Syl se enganchó en la ropa que llevaba puesta debajo, y ahora los chicos y el otro humano ya se habían marchado y sólo se habían llevado el traje de Ani y las botas.

—Has reventado la cremallera —dijo Ani rechinando los dientes por el esfuerzo de intentar bajarla—. Estás demasiado gorda para este traje.

—¡No es verdad, no estoy gorda! —replicó Syl tirando del cierre.

Y, tal vez a causa del miedo, Ani empezó a reírse tontamente y no podía parar.

—No puedo abrirla —dijo—, lo digo en serio.

—Pues tienes que poder. Si me encuentran vestida así, lo descubrirán todo.

Una sombra se proyectó sobre ellas y la hoja de un cuchillo brilló en la oscuridad.

—Os oía desde la otra punta del patio —les reprendió Meia—. Vais a atraer la atención del Cuerpo Diplomático entero.

—No podemos abrir la cremallera —dijo Ani.

El cuchillo de Meia resolvió el problema desgarrando el tejido desde la nuca de Syl hasta la base de la columna. Syl se quitó el resto del atuendo, sacó las dos zapatillas dobladas que llevaba en los bolsillos de los pantalones y se las calzó. Ahora, como Ani, parecía que estaba alterada a causa de las sirenas y que ambas habían salido a toda prisa de sus habitaciones para investigar. El problema era que sus aposentos estaban en el otro extremo del castillo.

Meia disparó a los restos del uniforme tres veces, y formó a patadas una pila de ropa que las llamas consumieron. Luego se escupió en los dedos y limpió las manchas de sangre más visibles de la cara de Ani, que hizo una mueca.

—Puaj —dijo Ani.

—No me hace más gracia que a ti —replicó Meia—. Ahora, agachad las cabezas y acompañadme. Si nos para alguien, no digáis nada, hablaré yo.

Al final, las pararon sólo una vez. Unos agentes de un pelotón de la Securitat, angustiados por eludir el disparo de un arma de pulso en la cabeza, buscaban a los humanos desaparecidos e interrogaban a todos con quienes se cruzaban. No había forma de esquivarlos, así que Meia hizo justo lo contrario: fue directamente hacia ellos antes de que la abordaran.

—Vosotros cuatro —ordenó—. Acompañadme.

—¿Qué? —dijo el jefe, que lucía cuatro centelleantes galones dorados de teniente en el cuello y se notaba que no estaba acostumbrado a que le diera órdenes nadie con menos de cinco galones, y menos aún una fémina con ninguna insignia visible.

—Éstas son las hijas del gobernador y el general Danis —dijo Meia—. Las estoy conduciendo a un lugar seguro, la St. Margaret's Chapel, y necesito escolta.

—Estamos persiguiendo a dos presos fugados —dijo el teniente—. No tenemos tiempo para eso.

Meia le habló en voz baja y despacio, como le habría hablado a un niño pequeño.

—Hay dos humanos sueltos en el castillo —dijo—. Si le ocurre algo a la hija del gobernador, los responsables ocuparán el lugar de los humanos en el patíbulo por la mañana. ¿Me he expresado con claridad?

El teniente tragó saliva sin querer, como si ya sintiera el nudo corredizo atenazándole el cuello. Hizo un gesto a dos de sus hombres.

—Acompañad a la hija del gobernador y su grupo hasta la capilla —ordenó.

Meia asintió secamente.

—Gracias, teniente. Me aseguraré de que el gobernador sea informado de la ayuda que nos ha ofrecido.

Los dos securitats se quedaron con ellas hasta que llegaron a la puerta de la capilla, donde Meia les dijo que podían volver a sus obligaciones. Cuando se marcharon, condujo a Syl y a Ani a la nave de la iglesia y, con su ayuda, levantó una lápida del suelo y quedó al descubierto un trecho de escaleras que se perdían en la oscuridad.

—Bajad —dijo.

Syl descendió la primera, seguida de Ani. Meia bajó la última y, a continuación, volvió a colocar desde abajo la piedra en su sitio. Durante unos segundos la oscuridad fue total, hasta que Meia sacó una linterna y la enfocó hacia un túnel tan bajo que tuvieron que inclinarse casi por completo para avanzar con las espaldas a punto de rozar el techo y los cuellos tensos. Les pareció que tardaban una eternidad en recorrerlo, y Meia les iba indicando desde atrás que giraran a izquierda o derecha cuando era necesario, hasta que llegaron a otro tramo de escaleras. Apenas había espacio y Meia tuvo que pegarse a Syl y a Ani para pasar a su lado y subir por delante de ellas. Se llevó un dedo a los labios y las tres escucharon atentamente por si oían cualquier ruido arriba, pero no oyeron nada. Al final, Meia siguió adelante, empujó una puerta y les llegó una luz tenue. La espía desapareció un instante, y luego su voz les dijo a Syl y a Ani que todo estaba en orden.

Se encontraron dentro del armario de Meia, y se abrieron paso entre su ropa hasta la habitación. Syl y Ani se derrumbaron sobre el suelo. Sus caras, sus manos y su ropa estaban sucias. Tenían cortes y arañazos en los nudillos, y Syl descubrió un tajo en la cabeza de cuando había calculado mal la altura del techo del túnel, pero estaban a salvo.

—No lo hagamos más —dijo Syl.

—Estoy de acuerdo.

En la cama de Meia había dos pijamas, uno para cada una. Meia, como siempre, lo había planeado de antemano. Syl y Ani se lavaron y se cambiaron una detrás de la otra en el lavabo.

—Lo que habéis hecho —declaró Meia cuando volvieron a parecer respetables— ha sido muy pero que muy impresionante. Chapucero y ruidoso, sí, pero, pese a todo, impresionante.

—Gracias —dijo Ani—. Porque es un elogio, ¿no?

—¿Cuántos túneles y rutas de fuga tienes exactamente? —preguntó Syl.

—¿Exactamente?

—Sí.

—No es asunto tuyo.

—Oh, vale.

Meia se ablandó y transigió.

—Algunos ya estaban contruidos —dijo—. La mayoría se abrieron poco después de que tu padre decidiera que el castillo fuera su base de operaciones. Me nombró responsable de sus sistemas de seguridad. Añadí algunas vías de escape más por mi

cuenta.

—No descubrirán lo que hemos hecho, ¿verdad? —quiso saber Ani.

—Deshabilité los sistemas de grabación en las criptas. No hay nada que pueda probar vuestra presencia ahí. En cuanto a los guardias, fue Vena la que ordenó el traslado de los presos, por más que eso sorprenda a la propia Vena. Bien, ahora os voy a llevar de vuelta a vuestras habitaciones. Por supuesto, no podéis contarle nada de esto a nadie. Si os preguntan, fui a buscaros cuando sonaron las alarmas, os llevé a la capilla hasta que me pareció que todo era seguro. ¿Vale?

Syl y Ani asintieron.

—Lo habéis hecho bien —las felicitó Meia—. Esta noche no sólo habéis evitado dos muertes. Habéis salvado muchas vidas. Acordaos de mis palabras en los próximos días.

Y se acordarían, las dos, incluso cuando tuvieron que correr para salvar sus propias vidas.

Paul no tenía claro dónde estaban.

En cuanto se alejaron del castillo, Steven y él se encontraron de paquete en la parte de atrás de una furgoneta conducida por Trask. Los asientos delanteros estaban separados del resto del vehículo por una lámina de metal que habían soldado a los costados, y había dos hombres enmascarados esperándoles para ayudarles a subir, aunque «ayudar» probablemente no fuera la palabra más precisa para describir lo que hicieron, dado que los chicos fueron metidos a rastras hasta el fondo, les ordenaron mantener las bocas cerradas y les pusieron unos ásperos sacos en las cabezas para que no vieran. Paul no conocía a los dos hombres, pero sabía lo que eran: matones, insensibles e inflexibles. La presencia de ese par en la furgoneta le daba cierta idea de lo que les esperaba.

Mientras avanzaban, Paul intentó calcular la distancia que llevaban recorrida y adivinar la ruta que debían de haber tomado, pero enseguida desistió. Sabía que Trask volvería sobre sus pasos, que haría paradas y giros innecesarios, sólo para confundir a sus pasajeros y, por añadidura, a cualquiera que pretendiera seguirlos. Sin embargo, no se quedó en la zona de calles durante mucho tiempo. Aunque ya no estaba en vigor ningún toque de queda y había bastante tráfico, la fuga de los presos habría obligado a los ilyrios a cerrar calles y a registrar vehículos. Se había colocado un sistema de bolardos retráctiles en todas las vías importantes de Edimburgo, capaz de cerrar las rutas más importantes de entrada y salida del centro. La prioridad de Trask sería ir más allá de ese perímetro y dirigirse a un piso franco. Luego otro se desharía de la furgoneta a unos kilómetros de allí, seguramente metiéndola en la parte de atrás de un camión u ocultándola en un contenedor, sólo por si los ilyrios la habían identificado con una cámara de seguridad y habían dado la alerta. Había pocas cámaras fuera del centro de la ciudad y de las calles principales —y las que los ilyrios instalaban eran destrozadas sistemáticamente—, pero podría haber drones o acechadores en el aire y ellos no lo sabrían hasta que los interceptaran o un misil les hiciera picadillo.

La furgoneta se detuvo. Pusieron en pie a Paul y a Steven y les hicieron bajar por unas escaleras. Se abrió una puerta y volvió a cerrarse tras ellos. Paul olió café y cigarrillos, y una conversación se interrumpió de repente. Lo sentaron en una silla y le quitaron el saco de la cabeza. Estaba en un sótano casi vacío. Tenía una mesa maltrecha delante de él y dos sillas más allá. Steven había desaparecido. Lo



interrogarían por separado. Era la práctica habitual. Cosa que habría hecho el propio Paul si se hubiera encontrado ante dos miembros de la Resistencia que podrían haber revelado secretos a los ilyrios.

Trask cogió una silla y uno de los dos hombres enmascarados de la furgoneta alcanzó la otra. El segundo enmascarado entró con una bandeja con tres tazas de café y un paquete de Jaffa Cakes, las galletas de naranja y chocolate, y luego se fue.

—Sírrete —dijo Trask.

Paul se sirvió. Tenía hambre y el café olía estupendamente, aunque fuera un instantáneo barato y de mal sabor. Pero cuando intentó levantar la taza, la mano le tembló y el café se derramó por los lados. Se sentía mal y creyó que iba a desmayarse.

—No pasa nada, hijo —dijo Trask—. Es natural después de lo que has pasado. Respira hondo un par de veces, te encontrarás mejor.

A su lado, el hombre enmascarado tomó una galleta y la mojó en el café. Trask lo miró de una forma peculiar.

—¿Mojas las Jaffa Cakes? —preguntó.

—Mojo todo.

—Pues no saben bien cuando las empapas. Es por el bizcocho de la base.

El enmascarado mordisqueó la galleta empapada.

—Pues a mí me gusta.

—A ti te pasa algo raro.

—¿Quieres dejarlo de una vez? —dijo el enmascarado—. Me estás fastidiando el café.

Trask negó con la cabeza hacia Paul como si dijera: «¿Ves lo que tengo que aguantar?».

—Es difícil encontrar personal últimamente —comentó Paul, que se iba recuperando con la ayuda de unos sorbos de café y unos bocados de galleta.

—Cállate o te haré callar yo —ordenó el enmascarado, y la amenaza sonó un poco menos intimidatoria porque la hizo agitando media galleta en la mano—. Tendrás suerte si sales por tu propio pie de aquí sin ningún hueso roto.

Paul asintió. Era el juego del poli bueno y el poli malo. En la otra habitación, sin duda, Steven estaría soportando algo parecido.

—Nuestra madre —quiso saber—, ¿todavía está en la ciudad?

Era consciente de que los de la Securitat irían a buscarla en cuanto se enteraran de la fuga de sus hijos. No quería que sufriera más por lo que habían hecho Steven y él.

—La hemos trasladado a Aberdeen a primera hora, cuando supimos que había una oportunidad de sacarnos —dijo Trask—. No nos gustaría que los ilyrios se desquitaran con ella, ¿verdad?

Paul cerró los ojos aliviado.

Trask dio un largo trago de café.

—Muy bien —dijo—, más vale que empecemos.

El interrogatorio se alargó durante la mayor parte de la noche. Empezó con suavidad, pero, a medida que avanzaba, se fue endureciendo. En dos ocasiones, el enmascarado golpeó con fuerza a Paul en la nuca, a lo que Trask reaccionó chasqueando la lengua con desaprobación y diciéndole que se lo tomara con calma, aunque su mirada siguió igual de fría. Al final, todo se reducía a una pregunta: *¿Qué les contaste?*

Porque todo el mundo, al final, se venía abajo. Habían visto los dedos de Steven. No era más que un niño y les habría contado lo que fuera para poner fin al dolor. Mierda, un adulto habría confesado para dejar de sufrir. Era comprensible. No pasaba nada. Sólo querían saber qué habían contado.

Pero Paul era bueno —mejor todavía de lo que Trask había imaginado— y había instruido bien a su hermano. Les habían dado a los ilyrios fragmentos de información, pero toda inútil: las localizaciones de pisos francos abandonados hacía mucho o quemados; los nombres de miembros que habían muerto o nunca habían existido; códigos olvidados hacía años. El tipo de información que podrían haber oído un par de chicos sin ningún rango de la Resistencia. Paul se lo había enseñado a su hermano, repasándolo machaconamente una y otra vez mientras dormían en las camas contiguas de su casa, una noche tras otra.

*Si nos detienen, esto es lo que diremos, y nunca, jamás, nos apartaremos ni una coma, ¿entendido?*

*Sí, Paul. Entendido.*

Y era verdad. Gritaba de dolor y su hermano mayor nada podía hacer para evitárselo, pero aun así sólo les contó lo que Paul le había dicho que contara. Éste es el piso franco. Éste es el hombre que nos dijo adónde teníamos que ir. Éste es el código.

Inservible: todo era información inútil.

De vez en cuando, Trask o el otro hombre salían de la habitación, y Paul sabía que cotejaban lo que él les había contado con lo que contaba su hermano. Cuando Trask dijo por fin «Es suficiente», a Paul le dolía la cabeza, le urgía desesperadamente ir al lavabo y quería ducharse porque hasta se olía a sí mismo. Lo dejaron a solas mientras Trask y el otro salían a deliberar. Cuando volvieron al cabo de unos veinte minutos, el segundo ya no iba enmascarado. Llevaba la cabeza afeitada y una camiseta blanca que dejaba al descubierto los brazos, cubiertos de tatuajes. En el antebrazo de la derecha se veía un cardo de cuyas hojas goteaba sangre, el símbolo de la Resistencia Highlander.

—Lo hicisteis bien, chaval —dijo Trask—. Tú y tu hermano.

—Siento los golpes —se disculpó el hombre tatuado—. Ya sabes cómo va esto.

Paul lo sabía. No tenía por qué gustarle, pero lo sabía.

—Éste es Joe, sólo Joe —dijo Trask—. Just Joe.

Paul había oído antes el nombre. Just Joe era el lugarteniente de un tal «hombre

verde», Green Man, cosa que le convertía en el segundo de la Resistencia Highlander. Se trataba de un grupo disperso pero disciplinado; si alguien podía considerarse su líder, ése era Green Man, y Just Joe era su mano derecha, la cara visible de la Resistencia Highlander. La identidad de Green Man se guardaba en secreto y había quienes sostenían que simplemente no existía.

Los highlanders no utilizaban apellidos porque nadie quería que intimidaran a su familia o que torturaran a sus amigos para sonsacarles información si se descubrían sus verdaderas identidades. Todo lo que se sabía de Just Joe es que tenía experiencia en el ejército, que era temerario y leal, y completamente despiadado: hacía lo que había que hacer sin amedrentarse ni dejarse llevar por ningún sentimentalismo. Se le respetaba, sí. ¿Se le temía?, sin duda.

¿Se le quería?

A nadie se le había pasado por la cabeza ni planteárselo.

Corrían historias sobre Joe, claro. Corrían historias sobre todos los de la Resistencia. La de Joe, se contaba en voz baja, era que había tenido esposa e hijo, con quienes vivía cerca de Aviemore. Como era militar, Joe había sido uno de los primeros prisioneros que hicieron las fuerzas invasoras, y la historia relataba que su esposa había recibido una visita de un oficial del espionaje ilyrio mientras Joe estaba encerrado. El oficial le dijo que Joe había muerto en prisión y que ella y su hijo iban a ser desahuciados de su casa porque había pruebas de que su marido había conspirado contra los ilyrios, y las propiedades de los conspiradores eran automáticamente incautadas. Fue un acto de crueldad innecesaria, cometido porque, se decía, ese oficial de espionaje en concreto había desarrollado un precoz gusto por las mujeres humanas y la esposa de Joe era de una belleza excepcional. También era muy delicada, física, emocional y psicológicamente. El oficial de espionaje le contó que podría encontrar el modo de cuidar de ella y de su hijo, a cambio de ciertos favores. Le dio hasta la mañana siguiente para pensárselo. Ella no necesitó tanto tiempo. Se mató antes de medianoche. A Joe le enseñaron fotografías de los cuerpos de su mujer y de su hijo, uno al lado del otro, en la cama, con las caras deformadas por la inhalación de gas. Sólo más tarde se enteró de por qué lo había hecho.

El oficial de inteligencia desapareció de Fort William al año siguiente, una noche clara y fría de marzo, no mucho después de que Just Joe fuera liberado de su encierro. Se encontró su cabeza empalada en el poste de una valla una semana después. Nunca se dio con el resto de su cadáver, aunque cuenta la historia que sirvió de alimento a unos cerdos. Su cabeza todavía estaba enganchada al cuerpo cuando eso sucedió.

Si no, no habría gritado.

Pero sólo era una historia, aunque tal vez explicara por qué el pequeño feudo guerrillero de Joe en las Highlands se llamaba Campo Glynis, el nombre de su esposa galesa, según se murmuraba, o tal vez se debía a que Glynis significaba «valle angosto» en la lengua de la mujer. En cualquier caso, ya no importaba. Campo Glynis, como la propia Glynis, ya no era más que un recuerdo. El grupo de Joe se

había aliado a las fuerzas de Green Man hacía muchos años. Green Man le había prometido a Joe que correría más sangre ilyria si luchaban juntos que si lo hacía cada uno por su cuenta, y había cumplido su promesa.

—Iréis a las Highlands —le dijo Trask a Paul—, Steven y tú. En la ciudad no estaríais seguros. Los ilyrios la destrozarán buscándote.

Paul asintió. Era lo que había supuesto.

—Green Man también ha pensado que no le vendría mal colaborar un poco más con nosotros, los urbanitas —prosiguió Trask.

Y entonces Paul entendió: de algún modo esto tenía que ver con el ataque a Birdoswald, que debía de haber sido obra de los highlanders. Éstos nunca habían atacado tan al sur antes, pero eran los únicos fuera de Edimburgo pertrechados para realizar un asalto de ese tipo. A todas luces, alguien de la Resistencia de Edimburgo había informado a los highlanders de que simplemente no podían ir por ahí volando bases ilyrias fuera de su territorio sin pedir permiso antes. No era cortés.

—Serás nuestro embajador ante los highlanders. Estoy convencido de que te complacerá tanto como a ellos. Ahora ya puedes levantarte de esa silla. Te espera una ducha caliente, ropa limpia y una comida como es debido antes de partir.

Pero Paul no se movió. Quería. Lo deseaba desesperadamente: la ducha, la ropa, todo, pero no era el momento, todavía no.

—Tengo algo más que decir —anunció.

Trask pareció desconcertado y Just Joe hizo una mueca que indicaba que podía estar a punto de soltar unos mamporros más.

—No me habéis preguntado qué encontramos bajo la tienda de Knutter —dijo Paul—. Tengo que hablaros de los cuerpos.

Esa noche, Syl durmió como un lirón. Se habría reído incrédula si alguien le hubiera dicho de antemano que, tras el exitoso rescate de los dos presos humanos de las criptas —un acto de traición que podría ser castigado con la muerte—, podría descansar con tanta placidez, pero así fue. Se acostó agotada y extrañamente excitada, con el recuerdo del beso que le había acariciado con suavidad los labios.

La habían besado antes. El verano anterior había mantenido un breve romance de descubrimiento con Harnur, uno de sus compañeros de clase, antes de que trasladaran a su padre a Bolivia, un traslado que puede que tuviera algo que ver con la sospecha del gobernador Andrus de que Harnur sentía algo por su amada hija. En realidad, a Syl la movía más la curiosidad por la noción de estar enamorada, y los altibajos emocionales que parecía conllevar, que ningún sentimiento especial hacia el propio Harnur, que había sido torpe, egoísta y puede que demasiado atrevido con las manos para el gusto de Syl. Si su padre hubiera descubierto hasta qué punto había llegado su atrevimiento, el padre de Harnur se habría encontrado destinado a algún lugar todavía peor que Bolivia: Kabul, por ejemplo, o Lagos.

Syl dormía tan profundamente que, al principio, los golpes en su puerta se incorporaron de forma natural a su sueño, un sueño de sangre y agua, y los ruidos se convirtieron en las pulsaciones de un gran corazón oculto bajo la tierra, un corazón que latía al ritmo del suyo. Sólo cuando la puerta se abrió de golpe y las luces le dieron directamente en la cara se despertó. Vena avanzó hacia ella y Syl supo que estaba perdida.

Un pelotón de securitats se encontraba delante de la puerta de Ani. El sargento pasó su llave maestra por la cerradura electrónica, pero no ocurrió nada, así que se vio obligado a recurrir a métodos más anticuados. Necesitó tres patadas para echar abajo la puerta. Cuando por fin lo consiguió, la ventana estaba abierta y Ani hacía mucho que se había ido.

Alertado por el ruido, Lord Andrus ya había salido al pasillo cuando sacaban a Syl de su habitación, con las manos esposadas a la espalda, los pies descalzos rozando la piedra fría. El gobernador llevaba puesta una bata roja y tenía el pelo

revuelto. Le acompañaban dos de los guardias del castillo, que siempre estaban apostados delante de su puerta, y a sus espaldas, Syl vio a Althea y a Meia. Inmediatamente apartó la mirada de la jefa de espías de su padre, temerosa de que una simple mirada que se demorase un poco más de lo normal delataría la implicación de Meia en lo que le había sucedido a Vena. Todo se debía a la fuga de los presos. Tenía que ser eso, aunque Vena había permanecido en silencio durante la detención de Syl. Si Meia seguía libre, era porque la Securitat todavía no sabía qué papel había desempeñado.

—¡Padre! —gritó Syl.

—¿Qué significa todo esto? —exclamó Lord Andrus—. ¡Soltad a mi hija!

Pero en ese momento llegaron más securitats fuertemente armados, y entre ellos estaba el gran cónsul Gradus. Syl reparó en que iba vestido, aunque el reloj de su habitación marcaba las 4.15 de la madrugada cuando la habían sacado de la cama. Debía de estar enterado de antemano de su detención; ni siquiera Vena se habría atrevido a arrestar a la hija del gobernador sin el consentimiento del gran cónsul. Meia llevaba una pistola de munición explosiva en la mano, y los guardias de Andrus tenían rifles, pero eran menos que los agentes de la Securitat y la posibilidad de alcanzar a Syl si disparaban era demasiado alta para enzarzarse en un tiroteo.

—Me temo que no será posible liberarla en este momento —anunció Gradus. Las manos le quedaban ocultas entre los pliegues de las mangas de su túnica blanca. Sólo se le veía la cabeza. Era como si una gran babosa blanca se lo estuviera tragando, consumiéndole desde las piernas.

—Gradus, ha traspasado los límites de su autoridad —le advirtió Andrus.

—Creo que no —dijo Gradus—. Yo soy la autoridad aquí, y su hija es una traidora.

Lord Andrus miró a Syl con incredulidad.

—¿De qué va todo esto, Syl?, ¿de qué están hablando?

Vena se adelantó. Sostenía un milpiés cromado en la palma de la mano derecha. La diminuta cámara colocada en su cabeza parecía una gota de rocío. Con un gesto hizo que apareciera una pantalla, y Syl vio versiones a tamaño natural de sí misma y de Ani, vestidas con uniformes de la Securitat, delante de la puerta de una celda y luego apartándose para dejar que Paul y Steven Kerr salieran. La película duraba sólo unos segundos, pero eran más que suficientes para condenarlas.

Cuando las imágenes se desvanecieron, Vena sonrió a Meia.

—Los espías no son los únicos que le encuentran una utilidad a los acechadores —dijo. Enseñó el pequeño artrópodo durante unos segundos más y luego lo aplastó en su puño.

Meia no respondió, pero la expresión de su cara no dejaba la menor duda de que, como el desafortunado milpiés, Vena no sobreviviría largo tiempo en manos de Meia en cuanto se presentara la oportunidad.

—Su hija y su amiga participaron en la fuga de los terroristas —dijo Gradus—.

Todavía no estamos seguros de cómo engañaron a los guardias, pero no le quepa duda de que lo averiguaremos.

Andrus no le escuchaba. Sólo tenía ojos para su hija.

—Syl, ¿es verdad?

Syl intentó responder, pero no fue capaz. En lugar de eso, para su vergüenza, se echó a llorar y no pudo impedir que le saltaran las lágrimas mientras se la llevaban.

Ani se movía deprisa por el patio, saltando de sombra en sombra. Había sentido que los securitats se acercaban. Había soñado con ellos, y entonces el sueño se había hecho realidad, pero tenía mucha práctica en salir de su habitación sin que la vieran, y era una experta en utilizar una cuerda anudada para descender desde la ventana de la primera planta hasta el suelo. Cuando oyó que la puerta se abría de golpe, ya estaba a medio camino de la St. Margaret Chapel, y cuando sonó la alarma, la pilló levantando la losa que había detrás del altar e introduciéndose en el túnel. No tuvo tiempo de buscar una linterna, así que estaba totalmente a oscuras cuando emprendió el camino, guiándose de memoria y a tientas, hacia el único ilyrio que podría ayudarla: Meia. Sabía que ya era demasiado tarde para avisar a Syl. A Ani le daba la impresión de que al haber revelado la verdadera amplitud de sus dones a Meia había incrementado de alguna forma su poder, porque había estado reprimiéndose para mantenerlo en secreto ante los demás. Ahora percibía la angustia de Syl, pero nada podía hacer por ella, no por el momento. Más adelante, quizá, pero su prioridad ahora era permanecer fuera del alcance de las garras de los securitats y encontrar a la espía.

A medida que la oscuridad la envolvía, Ani pensó que nunca le había caído bien Meia, que nunca se había fiado de ella porque no había sido capaz de percibir los pensamientos de la espía. Meia siempre desprendía un aura de problemas y falsedad.

Y, bien pensado, concluyó Ani, seguramente estaba en lo cierto.

A Syl no la llevaron a las criptas, ni a las salas de interrogatorio de la Securitat ni a ninguno de los lugares que habitualmente se reservaban para los presos. Se encontró de nuevo en los aposentos de Syrene, esta vez a solas. La luz era tenue, y el aire estaba saturado de una extraña fragancia, un aroma a la vez familiar pero del todo extraño, un recuerdo heredado que había cobrado forma. Un enorme jarrón de flores, de una variedad que nunca había visto, reposaba sobre una mesa de roble bruñida, sus cabezas dobladas y enmarañadas resplandecían con suavidad a la luz de la luna, sus estambres, desproporcionadamente grandes, desprendían un polen denso, húmedo y embriagador.

—¿Verdad que son hermosas? —dijo una voz aterciopelada, y se produjo un movimiento entre las sombras al fondo de la habitación. Syl no había oído entrar a Syrene. La puerta había estado cerrada todo el tiempo. Tal vez Meia no era la única

que conocía los pasajes secretos del castillo, pero Syl sospechaba que Syrene no necesitaba túneles para moverse sin que la vieran. Recordó la imagen del fantasma de la Bruja Roja cerniéndose sobre ella y el simple recuerdo le produjo un desagradable hormigueo en las sienes.

—No —dijo—. No me parecen nada hermosas.

—Se llaman flores de avatis —dijo Syrene—. Las cultivé durante el viaje a la Tierra. Son de Ilyr, como tú. Sentí que necesitaba algún recuerdo de mi hogar en este mundo alienígena. Tal vez, si hubieras crecido rodeada de cosas así no te habrías encontrado en esta desdichada situación. Me da la impresión de que tu padre se ha encariñado demasiado con este planeta. Es él quien ha hecho de ti una traidora. Plantó la semilla en tu corazón, y de ahí nació la traición.

—No —replicó Syl—. Eso no es verdad.

Syrene se adelantó. Alzó una mano como si fuera a acariciar la avatis. Al instante, las cabezas de las flores se cerraron, y una vaharada de gas maloliente surgió de sus hojas.

—Es un mecanismo de defensa —explicó Syrene—. Todas las especies tienen uno. La avatis intenta protegerse, aunque ya esté marchitándose. Empezó a morir desde el momento en que fue cortada y colocada en este jarrón.

Se dio la vuelta para encarar a Syl.

—Tu padre también está marchitándose. Empezó a morir desde el momento en que se encariñó con este planeta. Lejos de la tierra de Ilyr, su influencia y su poder han ido menguando, aunque no se dé cuenta. Ahora su propia hija le ha asestado el golpe fatal.

A Syl le ardían las mejillas. Bajó la mirada. Lo que decía Syrene era verdad, una verdad triste y humillante. Syl había socavado letalmente el poder de su padre al cometer un acto de traición, aunque hubiera creído que era lo que tenía que hacer.

—Mi marido cree que tu padre planeó la fuga de los humanos y que de algún modo se las ingenió para que tú le hicieras el trabajo sucio —dijo Syrene—, ¿es así?

—No —dijo Syl. Respiró hondo. No volvería a llorar. Por esa noche ya había llorado más que suficiente.

—¡Pero si sólo eres una niña! No podrías haber planeado una empresa así tu sola.

—Lo hice.

—Ayudada por tu amiga Ani.

—Fue idea mía. Yo la obligué a hacerlo.

—¿De verdad? Por lo que sé de tu amiga, dudo que pueda forzársela a hacer nada que no quiera. Pero el caso es que alguien te ayudó. ¿Quién gaseó a los guardias?

—Nosotras.

—Vamos, vamos. ¿Y también deshabilitasteis el sistema de vigilancia principal?

—Sí.

—Me gustaría saber cómo lo hicisteis. Si te llevamos a la sala de control, quizá puedas explicárnoslo.



—No —dijo Syl—. No lo haré. Es un secreto.

—¡Oh! ¿Un secreto? Ya, claro.

Syrene se acercó al mueble bar que había junto a la ventana. Entre las botellas de whisky y vino había ahora varias jarras de líquidos de diversos matices ambarinos que parecían iluminados por dentro. Syl había visto antes recipientes como aquéllos. Contenían cremos ilyrio, una bebida confeccionada con bayas en Taleth, una remota luna del sistema de Ilyr. Se oscurecía a medida que envejecía, y algunas de esas botellas contenían cremos muy oscuro, lo que quería decir que era muy añejo y, por tanto, muy valioso. Incluso el padre de Syl —un ilyrio tan enamorado de la Tierra y sus tesoros que poseía viñedos propios en Francia y España— apreciaba el cremos.

Syrene sirvió dos copas de la botella más oscura y le dio una a Syl.

—No, gracias.

—Bébetelo —dijo Syrene—. No te comportes como una ignorante, niña. Podrías llenar esta copa con diamantes de la Tierra y no valdrían tanto como el líquido que ahora contiene.

Syl tomó la copa. Al llevársela a los labios olió clavo y canela, y trazas de ciruela y cereza, pero no se lo dijo a Syrene. No creía que a la Bruja Roja le hiciera mucha gracia que los únicos referentes que encontraba para el delicado aroma del exquisito cremos fueran de origen exclusivamente terrestre. Dio un sorbo a la bebida. Sabía como imaginaba que sabría un atardecer: el sabor de una hermosa puesta de sol estival, rojiza y profunda.

—Siéntate —le indicó Syrene.

Syl obedeció. Una vez más se encontraba ante la mesa frente a la Bruja Roja.

—Vena quiere que te ponga en sus manos para interrogarte —dijo Syrene—. El jefe Sedulus también. No creo que disfrutaras mucho de su compañía.

—No —reconoció Syl.

—A mí tampoco me gustaría —dijo Syrene—. ¿Sabías que Vena fue rechazada por la Hermandad? Durante su periodo como novicia descubrimos una propensión a la crueldad que no nos gustó. La crueldad es siempre un signo de debilidad, y la Hermandad no tiene tiempo para flaquezas. Tú, por tu parte, no eres cruel, ni débil. Dímelo sinceramente: ¿por qué liberaste a esos chicos?

—Porque no quería que muriesen —dijo Syl.

—¿Aunque hubieran cometido una atrocidad?

—Ellos no lo hicieron.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijeron ellos.

—¿Antes o después de rescatarlos?

—Después.

—¿Y los creíste?, ¿por qué?

—Porque no tenían motivos para mentir, al menos no entonces.

Syrene asintió.

—Chica lista, y compasiva. Pero, inocentes o culpables, tanto daba, Sedulus y Vena los querían muertos. Sedulus desea que le den carta blanca para actuar contra la humanidad. Cree que asesinando y torturando doblegará a los humanos a su voluntad. Vena es su títere y baila al son que le marca. Son ridículamente parecidos. En los planes para el ahorcamiento, a Vena tuvo que explicársele por qué era importante saber la altura y el peso de la persona que iba a ser ejecutada para calcular la longitud de la soga requerida para romperle el cuello. No entendía por qué no se podía dejar que los chicos se asfixiaran poco a poco.

—Pero usted también quería que murieran —repuso Syl—. Usted y su marido.

—Porque convenía a nuestros fines.

—¿Que son...?

—Que no son asunto tuyo, pero hay una diferencia entre matar a alguien y hacerle sufrir. La muerte puede ser dolorosa o relativamente indolora. Yo prefiero la opción indolora. No soy cruel.

Una idea cruzó la mente de Syl antes de que pudiera evitarlo —*Oh, no es verdad, sí eres cruel, más cruel aún de lo que una bestia brutal como Vena podría serlo, porque eres inteligente, y calculadora. Vena es cruel porque tiene taras en su interior, pero tú eres cruel porque quieres serlo*—, y al momento vio que Syrene la captaba y se reflejaba en su rostro..., y la Bruja Roja sonrió porque era verdad.

—Explícame —dijo Syrene—, ¿cómo conseguiste embaucar a los guardias para que dejaran a los chicos a vuestro cuidado?

—Les engañamos.

Syrene agitó una mano en gesto de desprecio, como si la mentira fuera poco más que un insecto al que aplastar.

—Ellos, los tres que quedaron con vida, claro, contaron que Vena en persona fue a llevarse a los chicos —dijo Syrene—. Os miraron, a ti y a tu amiga, y vieron a Vena y a una sargento. Eso no es engañar, sino algo mucho más profundo. Eso es un don, y tú no lo tienes porque ya he mirado en tu interior.

Le mentía, Syl estaba convencida. Syrene había intentado mirar en su interior, pero ella había podido impedirselo. Meia la había instruido bien. Ahora, mientras escuchaba a Syrene, empezó a alzar el muro de nuevo, ocultando sus secretos a la mirada entrometida de la Bruja Roja.

—Oh, tienes talento, y eres más fuerte de lo que sospechan los demás, pero enmascararte de ese modo escapa a tus capacidades —dijo Syrene—. Cosa que deja a tu amiga Ani el trabajo duro. A ella o a algún otro a quien todavía no conozco. Sospecho de Ani: después de todo, ya había huido cuando la Securitat fue a buscarla, y eso que se acercaron sigilosamente. Supo que iban a buscarla. Lo sintió.

—No sé de qué está hablando —dijo Syl.

Algo centelleó en los ojos de Syrene. La mano se le crispó alrededor de la copa, y el delicado cristal parecía a punto de estallar hecho añicos bajo la presión, pero la Bruja Roja, ya fuera por no desperdiciar el contenido o por su reticencia a hacer una

exhibición pública de ira, dejó de apretar.

—No me mientas —dijo con calma—. No me gusta.

*Espátula. Cemento. Ladrillo. Uno colocado. Espátula...*

—¡Dímelo!

*Cemento. Ladrillo. Dos colocados. Espátula. Cemento...*

—Oh, pequeña idiota —le increpó Syrene.

Se levantó. Como si hubiera recibido una orden silenciosa, la puerta de la cámara se abrió y Vena apareció en el resquicio, esperando.

—Es tu última noche en la Tierra —anunció Syrene—. No volverás a verla.

Syl se levantó de la silla. Incluyó lentamente la copa y el valioso cremos se derramó sobre la antigua alfombra de Syrene, dañándola irreparablemente.

—Me meteré en tu cabeza y descubriré qué ocultas —dijo Syrene—, aunque tenga que utilizar el escalpelo de un cirujano para lograrlo.

Le hizo una seña a Vena.

—Llévatela.

Llevaron a Syl a una de las celdas sin ventanas de las criptas que hacía poco habían dejado libres Paul y Steven. Le dieron un traje de una pieza y le quitaron el pijama. También le proporcionaron un colchón, una manta y una jarra de agua, y la dejaron a solas con sus pensamientos. Esta vez, Vena asumió en persona la tarea de vigilar a la presa, ayudada por una docena de sus subordinados más leales. A todas luces, la Securitat preveía una tentativa de liberar a Syl, porque iban armados tanto con pistolas de pulso como con rifles de munición explosiva de alta potencia, y habían cambiado los uniformes habituales por el blindado de combate. Vena la informó de que no se le permitían visitas, y nadie, aparte de la guardia de Vena, ni siquiera el gran cónsul, podía acercarse a la celda, bajo pena de muerte.

—¿Qué va a pasarme? —preguntó Syl.

—Mañana te llevarán fuera del planeta —respondió Vena—. A su debido tiempo, según las normas de la justicia ilyria, se te juzgará y, no me cabe la menor duda, se te condenará por traición.

Se detuvo en la puerta.

—Yo también tengo una pregunta para ti —dijo.

Syl esperó. Podía haberle dicho a Vena dónde meterse exactamente la pregunta, pero no lo hizo. Le asustaba la simple idea de que la puerta de la celda se cerrara. Mientras permaneciera abierta, había esperanzas: esperanzas de rescate, de que su padre viniera a liberarla, de que Meia organizara alguna fuga temeraria como había hecho con los humanos. Ellos no temían las armas de Vena. No dejarían que se llevaran a Syl por un agujero de gusano y se perdiera en la inmensidad del universo.

Pero su padre...

Su padre estaba avergonzado de ella. Lo había visto en sus ojos. Su propia hija era una traidora, y recaería sobre ella todo el peso de la ley. Él no podía justificar ni disculpar la traición, incluso de su propia sangre. Si hacía una excepción con ella, la ley carecería de sentido. Y si, o mejor dicho, *cuando* la declararan culpable, la carrera de su padre estaría acabada. Syl lo había destrozado con sus actos.

—Mi pregunta es ésta —dijo Vena—: lo tenías todo, pero lo tiraste por la borda, y por unos humanos, ¿por qué?

Syl la miró directamente a la cara.

—Para poder seguir mirándome al espejo —respondió— y saber que no soy como tú.

—Siempre te he odiado —dijo Vena.

—Lo sé —dijo Syl.

—Y tú a mí.

—No —dijo Syl con un tono casi hastiado—. Yo te he compadecido. Tú haces daño, torturas y asesinatos, pero lo haces para alimentar la rabia y el dolor que sientes por dentro; destruir las vidas de otros es más sencillo que enfrentarte al vacío de tu propia vida. Para mí no eres nadie.

Los ojos de Vena brillaron con un destello de maldad pura y vengativa.

—El gran cónsul quiere colgarte —dijo—, a ti, y también a tu amiga. Cree que será un castigo apropiado por privar al patíbulo de dos vidas. Y los deseos del gran cónsul siempre se cumplen, pero cuando te cuelguen será en la bodega de una nave espacial, lejos, muy lejos de aquí, y yo me ocuparé de la soga. La haré muy corta y bailarás para mí. Tú y Ani bailaréis oscilando en el aire hasta que las caras se os ennegrezcan y os revienten los pulmones. Te arrancaré la compasión que te quede. Te enseñaré lo poco que vale. Después, vuestros cadáveres serán incinerados y no quedará nada de vosotras que recuerde que hayáis existido. Borraré toda huella vuestra y veré como todos los que os quisieron alguna vez se marchitan y mueren. Eso es no ser nadie, Syl, eso es la nada. Ahora te daré un poco, para que la pruebes y veas si te gusta.

Vena cerró la puerta y segundos después se apagó la luz de la celda y dejó a Syl en completa oscuridad.

Danis retenía a Lord Andrus. Agradeció que el gobernador no fuera armado. De haber llevado un arma, Meia estaría muerta. Y no es que a Danis le hubiera molestado especialmente: su propia hija había desaparecido; y Meia era la culpable de todo.

—¿Que fue obra tuya? —gritó Andrus—, ¿que eres la responsable?

La rabia le asomaba a la cara, pero también había dolor y sufrimiento. Lord Andrus había sido traicionado dos veces ese día: primero por su hija y ahora por su oficial de espionaje.

Meia no mostraba el más mínimo temor.

—No podía dejarse morir a los dos humanos —fue lo único que dijo.

—¿Y por qué no?, ¿quién te crees que eres para decidir quién vive o muere en este mundo?

—¿Y quién es usted para decidirlo? —replicó Meia, y hasta Danis se quedó atónito ante tamaña insolencia—. ¿Quién es Gradus o Syrene para acabar con las vidas de niños?, ¿acaso nos hemos convertido en eso: asesinos de niños que sacrifican las vidas de los pequeños para realizar sus propios fines políticos?

—¿Así que actuaste a mis espaldas? ¿E implicaste a mi hija y a la de Danis en tu plan? ¡Has puesto sus vidas en peligro, Meia!

—Yo no las obligué a nada —dijo Meia—. Quisieron intervenir porque quienes deberían haberlo hecho se cruzaron de brazos. Cuando los adultos cuelgan a niños, a lo mejor hay que dejar que otros niños lo impidan. Syl y Ani estaban preparadas para hacer lo que sus padres no hacían.

—Se pasa de arrogante, Meia —dijo Danis—. Mi hija no es su juguete.

—No tiene ni idea de lo que es capaz de hacer su hija —dijo Meia—. Puede nublar las mentes. Tiene poderes psíquicos naturales.

—¿De qué está hablando? —preguntó Danis, pero no pudo sostener la mirada de Meia.

—Usted ya lo sabía.

—Yo no sabía nada.

—Seguro que al menos lo sospechaba, pero usted y su esposa prefirieron no verlo. Se ha apoltronado demasiado, Danis. Tiene miedo de mirar de cerca lo que no comprende.

En ese momento fue Lord Andrus el que tuvo que contener a Danis. A un observador externo le habría dado la impresión de que ambos estaban bailando un desmañado vals.

—Meia, has ido demasiado lejos —dijo Andrus—. Me has sido leal durante mucho tiempo, pero esto es inaceptable. Dime una razón para que no te entregue a Gradus a cambio de que sea indulgente con Syl y Ani.

—Porque sabe que él no tendrá piedad —dijo Meia—. Gradus pretende destruirle, y lo logrará si usted sigue comportándose como lo hace. El viejo presidente ha muerto, y el nuevo tiene a la Hermandad susurrándole órdenes al oído. Gobernador, su autoridad en este mundo ha sido puesta en cuestión, y la ejecución de esos chicos, con el estallido de violencia que habría provocado, la habría destruido por completo. No le quepa duda de que la Tierra se habría rebelado en una guerra abierta contra nosotros, y Gradus habría encontrado la forma de responsabilizarle a usted de las consecuencias de las acciones auspiciadas por él.

»Ahora Gradus tiene a su hija, y pretende llevársela fuera de este planeta. Si la sube a su nave, no volverá a verla. Su juicio se celebrará en secreto y usted se enterará de su destino por una carta firmada por la mano de Gradus. Los agujeros de gusano le han dado al Cuerpo Diplomático un universo entero en el que ocultar lo que no quiere que se encuentre. Tiene bases en mundos de los que ni siquiera conocemos el nombre. Si su hija no es ejecutada en secreto, pasará el resto de su vida en una celda de uno de esos mundos. Y tarde o temprano también encontrarán a la hija del general, que compartirá el mismo destino.

Andrus se derrumbó sobre Danis, y el viejo general tuvo que mantenerlo en pie. Los acontecimientos de los últimos días habían minado las fuerzas del gobernador y la idea de que le arrebataran a su hija para siempre le resultaba insoportable. Se dejó caer en una silla y se tapó los ojos con la mano derecha.

—De manera que perderé a mi hija —concluyó—, a no ser que esté dispuesto a ir

a la guerra contra Gradus y el Cuerpo.

—Todavía no la ha perdido —dijo Meia— y la guerra puede evitarse. Es esencial que Syl no abandone el planeta, pero está muy vigilada, y la Securitat disparará a cualquiera que se acerque a su celda. Tendremos una oportunidad de salvarla, pero es una acción peligrosa y podría ponerla en manos de quienes tienen tantas razones para odiarla como Gradus.

—¿Qué estás proponiendo? —preguntó Andrus.

—Si Syl va a ser transportada fuera del planeta en una lanzadera, es posible que yo pueda acceder a sus sistemas y controlarlos mientras la nave está en el aire, redirigiéndola a un lugar seguro —dijo Meia—. El peligro que se corre es obvio: los guardias de Syl pueden tener órdenes de ejecutarla si se emprende cualquier tentativa de rescate, y un intento de control externo les alertaría y les daría un margen de tiempo para matarla.

Ante la mención de que podrían matar a Syl, Andrus se encogió involuntariamente de angustia.

—La lanzadera está en el patio —prosiguió Meia—; es una nave de la Hermandad, y sus sistemas están protegidos, pero es improbable que la utilicen para llevar a Syl a la nave de Gradus. Syrene no permitirá que su nave personal, con todas sus comodidades y sus secretos, sea utilizada como transporte de presos, y mientras ella siga aquí, aquí seguirá también la lanzadera. Eso significa que utilizarán una de la flota de los diplomáticos o de la Securitat. Ya estoy monitorizando sus sistemas para averiguar cuál elegirán.

—Pero ¿qué opciones nos da? —dijo Danis—. Usted misma acaba de decir que matarán a Syl si intentamos hacernos con el control de los sistemas.

—Lo que propongo es que estrellemos la lanzadera —dijo Meia.

Se hizo un silencio incrédulo en la habitación, hasta que Andrus por fin recuperó el habla.

—¿Con Syl a bordo?

—Con Syl a bordo. Si podemos inutilizar el motor, los protocolos automáticos de seguridad de la lanzadera se activarán inmediatamente, y el sistema ayudará a los pilotos a realizar un aterrizaje de emergencia. Los peligros son obvios, pero las lanzaderas ya han tomado tierra sin problemas con muy poca potencia en el motor. Incluso un piloto sin mucha experiencia puede defenderse aunque pierda un motor. La lanzadera tendrá que seguir la ruta estándar para todas las naves que salen del planeta, así que sabremos hacia dónde se encaminará y podremos ubicar dónde descenderá con una precisión de pocos kilómetros cuadrados. Luego podremos organizar la recogida de Syl y ocultarla de Gradus hasta que decidamos nuestro siguiente movimiento.

—Estrellar una lanzadera con mi hija a bordo es un riesgo que no estoy dispuesto a correr —dijo Andrus.

—Pues ése ni siquiera es el mayor peligro que se correrá —dijo Meia—. La

lanzadera tendrá que descender en algún lugar fuera del alcance inmediato del Cuerpo y la Securitat. En cuanto toque tierra, su baliza de localización emitirá una señal. Debería ser posible inutilizarla por adelantado (después de todo, si voy a sabotear la lanzadera debería ser capaz de manipular la baliza de manera que estalle con el motor), pero aun así no tardarán mucho en dar con los restos. No podremos seguir la lanzadera con una nave militar porque la tripulación estará vigilando cualquier indicio de problemas. Lo ideal, por tanto, sería tener a alguien sobre el terreno que encuentre a Syl y la ponga a salvo hasta que podamos llegar a ella.

Por una vez, Danis iba por delante del gobernador.

—La ruta estándar para naves que se dirigen fuera del planeta es la del noroeste, hacia Islandia —dijo—. ¿Estás hablando de estrellar en las Highlands una nave ilyria que lleva a la hija del gobernador de Europa?

—Exactamente —dijo Meia.

—Que es territorio hostil.

—Sí.

—¿Y a quién tenemos sobre el terreno en las Highlands?

Meia habló como si la respuesta fuera tan evidente que ni siquiera mereciera la pena pronunciarla en voz alta.

—A los highlanders.

Meia volvió a sus aposentos. Había hecho todo lo posible para no parecer débil ante la rabia de Andrus, porque la debilidad era contagiosa y tenía que hacer que el gobernador y Danis creyeran en ella, si es que iba a rescatar a Syl. Pero sabía que su relación con Andrus había quedado tocada para siempre por lo que había sucedido y ni siquiera salvar a Syl la devolvería a la situación previa. En cierto sentido, las acciones de Meia, como las de Syl, le habían costado perder la confianza de la única figura paterna que había conocido en su vida.

Se abrió la puerta del armario y apareció Ani.

—Me estoy hartando de esconderme —dijo.

—Pues yo me estoy hartando de tenerte en mi armario —dijo Meia—. Mi intimidad es muy valiosa.

—Oh, vaya, discúlpeme —dijo Ani—, lamento molestar, sobre todo porque, para empezar, por tu culpa me he convertido en una fugitiva.

Llamaron a la puerta. Ani hizo ademán de meterse de nuevo en el armario, pero Meia le indicó que se quedara en silencio donde estaba. Un cuchillo apareció en la mano derecha de la espía cuando se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Meia.

—Soy yo..., Althea.

Meia abrió la puerta y dejó pasar a la institutriz de Syl. Althea saludó con un seco gesto de la cabeza a Ani, sin parecer muy sorprendida de encontrarla en las



habitaciones de Meia. Aunque Althea quería a Ani de una forma vagamente arisca, la consideraba una jovencita asilvestrada a la que todavía había que domesticar. Ya había renunciado a convencer a Syl de que mantuviera la distancia con los jóvenes ilyrios; y era lo bastante sensata para darse cuenta de que su propio cariño por Syl a veces la cegaba al hecho de que era Syl, no Ani, la que ejercía de líder. El entusiasmo de Ani avivaba el fuego de Syl, pero éste habría ardido vivaz de todos modos, incluso sin Ani.

—Veo que has vuelto a meterte en líos —dijo Althea.

—Es un malentendido —replicó Ani.

—Suelen darse cuando tú estás de por medio: un malentendido sobre qué es y qué no es un comportamiento apropiado para una joven ilyria.

—Exacto. ¿Quiere eso decir que rescatar a unos chicos del patíbulo está mal? Me lo apuntaré en la lista.

Althea puso los ojos en blanco.

—¿Me has llamado? —le preguntó a Meia.

—Sí —dijo ésta—. Syl ha sido detenida y acusada de traición. Mañana van a llevársela fuera del planeta para juzgarla y, seguramente, ejecutarla.

Althea, que por lo general mantenía la dignidad de una maestra, formal y comedida, se cubrió la cara con las manos y se dejó caer al suelo. Un gemido de espanto se escapó entre sus dedos, un sonido que era en parte dolor puro y animal.

Meia la observó con algo vagamente similar a la compasión en su fría expresión. Ani apartó la mirada, avergonzada y afectada por la pena de la mujer.

El gemido de Althea se convirtió en palabras, breves y aterradas:

—No, no mi Syl. Nunca Syl. No.

Meia, impaciente, dio golpecitos con el pie en el suelo.

—Basta ya, Althea —dijo por fin—. Si no actuamos de inmediato, se la llevarán lejos de nuestro alcance.

Althea levantó la mirada, con la expresión de una mujer que se estaba ahogando pero a la que acaban de lanzarle una cuerda.

—Haré lo que sea, Meia. Ya lo sabes.

Meia asintió.

—Tengo otro recado para ti. Lo haría yo misma, pero tengo trabajo urgente que hacer.

—¿Adónde quieres que vaya?

—A donde sueles ir en ocasiones como ésta: a visitar a nuestros amigos de la Resistencia —respondió Meia—. Oh, y tengo una mala noticia más.

—Que es... —dijo Althea en un tono que dejaba bien claro que ya había digerido malas noticias de sobra. Sin embargo, Meia estaba segura de que se trataba de lo único que podía empeorar todavía más la situación.

Esbozó una sonrisa forzada.

—Vas a llevarte a Ani contigo.

La mañana amaneció triste y oscura, y al poco llegó la lluvia, empujada por un viento frío del norte. A aquellos en el castillo que amaban a Syl les dio la impresión de que el mundo ya la estaba llorando.

Syl había conseguido dormir un poco, pero cuando se despertó, no percibió ninguna diferencia entre el sueño y la vigilia, y las tinieblas la oprimían hasta el punto de que le costaba respirar. Estaba aterrorizada y tuvo que obligarse a calmarse. Intentó no pensar en su padre, ni en Ani, ni en Althea. Pensar en los que la amaban no la consolaba en absoluto. Al contrario, sólo la hacía más consciente de que iban a llevársela lejos de ellos y tal vez no volviera a verlos jamás. Pero pese a su propio miedo, se preocupaba también por los hermanos humanos. Esperaba con angustia que se hubieran puesto a salvo, que todo esto no hubiera sido en vano.

Finalmente, la puerta de su celda se abrió, pero se había acostumbrado tanto a la oscuridad que tuvo que taparse la cara con el brazo hasta que la luz que llegaba desde el pasillo, tenue como era, dejó de hacerle daño en los ojos. El securitat que entró era sólo unos años mayor que ella. Llevaba una bandeja en las manos. En la bandeja había una pequeña taza de plástico llena de rodajas de manzana que ya se estaban volviendo marrones. El guardia arrugó la nariz al entrar en la celda. El olor que despedía el retrete con sustancias químicas —que era poco más que un cubo de agua azulada— era fuerte.

El securitat dejó la bandeja en una pequeña mesa empotrada en la pared, luego retrocedió. Había otros dos guardias en la puerta por si a Syl le daba por intentar recuperar la libertad.

—No puedo comer a oscuras —dijo Syl.

El guardia miró a sus colegas en busca de consejo. Uno de ellos asintió.

—Te volveremos a dar luz —dijo.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las seis.

Intentó pensar en algo más que preguntarle. Tras una noche a oscuras quería hablar con alguien. No quería que la dejaran sola de nuevo. El guardia pareció darse cuenta porque su expresión se ablandó y dijo:

—¿Necesitas algo más?

Syl agradeció aquel pequeño gesto amable, ese pequeño acto de generosidad que costaba tan poco pero significaba tanto.

—Un libro —respondió—. Y si puede ser, un poco de agua para lavarme.

—Veré qué puedo hacer —dijo el guardia.

Salió de la celda y la puerta se cerró tras él, pero, como le habían prometido, volvió la luz. Syl desayunó y, al cabo de un rato, el guardia regresó con el volumen de poesía y prosa que les daban a todos los soldados ilyrios, una palangana con agua caliente, una toalla y una pequeña pastilla de jabón. Syl le dio las gracias y él respondió a su gratitud apretando los labios en una mueca que podría haber pasado por una sonrisa.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, Syl se quitó la ropa y se lavó. Las cámaras de las celdas volvían a funcionar tras el sabotaje de Meia, así que Syl sabía que la estarían viendo, pero no le importaba. Quería sentirse limpia. Si alguien tenía que avergonzarse, eran ellos por espiarla. Se sintió mejor una vez lavada, y cuando el guardia fue a llevarse la palangana y la toalla, también se llevó el retrete químico y lo sustituyó por uno nuevo.

No volvió a ver al guardia. Más tarde descubriría que se llamaba Feryn y que cuando Vena se enteró de su amabilidad con ella, lo había relevado y lo había mandado a los planetas exteriores a luchar y morir con uno de los Batallones de Castigo. Otro, pensó, con el corazón pesado como el plomo en el pecho: otro más que ha acabado destruido por mis actos.

Intentó leer, las horas parecían pasar muy despacio y demasiado deprisa a la vez. Cuando por fin volvió a abrirse la puerta de la celda, apareció Vena con una falange de securitats. En la mano derecha sostenía un par de pesadas esposas magnéticas, y en la izquierda un documento impreso que empezó a leer:

—Por orden del gran cónsul Gradus, representante en la Tierra del Consejo de Gobierno de Ilyr, la joven Syl Hellais será transportada a la nave diplomática *Aurion* y de ahí a un lugar que todavía ha de determinarse, donde esperará a que la juzguen por traición.

Enrolló el papel y se lo entregó al guardia que tenía más cerca.

—Que se levante la presa —dijo.

Syl se puso en pie. Extendió las manos para que le pusieran las esposas, manteniendo la cabeza alta, y Vena se las encajó en las muñecas. En cuanto estuvieron en su sitio, las activó, y los potentes imanes juntaron las manos de Syl. El mando que controlaba las esposas colgaba del cinturón de Vena. Pulsó un botón rojo y el cuerpo de Syl se estremeció cuando una descarga eléctrica le recorrió el organismo.

—Sólo quería comprobar que funcionaban —dijo Vena.

La descarga no había sido muy fuerte, pero sí desagradable. Syl sabía que las esposas eran capaces de generar series de descargas mucho más potentes. En el caso de que un preso intentara escapar, incluso podían ser letales.

Sacaron a Syl de la celda, su traje de preso de color gris destacaba entre los uniformes oscuros de los guardias como un estambre más claro en una flor de pétalos

negros. Al llegar al patio, vio a un pequeño grupo de figuras reunidas a su derecha. Su padre estaba entre ellas, flanqueado por Balen a un lado y Danis y su esposa al otro. Incluso el viejo tutor, Toris, había acudido a presenciar su partida, pero no había rastro de Althea ni de Meia.

Enfrente de su padre estaba Syrene, con la cara oculta una vez más por el velo, y el gran cónsul Gradus. Gradus no lucía su atuendo habitual, sino un traje de color rojo vino, una camisa rosa clara y un abrigo de cuero para protegerse de la lluvia, aunque había un par de vicecónsules detrás de él y de su esposa sosteniendo paraguas sobre sus cabezas. A sus espaldas, esperaba una lanzadera, con los motores zumbando, expectante.

Lord Andrus, con la cabeza descubierta, dio un paso adelante. Vena miró a Gradus, que asintió levemente dándole permiso.

Andrus abrazó a su hija. Syl quería devolverle el abrazo, pero las esposas no la dejaban. De hecho, cada vez le parecían más pesadas y que tiraban de sus manos hacia abajo. No sabía si se trataba de una reacción exclusivamente psicológica o si Vena las había ajustado de algún modo, como otra pequeña humillación.

—Syl —dijo Andrus—. Oh, Syl.

Ella lloró sobre su hombro.

—Lo siento —dijo—. No pretendía hacerte daño. Creía que hacía lo correcto.

Y entonces su padre la sorprendió al susurrarle:

—Lo hacías, Syl. Era lo correcto.

La besó en la mejilla y le sostuvo la cara entre las manos.

—¿Te acuerdas de lo que te expliqué sobre los viajes en lanzaderas? —preguntó él.

—¿Qué? —dijo Syl, totalmente desconcertada. Era posible que no volvieran a verse jamás, y su padre se ponía a hablarle de viajes en lanzaderas.

—Siempre hay que abrocharse el cinturón —prosiguió—. Siempre.

—Vale —dijo Syl—. Me lo abrocharé.

—Hazlo —insistió Andrus—, uno nunca sabe lo que puede pasar.

La besó de nuevo, y entonces Vena se adelantó y la apartó de un tirón. Syl intentó mirar hacia atrás para ver a su padre mientras la llevaban hacia la nave, pero los guardias habían cerrado filas de nuevo a su alrededor. Lo vislumbró por última vez cuando subía por la pasarela hacia las puertas de la lanzadera. Él levantó una mano como despedida, pero ella sólo acertó a esbozar un intento de sonrisa mientras se le rompía el corazón.

La lanzadera era cómoda, pero con un interior muy básico. Las muñecas de Syl seguían esposadas. Las manos se le fueron hacia la izquierda en cuanto se sentó, encajándose en una franja de metal en la mampara. Era evidente que el asiento no había sido escogido al azar para ella: era el asiento de los presos. El guardia llevó a cabo una somera revisión de las esposas antes de sentarse delante de ella.

—El cinturón —dijo Syl—, ¿puede abrochármelo, por favor?

El guardia hizo lo que le pidió, aunque soltó las manos para rozarle con descaro los pechos mientras sujetaba las correas. Era un signo de lo mucho que habían cambiado las cosas para ella. Veinticuatro horas antes, ni siquiera Gradus se habría atrevido a tocarla de ese modo. Ahora era una traidora; el Cuerpo Diplomático entero haría cola para maltratarla y muy pocos se habrían opuesto. El desagradable roce del guardia le hizo consciente de su vulnerabilidad con una intensidad aterradora. El ilyrio volvió a su sitio, con una pequeña y ufana sonrisa en la cara. Los dos pilotos ya estaban en la cabina, pero Syl sólo les veía las nuca. Oyó unos pasos suaves a su espalda y entró un último pasajero. Para su sorpresa, era el gran cónsul Gradus. Hizo una pequeña y burlona reverencia antes de ocupar su asiento.

—Tengo cosas que hacer a bordo del *Aurion* —dijo—, y quiero verte a buen recaudo dentro de la nave de enlace.

Las naves de enlace se utilizaban con frecuencia para transportar pequeños grupos de gente o equipo y suministros esenciales a través de los agujeros de gusano. Las lanzaderas, como la que llevaba a Syl, no servían para ese fin porque sufrían los efectos de la materia negativa utilizada para mantener abiertas las bocas de los agujeros de gusano. En los primeros tiempos de la conquista ilyria, varios cruceros pesados habían rozado las paredes de los agujeros, cosa que supuso incluso la destrucción de las naves en dos ocasiones y el colapso del propio agujero de gusano en una tercera, por no mencionar la pérdida de miles de vidas. Aun ahora, después de todo lo que se había aprendido, sólo los pilotos más capacitados podían circular por los agujeros de gusano, y la mayoría de los altos mandos ilyrios preferían no viajar a través de ellos más de lo estrictamente necesario.

—¿Y adónde iré desde ahí? —preguntó Syl.

—La nave de guerra *Vracon* estará esperando al otro extremo del agujero de gusano —dijo Gradus—. Te llevará a Eriba 256, donde entrarás en otro agujero, y luego en otro. Disponemos del universo entero para ocultarte de quienes quisieran rescatarte.

—¿Y el juicio?

—No sabía que tuvieras tanta prisa de que te declararan culpable —repuso Gradus y, cuando subió el ruido agudo de los motores, se acomodó en el asiento.

Instintivamente, Syl miró hacia abajo cuando la lanzadera ascendió. Intentó distinguir a su padre, pero el ángulo no se lo permitía, y al momento Edimburgo se extendía bajo ellos mientras se preguntaba si Paul estaría allí, y si vería la nave, y si pensaba en ella, si sentía aunque sólo fuera un poco el mismo tirón que ella en sus entrañas, como una cuerda que se tensara cada vez más a medida que se alejaba del único mundo que había considerado su hogar.

Sin saber cómo, reunió el valor para formular la siguiente pregunta:

—¿Va a hacer que me maten?

—Todavía no, quizá nunca —respondió él—. Si te matara, ya no dispondría de ningún arma contra tu padre. Mientras te tenga, y sigas con vida, tu padre y sus leales

serán más manejables. Y ahora, cállate, niña, y déjame tranquilo.

Gradus apartó la mirada. Syl le hizo una mueca, se recostó en el asiento y miró al cielo, pensando en Ani y en todas las piezas que parecían faltarle a aquel rompecabezas. ¿Adónde habría huido su amiga? Tal vez Meia lo sabría, pero Meia no estaba ahí y no podía preguntarle. ¿Y qué había sido de Althea, su institutriz, su madre putativa?, ¿estaba tan avergonzada de ella que le había dado la espalda?, ¿por qué no había acudido a despedirse? Oh, era demasiado. Los ojos de Syl estaban húmedos de nuevo y ni siquiera podía enjugarse las lágrimas porque se lo impedían las esposas.

El guardia la estaba observando, y era obvio que le hacían gracia sus lágrimas. Syl le miró con rabia hasta que éste apartó los ojos, y ella se fijó en que el securitat no se había molestado en abrocharse su propio cinturón. Estaba claro que no tenía un padre como el suyo. Las cabinas de las lanzaderas estaban montadas como un giroscopio para mantener la estabilidad incluso en medio de las tormentas más turbulentas, y la mayoría de los pasajeros raramente recurrían a los cinturones hasta que se acercaban al borde de la atmósfera de un planeta. Las correas de Syl se le clavaban en los hombros. Era una estupidez ponérselas ahí, pero su padre había insistido tanto...

Meia estaba tumbada en la cama, siguiendo el trayecto de la lanzadera en el antiguo dispositivo de posicionamiento global oculto detrás del libro que sostenía en las manos. Aunque lo había modificado mucho, el GPS era una antigualla, pero tenía sus ventajas. Si usara las pantallas virtuales del castillo, las detectarían fácilmente, pero el GPS era tan viejo que Meia estaba casi segura de que ya no existía ninguna tecnología que lo rastreara.

En un mundo ideal, ya estaría a bordo de un deslizador o de un interceptor, esperando el momento de rescatar a Syl, pero Meia se sabía vigilada. Sólo la protección que le ofrecía la oscuridad de las primeras horas de la mañana y su red de túneles le habían permitido acceder a la lanzadera del patio, e incluso entonces había tenido suerte de no llamar la atención de la Securitat.

Vena y la Securitat sabían que Syl y Ani no podían haber ayudado a escapar a los humanos sin colaboración, y Meia era la principal sospechosa. Ella ya había descubierto dos nuevos dispositivos de escucha en sus aposentos desde la partida de Ani, pero los había dejado donde estaban. En ese momento, también había una acechante araña oculta en una grieta al lado del armario, pero tampoco la había tocado, dejándola ahí aunque sólo fuera durante el tiempo que le conviniera. Por lo que respectaba a la Securitat, Meia no suponía ninguna amenaza por ahora.

La aparición de Gradus en la lanzadera había sido una sorpresa, y no precisamente bien recibida. Cualquier nave ilyria derribada habría disparado la alerta, pero una en la que viajaba el gran cónsul en persona provocaría una respuesta rápida y en toda regla. Los highlanders dispondrían ahora de menos tiempo para encontrar la nave y poner a salvo a Syl. Gradus también planteaba un problema añadido: si sobrevivía al accidente, es posible que los highlanders lo mataran. Bien pensado, quizá fuera lo mejor. La segunda opción sería dejarlo con vida para que el grupo de rescate ilyrio lo encontrara, pero parecía improbable. Los highlanders no dejarían que un prisionero de tan alto rango se les escapara entre los dedos. Aun cuando no tuvieran una idea clara de su importancia —lo que ya era de por sí improbable dada la presencia de espías de la Resistencia en el castillo—, los anillos de sus dedos le identificarían como un alto oficial diplomático. Esas presas eran raras, y muy valiosas.

Lo cual significaba que si Gradus sobrevivía y los highlanders se resistían a la tentación de matarlo en cuanto le pusieran la mano encima, tal vez optaran por

tomarlo como rehén. Eso no sería bueno para Syl. La naturaleza de la búsqueda cambiaría. Si sólo hubiera desaparecido Syl, Meia podría haber manipulado la persecución con la cooperación de Lord Andrus. Pero si los highlanders se hacían con Gradus, éste, y no Syl, sería el objetivo principal de la búsqueda, y eso significaba que el Cuerpo y la Securitat se harían cargo de todo.

Meia esperaba que Gradus muriera en el accidente.

Mientras tanto, sólo podía esperar que Ani y Althea hubieran cumplido la misión que les había encomendado y que Trask fuera, como afirmaba, un hombre de palabra. Si no lo era, Gradus no sería el único ilyrio que correría peligro de muerte a manos de los highlanders.

Ani intentó acomodarse lo mejor que pudo, pero la suspensión del camión era pésima y notaba una sacudida en la columna cada vez que pasaban por encima de un bache de la carretera. La cabina tenía una pared falsa; en el espacio que quedaba detrás, Ani sólo cabía sentada de lado con las piernas estiradas por delante, un cojín raído a su espalda y una manta andrajosa para darle calor. Disponía de un recipiente de plástico para orinar y una bolsa con zumo, agua, unas frutas y unos bollos endurecidos. También tenía una pequeña lamparita de lectura y una espantosa novela romántica que le había dado uno de los humanos para pasar el rato. No pararían hasta Inverness, donde la trasladarían a otro vehículo. Si todo salía según el plan, se reuniría con Syl en algún lugar más allá de Ullapool, en el norte de Escocia.

Era el segundo viaje incómodo que realizaba Ani en la parte de atrás de un vehículo en las últimas horas. El primero había sido con Althea, después de salir a hurtadillas del castillo a través de otro de los pequeños portales de Meia, éste a sólo unos metros de la Gate House y casi ante las narices de los guardias del castillo. Pero Althea se conocía cada paso del camino y llegaron a la furgoneta que les aguardaba sin problemas.

Ani había tenido miedo de ponerse en manos de la Resistencia. Parte de ese miedo se había transformado en conmoción cuando vio que Althea saludaba afectuosamente al humano llamado Trask, le abrazaba y —¿era verdad lo que estaba viendo?— hasta le besaba. Y fue un beso largo. Pero Althea era vieja, ¿no? La escena hizo que Ani mirara a la institutriz de Syl con otros ojos. Suponía que, vista con otra luz, Althea podía resultar atractiva, pero siempre había sido una mujer muy severa, muy rancia. Ahora, con los brazos del hombre a su alrededor, su rostro se suavizó y Ani vio que hasta destilaba cierta belleza.

Pero seguía siendo una desagradable demostración de afecto. Ni siquiera eran de la misma especie.

Y entonces Althea había presentado a Ani y le había explicado quién era, y Trask le dio las gracias por lo que había hecho. Al cabo de unos momentos, estaba otra vez en compañía de los dos chicos a los que habían ayudado Syl y ella. El más joven,



Steven, había recuperado parte de su brío, y Ani pensó que cuando creciera podría ser apuesto, a su estilo. El mayor, Paul, había entrado en la habitación con cierta expectación, seguramente porque le habían dicho que una de sus salvadoras estaba en el piso franco; a Ani sólo le molestó un poco la visible decepción del chico cuando vio que era ella, y no Syl, la que había ido. «Oh, bueno», pensó Ani, «tampoco era mi tipo». Esperaba que tampoco fuera el tipo de Syl. A Ani le caían bien los humanos, pero no estaba segura de que le cayeran... tan bien. No quería que Syl acabara como Althea, infringiendo no sólo las leyes de Ilyr, sino seguramente también las de la naturaleza.

—Hola —dijo Paul.

—Hola —saludó Ani.

—Has venido sola.

—No —declaró Ani y se dio el vengativo gusto de ver que Paul imaginaba durante un instante que a lo mejor se había equivocado—. He venido con ella —dijo, y ladeó un pulgar hacia Althea.

—Oh —dijo Paul.

—Sí, «oh» —repitió Ani.

—La otra...

—Syl.

—Syl —repitió la palabra despacio, demorándola tentativamente en la boca, con una leve sonrisa—, ¿está bien?

—No —respondió Ani—, no lo está. Por eso hemos venido.

A partir de ahí, todo sucedió bastante rápido. Al cabo de una hora apenas, Paul se había ido junto con un hombre de cabeza afeitada que miraba tanto a Ani como a Althea con algo que no era exactamente odio, pero desde luego tampoco afecto. Althea regresó al castillo poco después y Ani se quedó a solas con Trask, que la acompañó a un sótano sin ventanas y le dio unas tostadas y té. Encendió la televisión, le dijo que volvería pronto y se fue, cerrando la puerta tras de sí. Allí permaneció Ani hasta la llegada del camión, en el que emprendió su viaje hacia el norte.

Lo que hacía el viaje especialmente incómodo era que no iba sola en el compartimento oculto del camión. Sentado enfrente iba Steven Kerr, al que le había tocado viajar con ella, en parte porque lo buscaban tanto como a la propia Ani y también, suponía ella, para vigilarla. Con el paso del tiempo, Ani hablaría con él, aunque sólo fuera para pasar el rato, porque les habían dicho que les esperaban bastantes horas en el camión. Pero, por el momento, permanecía callada, pensando en Syl. Althea le había dicho que había un plan para rescatarla, pero no le había contado los detalles. Ani sospechaba que era porque Althea no sabía si saldría bien y no quería que Ani se hiciera muchas ilusiones o le planteara preguntas para las que no tenía respuesta.

Ani le puso mala cara a Steven Kerr. Él y su estúpido hermano no merecían todo ese lío. No merecían que se viera obligada a abandonar su hogar ni a ponerse en

manos de la Resistencia humana, con acusaciones de traición persiguiéndola como una fría sombra, y, menos aún, no compensaban la pérdida de Syl.

—¿Qué? —dijo Steven—, ¿por qué me miras así?

Pero Ani no respondió.

Meia se dio la vuelta en la cama y apoyó la espalda en la pared. Respiró hondo y dio unos golpecitos con el dedo al punto que parpadeaba en la pantalla. Entonces, bajo el ojo atento del acechador y las demás cámaras, se dio la vuelta de nuevo y fingió que se quedaba dormida mientras un virus borraba de su pantalla todo el historial de sus acciones.

«No mueras, Syl», pensó. «Por favor, no te mueras».

No fue nada dramático, al menos, no al principio. No hubo explosiones, ni columnas de humo, ni fogonazos ni llamaradas desde el motor de estribor. Simplemente se oyó un chirrido cuando el motor perdió potencia y la lanzadera se ladeó de forma tan pronunciada e inesperada en el aire que los mecanismos del giroscopio fueron incapaces de mantener la estabilidad. Los pilotos intentaron compensar el desequilibrio, pero la pérdida del motor resultó fatal para la pequeña nave. Syl oyó que Gradus gritaba algo, y el guardia que no se había sujetado y que llevaba adormilado la mayor parte del vuelo salió despedido desde su asiento hacia ella. Syl levantó las piernas, pateó al aire para quitárselo de encima y le dio en la cara con los tacones. El impacto le hizo daño hasta a ella, pero ni mucho menos tanto como al guardia. Syl creyó que le había roto la nariz, pero antes de que pudiera hacerle más daño, la lanzadera emprendió un descenso casi en picado, proyectando al aturdido guardia hacia el puente de mando. El brazo flácido del securitat dio un fuerte golpe al piloto en la nuca, derribándolo en su asiento, antes de que el cráneo del guardia chocara con fuerza contra el tablero de mandos principal, un impacto que le partió el cuello y le mató casi instantáneamente.

En medio del caos, la copiloto no se dejó llevar por el pánico. Aunque ya no contaba con la ayuda del piloto y el tablero de mandos estaba dañado, intentó estabilizar la lanzadera y ralentizar el descenso con la esperanza de deslizarla hasta aterrizar en una zona despejada. Había bajado todos los alerones e intentaba utilizar el motor que quedaba para encarar la nave al viento. Todos los ilyrios conocían los protocolos de emergencia de las lanzaderas, porque hacían tantos vuelos en esas naves que los tenían asimilados, aunque la mayoría, como el guardia que había muerto, se tomaban con cierta despreocupación los cinturones de seguridad. Syl sabía que la energía de un choque era proporcional a la velocidad al cuadrado; en otras palabras: si la copiloto podía reducir la velocidad de aterrizaje a la mitad, sus posibilidades de supervivencia se multiplicarían por cuatro. También sabía que la capacidad de un cuerpo para absorber la fuerza variaba según el eje de esa fuerza: si aterrizaban con una velocidad vertical alta —básicamente: como si cayeran a peso del cielo— sus posibilidades de supervivencia se reducirían, e incluso si sobrevivía al choque, el impacto probablemente le rompería la columna. Pero una gran fuerza que le atravesara el cuerpo, perpendicular a la columna, seguro que no le haría mucho daño. Al menos, las correas del arnés del cinturón estaban tensas y la sujetaban con

fuerza.

La tierra que se desplegaba a sus pies era rocosa y con colinas, salpicada de pequeños árboles agitados por el viento. La copiloto no intentó esquivarlos. Por el contrario, los utilizó para ralentizar todavía más la lanzadera mientras ésta se acercaba al suelo porque cada pequeño impacto disipaba la energía de la caída. Syl sintió un golpe seco y amortiguado, luego otro, antes de que la lanzadera tocara el suelo. El impacto la sacudió dolorosamente en el asiento. La lanzadera rebotó una vez, pero cuando tocó el suelo por segunda vez no salió despedida de nuevo y poco a poco fue perdiendo velocidad.

En cuanto se detuvo por completo, la copiloto saltó de su asiento, activó las puertas y apagó los sistemas eléctricos que todavía funcionaban. La acción dejó sin energía las esposas y liberó las muñecas de Syl, que apretó el botón que había en el centro de su arnés, y se soltó.

—¡Fuera! —dijo la copiloto—. ¡Rápido!

Se había desatado un incendio. Syl vio que alcanzaba el costado de la lanzadera. Se levantó de su asiento y vio que Gradus ya había medio salido por la puerta. Syl se volvió hacia la copiloto, que intentaba sacar al piloto herido de su asiento. Había apoyado un pie sobre el cuerpo del guardia muerto y estiraba y golpeaba el arnés del piloto, en vano.

—¡Hay fuego! —dijo Syl.

—Te he dicho que fuera —ordenó la copiloto.

Syl oyó un sonido silbante, como el gas que se escapa de una estufa. Cada vez era más fuerte. No sabía gran cosa de motores de lanzaderas, pero eso sólo podía ser una mala señal.

—Tienes que dejarlo —dijo Syl—. No hay tiempo.

La copiloto interrumpió su forcejeo con el arnés sólo el tiempo suficiente para sacarse el arma de pulso del cinturón.

—Sal de mi lanzadera —le ordenó de nuevo— o te dispararé ahí mismo.

Syl vio que la copiloto estaba llorando. Llevaba una espiral de casada en el meñique de la mano izquierda. En la mano oscilante del piloto inconsciente, Syl distinguió una espiral idéntica.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

Se dio la vuelta y corrió. Saltó de la cabina y, tambaleándose, adelantó a Gradus, la lluvia la empapó, sus pies cedían sobre la hierba húmeda. Todavía corría cuando la lanzadera explotó. La fuerza producida la hizo saltar por los aires y al momento todo se sumió en la oscuridad.

Meia sólo dejó su habitación cuando oyó el griterío. No había habido tiempo, pensó. Tan sólo había transcurrido media hora desde que había deshabilitado la lanzadera. La ausencia de una baliza de emergencia había confundido a todos durante

un rato, y las comunicaciones en las Highlands eran notablemente poco fiables, sobre todo porque la Resistencia seguía saboteando los equipos de transmisión en el exterior de las grandes ciudades; pero después de que las naves limpiaran las Orcadas, el contacto por radio solía funcionar. Era probable que se hubiera enviado ya una nave a investigar desde la meseta de las Cairngorms, donde había una instalación conjunta de militares y diplomáticos.

Detuvo a un securitat con el que se cruzó y le preguntó qué estaba pasando. Al securitat no le hizo gracia que le retrasaran en el cumplimiento de su deber, pero se entretuvo lo bastante para contarle que habían perdido el contacto con la nave que llevaba al gran cónsul Gradus y se temía que pudiera haberse estrellado. No hizo ninguna mención a Syl. Meia le siguió un momento y luego se encaminó a la oficina de Lord Andrus. Pasó por delante de Balen, directa a la puerta cerrada, y no llamó antes de abrirla.

Ha de reconocerse que Lord Andrus hizo lo que pudo para parecer sorprendido ante su aparición, espontánea, en su oficina. Al menos no tuvo que fingir su preocupación cuando ella le dijo:

—Tengo malas noticias, señor. Parece que la lanzadera que llevaba a su hija fuera del planeta puede haber caído en las Highlands...

La suspensión del camión dejaba mucho que desear, y Ani y Steven sufrían tales zarandeos que ya tenían los cuerpos magullados y doloridos. Su desdicha compartida fue uniéndolos y, poco a poco, con vacilaciones, empezaron a preguntarse cosas el uno al otro. Steven era quizás el más curioso de los dos porque su contacto con los ilyrios había sido limitado, pero Ani se fijó también en lo intuitivo que era, y considerado.

La cuestión que más inquietaba al chico era, curiosamente, una tecnológica. Había reparado en que había especialidades en las que los ilyrios habían realizado avances notables —incluidas, por supuesto, el viaje espacial y la energía de fusión, además de los tratamientos médicos—, pero en otras parecían poco más adelantados que los humanos: la robótica, por ejemplo. Aunque los ilyrios tenían acechadores y drones e incluso tanques y vehículos de patrulla sin piloto, no contaban con nada que se pareciera a un ilyrio artificial. Para serle del todo sincero, le dijo Steven a Ani, de niño se había decepcionado un poco al descubrir que los ilyrios no llegaban acompañados de una escolta de androides, como los alienígenas de las películas que había visto.

—Existen..., o existieron —dijo Ani—. Se llamaban entidades artificiales, pero casi todo el mundo se refería a ellos como Mecas.

—¿Y cómo eran?

—No lo sé —reconoció Ani—. Sólo los he visto en grabaciones de vídeo. Eran como nosotros, al menos, los más avanzados. No podías distinguirlos. Creo que ése

fue uno de los problemas. Los ilyrios se sentían incómodos al tener delante algo que era exactamente igual que uno de ellos pero que no lo era. —Se retorció de frustración—. No me estoy explicando bien.

—No, lo haces muy bien. Pero no entiendo qué quieres decir con eso de «existieron». ¿Cómo puedes *desinventar* algo como un ser artificial?

—No fue un momento del que nuestra especie pueda sentirse orgullosa —dijo Ani—. Mira, desde mi punto de vista lo que pasó es que los primeros Mecas eran muy primitivos; podían realizar tareas semicomplejas, y los militares incluso utilizaron algunos modelos primitivos como tropas de asalto, pero no eran mejores que los ilyrios que los diseñaban y programaban. A medida que se fue confiando progresivamente el diseño a los ordenadores, éstos empezaron a mejorar a los Mecas de formas que sus diseñadores originales no habrían imaginado.

—Se denomina «explosión de inteligencia» —aclaró Steven—. La tecnología avanza a ritmo exponencial. No para de acelerar.

—Eres un loco de las maquinitas, un *nerd* —dijo Ani.

—Un poco —reconoció Steven—. Pero, sigue. ¿Los Mecas se rebelaron contra vosotros, como en las películas?

—No —dijo Ani—. Fue algo más... complicado que eso. La cuarta generación, llamados los Gen de Cuarta, adquirió conciencia de su propio ser. Empezaron a cuestionarnos, y no sólo a nosotros, también a sí mismos: ¿qué eran ellos?, ¿qué sentido tenían? Desarrollaron emociones o, al menos, eso creyeron. Los Mecas militares empezaron a preguntarse por qué debían permitir que los destruyeran. Sentían felicidad, pena, rabia. Incluso empezaron a sentir dolor. ¿Cómo es esa frase humana tan bonita? Sí, ahora me acuerdo: en toda máquina habita un fantasma.

»Los programadores, claro, dijeron que los Mecas no sentían ninguna de esas emociones. No podían; no estaban programados para eso. Pero los Mecas respondían que incluso los ilyrios no eran nada más que ordenadores orgánicos complejos, y que las respuestas emocionales podían aprenderse. Los Mecas simplemente habían desarrollado la capacidad de sentir.

»Entonces todo se volvió raro. Los Mecas más avanzados se preguntaban si lo que tenían dentro se reducía a una serie de respuestas aprendidas, una variación de sus programas neuronales, o si no sería una prueba de que tenían alma, algo que poseerían todos los seres avanzados y conscientes de sí. Empezaron a creer en un dios. Sus creadores ilyrios les habían dotado de un armazón, un cuerpo, pero su dios les había dado la chispa de la verdadera conciencia. Había Gens de Cuarta que incluso formaron congregaciones y rendían culto en capillas habilitadas en sótanos. Se convirtieron en una amenaza para el orden; seres artificiales que se negaban a obedecer a sus creadores porque, decían, eran hijos de un creador diferente, de un ser divino, un dios. Hubo agitación. Cuando los ilyrios intentaron retirar a los Gens de Cuarta para examinarlos y reprogramarlos, ellos se resistieron; al principio pacíficamente, y luego, como no les sirvió de nada, con violencia. Murieron ilyrios y

muchos de los Gens de Cuarta fueron destruidos. A partir de entonces se dictaron normas muy estrictas sobre robótica e inteligencia artificial. No podían autorreplicarse, salvo los nanobots más primitivos que se utilizaban para fines médicos, y volvimos a utilizar los Gens de Segunda, que no eran mucho más avanzados que las máquinas que montan coches en las fábricas humanas.

—Pero eso es como querer *desinventar* la rueda —dijo Steven.

Ani se encogió de hombros.

—Corren rumores —dijo.

—¿Qué clase de rumores?

—Que la Securitat y el Cuerpo Diplomático y puede que incluso algunas secciones del Ejército han seguido investigando sistemas de inteligencia artificial. Mi padre dice que no son ciertos, pero nunca me mira a los ojos cuando lo dice.

—¿Y qué les pasó a los Mecas, a los Gens de Cuarta? —preguntó Steven.

—Con el tiempo se llegó a un acuerdo. Los Gens de Cuarta que quedaban serían enviados al exterior del sistema. Se encontró un planeta. Creo que estaba en el sistema Dalian. Se les proporcionaron naves; eran antiguas pero funcionaban. Fueron pilotadas automáticamente a la superficie del planeta, pero cuando llegaran no habría combustible suficiente para volver a lanzarlas. En resumen, los Gens de Cuarta tendrían su propio mundo, pero se quedarían allí abandonados, como en una isla desierta.

—¿Y ellos aceptaron?

—Sí, aceptaron.

Ahora era Ani la que no le devolvía la mirada a Steven.

—Pasó algo —dijo él.

—Sí. Algo malo. Las naves llevaban bombas trampa. Estaban programadas para explotar en cuanto salieran del sistema Ilyr.

Steven pareció horrorizado.

—Pero ¿cómo pudieron hacer algo así los ilyrios? Los Mecas eran seres inteligentes. Pensaban. ¡Sentían!

—No, ¿es que no lo entiendes? —replicó Ani—. Los ilyrios no los veían así. Los Mecas eran como neveras que habían dejado de funcionar como debían, u ordenadores que fallaban. Sus supuestas emociones no eran más que fallos técnicos.

—Pero tú no te lo crees, ¿verdad que no?

—Yo no sé lo que creo. Yo sólo puedo fiarme de lo que me contaron mi padre y Toris, mi tutor. Pero creo que yo no hubiera destruido esas naves. Es algo sobre lo que todavía discutimos mi padre y yo.

—¿Por qué?

—Porque él y el padre de Syl, que por entonces todavía no era gobernador, fueron los encargados de volarlas. Tuvieron que hacerlo. Si no obedecían, les habrían considerado culpables de insubordinación y los habrían encarcelado, y algún otro lo habría hecho de todas formas.

—Ya, así que sólo cumplían órdenes.

Ani prefirió pasar por alto el sarcasmo en el tono de voz de Steven.

—Sí, supongo que sí.

No hablaron durante un rato. El camión siguió traqueteando. Al final, fue Steven el que rompió el silencio.

—Y nos lo haríais a nosotros también, ¿verdad? —dijo—. Los ilyrios destruirían a la humanidad si resultáramos demasiado conflictivos.

—No —dijo Ani—. No lo haríamos.

Pero mientras lo decía pensó en Vena, en Gradus, en Syrene y Sedulus, y dudó de su propia respuesta.



Syl no podía mover la cabeza, lo cual seguramente no era mala señal, porque le dolía una barbaridad. Estaba inmóvil y desamparada, y tenía fango en la boca. Un gran peso le aprisionaba la espalda, y al principio no sentía las piernas. Durante un instante temió haberse quedado paralítica, pero poco a poco, con gran esfuerzo, consiguió mover la parte inferior del cuerpo. Le dolía la columna y sentía un molesto cosquilleo en las piernas, pero era mejor moverse con dolores que no poder moverse en absoluto. Escupió fango. Sólo podía ver por el ojo derecho, porque tenía el lado izquierdo de la cara hundido en la tierra. El sol ya se ponía cuando la lanzadera cayó, ahora empezaba a anochecer.

—¡Aquí! —gritó una voz masculina—. Ayúdame con esto.

Ella intentó gritar, pero el peso que le oprimía la espalda le dejaba sin aire en los pulmones. Apenas podía respirar, menos aún pedir ayuda. Empezó a temblar descontroladamente. Tenía frío, mucho frío.

—¡Menudo caos! —dijo otra voz.

Syl oyó pasos, y al poco, el ruido de metal contra metal. Intentó volver a hablar, inspirando tanto aire en su pecho herido como podía, y el estrépito a su alrededor se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la primera voz. Oyó que escarbaban y entonces un rostro humano con una barba incipiente miró al suyo.

—¡Tenemos uno vivo! —gritó—. Y uno muerto —añadió— o al menos la mayor parte de uno.

Se acercaron otros y el peso que sentía en la espalda se aligeró.

—Con cuidado —advirtió una tercera voz, que le sonó familiar—. No sabemos lo grave que está.

—Sacadle el localizador del brazo —dijo una voz de mujer—. ¡Rápido!

Syl sintió un dolor punzante en el brazo izquierdo cuando le extrajeron el localizador con un cuchillo. El peso que la aplastaba desapareció y una mano le apartó el pelo húmedo de la frente. Syl miró de reojo. La luz se desvanecía deprisa, pero aun así reconoció el rostro de Paul Kerr.

—Syl, ¿me oyes? —preguntó.

—Sí —susurró ella.

—Vamos a darte la vuelta —dijo Paul—. Pero antes, ¿puedes hacerme el favor de mover las piernas?

Syl hizo lo que le pedía.

—Muy bien. Perfecto. ¿Te duele el cuello?, ¿la espalda?

—La espalda, un poco —respondió. Con cautela, movió la cabeza sobre la hierba. Sintió una punzada, pero no muy intensa—. El cuello está bien.

—Me parece que no tienes nada grave —dijo Paul—. Y ahora, con cuidado.

Syl sintió que la tocaban unas manos, que le daban la vuelta para dejarla boca arriba, encarando el cielo. La lluvia caía con fuerza en su cara, pero no le importaba. Estaba viva. A su derecha había un fragmento de la lanzadera, seguramente el peso que la había estado aplastando. Un costado de la nave se había retorcido formando una especie de aguja, y empalado en ella estaba el piloto de la nave. Todavía se veía el anillo espiral en el dedo de su mano izquierda. Había perdido el brazo derecho. Se le revolvió el estómago y apartó la mirada.

—Parece que tu colega ha perdido la cabeza —dijo el hombre de barba incipiente—. No debería ser tan descuidado.

Era pequeño —al menos quince centímetros más bajo que Syl— y tenía un aspecto salvaje. Le sonrió, y Syl vio que se había limado los dientes para que acabaran en puntas afiladas. Un rifle de caza colgaba de su hombro.

—Déjala en paz, Duncan —dijo Paul.

—Aquí no eres más que un invitado, hijo —fue la respuesta—. No te hagas ilusiones sobre tu rango.

Paul rodeó a Syl con los brazos y la ayudó a levantarse.

—Lo siento —dijo—, pero no podemos dejarte descansar. Tenemos que irnos enseguida.

Syl se tambaleó, las piernas le flojeaban y tenía calambres. Sin la ayuda de Paul se habría caído de nuevo. Contempló el escenario boquiabierto: el almacén de la lanzadera seguía en llamas, pero la lluvia las estaba sofocando, un pequeño grupo de hombres y mujeres intentaba apagar las que todavía ardían. Los fragmentos de la nave habían quedado esparcidos en un amplio círculo, y diseminados entre ellos había restos de cuerpos, algunos identificables, otros, no. Era un milagro que ella hubiera sobrevivido. Cualquiera de aquellos trozos de metal podría haberle atravesado el cuerpo o haberle arrancado la cabeza en lugar de aplastarla, por dolorosamente que hubiera sido, contra el suelo.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Sabíamos que venías —dijo Paul—. Nos lo contó un pajarito.

—¿Os avisó del accidente?

—Estaba preparado, hasta donde puede prepararse un accidente con supervivientes, claro.

—Vale —dijo Syl—. Perdona si me equivoco, pero ¿esto es un rescate?

Se las apañó para esbozar una sonrisa.

—No muy bien planeado —respondió él—, pero mejor que otros.

Uno de los hombres que estaban en la lanzadera dio un salto hacia atrás y gritó de dolor, luego rodó sobre la hierba y apagó las llamas que le habían prendido la pierna del pantalón.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Syl.

—Esas llamas son visibles a kilómetros de distancia —contestó Paul—. No queremos atraerlos.

—¿A quiénes?

—A tu gente —dijo Paul.

—No me estarán buscando sólo a mí —dijo Syl.

—Ya —dijo Duncan—, ¿te refieres a tu amigo del Cuerpo? Ha huido a las colinas, pero lo encontraremos.

Así que Gradus también había sobrevivido. Syl sintió cierta desilusión.

—No es amigo mío —dijo.

—Bueno, tú tampoco eres amiga mía —dijo Duncan—. Si por mí hubiera sido, habría dejado que te ahogaras en el fango.

Le dio la espalda a Syl, escupió en el suelo para que le quedara claro lo que pensaba de ella —como si no lo supiera ya— y fue a reunirse con los demás.

Paul abrió una mochila, sacó una prenda enrollada de dentro. Parecía un traje de neopreno holgado. Syl vio que todos los humanos llevaban prendas similares, aunque la mayoría las habían complementado con chaquetas, jerséis, pantalones impermeables y retales de tartán.

—Ponte esto —dijo Paul—. Puedes ir detrás de esa roca para cambiarte.

—¿Qué es?

—Un trajeoscuro.

Syl había oído hablar de los trajeoscuros, pero nunca se había puesto uno. Era tecnología militar ilyria, utilizada para eliminar el rastro de calor que emite un cuerpo vivo. Los paneles microscópicos engastados en los trajes reproducían patrones de calor y frío imitando el terreno circundante, lo que permitía que el que lo llevaba puesto se fundiera con el paisaje. Vestidos con traje oscuros y viajando por la noche, incluso un grupo como ése resultaría prácticamente invisible para quienes les buscaran desde las alturas.

Se acercó tambaleándose a la gran roca. Paul le dijo:

—Eh, no intentarás huir, ¿verdad que no?

—¿Acaso tengo pinta de poder hacerlo? —respondió Syl—. Y, en todo caso, ¿adónde iría?

Se quitó el mono de presa mojado y se puso el trajeoscuro. Era cálido, impermeable y la cubría de los pies al cuello. Se deshizo de los endeble zapatos que le habían dado en las criptas. De todos modos, estaban destrozados. Se subió la cremallera del traje que al momento empezó a ceñirse a su cuerpo, ajustándose a sus formas. Era una sensación extraña, como si la envolvieran serpientes. Todavía temblaba, pero ya no tanto como antes. Sin embargo, tenía los pies helados y parecía

probable que siguieran así.

Salió de detrás de la roca. Las llamas se habían extinguido por completo a esas alturas, y apenas podía distinguir la silueta de las colinas recortándose sobre el fondo del cielo nocturno. El sol había desaparecido y no había luna a la vista. Los highlanders habían recuperado lo que habían podido de la lanzadera accidentada, incluidos documentos y un uniforme, y se disponían a partir.

—Te favorece —dijo Paul.

—Me siento como una *haggis*, una de esas morcillas escocesas —dijo Syl.

—Esto te vendrá bien.

Le dio un jersey viejo, unos pantalones y una chaqueta impermeables. Olían a moho, pero la mantendrían seca. También le buscaron un par de botas. Eran de uno de los cuerpos que habían quedado entre los restos —aunque procuró no pensarlo— y pese a que le iban un poco grandes, al menos le protegían los pies.

Se les acercó un hombre con la cabeza afeitada.

—Éste es Just Joe —dijo Paul—. Es el que está al mando aquí.

Just Joe miró a Syl de arriba abajo una vez, pero no la saludó.

—Hemos encontrado al otro —dijo.

Habían dado con Gradus oculto en unos arbustos. Estaba helado de frío y mojado, pero, por lo demás, ileso. Los dos highlanders que lo habían encontrado lo llevaron junto al grupo. Eran dos mujeres, las dos treinta centímetros más bajas que Gradus, pero cualquier tentación que hubiera tenido el gran cónsul de enfrentarse a ellas debió de olvidársele al ver las armas y las expresiones de abierta hostilidad en sus caras. Paul y Syl llegaron un instante después de Just Joe, mientras Gradus, exhausto, se dejaba caer de rodillas. Le sangraba el brazo izquierdo por donde le habían extraído el localizador, que, supuso Syl, habría sido destruido.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo Duncan, mirando los atuendos blancos y rojos empapados de Gradus—. Es Santa Claus, y parece que nos ha traído un anillo para cada uno de nosotros.

—Jesús bendito —dijo Paul al llegar y ver al prisionero por primera vez.

—¿Jesús? ¡Ja! —dijo Duncan—. Creo que Jesús estaba más por la labor de ser benevolente con la humanidad y todo eso, ¿no?

Gradus alzó la vista hacia sus captores pero no dijo nada. Su mirada se dirigió a Syl, y ésta creyó ver un ruego mudo en su cara.

*No les digas quién soy. Por favor, no se lo digas.*

Paul tiró del brazo de Just Joe.

—Tengo que hablar contigo. En privado.

Se apartaron unos pasos del grupo y siguió una conversación entre susurros. Syl no oía lo que decían, pero vio que la espalda de Just Joe se tensaba por la sorpresa y, cuando miró por encima del hombro a Gradus, sus ojos delataban una mezcla de odio

y cálculo. Vio que Syl los miraba y le hizo un gesto para que se acercara.

—El chico dice que éste es importante —dijo Just Joe—, ¿es verdad?

Y aunque Syl sólo sentía odio hacia Gradus —el diplomático que había intentado separarla de todos a los que amaba, el partidario del asesinato de niños—, se tomó su tiempo antes de responder. Syl era una ilyria y lo que dijera a continuación podía causar la muerte a otro ilyrio, por detestable que fuera. Pero ¿qué sentido tenía mentir? Paul había estado en el Gran Salón cuando se había discutido su destino y el de su hermano; tanto él como Steven habían sido agredidos por el cónsul. Si Gradus tenía que morir, sería por culpa de sus propios actos, no por lo que dijera Syl, aunque todavía esperaba que las cosas no llegaran a ese extremo.

—Sí —dijo.

—¿Cómo de importante?

—Es el gran cónsul. Algunos dicen que puede que sea tan poderoso como el presidente.

—¿Y es verdad?

—No —dijo Syl—. Creo que, de hecho, es más poderoso que el presidente..., aunque —añadió— no tanto como su propia esposa.

—Podrías decir lo mismo de la mayoría de los hombres que conozco —dijo Just Joe—. En cualquier caso, ¿los ilyrios estarán desesperados por rescatarlo?

—Mucho.

Just Joe dejó escapar un profundo suspiro.

—Eso complica las cosas. Los ilyrios arrasarán las Highlands para dar con él. Lo más fácil sería matarlo.

De repente, Syl negó con la cabeza.

—No.

—Habría colgado a Paul y a su hermano, y a otros muchos como ellos —dijo Just Joe—. Representa todo aquello contra lo que luchamos.

—Lo sé.

Los dedos de Just Joe bailaban sobre la culata de la pistola semiautomática que colgaba de su cinturón.

—He dicho que lo más fácil sería matarlo —dijo—. Por desgracia, eso no significa que yo pueda hacerlo. Lo necesitamos vivo.

Alzó un dedo como advertencia hacia Paul y Syl.

—No vais a decir ni palabra de esto a nadie, ¿entendido? Por lo que a los demás respecta, él es sólo un diplomático que tiene que ser interrogado antes de tomar una decisión. Si les digo que podría ser un prisionero valioso para un intercambio, lo dejarán en paz.

Se abrió paso entre Syl y Paul, luego se dio la vuelta y la agarró con fuerza por el brazo.

—Y los demás tampoco saben lo importante que eres tú, chiquita, pero yo sí —advirtió—. Mantén la cabeza gacha y la boca cerrada. Estamos arriesgando nuestras

vidas por ti, igual que tú la arriesgaste por estos chicos, pero si me cabreas, te dejaré morir ahí fuera. ¿Está claro?

—Sí —dijo Syl.

—Bueno —dijo Just Joe. Levantó la mano por encima de la cabeza y silbó con fuerza.

—Vamos. ¡En marcha!

La Archimaga Syrene estaba sentada en silencio, en soledad, con una copa medio vacía de cremos en la mesa delante de ella. Sus labios se movían sin emitir sonidos. A un observador fortuito podría haberle dado la impresión de que estaba rezando. Y lo hacía, en cierto sentido, pero no a algo que un ser humano hubiera considerado un dios. Aunque, al igual que Sedulus, Syrene creía que un dios no era más que otra especie, tan avanzada que casi escapaba a toda comprensión.

Llovía, soplabla el viento y la boca de Syrene concluyó sus pactos secretos.

A muchos ilyrios les habría sorprendido enterarse de que Syrene amaba a su marido. Desde el momento en que había salido de la Marca y empezó a cortejarlo, se había dado por supuesto que se trataba meramente de un paso más en la cuidadosa acumulación de poder que llevaba a cabo la Hermandad, pero Syrene había estado observando a Gradus largo tiempo y había acabado admirándolo. Gradus era ambicioso, y listo, y apuesto a su modo vulgar, que sin embargo atraía a Syrene. Juntos habían organizado su ascensión hasta llegar a un paso de la presidencia, y ahí él se había detenido. Al principio, Gradus no había entendido por qué se le negaba el último premio, al que llevaba tanto tiempo aspirando, pero Syrene le hizo comprender que necesitaban un peón en el trono, una ficha de la que pudieran prescindir llegado el caso, mientras que el verdadero poder sería ostentado por quienes se movían entre bambalinas. Se había sentido frustrado, furioso, pero ella le había calmado, y el resultado de tantos desvelos fue que Syrene y Gradus estaban más cerca el uno del otro de lo que lo habían estado jamás. Él la necesitaba, pero ella también lo necesitaba a él. La Hermandad la había advertido sobre la imprevisibilidad del amor, de cómo éste podría cambiarla una vez fuera de la Marca. Ella era joven, displicente —como suelen serlo los jóvenes con la sensatez de los mayores—, pero las hermanas tenían razón. Su amor por Gradus la había vuelto vulnerable.

Él estaba vivo. Ella lo sabía. Lo *sentía*.

Sus silenciosas palabras fueron ahora pronunciadas en alto:

—Traédmelo de vuelta, sano y salvo —susurró—. Él es mío y yo soy suya.

Y el observador fortuito, de haber presenciado su ruego, se habría preguntado con quién estaba hablando la Bruja Roja si a todas luces estaba sola en la habitación.

Pero Syrene no estaba sola.

Nunca estaba sola.

Meia se encontraba en la oscuridad de lo que había sido la tienda de Knutter. Había tardado más de lo habitual en escapar del castillo, porque estaba atestado de securitats, que habían sido reforzados, además, con tropas del propio Cuerpo. Cada vez le resultaba más difícil ir y venir sin ser vista, sobre todo desde que Vena hacía cuanto podía para tenerla vigilada a todas horas. Se acercaba el momento en que habría que ocuparse de Vena de una vez por todas. Un accidente, quizá; Meia no podía arriesgarse a un asesinato descarado. Eso haría que Sedulus, el amante de Vena, se les echara encima, y, cuando se trataba de capacidad de hacer daño, Vena era poco más que una aprendiz en comparación con Sedulus. El trabajito podía subcontratarlo a la Resistencia, pero las repercusiones serían terribles. Sedulus engalanaría Edimburgo con cadáveres colgados de las farolas. En Noruega habían desaparecido de la noche a la mañana todos los habitantes de una ciudad, Fagernes, como castigo por un atentado fallido a la vida de Sedulus cometido por la Resistencia noruega. Las comidas habían quedado intactas en las mesas, las frases seguían inacabadas en los cuadernos de deberes. Un pueblo de mil ochocientos habitantes se sumió de repente en el silencio, vacío. Su destino era un misterio, pero Meia tenía sus sospechas. Había oído hablar de las «mascotas» de Sedulus.

¿Se arriesgaría la Resistencia en Escocia a que le pasara lo mismo a alguna población como Moffat, Langholm o Brora? Con el tiempo, pensó Meia, tampoco tendrían opción; la huida de Paul y Steven Kerr simplemente había pospuesto lo inevitable. Si los diplomáticos se salían con la suya, los niños se convertirían en objetivos legítimos de la guerra y la Resistencia respondería del mismo modo. El conflicto entre humanos e ilyrios se degradaría un paso más y se multiplicaría el derramamiento de sangre.

Pero había cuestiones más urgentes por el momento. Althea había regresado con información de Trask sobre lo que los chicos habían visto en los túneles bajo la tienda de Knutter: cuerpos humanos que eran transportados en secreto bajo la ciudad. Trask estaba en lo cierto: los rumores de cadáveres que desaparecían de las morgues y del crematorio, del traslado sigiloso de enfermos de algunos hospitales y asilos, no eran sólo cuentos propagados por los aburridos y los ignorantes.

Meia llegó hasta el sótano. Se quitó la capa, dejó al descubierto el uniforme de la Securitat que llevaba debajo y, silenciosamente, se fundió con la oscuridad.



Desde el lugar del accidente, los highlanders llevaron a Syl y a Gradus hacia el noroeste y entraron en un valle por el que corría un río cenagoso, ensuciado por la lluvia. Aunque Syl, técnicamente al menos, había sido objeto de un rescate, se sentía casi tan prisionera como Gradus. Ahí nadie se fiaba del todo de ella, tal vez ni siquiera Paul. Aun así, a diferencia de Gradus, no llevaba las manos atadas. Paul caminaba justo detrás de ella, a su derecha. El río quedaba a la izquierda. Se preguntó si era intencionado, si a él todavía le inquietaba la posibilidad de que ella intentara huir, y por eso había creído que sería mejor que el río cortara una potencial vía de escape y él la otra.

Ella le miraba a hurtadillas cada vez que podía, aunque procuraba que no se notara. La cara de Paul todavía estaba inflamada y herida. De perfil, Syl vio que tenía la ceja cortada por una delgada cicatriz blanca, flanqueada por los diminutos puntos que dejaba la sutura. Quería preguntarle cómo se lo había hecho, pero tampoco pretendía incomodarle. Sólo sentía curiosidad. Quería saber más cosas de él.

Quería preguntarle por qué la había besado.

Todavía le flaqueaban las piernas, pero estaba resuelta a que nadie se diera cuenta. El terreno era irregular, y le habría desgarrado la carne si no fuera por las botas que le habían quitado a un ilyrio muerto. Syl se estremeció.

—Menuda tormenta —dijo Duncan sin dirigirse a nadie en concreto—. El río se ha borrado al desbordarse.

Nadie respondió. Syl ya había captado que Duncan no era muy popular. Todos avanzaban en silencio, resbalándose sobre la tierra embarrada, sobre la hierba mojada, hundiéndose hasta los tobillos en el fango. Las colinas se habían perdido de vista, pero Syl las sentía cerniéndose alrededor de sus cabezas, presencias antiguas que se alzaban sobre estos recién llegados a sus tierras, estas diminutas criaturas con sus vidas breves e intrascendentes.

Poco a poco, Syl sintió que sus largas extremidades se iban relajando y que le costaba menos mantener el ritmo de esos pequeños y compactos humanos. Oyó que decían la palabra «friki» en voz baja, aunque los rasgos regordetes de sus acompañantes, sus barrigas cerveceras, su piel velluda y sin afeitar y sus burdos tatuajes eran igual de alienígenas y desagradables para ella. Desplegó las membranas nictitantes sobre sus ojos y vio destellos de infrarrojo y esquirlas de ultravioleta. Incluso veía el mundo de una manera diferente que ellos. Todo en ellos —su altura,

su vista, su oído, su conocimiento del universo— era muy limitado en comparación con sus propias cualidades. Juzgaban a Syl según los estándares que habían visto en los peores de su especie, y la odiaban, aunque ella no hubiera hecho nada para hacerles daño. Un poco antes, una mujer enjuta llamada Aggie —una de las que había encontrado a Gradus— se había tropezado con una roca cuando caminaba por delante de Syl. Syl inmediatamente había tendido las manos para evitar que se cayera y la había cogido del brazo, pero Aggie la había insultado y se la había quitado de encima. Si yo los detestara tanto, pensó Syl, Paul y Steven estarían muertos a estas alturas. Pero a la vez que se perdía en esos pensamientos, sabía que estaba siendo ingenua: ella era una más de los invasores, y la culpa de todo era de los ilyrios y, por extensión, de la propia Syl.

Siguieron caminando, cada vez más hacia el norte, vadeando la corriente gracias a las rocas resbaladizas que no habían quedado completamente sumergidas por las aguas. Cuando el último highlander estaba cruzando, Syl oyó un leve zumbido en el aire. Miró a los cielos, pero las nubes bajas lo ocultaban todo. Escuchó con más atención. No, no se había equivocado.

Había una nave en el aire, y se aproximaba.

Miró alrededor, al grupo de highlanders y a Gradus, que miraba fijamente al suelo, evitando los ojos de sus captores. Este diplomático representaba a quienes habían condenado a sus chicos a muerte, aunque si hubieran sabido lo implicado que había estado en la orden de ejecución, Syl creía que ni siquiera Just Joe habría sido capaz de librarle de la ira de esos humanos.

Tengo que quedarme con ellos, pensó Syl. Tengo que fiarme de ellos, por el momento.

—Se acerca una nave —dijo en voz alta.

Just Joe se detuvo y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Qué has dicho?

—Que se acerca una nave. La oigo. No es una lanzadera, sino una más grande. La reconozco por el ruido del motor.

Duncan, que parecía haber asumido por voluntad propia la tarea de vigilarlos, a ella y a Paul, miró al cielo.

—Yo no oigo nada —dijo.

—Si ella afirma que ha oído algo es porque lo ha oído —dijo Paul—. ¿Por qué iba a mentir?

Just Joe tomó la decisión por todos.

—Poneos a cubierto —ordenó.

Aunque los trajeoscuros eran útiles, no tenía ningún sentido dejarse pillar en terreno abierto por una nave ilyria. Arbustos y rocas salpicaban la ladera de la colina que tenían delante. Los highlanders se dispersaron buscando cobijo donde pudieron, manteniendo las cabezas gachas y las caras cubiertas. Syl vio que Aggie y otro hombre obligaban a Gradus a tumbarse boca abajo en el suelo tras una roca plana que

se alzaba como un escudo clavado en la tierra, y en ningún momento dejaban de apuntarle con sus armas a la cabeza.

Ahora todos oían el sonido, un rugido grave que aumentaba constantemente hasta que la nave separó las nubes y planeó hacia abajo, rastreando la tierra con el potente rayo de su foco. Era un crucero, un transporte de tropas, y Syl distinguió la insignia del Cuerpo Diplomático en un costado. Llevaría unos veinte o treinta soldados fuertemente armados en su interior. Si alguno de ellos veía a los highlanders, estaban acabados. La mera fuerza de los números decantaría la balanza en su contra.

El crucero descendió un poco y quedó suspendido sobre las cimas de las colinas aunque sin bajar más por el peligro de estrellarse. El rayo de luz pasó tan cerca de donde se encontraba Syl que casi sintió su calor. Si se levantara en ese momento, incluso si moviera el brazo sólo un poco, la verían. Tuvo el extraño y autodestructivo deseo de hacerlo, pero se contuvo, aunque la luz le hacía daño en las pupilas y le dolían los oídos por el rugido de los motores del crucero.

De repente el rayo se apagó. El ruido agudo de los motores del crucero cambió cuando éste se elevó y se dirigió hacia el sudeste, desplazándose por debajo de las nubes para seguir rastreando. Vieron cómo encendían de nuevo el rayo en la distancia, pero la nave siguió alejándose, y pronto la perdieron de vista. Paul abrió los ojos y esbozó media sonrisa hacia Syl.

Just Joe fue el primero en levantarse, y los demás le imitaron. Ni le dio las gracias a Syl, simplemente ordenó a todos que se pusieran en marcha de nuevo. Caminaron durante horas, dejaron el río a sus espaldas, hasta que un indicio del alba empezó a iluminar el cielo. Un gigantesco ciervo de piel lisa y brillante surgió de repente de ninguna parte y, aparentemente sin temor, les observó mientras pasaban, pero, aparte de él, todo estaba desierto y silencioso, salvo por el viento frío que atravesaba el valle.

Al final el valle volvió a ascender, y Syl vio una aldea a lo lejos. Se acercaron, pero no entraron sino que la rodearon hasta que llegaron a una antigua granja, cuyas paredes encaladas griseaban de puro viejas y su tejado de pizarra se veía maltrecho por los elementos. Ahora estaban en un sendero tosco, embarrado y pisoteado por muchas botas. Al acercarse a la casa, apareció una mujer, vestida con una oscura blusa a cuadros cuyos faldones llevaba metidos en unos pantalones de lona verdes. Del cuello le colgaban unos prismáticos, y del hombro, como si no llevara nada, un rifle.

—¡Just Joe! —exclamó—. Ya me parecía que eras tú. Ha pasado mucho tiempo.

Ella sonrió y sus dientes brillaron blancos y uniformes en su rostro atractivo pero curtido. Había algo peculiar en la forma en que miró a Just Joe. Estos dos han estado juntos, pensó Syl. Son amantes, o lo fueron.

—Sí, mucho, Heather —dijo Just Joe, que extendió los brazos hacia ella, la atrajo hacia sí y la besó en la mejilla—. Necesitamos un sitio donde quedarnos por un tiempo. ¿Puedes acogernos?

Ella miró más allá de él y vio las figuras de Syl y Gradus. Incluso con los trajeoscuros, las diferencias eran obvias.

—¿De dónde has sacado a esos dos? —preguntó.

—De una lanzadera derribada.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—El varón vamos a llevárselo a Green Man. La chica... —Just Joe hizo una pausa—. De la chica no estamos seguros todavía.

—¿Ha sido por esto por lo que la nave grande me interrumpió el sueño?

—Sí. ¿Preferirías que te lo interrumpiera otra cosa?

Heather le dio una palmada en el hombro y se rió ruidosamente, desde el fondo de la garganta.

—No has cambiado —dijo—. Te juro que no he conocido hombre que se quiera tanto a sí mismo. Vamos, venid todos bajo techo. Tam anda por ahí, se alegrará de verte.

Detrás de la casa principal, un bosquecillo de árboles pelados rodeaba varias dependencias más nuevas de la granja que se levantaban entre piedras y por donde paseaba alguna oveja escuálida. Un cerdo hurgaba bajo un muladar salpicado de cardos, y un terrier irritable se puso a ladrar en cuanto vio a los recién llegados.

—Cállate, *Lex* —dijo Heather.

*Lex* obedeció y se dio por satisfecho con olisquear sin convicción a los desconocidos sin acercarse mucho. Syl siguió a Paul y a los demás por el terreno encharcado hasta uno de los edificios más pequeños, que tenía las ventanas tapadas con tablas y el techo de paja recubierto de gruesos trozos de plástico negro sujetos con piedras. Dentro había humedad y poca luz. Había un hombre en vaqueros y con una gruesa chaqueta guateada junto a una mesa de metal, con una lámpara de gas en la mano. Sobre la mesa, en hileras, había un surtido de armas. Dos metralletas, unas cuantas pistolas y varias escopetas. También había hachas, hoces y una larga serie de cuchillos, desde carnicero a cuchillos de cocina. Cerca se amontonaban cajas de munición.

—Veo que habéis abierto el chiringuito —dijo Just Joe.

—Uno nunca sabe cuándo puede haber problemas —repuso el hombre. Se dio la vuelta y le estrechó la mano a Joe.

—Necesitamos un sitio donde quedarnos unas horas, Tam —dijo Just Joe.

—Eso no será problema, siempre que no incordies a mi hermana. —Le sonrió a Heather.

—Tu hermana, si me acuerdo bien, era la que me incordiaba a mí.

—Bueno, un hombre tiene que defender el honor de su hermana, aunque a ella tanto le dé.

—No sois más que un par de indocumentados —intervino Heather, que lo había oído todo, pero incluso mientras les insultaba, su rostro brillaba de afecto por ambos.

Tam estudió a Syl y luego sus ojos se fijaron en Gradus. No pareció sorprenderle

ver a dos ilyrios en su granero. Syl supuso que no debían de ser los primeros prisioneros que pasaban por ahí.

—Veo que has traído compañía —comentó.

—Y una historia que contar —dijo Just Joe.

—Iré a poner la tetera —dijo Heather. Le dio una palmada a su hermano en el brazo—. Y tú, guarda tus juguetitos y prepara el desayuno.

El edificio anexo era húmedo y lúgubre, y la paja en la que se sentó Syl era tan basta e incómoda que hacer con ella un asiento medianamente acogedor se reveló imposible. Se irritó bastante cuando vio que la metían ahí y cerraban la puerta. Parecía confirmar su estatus entre los highlanders: más una prisionera que otra cosa. Al menos, a Gradus lo habían encerrado en otra parte. No habría soportado que la recluyeran con él.

El tiempo pasaba despacio y la luz del exterior era cada vez más intensa. Al cabo de un par de horas, la puerta de la nueva celda de Syl se abrió y apareció una niña de siete u ocho años, cuyos largos mechones ribeteaba el halo de un sol débil. En las manos sostenía un cuenco de lo que parecían gachas calientes. Detrás de ella se cernía uno de los highlanders, con una escopeta colgada del hombro.

—Hola —dijo la niña, sonriendo un poco, cohibida pero curiosa.

—Hola —dijo Syl.

—Soy Alice.

—Muuuy bien —respondió Syl, con cautela.

—¿Y tú quién eres?

—Una zorra alienígena —dijo el highlander.

Alice pareció enfadarse.

—No, no digas eso. —Volvió a mirar a Syl—. ¿Cómo te llamas?

—Syl.

—Es bonito —dijo Alice.

Syl no respondió. Estaba cansada, dolida y —aunque era reacia a reconocerlo— asustada. Esta gente no eran amigos. Ni siquiera Paul había protestado cuando se ordenó que se la confinara en este edificio. No había salido en su defensa. Eso sólo aumentaba la confusión de lo que sentía por él.

—Mi mamá pensó que tendrías hambre, Syl.

Alice dejó el cuenco en el suelo.

—No tiene nada malo, de verdad. Incluso le eché un poco más de azúcar porque es como a mí me gusta.

Las gachas olían bien. El estómago de Syl gruñó porque llevaba mucho tiempo vacío. Bajo la mirada observadora de Alice —y la más hostil de uno de sus guardias—, engulló hasta el último bocado, e incluso lamió el cuenco. Se limpió la cara con la manga y Alice se rió.

—Sabía que tendrías hambre. Ahí te has dejado una mancha.

Con el dedo limpió suavemente la mejilla de Syl. Sus miradas se cruzaron y entonces se vieron de verdad, de muy cerca: los ojos grandes, arrebolados y sin pestañas de Syl clavados en las córneas negras de Alice.

Alice se sentó y se apoyó en la pared frente a Syl. Estaba claro que la niña no tenía mucha compañía fuera y que quería alguien con quien hablar, aunque ese alguien fuera una alienígena.

—¿Por qué estás aquí?

—Mi nave se estrelló.

—Los hombres de ahí dicen que te detuvieron los tuyos. ¿Es verdad?

—Sí. Hicimos algo que no deberíamos haber hecho, mi amiga y yo. A mí me pillaron.

—¿Y tu papá y tu mamá?, ¿no intentaron ayudarte?

Fue cautelosa porque no quería contarle a la niña que era la hija del gobernador. Ya era bastante malo que lo supiera Just Joe.

—Mi mamá murió. Mi papá no podía ayudarme.

Alice asintió.

—Mi papá también murió.

—¿De verdad?

—Era pescador. Su barco se hundió cuando yo era muy pequeña. Después, mi mamá y yo vinimos aquí a vivir con el tío Tam. Mi mamá no quería ver el mar nunca más.

—Lo siento —dijo Syl.

—¿Adónde te llevaban cuando se estrelló tu nave?

—Fuera del planeta. A la cárcel, seguramente.

Alice la miró durante unos largos segundos antes de recoger el cuenco y levantarse.

—A Duncan no le gustas —dijo.

—Vaya.

—No pasa nada —dijo Alice—, porque a mí no me gusta Duncan.

La niña tendió la mano, estrechó la de Syl y luego se encaminó hacia la luz del sol. La puerta se cerró de nuevo con llave y la habitación de repente pareció más vacía que antes.

Syl suspiró profundamente, cerró los ojos e intentó dormir, pero sus dudas y temores no le daban tregua.

El sonido de voces airadas se filtró a través de las puertas cerradas de la oficina privada del gobernador Andrus. Balen, como secretario particular del gobernador, tendría que estar dentro dejando constancia de lo que sucedía, pero ahora se alegraba de que lo hubieran excluido. En aquella sala hervía la rabia, y no le apetecía que le tocara una parte en suerte. En cualquier caso, podía oír perfectamente cuanto se decía dentro. Las puertas eran gruesas, pero no tanto...

—La lanzadera cayó hace doce horas ¿y nos está diciendo que todavía no hay rastro de mi marido?

Era la voz de la Archimaga Syrene. Había dejado sus túnicas formales y llevaba un sencillo vestido de seda roja. Tenía unas oscuras ojeras muy marcadas. Era obvio que no había dormido la noche anterior.

—Ni de mi hija —intervino Lord Andrus—. Se olvida de que ella también iba en esa lanzadera.

—Su hija es una traidora —dijo Sedulus, que estaba al lado de Syrene.

Él llevaba un traje negro sin adornos y una corbata de punto de seda a juego. A Andrus le pareció raro que Sedulus, que aborrecía a los humanos más que la mayoría —y al que éstos a su vez aborrecían otro tanto—, hubiera adoptado su moda con tal entusiasmo. Llevaba los zapatos tan pulidos que centelleaban, y el único detalle de su vestuario que indicaba su rango era un diminuto alfiler dorado en la solapa izquierda de su chaqueta, un alfiler con la forma de un puño que aplastaba un rayo.

—Como sea, sigue siendo mi hija —dijo Andrus con tono monocorde.

—Casi se diría que aprueba sus actos —dijo Sedulus.

—No voy a repudiar a mi hija por un único error, tanto da lo grave que haya sido —replicó Andrus.

Le dolía la cabeza y no había dormido más que la Archimaga. Como mando militar de más graduación, estaba a cargo de la búsqueda de su hija y el gran cónsul, por más que fuera una búsqueda en cuyo fracaso tenía un interés particular. Mientras tanto, Syl estaba prisionera de la Resistencia, lo cual no era mucho consuelo. Había pasado una década combatiéndola y ahora la vida de su única hija estaba en sus manos.

—¡Nada de eso importa! —gritó Syrene—. Su hija no cuenta en esto. Mi marido,

su regreso sano y salvo: ésa es la prioridad. ¿Por qué no ha mandado oleadas de soldados para que barran el territorio?, ¿cómo es posible que una de las figuras más importantes del Imperio ilyrio probablemente esté cautiva de una pandilla de terroristas?

Lord Andrus se recostó en la silla.

—No creo que se haga una idea de lo difícil que es la situación en el norte —dijo.

—Bueno —le retó Syrene—, ¿y por qué no me la explica?

El interceptor militar volaba muy por encima de las Lowlands Centrales dirigiéndose al norte, a la Falla de las Highlands, o la Highland Line, como la llamaban sus habitantes, la antigua fractura rocosa que dividía en dos Escocia, desde Helensborough al oeste hasta Stonehaven en el nordeste. La Line era la divisoria natural entre las Lowlands, que quedaban al sur, y las Highlands, al norte y al oeste, pero los ilyrios le habían dado su propio nombre. Se referían a ella como «el Foso», porque más allá se extendía un territorio sin ley, de bandidos. Era una de las diversas regiones del planeta que les había resultado imposible controlar, y sus habitantes vivían en gran medida a su aire. Aunque los ilyrios habían conseguido mantener bases importantes en Aberdeen e Inverness, en el norte, así como una pequeña base de montaña en la meseta de las Cairngorms, se trataba poco más que de baluartes asediados, rodeados de poblaciones agresivas y hostiles. Aunque la principal ruta para salir del planeta desde Edimburgo pasaba sobre las Highlands, esos vuelos se realizaban a mucha altitud siempre que era posible y por tanto quedaban fuera del alcance de las armas de la Resistencia. Los vuelos a baja altura hacia Aberdeen e Inverness solían tomar lo que se denominaba la «ruta pintoresca» sobre el mar del Norte, lejos de la tierra. Mantener aprovisionada la base en la meseta de las Cairngorms resultaba caro y peligroso, e incluso el vuelo relativamente corto entre Inverness y la base de Cairngorms se conocía como «la vía suicida».

Por tanto, el interceptor intentaba mantenerse lo suficientemente bajo para divisar cualquier signo de la Resistencia Highlander y sus cautivos ilyrios, pero lo suficientemente alto para no ofrecer un blanco fácil. Volaba también bastante despacio para poder divisar con más facilidad a cualesquiera que se desplazaran sobre la tierra, aunque a su vez lo bastante rápido para que no le alcanzaran sus disparos si resultaban ser hostiles. Se trataba de un delicado equilibrio, casi imposible de prolongar mucho tiempo.

A bordo iban el piloto y el copiloto, junto con un equipo de rescate ilyrio de ocho miembros, todos fuertemente armados y blindados. Sus instrucciones eran claras: si veían a miembros de la Resistencia, tenían que enfrentarse a ellos y capturar al menos a uno con vida, con la esperanza de que, tras interrogarlo, diera alguna pista sobre el paradero del gran cónsul Gradus y de la traidora Syl. El problema, como bien sabían quienes iban en el interceptor, era que la Resistencia no iba uniformada ni viajaba en



convoyes publicitarios anunciando su identidad. En realidad, no había forma de saber quién era miembro activo de la Resistencia y quién no hasta que empezaba el tiroteo, y a esas alturas solía ser demasiado tarde. Lo más sencillo consistía en dar por supuesto que todos más allá del Foso —hombres, mujeres, niños y seguramente también ovejas y vacas— formaban parte de la Resistencia a no ser que pudieran probar lo contrario.

El interceptor giró al noroeste sobre los montes Grampians, hacia Fort William, donde en el pasado había existido una pequeña base ilyria hasta que la Resistencia la borró del mapa. Bajo la nave se extendía el lago Rannoch, plateado y en calma bajo la luz matinal.

—Capto movimiento —dijo el copiloto.

—¿Dónde? —preguntó el piloto.

—Orilla norte del lago. Cuatro, no, cinco humanos encaminándose hacia el este. ¿Quieres echar un vistazo?

El piloto cambió el rumbo.

—Para eso hemos venido.

—Eso no responde a la pregunta.

El piloto hizo una mueca.

—Tú apunta las armas. Yo dirijo la nave.

El copiloto activó el sistema de armamento y el cañón pesado de dos bocas que llevaban debajo del vehículo giró en su torreta. La nave se dirigió hacia los humanos y el copiloto los señaló en las mirillas. Las armas de 20 mm eran capaces de disparar dos mil balas por minuto. Podían reducir el cuerpo de un humano a jirones de carne en cuestión de segundos.

A medida que el interceptor se acercaba a las orillas del lago, los humanos fueron más visibles: tres hombres y dos mujeres. Los varones llevaban cañas de pesca; las mujeres, cajas de aparejos. Se detuvieron y miraron cómo se les acercaba el interceptor. Con cuidado, dejaron sus aparejos de pesca en el suelo y levantaron las manos.

—¿Qué te parece? —preguntó el copiloto—. Nuestras órdenes son parar e interrogar.

El piloto examinó el terreno con desconfianza. El suelo estaba reblandecido por las lluvias de la semana anterior y, en cuanto hubieran aterrizado, de poco servirían los cañones. Dependerían por completo de las armas del equipo de rescate.

Uno de los humanos empezó a agitar los brazos con fuerza, sonriendo.

—Vamos a... —empezó a decir el piloto, pero nadie sabría nunca lo que había decidido hacer.

Los miembros del grupo de la Resistencia eran estudiantes de historia. Antes de la llegada de los ilyrios, el Reino Unido no había sido invadido desde la ocupación de Guillermo I el Conquistador en 1066. Los hombres y mujeres que luchaban en las Highlands carecían de experiencia en un conflicto guerrillero, pero en la escuela

habían aprendido las batallas que sus antepasados habían librado contra los ingleses. También habían estudiado las campañas de los muyahidines contra los soviéticos en el siglo anterior y las dificultades que posteriormente habían tenido los estadounidenses en Irak, Somalia y Afganistán. Una de las lecciones que habían aprendido era cómo derribar una nave utilizando lanzagranadas. Los RPG habían sido diseñados originalmente para utilizarse contra tanques, pero al añadirle un apéndice curvo a la parte de atrás del lanzador se podían dirigir desde el suelo contra una nave suspendida en las alturas.

Dispararon simultáneamente dos RPG contra el interceptor, uno desde los arbustos al este, y el segundo desde un bosquecillo al oeste. Dejaron un rastro serpenteante de humo y la primera granada entró por la ventanilla de la cabina, mientras que la segunda alcanzó el motor de babor de la nave. Lo último que vio el copiloto antes de que explotara el interceptor fue que el grupo de pescadores corría a cobijarse después de marcar el inicio del ataque. Los restos se diseminaron por el lago Rannoch y se hundieron junto con los muertos.

Al cabo de un minuto, las aguas habían recobrado la calma.

El último soldado que había quedado con vida corría por las afueras de Pithlochry, en las orillas del río Tummel. Tras él, el resto del equipo de rescate yacía muerto o agonizante; los pilotos habían muerto antes de que pudieran abandonar sus asientos. Los había conducido hasta allí el localizador de Ani, guardado en una caja de plomo para ocultar sus señales y transportado en moto hasta Pithlochry antes de sacarlo y utilizarlo como señuelo para atraer a los ilyrios a la celada.

El soldado se llamaba Varon. Había estado destinado en Aberdeen los seis meses anteriores. Durante ese tiempo, la mitad de su pelotón había muerto o resultado gravemente herido. Aunque llevaba sólo dieciocho meses en la Tierra, a esas alturas podía considerársele un veterano de las Highlands.

Varon aborrecía la Tierra, pero sobre todo aborrecía Escocia. Procedía del planeta desierto de B'Ethanger, en el centro del sistema ilyrio. Había nacido para vivir entre el calor y la arena, no entre la lluvia y el barro. Desde su llegada no había dejado de moquear. Hoy, al menos, no llovía. Le había parecido un buen augurio cuando el equipo de rescate había partido.

Las balas levantaron tierra a su izquierda, pero Varon no se detuvo a mirar atrás. Si conseguía ponerse fuera del alcance de los disparos y encontraba refugio, tal vez pudiera contener a la Resistencia hasta que mandaran otro grupo de rescate. Aún conservaba su pistola de munición explosiva y su rifle pesado. El rifle iba cargado con doscientas balas, y la pistola con otras veinte. Si necesitara más, tendría un grave problema.

Delante había un pequeño muro de piedra. Saltó por encima de cabeza y casi se rompe la crisma contra una lápida. Estaba en un antiguo cementerio, salpicado de

monumentos torcidos y rotos que le recordaban a una dentadura podrida. Ahí tenía bastantes sitios donde resguardarse, pero también les serían útiles a sus perseguidores, no sólo a él. Aun así, más valía eso que nada, pensó, por más que verse en un cementerio humano le ponía nervioso. Los ilyrios siempre habían incinerado a sus muertos. No dejaban que se pudrieran en la tierra. Ésa era otra razón para considerar a los humanos una raza de bárbaros.

El suelo del cementerio estaba en pendiente, así que emprendió camino cuesta arriba. Si llegaba a lo alto, contaría con ventaja. Esquivó una inmensa tumba que empequeñecía a las demás sepulturas, y se paró en seco.

Había una mujer joven arrodillada junto a una tumba, a unos diez metros de él. Estaba poniendo flores silvestres en un jarrón de plástico. Ella le miró cuando apareció. Varon alzó la pistola y se adelantó. Al hacerlo, su pie derecho tropezó con un objeto metálico. Bajó la mirada y vio la granada de mano.

—Ah —dijo, y desapareció para siempre.

Al final de la primera jornada de búsqueda, los ilyrios habían perdido dos interceptores y un deslizador, y habían sufrido más de treinta bajas, veinte de ellas muertos. Cuando la base adelantada de la meseta de las Cairngorms fue sometida a fuego graneado de mortero, quedó temporalmente inutilizada. Las pérdidas eran las más importantes sufridas por los ilyrios en un único día desde los primeros años de la invasión.

El mensaje había corrido rápidamente entre la Resistencia de las Highlands: tenemos una presa valiosa. Los ilyrios quieren recuperarla.

Impedidlo.

—Así pues —dijo Sedulus—, ¿lo que nos está diciendo es que usted no tiene capacidad para intervenir más allá del Foso?

—No exactamente, pero sólo podemos actuar con grandes dificultades —aclaró Lord Andrus—. Y aunque la situación es más peligrosa al otro lado del Foso, tampoco es mucho mejor cuando nos alejamos unos kilómetros hacia el norte de la línea Glasgow-Edimburgo. La verdad es que la lanzadera del gran cónsul no podía haber caído en peor lugar.

Sedulus se calló por un momento. Miró a Syrene, que asintió.

—Estoy seguro de que no ha olvidado su reciente conversación con el gran cónsul Gradus —le dijo Sedulus a Lord Andrus—. El Cuerpo Diplomático tiene ahora jurisdicción sobre la Tierra. El Ejército está subordinado al Cuerpo.

—Según lo veo yo, esa potestad estaba en manos del gran cónsul Gradus —dijo Lord Andrus—. En su ausencia, yo vuelvo a ser el responsable de las decisiones que se tomen aquí.

—Me temo que no —replicó Sedulus—. El gran cónsul dejó instrucciones para que el mando pasara al oficial superior del Cuerpo mientras él estuviera fuera del planeta. La Archimaga Syrene lo confirmará.

—Es verdad —dijo Syrene—. Yo en persona presencié cómo mi marido daba la orden.

—Por tanto, en su ausencia, yo estoy al mando, no usted —dijo Sedulus.

—Me opongo enérgicamente... —empezó a quejarse Lord Andrus.

—Queda constancia de su oposición —dijo Sedulus—. He decidido que me haré cargo de la búsqueda del gran cónsul Gradus, y, ciertamente, de su hija. —Miró a Danis—. Tampoco me he olvidado de su pequeña traidora, general Danis. Daremos con ella.

Danis no respondió. El único indicio de la tensión que bullía en su interior era el lento y rítmico golpeteo de su pie derecho sobre la alfombra.

—Por ahora —prosiguió Sedulus—, todas las naves militares se retirarán de las Highlands y regresarán a sus bases. A partir de este momento será una operación de la Securitat.

—¿Qué se propone hacer, mariscal Sedulus? —preguntó Andrus—. ¿Peinar las Highlands en persona, kilómetro a kilómetro?

—Es una idea tentadora —dijo Sedulus—. Pero he conseguido la colaboración de cazadores más experimentados que yo.

Se levantó para marcharse y Syrene hizo lo mismo cogiéndole del brazo.

—Las Highlands —concluyó Sedulus— van a ser sometidas.

Poco después, Syl oyó que paraba un vehículo fuera, pero la ventana del edificio daba al otro lado de donde venía el ruido y no vio qué estaba pasando. Just Joe y Paul acudieron a recogerla al cabo de un momento y la llevaron a la acogedora cocina de la granja. Allí estaban Tam, Heather y dos hombres a los que no reconoció, pero que le presentaron como Mike y Seán. Heather le señaló una silla de la mesa y Syl se acercó. Seán se inclinó y le tendió la mano. Syl se la estrechó.

—Un buen apretón, fuerte y delicado —comentó.

Tenía un acento diferente a los demás.

—Gracias —dijo Syl—. Me parece que era un cumplido.

—Siéntate, Syl, y no le hagas caso —dijo Heather—, es irlandés —añadió, como si eso explicara todo lo que se necesitaba saber sobre aquel hombre.

Delante de Seán había una tetera grande y ajada y éste le sirvió una taza a Syl mientras hablaba.

—Sólo estoy de visita —dijo. Empujó la leche y el azúcar hacia ella, que sólo se sirvió leche.

—Seán traslada armas para nosotros a través del mar de Irlanda —dijo Just Joe y observó a Syl para evaluar su reacción.

—¿Y por qué me lo cuenta? —preguntó ella.

—Un gesto de confianza —respondió Just Joe.

—Y porque no les importa si el irlandés la palma si te vas de la lengua —añadió Seán.

—Eso también —dijo Just Joe—. Syl, cuéntame por qué ayudaste a escapar a Paul y a Steven.

—Porque ellos nos ayudaron a mi amiga y a mí durante los atentados en la Milla Real. Y porque iban a ejecutarlos y no podía permitirlo.

—¿Por qué?, ¿porque eran muy jóvenes?

—Sí. Y porque no habían hecho nada de lo que se les acusaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Paul y vi en su cara que era verdad. Pero, aunque lo hubieran hecho, no habría estado bien ahorcarlos.

—¿Y al resto de la Resistencia?

—No conozco al resto de la Resistencia.

—A nosotros sí. ¿Dejarías que nos colgaran por lo que hemos hecho? Hemos

matado a ilyrios, y mataremos a más. Ésta es nuestra tierra, nuestro mundo, y lo queremos recuperar.

Últimamente, Syl había pensado mucho en eso, pero no tenía una respuesta. La cuestión era demasiado compleja. Ella era ilyria, y no quería que hicieran daño a su gente, pero también entendía que la conquista de la Tierra no tenía justificación. Es posible que los ilyrios fueran más avanzados que los humanos, y más poderosos militarmente, pero eso no les daba derecho a invadir el planeta, a reprimir a sus habitantes, a llevarse a los jóvenes humanos como rehenes, a formarlos como soldados y enviarlos a luchar las guerras ilyrias en mundos remotos.

Y muchas de esas guerras todavía se estaban librando sin que se atisbara su final. De eso se había enterado oculta en el escondrijo detrás del Gran Salón del Castillo de Edimburgo. La guerra más brutal era la que se desarrollaba en Ebos, un planeta selvático en el que todas las formas de vida, fueran animales o vegetales, eran agresivas y carnívoras. Se había descubierto que poseía suficientes depósitos de metales preciosos bajo la superficie para satisfacer las necesidades ilyrias durante siglos. La especie dominante en Ebos era una raza reptiliana que se parecería a los dragones de Komodo de la Tierra si los dragones hubieran aprendido a andar erguidos; pero se trataba de unas criaturas mucho más grandes, infinitamente más pérfidas y con una habilidad para el camuflaje camaleónico tan afinada que las volvía casi invisibles a simple vista. Su capacidad para termorregularse también implicaba que las lentes de detección del calor no servían para alertar a los ilyrios de su presencia. Aunque su armamento no era nada sofisticado, sí resultaba sorprendentemente efectivo: sus cuchillos y puntas de flecha eran capaces de atravesar incluso el uniforme de blindaje más grueso. A Ebos se lo consideraba el peor destino posible entre los militares ilyrios. Los trabajadores y soldados enviados allí procedían, en su mayor parte, de los Batallones de Castigo o eran reclutas problemáticos, y las tasas de sus bajas eran astronómicas. Si los papeles fueran a la inversa, Syl sabía que ella habría estado en la Resistencia, como Paul y Steven.

Pero, aun así, aun así...

—Entiendo por lo que luchan y no, no me parecen bien las ejecuciones... de nadie —dijo por fin—. En Ilyr no ejecutamos a nuestra gente y no entiendo por qué deberíamos ejecutar a la de otros mundos. Pero tampoco quiero ver cómo asesinan a ilyrios y no les ayudaré a hacerlo. —Sentía la boca seca. Dio un sorbo al té para humedecérsela antes de proseguir—: Mi gente cree que soy una traidora, y si me capturan, lo mejor que puede pasarme es que me encarcelen lejos de este planeta hasta que los diplomáticos decidan liberarme o matarme. No me interesa traicionarles a ustedes. Si les delato, me delato.

Just Joe miró a los otros. La sonrisa de Seán en ningún momento se había borrado de su rostro, pero tampoco había iluminado sus ojos. Syl percibía peligro en ese hombre. Había descubierto que los que más se reían y bromeaban, fueran ilyrios o humanos, eran a menudo los peores. Si escuchabas con la suficiente atención, en el

vacío de su interior resonaba el eco de su risa. Heather le susurró algo a Tam, que no respondió. Paul estaba junto a la chimenea, a la espera.

—¿Y bien? —preguntó Just Joe.

—Sí —respondió Heather con tono contundente.

—Sí —dijo Tam, aunque con más reticencias que su hermana.

—Pues entonces, adelante —dijo Seán, sonriendo aún—. Muy bien, sí, pero si nos traiciona, la mataré yo mismo antes de morir.

—¿Paul? —preguntó Just Joe.

—Ya sabéis mi respuesta —dijo Paul—. Sí.

—¿Quién iba a pensar que erais todos tan confiados? —repuso Just Joe—. Pues sea que sí, en ese caso.

—Sí ¿a qué? —preguntó Syl.

—A que sigas con nosotros —le explicó Just Joe— y no entregarte a alguno de los otros grupos como moneda de cambio por rehenes. Pero que te quede claro: Paul te ha defendido y ha garantizado tu honor con su propia vida. Te he escuchado y creo que eres sincera. Pero si las cosas se ponen feas y te vuelves contra nosotros, el chico aquí presente pagará con su vida, y tú con la tuya. ¿Ha quedado claro?

Syl miró a Paul, pero él mantenía la mirada clavada en la mesa.

—Sí —contestó Syl, porque tampoco tenía otra opción.

Just Joe se relajó. Se había tomado la decisión y no tenía sentido darle más vueltas.

—Ahora —dijo Just Joe—, hablemos del gran cónsul.

Durante la siguiente hora, Syl habló de la llegada de Gradus y de la Archimaga Syrene. Les contó lo que sabía de la Hermandad, aunque buena parte de lo que decía parecían conocerlo ya. Estaban interesados, sobre todo, en el gran cónsul: cómo se comportaba, qué decía, si había parecido extrañado o preocupado, si había hablado del ataque a Birdoswald y del suicidio de su sobrino.

Y de los cuerpos: ¿había oído hablar a alguien de cadáveres humanos?

Poco podía responder Syl a esas preguntas y se alegraba. Muy bien, así que no sabía gran cosa de Gradus, y lo que conocía no le gustaba. Pero tampoco le gustaba contarle a la Resistencia lo que sabía, porque eso significaba que, de hecho, estaba cometiendo traición, que era una traidora.

—¿Y por qué no se lo preguntáis directamente a él? —preguntó por fin.

—Ya lo hemos intentado —contestó Just Joe.

—Por las buenas, y no tan por las buenas —dijo Seán—. No sacamos mucho.

—Enséñaselo —dijo Tam—. Quizás ella pueda explicarlo.

Just Joe y Paul la llevaron fuera de la granja y la condujeron a un segundo edificio, éste más grande y más vigilado. A una orden de Joe abrieron la cerradura y Syl entró junto con los dos humanos.

Gradus estaba sentado en un rincón, con las manos atadas a la espalda. Tenía la cara amoratada y un corte en el cuero cabelludo que sangraba abundantemente. Sin quererlo, Syl sintió pena por él. Estaba a punto de reprochárselo a los humanos, y a pedirles que le limpiaran cuando vio los ojos de Gradus.

Se habían quedado casi del todo en blanco bajo la membrana nictante, que ahora parecía fija e inmóvil. Su respiración era muy superficial y tenía la boca ligeramente abierta. Ella se le acercó con cautela y le tocó la piel. Estaba fría.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó.

—Nada —dijo Paul—. Bueno lo estábamos interrogando...

—Apaleando, querrás decir —le interrumpió Syl.

Paul se calló y tuvo el decoro de parecer avergonzado.

—La temperatura corporal descendió bruscamente —dijo Just Joe—. Los ojos desaparecieron dentro de su cabeza y la membrana se quedó fija. Dejó de responder a todos los estímulos. Dolor, calor, contacto físico: no parece sentir nada. ¿Es algo natural?, ¿es una reacción que tu gente puede tener cuando se estresa?

Syl negó con la cabeza. No había visto a ningún ilyrio reaccionar de ese modo.

—Es posible que sea algo que ha aprendido de la Hermandad, una forma de protegerse —sugirió.

—Será difícil llevarlo ante Green Man en este estado —dijo Paul—. No podemos cargar con él.

—Y tampoco podemos quedarnos aquí —replicó Just Joe—. De hecho, ya llevamos demasiado tiempo. Nos iremos al anochecer, aunque tengamos que arrastrarlo.

Syl y los humanos dejaron el edificio, cuya puerta volvió a cerrarse con llave.

—Voy a mandarte a Durroch con Tam y Heather —le dijo Just Joe a Paul. Durroch, según había descubierto Syl, era el nombre de la aldea que habían rodeado antes—. Allí tenemos amigos y necesitamos provisiones, sobre todo médicas, por si nos topamos con problemas, pero nos hará falta arroz, sopas deshidratadas, y puede que también algo de té y café. En la farmacia hay una radio de onda corta: puedes usarla para mandarle un mensaje a Trask informándole de que estáis bien. Le prometí que te pondrías en contacto en cuanto tuviéramos la ocasión, pero la radio de Heather ha pasado a mejor vida. Id todo lo rápido que podáis. Al menor signo de ilyrios, bajas la cabeza y rezas, ¿está claro? Tam y Heather, no tú, darán la orden si alguien tiene que empezar a disparar.

Just Joe se alejó y dejó solos a Syl y a Paul.

—¿Vas a jugarte la vida por mí? —preguntó Syl.

—Bueno, tú arriesgaste la tuya por mí —respondió Paul.

—Pero por entonces yo no te conocía de verdad —dijo Syl.

—¿Qué se supone que significa eso?

Syl bajó la mirada hacia los pies para ocultar su sonrisa.

—Sólo que ahora que empiezo a conocerte un poco, puede que no me apresurara



tanto para arriesgarme la próxima vez.

—Eh, no soy tan malo.

—Bueno, a lo mejor no me parece un acto muy bondadoso permitir que la persona que te ha rescatado sea encerrada como un animal.

Paul negó con la cabeza en un gesto de desesperación.

—Mujeres —dijo—. Sois de una especie diferente, y aun así sois iguales.

—¿Me estás diciendo que has renunciado a las humanas y has decidido probar con ilyrias?

—¡Yo no he dicho eso!

—Pero ¿acaso no era lo que querías decir? —insistió Syl, y de repente se sintió estúpida y también un poco cohibida.

—¡No!

—Entonces, ¿por qué me besaste?

Paul pareció quedarse sin palabras.

—Yo... me vi superado por el momento.

—¿Así que no volverá a pasar?

—No, si tú no quieres —repuso Paul. Se metió las manos en los bolsillos. La confusión ensombrecía su rostro, le hacía parecer muy joven.

—No quería decir eso —respondió Syl, avergonzada, y se dio la vuelta para regresar a la granja.

Paul la observó mientras se alejaba. Parecía más confuso todavía, si es que eso era posible.

—¿Qué? —dijo desolado—. No entiendo...

Durroch era poco más que una calle principal con dos pubs, un supermercado con oficina de correos, un pequeño café, una farmacia y, en el extremo norte, una iglesia, que ahí denominaban *kirk*. Era diminuta pero muy muy antigua, pues se remontaba al siglo XVII.

Syl se sentó en la parte de atrás del Land Rover junto a Heather, mientras Paul y Tam iban delante. *Lex* se acomodó en el regazo de Tam, con las patas en el volante. El pequeño perro parecía acostumbrado a ir en esa postura.

Just Joe se le había acercado cuando el grupo estaba a punto de salir para la aldea, y le había dicho que acompañara a los otros. No le dio ninguna explicación y sólo le dijo que permaneciera dentro del Range Rover salvo que Tam o Heather le ordenaran otra cosa, y Syl no se había negado. En parte, se dio cuenta, porque quería estar con Paul, aunque seguía incómoda por su torpe conversación previa. El chico la atraía, de eso era consciente. La había atraído desde la primera vez que se habían visto, pero algo en ella todavía se rebelaba contra sus propios sentimientos, porque éstos estaban equivocados, simplemente equivocados. Eso hacía que quisiera resistirse a él, apartarlo, por miedo a que le hiciera daño, pero cuando le vio dolido por la conversación, ella sintió un placer cálido y envolvente porque seguramente eso significaba que a él también le importaba ella.

Pasaron por delante de la iglesia mientras Tam intentaba explicarle la naturaleza del culto religioso en Escocia.

—Mira —dijo—, al principio estaba la Iglesia Católica Romana, pero entonces llegó la Reforma de 1560, y ahí surgió la Iglesia Presbiteriana de Escocia, aunque todavía quedaban católicos y episcopalianos. En cualquier caso, la Iglesia de Escocia seguía discutiendo acerca de cómo debía regirse y en 1847 dos iglesias la abandonaron para fundar la Iglesia Unida Presbiteriana, aunque una escisión anterior ya había dado lugar a la Iglesia Libre de Escocia en 1843, ¿me sigues?

—No muy bien, a decir verdad —dijo Syl.

—El caso —prosiguió Tam— es que la Iglesia Libre se escindió en 1893, un grupo pasó a llamarse Iglesia Libre Presbiteriana y luego, en 1900, la mayor parte de la Iglesia Libre se unió a los Presbiterianos Unidos y formaron la Iglesia Libre Unida de Escocia, salvo los grupos que permanecieron como Iglesia Libre de Escocia. Luego la Iglesia Libre Unida se unió a la Iglesia de Escocia, pero aun así hubo quienes se resistieron, así que continuaron como Iglesia Libre Unida, ¿está claro?

—No —dijo Syl, que a esas alturas estaba totalmente confundida—, en absoluto. Todos adoran al mismo dios, ¿no?

—Sin duda —dijo Tam—. Me parece —añadió.

—¿Y tú de qué grupo eres? —preguntó Syl.

—Oh, yo no voy a la iglesia —respondió Tam—, pero me parece muy divertido.

—Al menos no se matan unos a otros por eso —dijo Syl.

Todavía le parecía increíble que la gente se destrozara por la naturaleza de un ser que nadie había visto nunca.

—Sí, tienes razón —admitió Tam—. No han matado a nadie por eso desde hace un montón de tiempo. Parece que la gente ya no se lo toma muy en serio.

El Land Rover se detuvo detrás de la farmacia. Había algunas personas en la calle. Una de ellas saludó con la mano a Tam, que le devolvió el saludo. Las ventanillas de la parte de atrás del Range Rover eran muy pequeñas y de cristales ahumados. Sólo se podía ver a quienes iban sentados delante.

—Quédate aquí —dijo Tam mientras los demás se apeaban—. Ni se te ocurra irte por ahí.

—¿Por qué habéis querido que venga si tengo que quedarme sentada? —preguntó Syl.

—Órdenes de Just Joe —dijo Tam—. Hemos venido a recoger una entrega especial. Pensó que podrías echarnos una mano. Te avisaremos cuando te necesitemos.

Dicho lo cual se marchó. Sin nada más que hacer, Syl se repantigó en el asiento y miró cómo pasaba el mundo.

Meia estaba delante de Lord Andrus y el general Danis. Había pasado la noche fuera del castillo, recorriendo los túneles y explorando el crematorio. Había descubierto una red secundaria que enlazaba el túnel principal con un laboratorio de investigación del Cuerpo, desconocido para ellos hasta entonces, en Launston Place, no lejos de la Muralla de la Ciudad Vieja, pero comprendió que ni siquiera vestida con el uniforme de una securitat y con una ristra de tarjetas de identidad falsas podría acceder con facilidad y se vio obligada a dar marcha atrás. Ahora, agotada y oliendo levemente a los desagües, presentó su informe. La sala había sido revisada en busca de dispositivos de escucha, y habían encendido un pequeño pulso electromagnético para asegurarse de que ningún acechador que hubiera encontrado acomodo en recovecos o grietas siguiera funcionando.

—Antes que nada, ¿qué se sabe de nuestras hijas? —inquirió Lord Andrus.

—Syl está a salvo, y con la Resistencia. Mi contacto me ha dicho que recibirá un mensaje más detallado hoy mismo, más tarde. La hija del general Danis va camino del norte.

Los dos padres se intercambiaron sonrisas de alivio, y luego volvieron a

concentrarse en Meia.

—No te he perdonado por lo que hiciste, Meia —dijo Andrus.

—Lo entiendo.

—Y el general Danis tampoco.

—Tal vez, si vivo lo bastante, encuentre un hueco para el perdón en su corazón —dijo manteniendo una expresión intencionadamente inexpresiva.

—Nadie es tan longevo, ni siquiera usted —dijo Danis—. No esperaré sentado.

—Basta ya de disputas —atajó Andrus—, tenemos mucho que hacer. Prosigue, Meia. Cuéntanos lo de los túneles.

—He visto cadáveres —dijo.

—¿Humanos? —preguntó Andrus.

—De todas las edades. Creo que el Cuerpo ha estado trasladándolos del crematorio al laboratorio de Launston Place. De ahí sale una conexión a una plataforma de aterrizaje en The Meadows, que ha sido utilizada por un par de grandes naves del Cuerpo en los últimos meses. Sólo he podido acceder a un puñado de registros de vuelos: algunos de ellos se dirigieron fuera del planeta, pero otros volaron al sur, a Cornualles.

—¿Tienes idea de dónde en Cornualles?

—St. Blazey: el Proyecto Eden.

—El Proyecto Eden se había abierto en 2001, poco antes de la invasión ilyria. El complejo recogía muestras de plantas de todo el mundo, albergadas en biomas geodésicas contiguas construidas con celdas de plástico y un armazón de acero. Desde la invasión había quedado bajo el control del Cuerpo Diplomático, que lo había ampliado con esferas adicionales. El propósito declarado de esa instalación del Cuerpo era la investigación de las especies animales y vegetales de la Tierra con la intención de llegar a un conocimiento más profundo del ecosistema del planeta.

—Si quisiéramos llegar a una conclusión apresurada —dijo Danis—, sospecharíamos que el Cuerpo, o algunos de sus miembros, podría estar trasladando cadáveres de Edimburgo al Proyecto Eden.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor? —preguntó Meia a Andrus.

—Ve a Eden —dijo Andrus—, pero ándate con mucha cautela.

Meia hizo una reverencia y salió de la sala.

—¿Cómo acabará todo esto, Danis? —preguntó Lord Andrus en cuanto la puerta se cerró tras su espía.

—Mal, me temo —dijo Danis.

—¿Para quién?

—Para todos nosotros.

Syl se había quedado medio dormida en el Land Rover cuando Heather y Paul volvieron portando cajas en los brazos. Detrás de ellos venía una mujer corpulenta,

con una bata blanca de farmacéutica, y un par de adolescentes, todos igual de cargados con cajas. Un camión negro se detuvo detrás del Land Rover. Tam iba en el asiento del copiloto, el conductor era un pelirrojo a quien Syl no había visto hasta entonces. Hablaron un momento y Tam se apeó y se dirigió a la parte de atrás del camión.

—Baja —le dijo Heather a Syl. Paul sonreía con malicia a su lado.

Syl se apeó del Land Rover.

—¿A qué viene esa cara de creído? —le preguntó a Paul.

—No es de creído, es de alegría.

—Bueno, pues basta ya. Me pone nerviosa.

La mujer de bata blanca la miró con curiosidad. Los chicos que la acompañaban abrieron los ojos con una mezcla de asombro y hostilidad cautelosa. Los únicos ilyrios que habían visto tan al norte eran los que formaban las patrullas y seguramente no iban por ahí sentados en la parte de atrás de Land Rovers discutiendo con humanos.

Tam reapareció por su derecha, y no venía solo.

—Uf —dijo Syl. Fue un sonido muy leve, pero contenía toda la emoción que cabía en una única sílaba.

—¿Es eso lo único que tienes que decir? —preguntó Ani—, ¿uf?

Y las dos jóvenes ilyrias se fundieron en un abrazo.

Tam decidió quedarse un poco más en Durroch, con *Lex*. Lizzy, su novia, vivía cerca, en las afueras del pueblo, y había pensado pedirle que le llevara de regreso a la granja cuando hubiera acabado lo que tenía que hacer. La captura de Gradus —pese a ser una presa muy valiosa— había supuesto problemas para la Resistencia, y la cuestión estaba siendo discutida entre Trask, desde Edimburgo, y los representantes de Green Man. También había dudas acerca de qué hacer con Syl y Ani. Tenía que buscárseles un refugio seguro, tal vez uno a largo plazo, dado el lío en el que estaban metidas. Había muchos lugares donde ocultarlas en las Highlands, pero en la región abundaba también gente que abrigaba un gran resentimiento contra los invasores. Trask le había dejado una cosa bien clara a la Resistencia: si alguna de las dos chicas sufría el menor daño, aquellos que no las hubieran sabido proteger se enfrentarían a una persecución a muerte paralela tan implacable como la que sufrirían los directamente responsables del acto, y Trask ayudaría a los ilyrios porque era su propia cabeza la que estaba en juego. No se engañaba respecto a la reacción que tendría Meia ni respecto a su capacidad para vengarse.

Syl y Ani iban sentadas en la parte de atrás del Land Rover, con Steven, que también se había reunido con su hermano, mientras Paul y Heather viajaban delante. Las dos jóvenes ilyrias intercambiaban sus historias de cómo habían acabado en un jeep en las Highlands, pisándose las palabras la una a la otra, emocionadas y riéndose por primera vez desde hacía mucho tiempo, tanto que les parecía una eternidad.

—Dios, sí que alborotáis —dijo Paul—. Es como llevar un par de golondrinas ahí atrás.

—¿Sigue colgadito por ti? —preguntó Ani en voz deliberadamente alta.

Syl le dio un codazo en las costillas.

—Sigue colgado en general, sobre todo de mollera —respondió—. Eso sí lo sé.

Paul había empezado a replicar cuando Ani ladeó la cabeza y le chistó para que se callara.

—A mí no me mandes callar —replicó Paul. Se estaba hartando de que las dos chicas alienígenas lo trataran como a un idiota. Puede que le hubieran salvado la vida, pero le parecía que estaba pagando un precio demasiado alto.

—Calla —le pidió Ani—, ¿es que no lo oyes?

Ahora lo oyó Syl. Sonaba como un lejano zumbido de abejas, pero el sonido quedaba fuera del alcance del oído humano.

—Naves —dijo—. Grandes.

Paul no vaciló.

—Sal de la carretera —le dijo a Heather—. Ve hacia esos árboles.

Heather hizo lo que le ordenaba: giró bruscamente a la derecha por una zanja y atravesó los campos hasta que llegaron a un bosquecillo de árboles de hoja caduca. Derribó algunos de los más jóvenes para ponerse a cubierto, y poco faltó para que estrellara el Land Rover contra uno de los grandes, pero al final quedaron ocultos y apagó el motor.

Todo estaba en silencio.

—Nada —dijo Heather—. No hay...

—No —la interrumpió Paul—. Tienen razón. ¡Escucha!

El sonido se fue haciendo más audible hasta que la tierra misma pareció vibrar y entonces, con un siseo, dos deslizadores negros pasaron con un vuelo rasante sobre los árboles, hacia el sur. Los cinco ocupantes se bajaron del vehículo para mirar.

—Nunca había visto deslizadores negros como éstos —dijo Paul—, ¿quiénes son?

—De la Securitat —contestó Syl—. Al menos, eso creo. Les gusta el negro.

Pero lo que atrajo su atención fueron los tres inmensos cruceros que aparecieron desde el norte. Los que iban en los flancos se separaron a izquierda y derecha al acercarse, mientras que el del medio siguió su rumbo en línea recta. Finalmente, las cinco naves se quedaron suspendidas formando un círculo sobre la ya lejana aldea de Durroch.

Poco a poco empezaron a descender.

—No —susurró Heather—. Dios, no. Tam. ¡Tam!

Tam acababa de tomarse media pinta rápida en el Beggar's Arms de Durroch cuando los deslizadores que se acercaban hicieron vibrar los vasos de la barra y las botellas de licor tintinearón en los estantes. Tam soltó un taco. Llevaba un arma en los pantalones y la prioridad era deshacerse de ella. No quería ir armado si lo registraban. Seguramente la incursión formaba parte del intento de localizar a los supervivientes del accidente de la lanzadera y, si todo el mundo conservaba la calma y abría la boca lo menos posible, saldrían bien parados. Sólo tenía que esconder el arma en un lugar seguro. Llamó al dueño, al que apodaban False Ed por el peluquín que lucía. False Ed intentaba tranquilizar al puñado de clientes de la barra y animarles a que siguieran bebiendo. No quería perder dinero si no era necesario.

—¿Todavía tienes aquella pila de compost detrás? —preguntó Tam.

—Sí, la tenemos.

—Dame una bolsa.

El dueño del pub sacó una bolsa de plástico de debajo de la barra y Tam envolvió en ella la pistola mientras cruzaba la cocina. Encontró un gran cubo de basura lleno de restos de verduras y desechos de comida, y enterró el arma en medio. Luego salió,

se dirigió al montón de compost y echó distraídamente el contenido del cubo en la parte de atrás de la pila en descomposición. La bolsa en la que se hallaba la pistola quedó del todo oculta; Tam no se imaginaba a los ilyrios metiéndose en la masa hedionda con sus preciosos uniformes para buscar contrabando. Se llevó la mano a los ojos y alzó la vista hacia el cielo. Un deslizador negro descendió pausadamente hasta aterrizar en el campo abierto que se extendía detrás del pub. Contó otro más, pero fueron los tres grandes cruceros los que le asustaron. Dejó el cubo en el suelo y se encaminó a la calle principal. Los habitantes de la aldea también habían salido de sus casas, alertados por el ruido. El estómago se le crispó de forma desagradable. La aldea estaba rodeada. *Lex*, a los pies de Tam, ladró a la nave que estaba sobre ellos.

False Ed apareció a su lado.

—¿Ejército o Cuerpo? —preguntó.

—Yo diría que *Securitat* —dijo Tam, llegando a la misma conclusión que Syl por el color, aunque nunca había visto cruceros negros—. ¿Guardas algo ahí dentro que debiera preocuparte?

False Ed colaboraba con la Resistencia. Como todos en Durroch. Los que no eran miembros activos, eran simpatizantes, dispuestos a guardar armas y equipos de radio, a llevar mensajes o a ceder una cama a desconocidos de paso en alguna misión de la Resistencia.

—Sólo un poco de cerveza rancia —contestó False Ed.

—He bebido tu cerveza —dijo Tam—, toda es rancia.

—Pero barata.

—Ya, será eso.

Pero no sonreían mientras bromeaban. «Estamos reaccionando como si no pasara nada, silbando tan tranquilos, eso es lo que hacemos», pensó Tam. Bromear ante un peligro fatídico.

Los cruceros aterrizaron a la vez y se hizo el silencio cuando los motores se apagaron. A lo lejos, ladró un perro.

Las primeras figuras aparecieron en las afueras del pueblo: un puñado de galateanos y varias docenas de *securitats* con el uniforme de blindaje completo, todos fuertemente armados, con las caras ocultas detrás de máscaras acorazadas. Fueron casa por casa y tienda por tienda, sacando a la calle a los residentes a punta de pistola, sin hacer caso a los llantos de los niños ni a los gritos de hombres y mujeres asustados. Tam y False Ed conocían el percal. Los registros eran un suceso esporádico, incluso tan al norte, y habitualmente los realizaban tropas ilyrias en grandes grupos para garantizar su seguridad. Eran, más que otra cosa, un incordio para la Resistencia y los habitantes de la región. Los escondites de armamento estaban bien ocultos y todos los que manejaban armas y explosivos se cuidaban de utilizar disolventes para limpiarse los residuos de las manos lo mejor posible. Además, dado que los ilyrios se arriesgaban a sufrir un ataque en vuelo, tanto de ida como de vuelta de la zona de registro, o incluso mientras estaban en el suelo, el valor



de los registros aleatorios era escaso. Tam apenas recordaba uno realizado en Durroch o cerca del pueblo durante el año anterior, y en aquella ocasión, como en todas las demás, lo habían llevado a cabo militares. El Cuerpo no solía perder el tiempo con esas tonterías; si el Cuerpo o su Securitat iban a algún sitio, era porque disponían de información segura, y alguien acababa pasándolo mal. Por eso a Tam le inquietó ver la nave negra. Si era una operación de la Securitat, los habitantes de Durroch corrían peligro real.

Tras un cacheo superficial en busca de armas ocultas, los vecinos fueron reunidos en la plaza del pueblo junto a un monumento a los caídos en las dos guerras mundiales. En los últimos años, el viejo Lee Lennox, el cantero, había añadido una losa de granito a la base del monumento, y había empezado a grabar los nombres de los que habían muerto combatiendo a los ilyrios. En dos ocasiones, militares ilyrios habían destrozado la losa y se habían llevado los fragmentos durante sus registros, pero Lennox la había reemplazado rápidamente. La última estaba allí ahora, con cuatro nombres grabados, el más joven de sólo quince años: se llamaba Boyd y era el único hijo de Tam.

Tam llevaba a *Lex* bajo un brazo y acariciaba la cabeza del perro para calmarlo. Contó unas sesenta personas, la mayoría mujeres, niños y ancianos. Los chicos y chicas mayores se habían ido más al norte para evitar que los reclutaran para los batallones ilyrios o habían emigrado a ciudades más grandes en busca de trabajo o simplemente se habían unido a la Resistencia.

Y algunos, como Boyd, habían muerto.

Se oyó entonces un ruido traqueteante, y un transporte de tropas, un vehículo oruga con la carcasa erizada de armamento, salió escupido de uno de los cruceros. Se detuvo en el extremo occidental de la plaza. Un segundo oruga apareció por el extremo oriental. Sus torretas con armas giraron y apuntaron a los humanos congregados.

La puerta del primer transporte se abrió y bajaron dos ilyrios. Uno era hembra e iba vestida con el uniforme estándar de la Securitat. El otro llevaba un traje oscuro y un abrigo largo para protegerse del frío viento escocés. Tam reconoció a ambos: la fémina era Vena, la atractiva miembro de la Securitat en Escocia; y el varón era Sedulus, el jefe de la organización en Europa. Los dos eran objetivos de primera categoría para la Resistencia, pero Sedulus era el premio gordo. Tam deseó que le hubieran avisado de su llegada. Un francotirador podría haberle metido una bala en la cabeza y hacer de la Tierra un planeta más acogedor. Pero ahora ya era demasiado tarde. Tam alzó la mirada al cielo. Las nubes eran oscuras y presagiaban lluvia. Esperaba que Heather y Paul hubieran visto acercarse a los ilyrios y hubieran regresado sin problemas junto a Just Joe y los demás.

Detrás de Sedulus aparecieron agrones sujetos con correas. Tenían un aspecto más primitivo que los agrones normales, y apenas eran capaces de caminar erguidos, pero tenían la nariz más grande y con las aletas más amplias. Tam sabía que los

ilyrios los habían modificado genéticamente para agudizar todavía más su olfato.

Tam encendió un cigarrillo. Una inmensa tristeza se abatió sobre él. Tenía la sensación de que no volvería a ver a su hermana, aunque tal vez se reuniera con su hijo. Se preguntó si moriría de una forma dolorosa y luego intentó quitarse la idea de la cabeza. Heather siempre le decía que era pesimista por naturaleza. Procuraba hacerle ver el lado bueno de las cosas y a veces hasta lo conseguía. «A lo mejor sobrevivimos a esto», pensó. «A lo mejor Sedulus, su pequeña zorra cazadora y todos sus matones blindados se darán por satisfechos con asustarnos un poco y nos dejarán en paz después de un interrogatorio severo».

Y a lo mejor el sol volvía a brillar.

Poco a poco, para no llamar la atención de los ilyrios que les rodeaban, Tam se inclinó y dejó a *Lex* en el suelo.

—Vete, chico —dijo—. Busca a Lizzy.

El perro no quería marcharse, y Tam tuvo que esforzarse para no llorar ante la lealtad del animal.

—Vete, anda —le apremió—. Busca a Lizzy. Ella te cuidará.

Por fin, *Lex*, que había ido y venido por la carretera hasta la granja de Lizzy durante muchos años, obedeció. Se deslizó entre las piernas de los ilyrios y se escabulló. Con el rabillo del ojo, Tam vio que se detenía una última vez, como si deseara que su dueño le llamara de vuelta. Como no lo hizo, el pequeño perro bajó la cabeza y siguió su camino.

—Adiós, *Lex* —susurró Tam—. Nos vemos al otro lado.

Hiciera el tiempo que hiciese siempre llevaba puesto un abrigo acolchado del que colgaba un hilo rígido. Poco a poco empezó a envolverse el hilo alrededor de los dedos, tensándolo. Había sabido que algún día se alegraría de llevarlo puesto.

Sedulus se colocó delante de los vecinos. Llevaba un pequeño micrófono sujeto al cuello. Le amplificaba la voz de manera que todos podían oírle con claridad.

—Pueblo de Durroch —dijo—. Puede que sepáis que una lanzadera ilyria cayó al sur de aquí. Murieron tres ilyrios en el accidente pero creemos que dos sobrevivieron y fueron recogidos por humanos, seguramente miembros de la Resistencia terrorista.

Nadie dijo nada, pero nadie apartó la mirada tampoco. Permanecieron en silencio, los ojos fijos en el ilyrio alto y delgado con su abrigo caro y sus zapatos negros relucientes.

—Creemos que los ilyrios cautivos pasaron por aquí. Nuestros agrones captaron su olor, pero las fuertes lluvias hacen que su rastro sea imposible de seguir con precisión.

Alguien se burló detrás de Tam. El securitat no iba a encontrar mucha comprensión aquí con su historia de rastros perdidos.

Sedulus oyó las risas. Respondió sonriendo él también mientras se acercaba al monumento a los caídos y miraba la losa de granito con sus cuatro nombres.

—Vuestra aldea es famosa por sus simpatías por la Resistencia —dijo—. Hace

mucho que los militares albergan sospechas sobre vosotros, y los nombres de los muertos de la Resistencia se honran aquí mismo. —Señaló la losa—. Tengo entendido que los ilyrios han destruido ya antes este monumento. Os prometo que no es mi intención cometer semejante acto de profanación. Es importante recordar a los muertos, tanto da la causa por la que lucharan. ¿Quién es el cantero?

Transcurrieron unos segundos antes de que un hombre mayor se adelantara desde el fondo del grupo, con la cabeza en alto. Si estaba resignado a que lo castigaran por lo que había hecho, todavía lo estaba más a no mostrar miedo.

—Soy yo —dijo—. Me llamo Lennox.

—No tienes que temerme —dijo Sedulus—. No se te hará ningún daño.

Lennox no pudo ocultar su sorpresa al ver que no le disparaban, aunque tampoco parecía creerse del todo lo que había oído. Dos guardias le apartaron a un lado y lo vigilaron.

En ese momento acercaron a los agrones a la multitud, bien sujetos por quienes los llevaban controlándolos con las correas. Olisquearon las piernas, los pies y las mangas. Tam intentó no traslucir temor cuando le acercaron uno, que se demoró a su lado. No había tocado a la chica, ni al gran cónsul, pero había estado con ellos. Sabía que los agrones tenían un olfato más fino que el de los mejores sabuesos, y estaba claro que éstos eran de otro nivel, pero contuvo el aliento y se controló mientras el agrón husmeaba su ropa y parecía replantearse qué estaba buscando, hasta que al fin pasó de largo y fue a olisquear al siguiente. Mientras tanto, los securitats recogían las tarjetas de identidad biométricas que los ciudadanos estaban obligados a llevar por ley en todo momento. Las tarjetas se le entregaron a Vena, que les echó un vistazo con una expresión de aburrimiento dibujada en la cara, como si le hubieran pasado las fotos de las vacaciones de otro. Se las ofreció a Sedulus, que las rechazó agitando la mano.

—Creemos que más de uno de los aquí presentes conoce el paradero de los miembros de la Resistencia de la zona —prosiguió Sedulus—. Queremos los nombres de esos individuos.

Nadie se movió. En el pasado, los militares habían probado con sobornos y amenazas para que los vecinos delataran a la Resistencia, pero sin ningún resultado. Durroch incluso había sacrificado a algunos de sus hijos e hijas a las legiones ilyrias antes de que los supervivientes aprendieran y tuvieran el buen juicio de esconderse mejor. Cuantos estaban en la plaza sabían que las consecuencias de traicionar a la Resistencia eran casi igual de catastróficas: en el mejor de los casos tendrían que exiliarse del pueblo, sus nombres quedarían mancillados, y se verían obligados a perderse en el anonimato en alguna de las ciudades del sur, esperando que su reputación como traidores no les alcanzara. Peor aún, en algunos lugares, los soplones que informaban sobre la Resistencia simplemente desaparecían, sobre todo si su delación provocaba pérdida de vidas. En las Highlands no faltaban ciénagas y marismas, y los cuerpos que se hundían en ellas, lastrados con piedras, no solían

volver a la superficie.

Pero los vecinos de Durroch permanecían en silencio, y no por miedo a la Resistencia, sino por lealtad a los suyos. Eran, antes que nada, seres humanos, y no delatarían a aquellos que luchaban en su nombre.

Sedulus no pareció sorprendido por la falta de colaboración, sólo decepcionado. Se volvió hacia Vena.

—Escoge a diez —ordenó—. Asegúrate que algunos sean niños.

Vena, seguida de media docena de securitats, se introdujo entre los reunidos y escogió a diez vecinos al azar dándoles un golpecito en el hombro con la porra eléctrica. Los llevaron al extremo norte de la plaza, donde había unas ruinas de una antigua iglesia católica, ahora poco más que unos muros bajos con los restos de ventanas ojivales todavía visibles. Los diez vecinos eran cinco niños —tres chicas y dos chicos, ninguno mayor de diez u once años— y cinco hombres y mujeres, ninguno de menos de cincuenta. False Ed, el dueño del pub, era uno de ellos. Él, como los demás adultos, intentaba transmitir calma a los pequeños, aunque los mayores estaban tan asustados como los jóvenes. Hubo gritos y susurros entre quienes no habían sido elegidos, mientras padres, maridos y esposas esperaban a ver qué les sucedía a sus seres queridos.

La puerta del transporte se abrió de nuevo y aparecieron cuatro trajes de supervivencia mecanizados, que se quedaron inmóviles en el hueco. Tam entrecerró los ojos para ver mejor las placas frontales de sus cascos. Parecían vacías, pero entonces los trajes empezaron a descender por la pasarela y algo que parecía humo se alzó en espiral detrás de las placas mientras se acercaban a los diez vecinos.

No lo hagáis, pensó Tam. Sea lo que sea, no lo hagáis. El sentimiento de culpa le abrumaba. Podía entregarse, pero si lo hacía, los ilyrios comprobarían sus datos y se dirigirían inmediatamente a la granja. Tenía que dar tiempo a Heather, a Just Joe y a los demás para que escaparan, pero ¿a qué precio? Se dio cuenta de que algunos de los vecinos le miraban, esperando que hiciera algo, que detuviera lo que estuviera a punto de ocurrir, pero no podía, todavía no.

Sedulus levantó la mano derecha. Sostenía un pequeño dispositivo negro no más grande que un mando a distancia. Todas las miradas estaban fijadas en él.

—¿Sabéis por qué nos interesaba tanto este mundo, por qué quisimos colonizarlo? —preguntó—. Muy sencillo: porque os parecíais mucho a nosotros. Cuando el Imperio ilyrio empezó a buscar signos de vida avanzada por el universo, la imaginábamos semejante a nuestra propia forma. Queríamos que tuviera dos brazos, dos piernas, una cabeza. Queríamos que la vida estuviera basada en el carbono, que hablara lenguas que pudiéramos interpretar. Esperábamos que pensara como nosotros. Al final, nos sorprendió tanto encontraros como a vosotros que os encontráramos.

»Porque lo cierto es que hay toda clase de formas de vida en el universo: algunas primitivas, otras un poco más avanzadas, y algunas tan extrañas que nos resultan incomprensibles. Si os parece que los galateanos son extraños, o los agrones o incluso

nosotros mismos, preparaos para algo que os dejará de piedra. Estáis a punto de presenciar algo que pocos humanos han visto jamás.

Pulsó un botón en el dispositivo que sostenía en la mano y las placas frontales de los cascos de los trajes se alzaron con un levísimo siseo.

Al principio, Tam creyó que lo que salía a borbotones de los trajes eran enjambres de abejas negras. Se arremolinaron en el aire, formando complejos dibujos que se recortaban sobre el fondo del cielo nuboso, y luego se condensaron creando cuatro masas sólidas que se situaron ante los aterrorizados vecinos que esperaban contra las ruinas de la iglesia. Los seres se agitaban y retorcían, pero ahora parecían cuerpos cubiertos de insectos negros, aunque cuerpos que sólo insinuaban la posesión de brazos o piernas, y de cabezas, sin ojos ni bocas. Eran sombras a las que se había dado sustancia, una imitación diabólica de la forma humana.

—Empecemos —dijo Sedulus, pulsando por segunda vez el dispositivo.

Las formas se abatieron sobre los vecinos seleccionados, rodeándolos como tornados, las figuras oscuras formaron espirales que se cerraron alrededor de los cuerpos de los diez humanos. Éstos empezaron a desaparecer: primero las frentes, luego los ojos, seguidamente sus bocas angustiadas y abiertas. Era como un truco de magia realizado por magos salidos del mismísimo infierno. No, vio Tam, no estaban desapareciendo: los estaban devorando desde la cabeza, pero tan rápido que apenas había tiempo de que sangraran. Pero sangraron, cada vez más deprisa, hasta que al final quedaron reducidos a charcos rojos sobre el suelo, que los seres oscuros consumieron también, hasta la última molécula, y no quedó nada de los vecinos más que su recuerdo y unos cuantos trozos de materia inorgánica: cinturones de plástico, botones e insignias de metal y un sencillo marcapasos. Los seres volvieron a formar cuatro enjambres, que se cernieron sobre sus trajes, a la espera.

A la espera de más víctimas.

Una mujer gritó el nombre de un niño, una y otra vez. Otras voces se le unieron a medida que una oleada de horror recorría a los supervivientes, y los ilyrios y los galateanos sacaron sus armas para mantenerlos a raya.

—Otros diez —dijo Sedulus, y Vena se adelantó de nuevo para hacer la selección.

—No.

Era una voz de mujer. Estaba entre un niño y una niña, ambos llamativamente parecidos. Se llamaba Morag y sus gemelos, Colin y Catriona. Miró a Tam y él le hizo un gesto asintiendo casi de forma imperceptible. Había estado a punto de adelantarse él mismo. No podía permitir que prosiguiera aquella atrocidad.

Sedulus miró a Morag.

—¿Y bien? —dijo.

—Si se lo decimos, ¿acabará esto? —preguntó.

—Sí —respondió Sedulus—. Pero quiero un nombre. Ahora.

Fue Tam, no Morag, el que habló entonces.

—Soy yo el que estáis buscando —dijo.

—Lleváoslo —ordenó Sedulus, y Vena encabezó a un pelotón de cuatro guardias que sacaron a Tam del grupo—. Subidlo al transporte.

Tam fue llevado al vehículo más próximo, lejos de la escena de la matanza. Mientras caminaba oyó a Sedulus dar la última orden.

—Matadlos a todos —dijo—, pero dejad al cantero con vida.

Tam se dio la vuelta mientras Morag gritaba:

—¡No! ¡Lo prometió! ¡Dijo que acabaría con esto!

—Y acabará. —Sedulus le cogió las tarjetas de identidad a Vena y se las dio al cantero—. Para que te ayude a recordar los nombres.

Y antes de que la gente pudiera reaccionar, la turbia masa negra se abatió sobre todos ellos.

Tam lo vio. Intentó zafarse de sus captores, pero no pudo. Le rodearon más securitats obligándole a apartarse de la carnicería mientras lo arrastraban de espaldas hacia el transporte de tropas. Ya casi estaba junto a la puerta. Al resistirse, la manga del abrigo se desgarró en manos de un securitat dejando al descubierto no el acolchado sino un parche de explosivos, uno de los más de una docena que llevaba cosidos en el interior de la prenda.

El guardia reaccionó, pero no lo bastante rápido.

«Oh, vaya», pensó Tam, «había tenido la esperanza de llevarme a Sedulus y a Vena por delante, pero tendré que conformarme con vosotros».

Cerró el puño derecho y tiró del hilo del detonador.

Y él, y cuantos le rodeaban, dejaron de existir.

En Durroch reinó el caos. La explosión había volatilizado a los que estaban más cerca de Tam y reducido a pedazos de carne a muchos de los ilyrios más próximos. El ángulo del transporte pesado había protegido a los humanos de lo peor de la explosión, pero algunos también habían resultado heridos, aunque los enjambres negros no tardaron en poner fin a su sufrimiento. Algunos vecinos habían escapado en plena confusión y los estaban persiguiendo por las calles, pero ofrecían resistencia. El sonido de las armas de pulso era respondido con disparos dispersos, y Sedulus se dio cuenta de que la situación se le podía ir de las manos. No tenía tiempo para combatir a humanos casa por casa.

La explosión también había dañado seriamente el transporte de tropas: los grandes vehículos blindados eran en especial vulnerables cuando abrían las puertas, y ése estaba abierto de par en par para recibir a Tam cuando el detenido activó el artefacto. Había quedado inservible, pero el inconveniente que suponía su pérdida se veía compensado de algún modo por el hecho de que la mayoría de sus ocupantes habían muerto o estaban heridos de gravedad.

A Sedulus le preocupaba mucho más que un trozo de metralla hubiera destrozado uno de los trajes de supervivencia. Los tres trajes que seguían intactos habían sido precintados de nuevo y sus ocupantes se apretaban oscuros contra las placas frontales, observando cómo moría uno de los suyos. Trazaba círculos vacilantes alrededor del traje inutilizado, y su energía se disipaba poco a poco, hasta que al final adoptó la forma de una figura arrodillada y manca. La forma de una boca se abrió de dolor y la criatura se desmenuzó como ceniza y se dispersó en el aire hasta que el viento la hizo desaparecer por completo.

Sedulus sintió una mezcla de rabia, de dolor y de miedo. Las criaturas que había lanzado contra los vecinos, las «mascotas» cuya existencia sospechaba Meia, y que habían aniquilado pueblos enteros en el pasado, no tenían nombre. Sedulus las había encontrado aisladas en una luna de Sarith cuando formaba parte de la División de Desarrollo Científico, un nombre inocente que disimulaba el verdadero propósito de aquella división de élite —buscar tecnologías y formas de vida alienígenas que pudieran utilizarse como armas—, y por eso las criaturas eran conocidas tan sólo como entidades de Sarith.

Su nave había captado signos de vida en la luna yerma, pero eran difíciles de localizar; por momentos parecían millones, por momentos, sólo cinco. Cuando

comandó un equipo que fue al planeta para investigar, ubicaron los signos de vida en una red de cuevas. Fuera de éstas encontraron cinco vainas destrozadas, formas alienígenas y desconocidas para los ilyrios y que seguirían siéndolo, porque su origen nunca pudo establecerse.

El equipo de exploración formado por tres ilyrios entró en las cuevas con cautela. Sus luces iluminaron remolinos de polvo, pero no soplaba ningún viento que pudiera causar esa perturbación: la luna de Sarith era un lugar muerto e inmóvil. El polvo empezó a adensarse, asumiendo formas que imitaban las de los cuerpos ilyrios en sus trajes espaciales. Eran cinco en total. Una se adelantó y se aproximó a Sedulus.

«Interesante», pensó. «Me han identificado como el jefe».

Más tarde, de vuelta a la nave, se maravillaría de lo que había pasado a continuación. Él había extendido una mano, y la forma oscura simplemente se había reestructurado a su alrededor, de manera que daba la impresión de que el brazo de Sedulus estaba enterrado en el seno de la criatura. En ese momento tuvo un destello de lo que sólo podía calificar como una iluminación, una revelación de la naturaleza de lo que tenía delante. Eran cinco, pero a la vez eran muchos en cinco; cada ser era una conciencia autónoma formada por incontables entidades más pequeñas. Sintió rabia —una rabia impensable, sin límites— y soledad porque esos seres llevaran abandonados en ese mundo mucho mucho tiempo.

Pero sobre todo sintió su hambre, y cuando los otros cuatro seres envolvieron a los otros dos miembros de su equipo, supo lo que tenía que hacer. Con cuidado, extrajo de su mochila uno de los pequeños cúter láser diseñados para la recolección de muestras minerales. Dio un paso atrás y utilizó el rayo para rajar los trajes de los científicos, dejando al descubierto a los dos ilyrios, varón y hembra, que habían tenido la desgracia de unirse a él en la expedición. Las entidades se metieron a raudales por los agujeros del tejido y Sedulus había contemplado, embelesado, cómo se alimentaban.

A partir de entonces, las entidades fueron suyas.

Ahora, en Durroch, dos de las entidades supervivientes se apartaron del traje vacío y se dispusieron a regresar a su transporte. Una se demoró y Sedulus se vio reflejado en el visor inexpresivo de su placa frontal, produciéndole la desagradable sensación de que estaba atrapado dentro del traje de supervivencia. El jefe de la Securitat sangraba por la cabeza, y un fragmento de piedra le había causado un corte profundo en la mejilla. Se acercó un médico para cerrarle las heridas, pero Sedulus lo apartó con un gesto mientras encaraba a la entidad. Se requería un sacrificio, Sedulus lo sabía. Sarith ya había perdido a una de las suyas desde que se habían aliado con él; fue en los primeros tiempos de la ocupación, y la tecnología de los trajes de supervivencia todavía no se había perfeccionado del todo. Aquella vez, un fallo había causado que la entidad se asfixiara dentro del traje. Sedulus había entregado a las



entidades el pequeño pueblo noruego de Fagernes como compensación. En cualquier caso, había querido utilizarlo como ejemplo, y la misteriosa desaparición de sus habitantes convenía a sus fines en aquella ocasión.

Pero Durroch era distinto, porque Sedulus quería testigos de su aniquilación. Por eso había dejado al cantero con vida y por eso las muertes de sus habitantes habían sido filmadas en secreto por la lente que llevaba Vena. Sedulus se aseguraría de que la película se filtrara a la Resistencia, y no sólo a la de las islas. Quería que circulara. Quería sembrar el terror y el deseo de venganza. Quería que la Resistencia se volviera más temeraria, provocarla para que cometiera más atentados contra los ilyrios.

Quería que la Tierra se condenara a sí misma.

Le habló a la entidad.

—Tendréis cumplida venganza por esto —dijo.

La entidad adoptó fugazmente la forma de una cabeza. Aparecieron dos párpados, y una boca. La boca repitió silenciosamente una palabra.

*Venganza.*

Los ilyrios muertos y heridos fueron subidos al transporte intacto para llevarlos a uno de los otros cruceros, porque Sedulus no quería que los cadáveres apestaran su nave personal. Habían perdido tiempo, pero el retraso no era demasiado importante. La tarjeta de identidad biométrica del autor del atentado había revelado la ubicación de su hogar. Incluso sin ella, los agrones ya habían captado su olor.

Sedulus dio la orden de atacar y tomar la granja al asalto.

El dron se acercó en vuelo rasante en busca de formas de vida. Detectó los rastros de calor de cuatro humanos en la casa principal, pero ningún signo más de vida. El dron permaneció junto a la casa mientras los tres cruceros salieron de entre las nubes. Dos aterrizaron en los campos que se extendían ante las paredes de la granja y el tercero se quedó suspendido sobre el edificio principal, revisando toda la zona alerta a más movimientos, con un deslizador al lado. Se sabía que la Resistencia utilizaba túneles como vías de escape y escondrijos, y Sedulus no quería que sus tropas en tierra fueran víctimas de una emboscada al irrumpir en la granja. El deslizador que se cernía en el aire arrojó docenas de diminutos detectores sísmicos, de los cuales, en cuanto tocaron tierra, emergieron sondas que penetraron en el suelo. Las sondas eran capaces de identificar pruebas de restos de excavaciones, así como pautas de conversaciones humanas y cualquier movimiento de un cuerpo mayor que el de un pequeño mamífero. No revelaron ningún signo de actividad humana. Mientras tanto, no parecía que las figuras detectadas en la casa se hubieran movido.

Un comando de securitats se acercó a la granja, mientras el crucero y el deslizador la sobrevolaban ahora a menos de un metro del tejado. Todas las armas de pulso iban en posición de máxima potencia de aturdimiento, no más. Sedulus quería información y los miembros de la Resistencia muertos no le servían de nada. Se dispararon granadas de gas a través de las ventanas y se utilizó un ariete flotante provisto con una cámara para echar abajo la puerta y entrar en el edificio, por si habían colocado bombas trampa en las puertas.

El ariete llegó a la cocina, donde se habían detectado los cuatro rastros de calor. Su cámara reveló cuatro deteriorados armazones de metal a los que se había dado una forma vagamente humana apoyados contra los ladrillos pelados, cada uno de ellos calentado por una red de resistencias eléctricas que resplandecían rojizas en la tenue luz.

En ese instante, la granja entera explotó llevándose de paso por delante el crucero y el deslizador que estaban encima.

En una colina cercana, Heather se detuvo y miró hacia atrás cuando una nube de humo se elevó desde la granja que había amado. A su lado, Alice le apretó con fuerza la mano.

—¿Y el tío Tam? —susurró Alice.

Heather negó con la cabeza. Intentó no llorar, por su hija, pero no pudo evitarlo. Habían oído débilmente la explosión anterior en Durroch y se había temido lo peor. La destrucción de la granja lo confirmaba.

—Se ha ido, cariño —dijo—. El tío Tam se ha ido a discutir con Dios.

La imagen de Syrene apareció en la lente de Sedulus. Incluso en medio del desastre que habían sido las dos horas anteriores, sabía que no le convenía desatender las comunicaciones de la Archimaga, pero habría dado cualquier cosa por no tener que responderle en ese preciso momento. Durante el curso de poco más de una hora había perdido un crucero, un deslizador, un transporte y un dron, aparte de veinte securitats muertos o heridos, además de un puñado de galateanos y agrones, y una entidad de Sarith, aunque esta última era más personal que las demás pérdidas. Ya estaba anocheciendo y con la oscuridad volvió la lluvia. Los agrones podrían haber trabajado a pesar del agua e incluso encontrar el rastro —porque detectaban partículas en el aire igual que sobre el suelo— si el terreno de la granja y sus alrededores no hubiera sido rociado previamente con un compuesto químico confeccionado con chile picante, que atacaba las sensibles glándulas olfativas de las criaturas, inutilizándolas durante horas. Sedulus había entregado un par de ellos a las entidades de Sarith para que se saciaran y así controlar su creciente ira.

Había percibido nítidamente esa ira cuando se acercaba a ellas en el compartimento sellado, mientras los agrones intentaban a la desesperada soltarse de sus arneses al percatarse de lo que estaba a punto de pasarles. Esa vez, las tres entidades se habían levantado para encarar a Sedulus, sin fijarse siquiera, durante treinta interminables segundos, en los aterrados agrones hasta que el hambre insaciable les hizo casi olvidar su rabia y dieron cuenta de los pobres bichos.

Sedulus dio la espalda al banquete. Por lo general, disfrutaba viéndolas comer, extasiado por la pureza de su hambre. No quería destruir a las entidades, pero lo haría si no le quedaba más remedio. Él era el único que controlaba los trajes de supervivencia, y se había asegurado de que incorporaran un mecanismo de autodestrucción. Fuera cual fuese la especie que las había abandonado en Sarith había concebido un tormento especialmente cruel para las entidades. Sarith era un entorno yermo y brutal, que carecía por entero de vida, con una atmósfera envenenada por monóxido de carbono, y pese a todo, las entidades habían podido sobrevivir allí sin ayuda. En un entorno rico en oxígeno como el de la Tierra —o incluso el de Ilyr— morirían en cuestión de minutos, pero sólo en planetas así podían alimentarse, y por eso Sedulus había diseñado los trajes de supervivencia, y de ese modo había convertido a las entidades de Sarith en sus criaturas.

Pero lo que no sabían las entidades supervivientes era que la muerte de la primera

de las cinco, poco después de su llegada a la Tierra, no había sido causada por un fallo del traje, no en el sentido genuino de la palabra «fallo». El traje había hecho exactamente lo que estaba programado que hiciera, a saber: matar a la entidad dentro de él, a la orden de Sedulus.

La prueba había sido necesaria porque Sedulus no se hacía muchas ilusiones respecto a la naturaleza de las entidades.

Lo mismo podría haberse dicho de su relación con Syrene, con la diferencia de que, mientras creía que tenía cierta idea de cómo funcionaban las entidades, la Archimaga era un misterio absoluto para él. Incluso su imagen en la lente irradiaba una persuasiva autoridad.

—Informa —dijo—, ¿qué noticias hay de mi marido?

—Hemos encontrado su rastro, Archimaga —respondió Sedulus—, pero siguiéndolo nos hemos topado con algunos... *obstáculos*.

Si concedieran medallas a los eufemismos, pensó Sedulus, no podría levantarse de la silla con el peso de tanto metal.

—Explícate.

Él había esperado que no se llegara a ese punto, pero no tenía sentido mentir a la Nairene, a no ser que quisiera sufrir una muerte dolorosa en un futuro muy próximo.

—Hemos tenido bajas —respondió—. La Resistencia ha resultado estar mejor preparada de lo que preveíamos.

—O vosotros menos. ¿Os encontráis cerca?

—Nos llevan sólo unas horas de ventaja, pero hemos perdido temporalmente el rastro. Ya tengo drones en el aire.

Una mentira, pero venial. En realidad, tenía un dron en el aire, porque sólo le quedaba uno. Era como si intentara pescar un pez en un lago inmenso lanzando un único anzuelo sin cebo.

—He perdido el contacto con mi marido —informó Syrene.

Sedulus frunció el ceño. Eso era nuevo.

—¿Es posible que él haya...? —No pronunció la palabra, pero la pensó: muerto.

—No, pero se ha desconectado.

—¿Por qué?

—Para ahorrarse dolor. Para protegerse, a él y a su carga.

Carga. Una palabra sutil y precavida dado el contexto. Incluso ahí, en una comunicación segura con el jefe de seguridad de los diplomáticos y, por extensión, encargado de la seguridad de la propia Syrene, ella era cautelosa.

—Lo encontraré, Archimaga —dijo Sedulus.

—Sé que lo harás. Confío en tu instinto de supervivencia, porque sabes que si no me traes sano y salvo a mi marido, acabarás arrojándote a los pies de la Resistencia pidiéndoles clemencia. Ellos serán más amables contigo que yo.

Sedulus hizo una reverencia para dejar claro que la entendía.

—Una última cosa —dijo Syrene—. Según parece has sido tan incauto como para

soltar a tus mascotas y dejar supervivientes. Ya hay comentarios por radio. Andrus sabe que has infringido el Primer Protocolo. Quiere traerte de vuelta a Edimburgo. De hecho, quiere arrestarte por crímenes de guerra.

El Primer Protocolo se estableció al principio de la gran conquista ilyria. En él se declaraba la prohibición de introducir organismos hostiles en ecosistemas alienígenas avanzados para evitar su contaminación. Sedulus, y muchos como él, la consideraban una especie de chiste: después de todo, ¿qué eran los propios ilyrios más que organismos hostiles? Y otro tanto podía decirse de los galateanos y los agrones, también hostiles aun con las restricciones que les imponían los ilyrios a su comportamiento. El protocolo pasaba delicadamente por alto esa obvia hipocresía, y prefería concentrarse en el potencial para transmitir enfermedades e infecciones, o, en el caso de seres tan incognoscibles como las entidades de Sarith, en la capacidad de aniquilar una civilización entera.

Pero cuando se redactó el Protocolo, éste ni siquiera imaginaba la existencia de un planeta como la Tierra, ni lo que suponía una misión ilyria en él.

Sin embargo, había quienes, como Andrus, intentaban ceñirse al estricto cumplimiento de todos los protocolos: el Primero; el Segundo, que prohibía el asesinato de civiles no combatientes; y el Tercero, que negaba a los ilyrios el derecho a matar a niños, aunque fueran combatientes, o a utilizar siquiera métodos de interrogatorio reforzados con ellos; protocolos que el gran cónsul ya había decidido saltarse. Todas esas restricciones habían llevado a Sedulus, cuando era un joven oficial, a cuestionar la forma en que se estaba dirigiendo la conquista ilyria de la Tierra, hasta que le habían revelado la verdad, y había aprendido a ser paciente, porque las recompensas serían grandes.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó a Syrene.

Aunque Andrus carecía de autoridad sobre Sedulus en la Tierra, podría causarle dificultades en Ilyr.

—Haz exactamente lo que estás haciendo. Busca a mi marido y tráelo sano y salvo. Mándame a uno de tus oficiales con un informe completo de todo lo que has descubierto hasta ahora y de todo lo que has perdido. Ya nos encargaremos de Andrus a su debido tiempo.

Y la imagen de la Archimaga se desvaneció de la lente.

Oculto en el sotobosque, Meia observaba el cotidiano ir y venir en Eden. Llevaba el cuerpo y la cabeza cubiertos con un traje oscuro de camuflaje que variaba de color para ajustarse no sólo a su entorno, sino a las fluctuaciones de la luz natural, mientras su aguda vista registraba todo lo que veía: los cambios de guardia, los movimientos de los científicos y técnicos ilyrios que habían ocupado las instalaciones, y los protocolos de seguridad que seguían, todo controlado por la Securitat. Para Meia, el problema era que entrar en el recinto parecía exigir un escaneado de retina y una comprobación de huellas dactilares, porque al igual que los humanos, los ilyrios tenían huellas distintivas en los dedos.

Al cabo de un rato, cuando la luz del día se desvaneció y empezó a caer una lluvia ligera, Meia encontró a su víctima y pasó a la acción. Ya había hecho un agujero en la valla lo bastante amplio para colarse por él, y la caída de la noche le facilitó la labor. La científica llevaba la insignia de la División de Desarrollo Científico, la DDC de la Securitat, en el lado izquierdo del pecho de su bata, y una capucha que la protegía de la llovizna. Meia se planteó dejarla con vida, pero descartó la idea: podría tener que pelear y, aunque sin duda acabaría imponiéndose, difícilmente podría arrastrar el cuerpo inconsciente por el aparcamiento hasta la puerta de entrada. Además, Meia aborrecía a la Securitat y la DDC era tristemente famosa por la crueldad de sus experimentos. Eran científicos de los que renegaban otros científicos.

Y así, unos minutos más tarde, Meia se aproximó a la puerta de entrada vistiendo una bata de laboratorio y con la cabeza cubierta por la capucha, que le ocultaba la cara. Se movió deprisa, tenía muy poco tiempo. No era la huella dactilar lo que le preocupaba sino el escaneo de la retina. Los escáneres retinianos utilizaban una fuente de luz de baja intensidad y un sensor para escanear el patrón de los vasos sanguíneos del fondo de la retina, pues cada glóbulo ocular, como cada huella digital, era único; pero la tasa de error en el escaneo de la retina era sólo de uno cada diez millones, mientras que la de las huellas dactilares era de uno cada quinientos.

No había ningún guardia en la puerta. No hacía falta porque los escáneres se encargaban de todo.

Meia colocó el índice derecho de la científica, que había amputado, sobre el lector de huellas y recibió una luz verde como respuesta.

—Listo para empezar el escaneo retiniano —dijo una voz.

Echó un rápido vistazo alrededor para cerciorarse de que no se acercaba nadie,

luego sostuvo en alto, en la punta del meñique de su mano izquierda, el único glóbulo ocular que había extraído del cráneo de la científica muerta y empalado en una varilla de materia inorgánica. La retina se descompone rápidamente en un cadáver y los escáneres ilyrios eran lo bastante sensibles para detectar no sólo la diminuta red de vasos sanguíneos, sino también los signos de vida, de manera que mientras el aparato revisaba los vasos también lanzaba una rápida sucesión de rayos luminosos al ojo. Un ojo muerto no reaccionaría a los rayos, uno vivo sí. A no ser, claro, que el ojo muerto estuviera en manos de Meia y los pulsos eléctricos de su propio dedo expandieran y contrajeran la pupila.

La voz volvió a hablar:

—Bienvenida de nuevo, doctora Sidis. Por favor, proceda a la esterilización.

No le resultó difícil dar con la sala de esterilización, que estaba a unos pasos de la puerta. Una serie de gráficos con instrucciones en la pared indicaban lo que había que hacer, entre otras cosas, dejar todas las armas fuera de la zona. Meia ya lo había supuesto y había dejado su pistola en el interceptor. Se quedó en ropa interior y dejó sus prendas en una taquilla, pero no sin activar antes un pequeño dispositivo incendiario, preparado para explotar y destruir todo lo que había en el armario dentro de dos horas si ella no volvía a desactivarlo antes. Si por cualquier razón se veía obligada a una fuga precipitada, no quería dejar ningún rastro de su identidad. Atravesó una sala de esterilización que bañó su cuerpo en luz ultravioleta para limpiarla de potenciales contaminantes. Al otro lado había estantes con unos trajes blancos holgados, cada uno con su equipo de respiración autónomo. Era mejor de lo que esperaba. El traje no ocultaría del todo sus rasgos, pero ayudaría.

Meia había elegido esa hora para entrar en la instalación porque, por lo que había observado, ésta parecía funcionar con horario diurno. Había visto salir a muchos ilyrios a lo largo de las horas que había pasado vigilando y no habían sido reemplazados por un número similar. El turno de noche, por tanto, era más tranquilo.

Unos senderos cubiertos unían las diversas partes de lo que en el pasado había sido el Proyecto Eden. A Meia, todos le parecían idénticos, pero claramente también debían de parecerse a muchos de los que trabajaban allí porque en cada cruce había un gráfico con un plano que mostraba la ubicación del cruce e identificaba las zonas inmediatas. Había un restaurante, varios laboratorios, un gimnasio y diversas salas señalizadas tan sólo con cifras y letras. Meia no sabía qué estaba buscando y se planteó abordar a alguien y preguntarle —seguramente de una forma dolorosa y posiblemente letal—, pero decidió que, a falta de una víctima a la que torturar, un buen lugar por donde empezar era una de las cúpulas geodésicas que se alzaban sobre los otros edificios como los ojos de un gran insecto enterrado.

Ya se estaba haciendo una ruta mental sobre el plano cuando un siseo a sus espaldas le anunció que se abría una puerta. Se arriesgó a echar una mirada por encima del hombro y vio salir a dos ilyrios vestidos de blanco de una sala oscura y de techo bajo, justo a su espalda. Vislumbró vitrinas de cristal y formas desconocidas



dentro. Los ilyrios ni siquiera se fijaron en ella cuando la puerta se cerró tras ellos.

Una vez comprobó que se habían ido, Meia pasó la tarjeta de identidad de la difunta doctora Sidis por la cerradura. La puerta se abrió al instante y le dio la bienvenida saludándole con su nombre la misma voz que antes. Se preguntó si la identificación de Sidis le daría acceso sin límites o si una tentativa de entrar en una sala o área restringidas dispararía alguna alarma. No quería verse en el brete de salir de Eden abriéndose paso por la fuerza. Prefería un enfoque más sutil de su oficio.

Cuando entró se encendió una luz cenital baja que iluminó un pasillo formado por dos líneas paralelas de vitrinas, llenas de lo que parecía un fluido conservante. Cada vitrina contenía un mamífero, siguiendo un orden ascendente de tamaño. El más pequeño era un gato; el más grande, un caballo; pero todos estaban horriblemente mutilados, sus cuerpos se veían hinchados y dislocados, como si primero les hubieran roto los huesos y luego se los hubieran encajado mal, y una enfermedad hubiera deformado su musculatura. Los daños en sus cabezas eran todavía peores: los cráneos estaban partidos o, en algunos casos, completamente despedazados. Meia los fue examinando de cerca uno por uno y concluyó que las heridas las había causado algo que surgía del interior más que una fuerza externa. Al fondo de la sala encontró tarros más pequeños, que contenían fetos animales en diversos grados de desarrollo. También estos cuerpos estaban gravemente dañados, aunque algunos eran tan pequeños que no pudo identificar la especie a la que pertenecían. Intentó encontrar registros de las operaciones quirúrgicas, o de cualquier otro tipo, que hubieran dejado a los animales en su triste estado, pero no había nada. La sala no era más que un archivo, un espacio de almacenamiento de una serie de experimentos en apariencia fallidos, pero ¿qué fin habían tenido?

Al fondo, una pequeña ventana daba a una de las cúpulas geodésicas más pequeñas. Dentro de ésta vio lo que parecían bolsas de fertilizante con plantas deformadas que crecían de ellas. Miró con más atención y se dio cuenta de que no eran bolsas. Lo que veía eran cuerpos; cuerpos humanos que de alguna forma habían sido «sembrados», aunque no era capaz de decir con qué. Regresó a la puerta principal y pulsó el botón de salida, pero al instante, sin haberse movido, apretó el de «cerrar». Al otro lado pasó un grupo de cuatro ilyrios que pudo ver fugazmente mientras el hueco de la puerta se iba estrechando. Una camilla que funcionaba de forma electrónica flotaba entre los cuatro y sobre ella yacía un varón humano vivo, sujeto con correas.

Meia esperó unos segundos, sólo entonces salió y les siguió.

El quirófano tenía una galería de observación, disimulada con cristal ahumado, y desde ahí Meia vio lo que estaba pasando. A todas luces, algo había salido mal; los cuatro ilyrios transpiraban un aire de alarma controlada mientras preparaban al humano para la cirugía. Colocaron una máscara en la cara del humano, un escáner

elevado reproducía en su integridad el funcionamiento interno del hombre en una pantalla situada a la izquierda de la mesa de operaciones. Tenía el cráneo afeitado.

—Estamos perdiendo constantes vitales —advirtió uno de los cirujanos.

Pero a Meia las constantes vitales del hombre le parecían estables. El ritmo cardíaco era un poco rápido, pero, aparte de eso, no corría peligro alguno que ella pudiera ver.

—Está preparado para la craneotomía —dijo una enfermera.

—Dadle la vuelta.

El paciente fue desplazado con mano experta, dejando al descubierto la parte de atrás del cráneo para el cirujano, que realizó la primera incisión, un corte largo y vertical desde la coronilla hasta casi la base del cuello.

Meia cambió de postura para ver mejor la operación y la pantalla que mostraba el organismo del hombre. Algo no encajaba. Estiró el cuello y pudo distinguir mejor la pantalla. Hasta ese momento no había podido ver la reproducción del cráneo del hombre, pero de repente descubrió su interior. Se quedó boquiabierta.

Entonces se abrió la puerta a su espalda y entraron dos ilyrios con batas azules. También llevaban insignias de la DDC.

—Doctora Sidis —dijo el primero—. Hemos visto que estaba en el edificio. No esperábamos...

Se calló al ver la cara de Meia.

—Un momento, usted no es Sidis. ¿Qué está haciendo aquí?

—Yo podría hacerle a usted la misma pregunta.

Ya se había empezado a mover hacia ellos cuando el segundo médico se lanzó hacia un botón de alarma. Sus dedos llegaron a rozarlo, pero fue lo último que hizo antes de morir, porque una patada de Meia le rompió el cráneo. El primer médico tuvo más suerte. Se aprovechó de la distracción provocada por su colega para abalanzarse sobre Meia. Ésta vio un destello de acero y sintió un dolor abrasador cuando el escalpelo le cortó el brazo derecho, pero antes de que el médico pudiera atacar de nuevo, ella le dio un golpe de refilón en un lado de la cabeza que lo derribó contra una mesa en un rincón de la sala. El escalpelo rodó por el suelo y se perdió de vista bajo una consola.

Meia había quedado entre el médico y la puerta. Él la miraba, sus ojos vieron el tajo que el escalpelo había hecho en el traje de Meia. Le goteaba sangre de la herida, pero también brotaba una espuma de espeso fluido amarillo y un trozo roto de tubo asomaba en el material.

—No —dijo él—. No es posible. Todos fuisteis destruidos.

—Todos, no —dijo Meia—. Yo, no.

Sabía que el médico iba a abalanzarse sobre ella. Lo supo antes que él mismo. Lo vio en su cara, en sus ojos, de manera que cuando él se movió, ya lo estaba esperando. Su propia furia la sorprendió. Nunca olvidaba su naturaleza, pero la forma en que había hablado el médico —el inocultable pánico que ella le producía, su

conocimiento del genocidio planificado— había despertado sentimientos latentes. Cuando él saltó hacia ella, Meia lanzó un golpe con la mano izquierda, con el puño apretado con fuerza. La potencia del impacto lo alcanzó de lleno en el pecho y lo dejó clavado contra la pared, con los dedos de los pies oscilando a medio metro del suelo.

El ilyrio balbuceó con un borboteo mientras echaba sangre por la boca. Se estremeció al bajar la mirada hacia la caja torácica. El brazo izquierdo de Meia estaba enterrado en ella hasta casi el codo. El médico intentó hablar pero no pudo pronunciar una sola palabra. Además, a Meia tampoco le interesaba. Dijera lo que dijese, carecería de sentido. Estaba agonizando y los moribundos siempre intentan gritar alguna variante de la palabra «no».

Meia retiró el puño a la vez que la vida abandonaba al médico. El cuerpo se derrumbó en el suelo, y su sangre goteó desde los dedos de Meia a la cara del caído. En algún lugar, a lo lejos, sonó una alarma. Había llegado el momento de marcharse de allí. Abajo, el equipo de cirujanos había evacuado el quirófano. Sólo seguía allí el cuerpo del humano, cuyas constantes vitales se habían apagado. Le habían abierto el cráneo y el cerebelo había quedado al descubierto.

Pero lo que Meia había atisbado en la pantalla, enrollado como un gusano alrededor de su bulbo raquídeo, había desaparecido.

El gobernador Andrus se paseaba furioso delante del capitán del deslizador que acababa de llegar. La nave negra había intentado aterrizar en el patio interior, pero se le había negado el permiso. El vehículo personal del gobernador había sido trasladado rápidamente al patio y aparcado allí para dejar claro a la Securitat que seguía siendo la residencia de Andrus, no la sede de la policía secreta. El oficial fue interceptado a las puertas del castillo y, entre protestas, fue llevado ante el gobernador. Iba, sospechaba Andrus, de camino a informar a Syrene.

Los militares monitorizaban con atención todos los vuelos que llegaban de las Highlands; era importante mantener la ficción de que el gobernador era un padre angustiado por la situación de su hija, un papel que a Andrus no le costaba interpretar. Aunque sabía que Syl y Ani se encontraban en manos de la Resistencia, eso no implicaba que estuvieran a salvo. Andrus no compartía la confianza de Meia en la Resistencia; sabía que entre sus filas había a quienes les encantaría retener a Syl como rehén, y éstos eran los buenos. Había otros que con gusto la matarían y se la devolverían a su padre en pedazos.

La situación se complicaba todavía más con los rumores sobre la destrucción de al menos una nave de la Securitat y la muerte de un número sin confirmar de securitats y galateanos. Andrus quería saber qué estaba pasando, pero hasta ese momento el inquieto y tenso capitán le había dado poco más que su nombre y rango. Andrus volvió a clavarle una mirada iracunda.

—A ver, como se llame...

—Beldyn —dijo el hombre—, capitán Beldyn.

—No me importa quién sea. Voy a decírselo por última vez: quiero un informe completo de los progresos que se hayan realizado en la búsqueda de mi hija o haré que desaparezca en las mazmorras del castillo.

—Yo sólo puedo repetirle lo que ya he dicho. Mis órdenes son actuar de enlace entre el mariscal Sedulus y la Archimaga Syrene. La operación de rescate es una cuestión muy delicada. La vida de su hija no es la única que corre peligro. La seguridad del gran cónsul debe ser nuestra prioridad.

Andrus dio un puñetazo en la mesa.

—¿Debe ser? Como padre de una niña desaparecida, me perdonará si difiero.

Beldyn esbozó una pequeña y extraña sonrisa.

—Señor, puedo informarle con certeza de que estamos buscando tanto a su hija

como a su amiga. La Archimaga Syrene fue inflexible al respecto. Insistió mucho. Por otra parte, la situación está bajo control.

Andrus no pudo evitar reírse.

—¿De verdad? Me han llegado rumores de naves que han explotado y soldados muertos. A mí me da la impresión de que se enfrentan a un levantamiento, capitán. Quizás haya llegado el momento de que intervenga el Ejército.

—Le comunicaré sus preocupaciones al mariscal Sedulus, Lord Andrus. Ahora debo insistir en que me permita ir a buscar a la Archimaga o...

—¿O qué? Si yo fuera usted, tendría mucho cuidado con cómo acabo la frase, capitán.

Beldyn cerró la boca y guardó silencio.

—Fuera de mi vista —ordenó Andrus.

Observó a Beldyn mientras salía dando grandes zancadas, reprimiendo el impulso de ayudarle con una buena patada. Apenas podía reprimir las ganas de desfogarse atacando al primero que se le pusiera por delante, su frustración era tal que la sentía como un dolor en los dientes, el cuello y la columna.

Se volvió hacia Balen, que estaba sentado a su mesa hojeando unos papeles, como siempre, pero visiblemente distraído, cosa que era más rara. Syl siempre había sido una de las preferidas de Balen, como lo había sido antes que ella su madre. De hecho, Andrus había pensado a menudo que Balen sentía el encaprichamiento de un escolar por Lady Oriane; cuando ésta falleció, el secretario pareció traspasar la mayor parte de ese afecto a su hija. Mientras crecía, Syl había sido una visitante asidua de la oficina de su padre, y Andrus la había encontrado sentada muchas veces detrás de la mesa de Balen haciendo los deberes escolares bajo su atenta tutela. Balen le habría perdonado a Syl cualquier cosa, incluida la traición, y la profundidad de su preocupación por la situación de la chica era evidente. Andrus estuvo a punto de contarle la verdad sobre el accidente, pero optó por no hacerlo. Balen tendía a delatar sus emociones como un libro abierto, y en el castillo muchos lo tenían por un barómetro del estado de ánimo del propio gobernador. Por ahora era mejor que supiera tan poco como fuera posible, así no tendría que fingir.

—¿Por qué no vas a tus aposentos y descansas un rato? —le propuso Andrus—. No has dormido desde el accidente.

—Con todo el respeto, gobernador, usted tampoco.

—De eso se trata: uno de nosotros debe tener la cabeza clara. Duerme un poco, Balen. Me serás más útil descansado que agotado.

Balen se levantó. Estaba tan exhausto que se tambaleó.

—Acuéstate —dijo Andrus—. No te preocupes, haré que te despierten si es necesario.

Balen obedeció. Andrus se quedó de pie, sin saber muy bien qué hacer para mantenerse ocupado. No había tenido más noticias de Meia. No debería haberle permitido ir a Eden. La necesitaba aquí. Era su contacto con la Resistencia y la única

garantía del regreso de su hija sana y salva.

Transcurrió una hora. Estaba harto de no hacer nada. Había llegado el momento de pasar a la acción. Convocó a Danis. Cuando llegó el viejo general, le acompañaba, siguiendo las instrucciones de Andrus, Peris, el capitán de la guardia del castillo y uno de los veteranos de más confianza del gobernador.

Al cabo de una hora, Peris, cumpliendo órdenes del gobernador, había reunido un pelotón militar listo para partir hacia las Highlands.

Mientras Andrus se mortificaba, los objetos de sus desvelos, calados por la humedad, proseguían su ardua marcha a través de las Highlands. Eran un grupo de diecinueve en total, entre ellos Ani, Syl y Gradus, que caminaba como un zombi, con ojos que no veían y pasos maquinales. Syl se había aprendido los nombres de todos los humanos. Estaban Heather, claro, y la pequeña Alice, que hacía buena parte del trayecto caminando junto a Syl y Ani mientras su madre lloraba la pérdida de Tam. Alice también había llorado por él, pero no culpaba a Syl y a Ani de los crímenes de otros ilyrios, lo que la distinguía de algunos de los demás de la partida, como el mezquino Duncan y una mujer fibrosa, Aggie, que había rechazado la ayuda de Syl un poco antes, durante la marcha. La animadversión de ambos hacia los ilyrios no había disminuido desde que se habían enterado de la brutalidad de los sucesos de Durroch. Just Joe había utilizado un transmisor de onda corta para enviar una serie de mensajes en código Morse y la noticia de lo que había ocurrido en la aldea había provocado reacciones agresivas.

—Tendríamos que matarlos —dijo Duncan señalando a los tres ilyrios—. Tendríamos que empalar sus cuerpos para que los encuentren los suyos. Eso les servirá de lección, sin duda.

—Los de la aldea eran personas inocentes, Joe —dijo Aggie—. Tú los conocías a todos por su nombre. Habías comido en sus casas, habías jugado al fútbol con sus hijos. La mayoría están ahora muertos..., y han sido los suyos quienes los han asesinado —añadió señalando a Syl.

No eran de los míos, quería decir Syl, pero sabía que más le valía no interrumpir. Paul y Steven, junto con Mike y Seán, habían ocupado posiciones cerca de los tres ilyrios. Seán incluso le había dado un arma a Steven, cosa que intranquilizó a Paul. Estaban ahí para que a nadie le cupiera duda de que no se permitiría ninguna agresión a los ilyrios, que contaban todavía con la protección de Just Joe, aunque éste había dejado claro que no se dispararía, a no ser que él diera la orden. Otros tres apoyaban a Just Joe: una mujer llamada Kathy —que se había presentado en la granja poco antes de que salieran con una batería nueva para la radio de onda corta— y sus lugartenientes de confianza, el mal encarado Logan y el pequeño y ágil Ryan.

De parte de Aggie y Duncan había dos hombres, Frank y Howie, que parecían gemelos pero en realidad eran primos. Hasta ese momento no se habían mostrado especialmente hostiles hacia los ilyrios, pero tenían un tío que vivía en Durroch y

nadie sabía si se contaba entre los muertos.

Heather y Alice se mantenían aparte de ambos grupos, así como un joven musculoso que se hacía llamar AK y el marido de Aggie, Norris, un tipo corpulento que más parecía un buey que un hombre, y que miraba a su esposa con una mezcla de frustración y admiración. A Syl le costaba imaginar qué tipo de discusión tendría más tarde la pareja por el hecho de que él no pareciera apoyarla.

—Lo sé bien, Aggie —dijo Just Joe—. No creas que no me duele, por Tam sobre todo. Pero eso no cambia el hecho de que estas dos jóvenes arriesgaron sus vidas por dos de los nuestros y no recuerdo que hayan asesinado a nadie en Durroch. Matarlas como venganza no nos servirá de nada, y no nos hará mejores que aquellos que asesinaron a nuestros amigos. Daremos con los responsables y lo pagarán, pero no permitiré que derrames sangre aquí.

—¿Y qué pasa con el otro? —inquirió Duncan señalando a Gradus—. ¿A quién ha salvado ése?

—Es importante —respondió Just Joe—, tal vez más importante de lo que ninguno de nosotros pueda imaginar.

—Pues más motivo para decapitarlo y dejar por ahí su cabeza para que la encuentren —dijo Aggie y los dos primos expresaron su apoyo a gritos.

—Tenemos que llevárselo a Green Man —dijo Just Joe—. Ésas son mis órdenes, y también las vuestras. Si no os gustan, no pintáis nada aquí. ¿Queréis marcharos?, ¿Aggie?, ¿y vosotros, Howie y Frank? Siempre habéis sido leales. No me decepcionéis ahora. Y tú, Duncan, entiendo tu rabia, porque yo también la siento, pero ya encontraremos otra válvula de escape. Por el momento os necesito a mi lado. Todavía nos persiguen y el mayor daño que podemos hacerles a los ilyrios ahora es impedirles que rescaten a los tres que llevamos. ¿Ha quedado claro?

Hubo murmullos entre los descontentos, pero por el momento quedó aparcado el cuestionamiento de la autoridad de Joe. Aggie volvió junto a su marido y le puso tan mala cara que pareció que se le iba a agrietar, mientras él permanecía imperturbable. Howie y Frank compartieron un poco de whisky de un botellín, y dio la impresión de que, en secreto, se sentían aliviados de que la discusión no hubiera acabado con violencia. Eran gregarios, no líderes, y al final siempre se pondrían de parte del más fuerte en cualquier grupo; y en ése, el más fuerte, de momento, seguía siendo Just Joe.

Pero Duncan se escabulló y no volvieron a verlo hasta que Just Joe anunció que ya habían descansado bastante y era hora de reemprender la marcha. Syl lamentó la vuelta de Duncan, que reapareció subiéndose la cremallera de los pantalones, con una manzana metida en la boca. Había esperado que hubiera desertado.

Marcharon hasta bien entrada la noche. Syl y Paul caminaban juntos, a veces con Alice entre ellos. Cuando la niña se cansó de andar, se turnaron para llevarla a



hombros y al final se quedó dormida encima de Paul. Hablaban en voz baja, contándose detalles de sus infancias, que habían sido muy distintas, compartiendo sus intereses de antes de que se vieran arrastrados a esa guerra brutal: la pasión de Syl por el arte y los libros; la fascinación de Paul por toda la música y sus intentos de tocar la guitarra. Al rato, Paul le contó a Syl la muerte de su padre, y ella a su vez relató la de su madre, y aunque ambos todavía sentían el viejo dolor que perduraba, había algo tranquilizador en su conversación, las palabras fluían con facilidad.

Sin mucha más opción, Ani y Steven habían empezado a caminar juntos también, cada uno mirando de reojo al otro, y echándose una mano si a uno le costaba ascender o caminar por la tierra cenagosa y blanda. A decir verdad, Ani nunca había hablado mucho con humanos, al menos no presentándose con su auténtica personalidad, como ilyria. Se saludaba educadamente con algunos que eran lo bastante dignos de confianza para servir en el castillo, y le gustaba pensar que no se comportaban de una forma muy hostil hacia ella. En realidad, la mayoría se mostraban amistosos, pero no era tan ingenua para ignorar que, en el fondo, les molestaba su simple presencia allí.

Sin embargo, había aprendido a relacionarse con ellos extramuros del castillo. Al principio, se sentaba disfrazada en los rincones oscuros de cafeterías tranquilas, a veces fingiendo que leía para poder mantener la cabeza gacha y no llamar la atención. Más tarde, a medida que se hacía más consciente de sus poderes, pudo entablar conversaciones con algunos de ellos, nublando sus mentes sólo lo necesario para evitar que la reconocieran como ilyria. Los ancianos eran los más fáciles de engañar; los niños, los más difíciles. Éstos parecían verla tal como era, tanto daba lo mucho que se esforzara. Ani había concluido que se debía a que los niños todavía no habían empezado a sufrir el desencanto que parece consustancial a toda vida adulta, y resultaba más sencillo engatusar a quienes ya se engañaban a sí mismos.

A veces veía emerger la duda en un rostro cuando un humano empezaba a sospechar que algo no encajaba, pero no era capaz de identificar la fuente de su inquietud. Cuando eso sucedía, se concentraba más, o si creía que no iba a sacar nada más interesante de la conversación, simplemente lo dejaba. Sin embargo, lo normal es que insistiera porque le servía de práctica, era una forma de afinar las habilidades que estaba desarrollando. En cierto sentido, lo que hacía tenía tanto de simple timo como de ejercicio de poderes psíquicos; había aprendido que los humanos y los ilyrios por igual querían creer ciertas cosas del mundo. Su papel consistía en descubrir la naturaleza de esas creencias —o deseos— y satisfacerlas. Así, un anciano humano podía querer creerse en secreto que la que estaba sentada delante de él era una bonita joven, fascinada por las historias que le contaba y, en ese caso, buena parte del trabajo de Ani ya estaba hecho. De manera semejante, una mujer solitaria con un novio gilipollas querría un oído comprensivo, que la entendiera. Ani había aprendido a realizar muy leves cambios en su personalidad para rellenar temporalmente esos vacíos en las vidas de otros, y una vez había conseguido superar sus defensas, podía comprenderlos mucho mejor. Como había descubierto Meia, tenía madera para

convertirse en una espía muy buena.

Lo que no tenía Ani era el menor deseo de ser espía. Poco a poco se había dado cuenta de que participaba en todas esas conversaciones de incógnito, interpretando un papel que estaba casi siempre determinado por otro. Y así fue como, desde su más tierna juventud, había descubierto la gran y temible verdad sobre los espías: que pasaban tanto tiempo disfrazados y fingiendo que eran algo que no eran que, al final, perdían sus propias identidades y se convertían en sombras de sí mismos.

Al principio, Steven había caminado al lado de Ani un tanto cohibido. Después de sus torpes conversaciones en el camión durante el largo viaje al norte, todavía parecía impresionado por ella. Eso la hacía sentirse un poco menos celosa de Syl, porque cuando se reunió con su amiga y la vio con Paul, Ani se percató al instante de que se estaba estableciendo un profundo vínculo entre los dos. Todavía estaban dando vueltas uno alrededor del otro, inseguros de sus sentimientos, sin saber si era siquiera posible que existiera una relación entre ellos. Los dos habían sido carceleros y cautivos, y años de enemistad separaban a sus especies.

Y ésa era otra: como Ani le había recordado a Syl, Paul y ella eran de especies distintas, tal vez no demasiado diferentes en muchos sentidos, pero aun así distintas. Aunque, bien mirado, las opiniones de Ani sobre esas cuestiones habían empezado a cambiar sutilmente. Había visto a Althea con el humano llamado Trask, y ahora estaba presenciando cómo Syl y Paul comenzaban su dubitativo cortejo. Tal vez los varones y las hembras siempre eran unos extraños entre sí, y la relación que estaba naciendo entre Syl y Paul era simplemente una variación un poco más complicada de un asunto ya de por sí complejo.

Y por eso, Ani no desdeñó los pequeños gestos amables de Steven como habría hecho antes. Ahora todos estaban en fuga y era probable que compartieran castigos similares si los atrapaban. Lo que había empezado como intercambios de apenas un par de palabras —un agradecimiento por la ayuda prestada para salvar unas rocas, su mano cálida sobre las suyas, su agarrón inesperadamente fuerte; una pregunta acerca de si tenía frío, o hambre o estaba empapada, seguida del intento de resolver el malestar— dio paso enseguida a conversaciones más largas, y ella descubrió que se alegraba de tenerlo como compañero de viaje. Era más callado que su hermano, y más propenso a escuchar que a hablar. Con todo, se fijó en que de vez en cuando él le hacía alguna sugerencia en voz baja a Paul, o incluso al propio Joe, y a menudo los otros asentían para mostrar su acuerdo, o se detenían para pensar lo que acababa de decir, como si Steven les hubiera hecho ver la situación desde una perspectiva distinta. Era más sensible que su hermano, y eso implicaba cierta clase de inteligencia; su sensibilidad significaba que estaba más abierto a las experiencias y esa apertura traía consigo mayor comprensión. Steven nunca sería un líder, ni quería serlo, pero se convertiría en el tipo de hombre en el que se apoyaban los líderes.

—¿Te gusta? —le preguntó susurrando Syl mientras estaban tumbadas y temblando de frío en las ruinas de una granja, esperando a que un inesperado

chaparrón de lluvia gélida cesase y pudieran recorrer unos cuantos kilómetros más en la oscuridad.

—Sí —dijo Ani—, me gusta. No como a ti te gusta Paul, pero me cae bien.

Syl le sonrió.

—Tal vez eso también llegará, ese otro tipo de simpatía.

—No —dijo Ani y en su tono de voz no hubo la menor vacilación—, y es joven.

—Se hará mayor dentro de nada.

Pero Ani no respondió.

Se detuvieron para descansar poco antes del amanecer. Incluso Syl, con su vista más aguda que la de los demás, apenas podía distinguir algo del paisaje que la rodeaba, y las estrellas habían desaparecido del cielo tras las nubes. Deseó poder ver el cielo nocturno; ella era hija de la inmensidad del universo, y tenía una idea más clara de su lugar en él que los humanos con los que caminaba. Esta especie no se había alejado de su planeta más allá de su propia luna, pero Syl había sido concebida en el espacio exterior, sus células se habían dividido y crecido en el vientre de su madre mientras sus progenitores cruzaban el universo, y ver aquellos centelleos en la oscuridad la consolaba, aun cuando su luz procediera de estrellas que ya no existían.

Vio que Howie se apartaba del grupo y recorría un breve trecho para aliviarse contra una roca. Luego, Duncan se levantó y se dirigió a los arbustos. Oyó orinar a Howie y, al poco, otros hombres y mujeres lo imitaron. Era desagradable oírlo, pero le recordó que también lo necesitaba y que Paul era reacio a perderla de vista después de lo que había pasado en la granja.

—Tendrían que andarse con más cuidado —le dijo a él.

—¿Qué?

Paul sonó cansado, e irritable, consciente de las continuas murmuraciones de Aggie y Duncan, que le acusaban de intimar demasiado con la chica alienígena, de que la prefería a las de su propia especie. Si Duncan y aquellos que pensaban como él sobre los cautivos ilyrios llegaban a atraer a su causa a los suficientes miembros del grupo para arrebatarse el liderazgo a Just Joe, Paul sabía que había muchas posibilidades de que también los mataran a su hermano y a él, no sólo a los ilyrios.

—Cuando orinan —dijo Syl—. No tienen cuidado. Lo hacen en cualquier parte, sin pensarlo. Tienen que excavar un hoyo y cubrirlo cuando hayan acabado. Sabes que mi gente utilizará agrones para seguir nuestro rastro a ras de suelo, y los agrones son capaces de ver bien en el espectro ultravioleta. La orina destacará como un amarillo brillante. ¿Has visto a toda esa gente que se ha apartado para mear mientras estábamos de camino? Han dejado un rastro fácil de seguir. Hasta yo soy capaz de distinguir leves trazas.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

—Porque no se me ocurrió. ¡Porque nunca me han seguido! Ahora yo también tengo que ir, pero yo sí excavaré un hoyo.

Paul se ruborizó.

—Iré contigo —dijo.

—¿Y qué pretendes hacer, sostenerme la mano?, ¿leerme un cuento?

—Se supone que no puedo perderte de vista.

—¿Y adónde quieres que vaya? Estoy en el medio de la nada, y te olvidas de que por lo que a los ilyrios respecta, soy una criminal y una traidora. Me detestan, y aunque tu gente me aborrezca también, por el momento creo que tengo más posibilidades de salir adelante con vosotros que con los ilyrios. Si eso cambia, tú serás el primero en saberlo. Y ahora, si me disculpas...

Se levantó y se alejó pisando fuerte. De camino, pasó por delante de Ani. Steven estaba sentado a su lado y compartían una tableta de chocolate.

—Vaya, sí que hacéis buena pareja —comentó Syl.

Ani le clavó una mirada irritada, con una onza de chocolate ante la boca.

—¿A qué te refieres? —preguntó—. ¿Y adónde vas de tan malhumor?

—Voy a mear, si te parece bien.

—¿Quieres que te acompañe?

—¡No, no quiero! Lo último que quiero es compañía. Quiero pasar un par de minutos a solas, y si alguien más se ofrece a acompañarme, tendré que ponerme a vender entradas.

—Vale, vale —dijo Ani—; en ese caso no iré.

—¿No se supone que Paul debe estar pegado a ti? —dijo Steven.

Syl levantó un dedo de advertencia y le apuntó.

—Basta —advirtió—. Ni se te ocurra.

Le dio la espalda y se alejó pisando fuerte, sin hacer caso a las miradas de los humanos, sin importarle si eran hostiles o simplemente curiosas. Vio a Gradus desplomado contra una roca. Seguía siendo poco más que un zombi andante; no había intentado hablar con él, pero sabía por Paul que todavía no reaccionaba a ningún estímulo. Duncan había llegado a apagarle una colilla en el brazo sin resultados. Y tomarse ese interés le había costado que Just Joe le propinara un puñetazo en el estómago.

—Déjalo en paz —le había advertido Just Joe—. Nos ocuparemos de él cuando lleguemos junto a Green Man.

—Si es que para entonces sigue vivo —respondió Duncan.

—Si le pasa algo, tú le harás compañía en el otro mundo. Por el momento, mantente alejado de él, ¿me has entendido?

Pero Duncan se limitó a sonreír y se alejó provocador. Había sorprendido a Syl mirándole y el cambio en la expresión del hombre hizo estremecer a la joven. En aquella mirada había odio, pero también deseo, y eso la asustó todavía más.

Encontró un rincón tranquilo en una pequeña hondonada, y cuando se cercioró de que estaba sola, hizo lo que tenía que hacer. Siguió sus propios consejos y excavó con cuidado un pequeño agujero, primero con las manos, y cuando hubo acabado lo tapó. Utilizó un poco del agua que llevaba en la mochila para lavarse las manos y se

salpicó la cara para espabilarse. Estaba muy cansada, pero sabía que Joe podía optar por reemprender la marcha en cualquier momento. Estaban en las lindes de una zona boscosa, lo que al menos les proporcionaba cierta protección, pero Joe estaba ansioso por poner cuanta más tierra de por medio pudiera entre ellos y sus perseguidores. Paul le había dicho que se encontraban a un día de camino de Green Man, pero cuando intentó presionarle para que le revelara la identidad del hombre, simplemente se había encogido de hombros y había mirado para otro lado. Syl sospechaba que él no sabía más de Green Man que ella.

Se enjugó el agua de los ojos y bebió la que quedaba en la botella. Oía un arroyo cerca. Sonaba como si estuviera al otro lado de la hondonada. Podría rellenar la botella y así se ahorraría tener que pedirle a Paul de la suya, u obligarle a que le pidiera a su vez a Norris. Norris era el encargado de la intendencia, de las provisiones, y hacía las veces de mula de carga humana, acarreando más agua, comida y municiones que los demás sin quejarse. Sólo ponía mala cara cuando alguien le pedía más. Vivía con el temor constante de quedarse sin algo y la forma más fácil de asegurarse de que tendría provisiones era no dar de nada.

Syl encontró el arroyo, llenó la botella y bebió un largo trago. El agua era pura y estaba fresca. Se sintió un poco mejor, pero también le recordó que, a diferencia del líquido, ella no estaba precisamente limpia, aparte de muy cansada. Se dejó caer en la hierba, se pegó las rodillas al pecho y apoyó la frente contra ellas. Intentó poner un poco de orden y dar sentido a la serie de acontecimientos que la habían llevado a esa situación, empezando por su decisión de saltarse las clases el día de su cumpleaños e ir a la ciudad. Había sido un error, concluyó. Si no lo hubiera hecho, todo habría sido distinto. Ani y ella no habrían conocido a Paul y a Steven y su vida segura y protegida en el castillo no se habría visto alterada.

Pero ¿habrían muerto Paul y Steven si ella no se hubiera aventurado extramuros?, y, de haber sido así, ¿le habría importado? Le gustaría pensar que sí, que le habría importado y que habría hecho lo posible por convencer a su padre para que lo impidiera, pero no se habría implicado en ningún descabellado plan de rescate. Quizá Meia habría encontrado otra forma de salvarlos. Quizá, sí, quizá, quizá.

Pero no habría conocido a Paul...

Estaba demasiado exhausta para ponerse a examinar sus sentimientos hacia él con mucha profundidad. Sólo sabía que sentía algo, y que, a su vez, él sentía algo por ella. No quería llamarlo amor. Era demasiado pronto para eso. De lo único que estaba segura era de que se alegraba de que sus caminos se hubieran cruzado, fueran cuales fuesen las consecuencias futuras.

Oyó pisadas a sus espaldas y, como había estado pensando en Paul, alzó la vista esperando verlo allí. Pero a quien vio fue a un desconocido mirándola desde un punto elevado de la hondonada. Llevaba ropas de camuflaje sucias y sostenía un antiguo rifle de cerrojo en las manos. Al rifle le había añadido una bayoneta. Era un reflejo oscuro en la luz del lento amanecer. Syl supuso que el hombre rondaba los treinta o

cuarenta y pocos años. Las sombras del alba y el sombrero de lana que le cubría casi hasta los ojos impedían precisarlo más. La boca del arma apuntaba directamente a Syl.

—Abre la boca, pequeña zorra alienígena, y será lo último que hagas en tu vida —dijo.

Syl se puso en pie despacio. Pensó en echarse a correr, pero en ese momento otro hombre, vestido como el primero, apareció a su derecha y otros dos, más jóvenes, se asomaron por la izquierda. El arroyo, que corría rápido, cortaba su posible huida hacia el norte. Estaba rodeada.

—Es bonita —dijo uno de los más jóvenes. Tendría poco más de veinte y una cara curtida y cruel. En su boca la palabra «bonita» sonó sucia.

—Es ilyria —dijo su compañero, y en su boca la palabra «ilyria» sonó como un insulto. Era más pequeño que su interlocutor, y su cara tenía rasgos más suaves, pero no menos desagradables, afeminados. Syl sospechó que podría ser incluso más cruel que su amigo.

—A mí me da igual —dijo el primero.

—Nadie va a tocarla —atajó el del rifle—. Al menos, por ahora.

El hombre que estaba a la derecha de Syl se acercaba. Calvo, su ojo derecho no era más que una mancha blanca y ciega. Syl retrocedió alejándose de él hasta que notó el agua del arroyo en los pies. El del rifle se llevó el arma al hombro y le apuntó a través de la mirilla.

—Ni un paso más —dijo—, o te tumbo donde estás, te lo prometo.

De repente, una pequeña figura se abalanzó sobre él, empujando el cañón del rifle hacia arriba mientras lanzaba una patada rabiosa a la rodilla derecha del hombre. Syl se sintió tan aliviada al ver que Steven acudía en su ayuda que dejó de mirar al calvo que tenía a su derecha, que al instante se le echó encima. La fuerza del impacto la tiró al arroyo, aunque cayó en un punto poco profundo. El calvo cayó con ella, pero se recuperó más deprisa y se levantó. Se inclinó para agarrarla por el pelo, pero ella alargó rápidamente la mano derecha y cogió con fuerza una roca. Alcanzó a su atacante en un lado de la cabeza. Los ojos del hombre se apagaron y se desplomó inconsciente en el agua. En ese momento, los dos más jóvenes ya iban hacia Syl y se abalanzaron sobre ella a la vez. A uno le golpeó en el brazo izquierdo con la roca, aunque sin hacerle mucho daño, y él y su amigo le sujetaron los brazos a la espalda. Syl intentó gritar pidiendo ayuda, pero uno de ellos le tapó la boca con la mano, amortiguando el sonido.

Mientras tanto, en la elevación sobre ellos, el hombre armado se había recuperado de la sorpresa del ataque de Steven y con un giro del rifle hirió al chico en el pecho con la punta de la bayoneta, y de la herida empezó a brotar sangre. Syl oyó que Steven pedía a gritos ayuda a Paul, pero su voz sonaba angustiosamente baja frente al estrépito del arroyo y los latidos de la sangre que retumbaban en la cabeza de Syl. Las pulsaciones eran cada vez más fuertes y más ruidosas hasta que su visión se tiñó de

rojo. Sentía una presión creciente en el cráneo, como si el cerebro fuera a estallarle.

Steven se había desplomado en el suelo y el rifle se alzaba sobre él con la bayoneta preparada para descender y acabar con su vida. Syl mordió con fuerza la mano que le apretaba los labios y notó en la boca un regusto de sangre. Oyó un chillido de dolor y la mano se apartó.

Más tarde Syl intentaría recordar lo que había pasado a continuación, pero el recuerdo que guardaba era borroso, y sólo los muertos y los moribundos demostraban que aquello había sucedido de verdad. Había sentido que se adueñaba de ella una gran rabia, que nacía de algún punto en lo más hondo de su ser. Como una llama al prenderse, que pasaba del rojo al blanco, abrasando cuanto tocaba, pero el centro era el hombre con el rifle. Syl lo tenía en su mirilla como si fuera ella, y no él, la que apuntara un arma, salvo que ahora el arma era ella misma. Ya no la retenían ningunas manos y era vagamente consciente de los cuerpos que caían en el torrencial arroyo. Pronunció una palabra: «No», y, más tarde, recordaría lo tranquila, lo calmada y controlada que había sonado su voz. No fue un grito ni un chillido, pero la solitaria sílaba negaba la posibilidad de cualquier otro desenlace que no fuera el que imaginaba: la muerte del hombre del rifle.

El hombre se irguió como si le zarandearan y, en un único y fluido movimiento, le dio la vuelta al rifle de manera que ya no apuntaba a Steven sino hacia sí mismo. Entonces, sin la menor vacilación, apoyó la culata del arma en el suelo y la bayoneta en su propio pecho. Se detuvo un instante, y en sus rasgos pareció asomar la conciencia de lo que estaba a punto de hacer. Miró a Syl y en su rostro se dibujó una pregunta que estaba destinada a no plantearse porque la fuerza de la voluntad de Syl le obligaba a acabar lo que había empezado. Se dejó caer hacia delante y la bayoneta le atravesó el corazón. Su cuerpo se sacudió una vez y luego se quedó inmóvil.

Se escucharon gritos procedentes del campamento y siguió un breve tiroteo, pero Syl apenas lo oyó. Cayó de rodillas, mientras las pocas fuerzas que le quedaban la abandonaban de golpe. Miró al hombre muerto sobre la elevación, su cuerpo y el rifle en perfecto equilibrio, de manera que formaban un triángulo que se recortaba contra la luz del alba. Miró a derecha e izquierda. Los dos hombres jóvenes yacían aturdidos en el agua, pero todavía estaban vivos. El calvo seguía boca abajo en el arroyo y la sangre fluía de la herida en su cabeza. Sin saber cómo, Syl pudo darle la vuelta, pero tenía la cara lívida y vio que agonizaba.

La bruma que le nublabla la visión se disipó, el sonido de la sangre en su cabeza se iba apagando. Steven corrió chapoteando hacia ella, con la camisa enrojecida por la sangre. Le puso un brazo alrededor de la cintura, le levantó el brazo derecho para echárselo alrededor del cuello y tiró de ella para ponerla en pie.

—No les digas lo que he hecho —susurró. Estaba llorando—. Por favor, no se lo digas. No quería, pero iba a hacerte daño, a matarte. Yo no quería. Por favor, por favor...

—No se lo diré —dijo Steven y él también estaba llorando—. No les contaré



nada, Syl, te lo prometo.

Ahora se acercaba más gente, Paul y Ani entre ellos. Syl intentó decir algo, pero no le salieron las palabras.

Syrene había dado instrucciones para que no la molestaran, no mientras estuviera meditando, pero ahora su doncella principal, Cocile, estaba ante ella. Cocile se comportaba como una extensión de la Archimaga: hablaba con la voz de Syrene y era a la única a la que se permitía importunarla en cualquier momento, aun así, a Syrene le irritó la interrupción.

—¿Traes noticias? —preguntó.

—Sí, su eminencia. El mariscal Sedulus ha comunicado que ha encontrado el rastro del gran cónsul. Los agrones han localizado de nuevo su olor.

Syrene dejó escapar un suspiro de alivio. Su amado marido todavía no estaba a salvo, pero era un avance.

La doncella se demoró. Parecía incómoda.

—¿Hay algo más?

—Un fallo en la seguridad de Eden.

Syrene no pudo ocultar la inquietud ante la información.

—¿Qué tipo de fallo?

—Una científica fue asesinada. Un intruso accedió utilizando sus... restos. Otros dos científicos murieron durante la incursión. Parece que el intruso pudo presenciar una de las intervenciones. Una con un humano.

Una punzada de dolor atravesó el cerebro de Syrene. *Pánico. Alarma.*

—¿Sabemos algo sobre la identidad del intruso?

—Fue disfrazado todo el tiempo, pero es posible que resultara herido. Se ha recuperado material del escenario de los hechos.

—¿Material?

—Piel ProGen y lubricante interno. Su ilustrísima, el intruso era una forma de vida artificial.

A Syrene le costaba digerirlo. ¿Una forma de vida artificial, un Meca, aquí, en la Tierra? Todos habían sido destruidos. Se había dado la orden.

A Danis.

A Andrus.

¿Eran capaces, acaso, de una mentira de esa magnitud?

—Haz volver a Vena, que deje la búsqueda —ordenó—. Mándala a Eden. Dile que revise todos los sistemas de vigilancia, todas las cámaras secretas. Quiero conocer la identidad del Meca.

La intención de Meia había sido regresar a Edimburgo y contarle al gobernador Andrus lo que había visto en el Proyecto Eden, pero una llamada desde el castillo la había obligado a cambiar de planes. En cualquier caso, tampoco estaba muy segura de qué había visto exactamente en Eden: ¿algún tipo de plaga?, ¿una infección? Lo único claro era que habían introducido un organismo en el humano que se había propagado por su cuerpo, pero ¿qué sentido tenía hacerlo? Además, a Meia le dio la impresión de que el cuerpo huésped se resistía al intruso y, de hecho, parecía a punto de rechazarlo. Todo eso tal vez estuviera relacionado con los restos conservados de animales desmembrados que había descubierto. La única conclusión a la que podía llegar era que el parásito había sido rechazado por sucesivas especies de la Tierra, provocando la muerte del huésped, y que el humano era simplemente la última de esas desafortunadas criaturas.

Tal vez no debería preocuparse tanto. Los diplomáticos y los militares siempre estaban estudiando y haciendo experimentos con las nuevas formas de vida que encontraban. Pero había una creencia básica, un dogma para los ilyrios, y es que esos experimentos no podían llevarse a cabo con especies avanzadas, aunque se sabía que los científicos de la Securitat hacían en secreto caso omiso a tales sutilezas. La humanidad era la raza más avanzada que habían encontrado hasta el momento. Lo que se estaba haciendo a los humanos en Eden no sólo era inmoral, era ilegal.

Pero entonces recibió la llamada, y tuvo que olvidarse de Eden por un tiempo. Meia era una espía y los espías dependen de otros espías: ella contaba con una red de confidentes tanto dentro como fuera del Castillo de Edimburgo, algunos de ellos en las mismas narices del gobernador. La noticia de que Peris había sido enviado a las Highlands con un equipo de asalto daría problemas. La Resistencia tenía a Syl y a Ani —y, de hecho, a Gradus, cuya captura debió de resultar una más que inesperada gratificación para ellos—, y Meia no había oído nada que indicara que no estuvieran vivos, y a salvo. Ella sabía cuál era el punto de destino del grupo: se trataba de un lugar razonablemente seguro, siempre que pudieran llegar sin que los interceptaran Sedulus y los securitats.

La decisión de Gradus de tomar el mismo vuelo que Syl había resultado catastrófica para Meia. Si la joven ilyria hubiera ido sola en la lanzadera, todo habría salido bien, y Sedulus y su Securitat no habrían tenido motivos para implicarse en la búsqueda posterior. Andrus y Meia se habrían asegurado de que los perseguidores ni se les acercaran y podrían haber mantenido a Syl y a Ani ocultas hasta que una negociación garantizase que no serían castigadas con excesiva severidad por lo que habían hecho. En caso necesario, Meia podría haberlas ocultado durante años, incluso fuera del planeta, si los diplomáticos se hubieran mostrado remisos a ceder en la cuestión del castigo. Pero ahora Gradus se había convertido en el centro de la búsqueda, y el futuro de Sedulus dependía de su regreso sano y salvo. Sedulus era

peligroso y ambicioso, pero no tenía un pelo de tonto, e incluso las Highlands tenían sus límites. Si perseveraba, como sabía Meia que haría, acabaría dando alcance a su presa y la acorralaría. Sedulus odiaba a Andrus y a Danis, y Meia pensaba que si sus hijas morían en las Highlands, él dormiría tan a gusto como siempre, o más.

Ahora Peris y el equipo de asalto habían complicado la situación todavía más. Meia sabía lo que haría Peris. Era un soldado experimentado, inteligente y capaz. Por las noticias que le habían llegado, el empeño de Sedulus de llevar a cabo un rescate rápido y triunfal había acabado en una carnicería. Para encontrarle, lo único que había que hacer era seguir el rastro de los cadáveres que iría dejando. Peris seguiría a Sedulus con la esperanza de poder arrebatarse a Syl y a Ani de las manos, pero si Peris empezaba a matar a miembros de la Resistencia en un descabellado plan de rescate, habría gente de la Resistencia que estaría encantada de meter unas balas en las cabezas de las chicas como represalia.

Meia no podía ponerse en contacto con Peris, pues él mantenía en silencio la radio por temor a que cualquier comunicación fuera interceptada por los securitats. Su esperanza radicaba en llegar hasta Syl y Ani antes que Sedulus y que Peris, y sacarlas de Escocia. En cuanto a Gradus, de buena gana lo dejaría en manos de la Resistencia, pero quizá fuera más sensato llevárselo de allí también. ¿Quién sabe qué venganza podrían desatar Syrene y los diplomáticos si sufría algún daño?

El monitor de su lanzadera le informó de que había dejado ya muy atrás la Muralla de Adriano.

Ante ella se extendían, amenazadoras, las Highlands.

Cuando Syl recuperó la conciencia, se encontró sentada, con la espalda erguida apoyada en una mochila, y alguien le ofrecía agua con amabilidad. Intentó contener las náuseas, le dolían todos los músculos del cuerpo, como si le quemaran, como si la hubieran extendido sobre una parrilla. El primero al que reconoció fue Paul.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Grogui. ¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste.

—No, me refiero a qué le ha pasado a los que intentaron atacarme.

Habló otra voz.

—Eso mismo quería preguntarte yo.

Just Joe apareció por encima del hombro de Paul. Miraba a Syl de un modo distinto, había un respeto en sus ojos que ella no había visto antes, pero también nuevas dudas. Syl reordenó sus pensamientos: vio a un hombre empalado en su propio rifle, y la vida escurriéndose de otro que se desangraba en un arroyo que fluía torrencial. Y ella había sido la responsable; ella había golpeado al segundo con una roca; pero, al primero...

Se preguntó qué historia se habría inventado Steven para explicar lo sucedido. Fuera lo que fuese lo que hubiese dicho, debía asegurarse de que sus versiones de los hechos coincidían. Tenía que protegerse. Lo que había hecho era espantoso. Había asesinado; peor aún, utilizando exclusivamente la fuerza de voluntad, la intensidad de su ira, había hecho que un hombre se suicidase.

Mientras empezaba a aclarar sus ideas, ya establecía relaciones, encontraba detalles en su pasado que indicaban que el poder que parecía haber adquirido ahora, en realidad siempre había estado ahí. Hasta ese momento nunca lo había reconocido —o no había querido reconocerlo—, porque su uso había sido más sutil, y no lo había alimentado la ira. Su padre siempre comentaba la facilidad con la que ella manipulaba a los demás a voluntad y se libraba de las consecuencias cuando quebrantaba la disciplina: deberes que no hacía, clases que se saltaba; salidas sin permiso más allá de los muros del castillo cuando los guardias la dejaban pasar sonriendo con indulgencia, y eso que estaban obligados a informar a sus superiores o a su padre. Una vez, Althea había encontrado un cigarrillo liado a mano espolvoreado con cannabis, que un chico le había dado a Syl en una cafetería, pero cuya presencia ésta había olvidado en un cajón después de dar sólo un par de caladas y haberse

mareado. Althea se puso furiosa. Tener cigarrillos ya era de por sí bastante malo, pero las drogas ilegales estaban prohibidas en el castillo. Era una cuestión que requería la intervención de su padre. Althea se lo había dicho a Syl: no tenía otra opción que contárselo a Lord Andrus. Pero en apenas unos minutos, Syl la había persuadido de que no era necesario hacerlo y, al final de su conversación, parecía que el porro nunca hubiera existido.

Ahora esos incidentes sin relación aparente empezaban a dibujar un patrón, y Syl recordó el conmovedor relato que hacía su padre de su concepción, que ella siempre había procurado evitar oír porque le disgustaba el relato que explicaba cómo Ani y ella fueron concebidas mientras la nave de sus padres atravesaba unas nubes de luz que los ilyrios jamás habían visto en sus viajes por el universo, fantasmas ondulantes en los que el espectro de luz se retorció y recreaba en nuevas formas cuyo resplandor bañaba la flota ilyria y hacía que muchos de los que iban a bordo se sintieran exaltados hasta el vértigo, por más que los instrumentos de las naves no detectaran nada en el vacío. El espectáculo y sus efectos se había prolongado durante un día y una noche, no más, pero fue durante ese tiempo perturbador cuando los viajeros habían reclamado a sus amantes, buscando consuelo y solaz en medio de los extraños y desconocidos rayos, y Syl y Ani fueron concebidas mientras la luz del exterior bañaba la piel de sus creadores y bailaba en sus ojos.

La voz de Just Joe la trajo de vuelta.

—¿Me has oído? —preguntó—. Quiero saber qué pasó en el arroyo.

Syl se sostuvo la cabeza entre las manos. El agua que había tragado quería salir de su interior junto con el que ya había llegado a su estómago. Pero ella estaba determinada a retenerlo todo.

—No me acuerdo —dijo—. Me acuerdo de que golpeé con una roca a uno de los hombres. Después de eso, me he quedado en blanco.

Just Joe no pareció creerla, pero poca cosa podía hacer por el momento.

—¿Están muertos? —preguntó Syl.

—Uno sí —dijo Just Joe— y otro no tardará mucho. Tiene el cráneo aplastado y estaba casi ahogado cuando lo sacamos del arroyo. Habría sobrevivido al golpe con el tratamiento adecuado, pero el agua lo fastidió. No durará más de una hora.

—¿Y los otros dos?

Syl intentó que el miedo no asomara en su voz. ¿Qué le habían contado a Just Joe? Ni siquiera estaba segura de lo que les había hecho. Simplemente se había visualizado a sí misma liberada de las manos de los hombres que la sujetaban..., y luego había pasado.

—Tienen contusiones graves en el pecho, como si les hubieran golpeado unos grandes puños, y también heridas en el cuello. Apenas pueden farfullar, menos aún hablar. ¿Estás segura de que no te acuerdas de nada?

—Ya lo he dicho: me he quedado en blanco.

Just Joe la miró pensativamente, pero no dijo nada más y se fue. Paul seguía

sosteniendo la cabeza de Syl mientras le daba un poco más de agua. A ella le gustaba la sensación de su mano en la mejilla y de su brazo alrededor de los hombros. Quería quedarse en esa postura. Quería...

Se apartó la botella de agua de los labios, se volvió hacia la derecha y vomitó sobre la hierba. No tenía gran cosa en el estómago, pero lo echó todo, hasta que con las arcadas ya no expulsaba nada, aunque seguía teniendo espasmos y la garganta dolorida. Paul le quitó el pelo de la cara para que no se lo manchase.

—Ah —dijo ella—, ah.

Se echó a llorar otra vez, avergonzada y cohibida porque la hubieran visto en ese estado, pero Paul se limitó a sacar una camiseta de la mochila, la empapó y se la dio para que se limpiara la cara.

—Ahora no digas nada.

—Lo siento —dijo.

—No deberías.

—¿Está bien Steven?

—Conmocionado, y tendrán que darle unos puntos de sutura en el pecho, pero está vivo, aunque sospecho que no lo estaría si no fuera por ti.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, salvo que tú te enfrentaste a esos hombres y los distrajiste el tiempo necesario para que él pudiera darle a Alex Ritchie un poco de su propia medicina.

—¿A quién has dicho?

—Al hombre que murió ensartado en su bayoneta. Se llamaba Alex Ritchie. Según Steven, Ritchie se tropezó mientras peleaban y cayó sobre su propia cuchilla.

Parecía un accidente improbable, lo cual, sin duda, explicaba la prisa de Just Joe por escuchar su versión de los hechos. Aunque, bien pensado: ¿era acaso menos creíble que la verdad, que una chica alienígena había deseado la muerte de un hombre y que el hombre la había obedecido? Syl examinó la cara de Paul: la mantenía estudiadamente neutral. Si dudaba de la versión de su hermano, tampoco quería que nadie lo notara.

—¿Qué piensa Just Joe?

—Mientras estabas inconsciente, te ha registrado para ver si llevabas algún arma encima. Estaba convencido de que ocultabas algo, alguna clase de tecnología alienígena que te permitió golpear a esos dos en el pecho. Aun así, eso no explicaría cómo acabó empalado Ritchie, pero la versión de Steven es todo lo que tiene..., por el momento.

Dejó en el aire las tres últimas palabras. Era una advertencia implícita. Just Joe no iba a dejar las cosas así. Volvería a interrogarla.

—¿Puedo ver a Steven?

—Dentro de un rato, en cuanto hayan acabado de curarle. —Paul hizo una mueca—. No tenemos muchos analgésicos y Heather no quiere darle nada demasiado fuerte mientras estemos en marcha. Ha echado un trago para aliviar el dolor, pero aun así va

a dolerle un montón. Sospecho que prefiere que lo vea la menos gente posible, y eso me incluye a mí. Cuando Heather haya acabado, me ocuparé de que puedas estar con él a solas unos minutos. Hasta entonces, descansa aquí, o puedes venir a ver qué dicen los prisioneros.

—Creía que Just Joe había dicho que no podían hablar —dijo Syl.

—No esos dos —repuso Paul—, los demás.

Y Syl recordó los sonidos de disparos y gritos que había oído justo antes de desmayarse.

—¿Cuántos eran?

—Nueve —respondió Paul—. Parece que buscaban a Gradus, y a ti también.

Había cinco hombres sentados en la hierba húmeda, tenían las manos atadas a la espalda con cable de plástico. Algunos de ellos sangraban por los golpes que habían recibido. Estaban rodeados por el grupo de Just Joe. Cerca, había otros cuatro cuerpos tendidos en la tierra, una fina cortina de lluvia caía sobre sus caras y sus ojos ciegos. Uno de ellos era el ahogado, había muerto mientras Joe hablaba con Syl y Paul.

—Dos murieron durante el ataque —dijo Paul en voz baja cuando Syl y él se acercaron al grupo—. Norris resultó herido en el tiroteo. Le alcanzaron en el hombro, pero se recuperará. Es duro de pelar.

Ani, que se había visto exonerada de hacer compañía a Steven mientras lo atendían, se acercó a ellos. Los cautivos miraban a Syl con hostilidad y, en el caso de los dos hombres heridos en el arroyo, con cierto miedo. Eso complació a Syl. Le habrían hecho mucho daño, eso lo sabía, y se estremeció al recordar el tético deseo que destilaban los ojos del más joven y la forma en que había utilizado la palabra «bonita» para referirse a ella.

Just Joe estaba delante de un hombre corpulento con el pelo cano y la piel muy pálida, con los ojos teñidos del rojo de quienes padecen albinismo.

—Esto no tiene buena pinta. Mal asunto, McKinnon —dijo.

—Eso es verdad —replicó el hombre pálido.

—Tienes suerte de que Norris y el chico sigan con vida porque mataría a dos más por cada uno de ellos.

—No queríamos hacer daño a nadie —dijo McKinnon—. Sólo buscábamos a tus prisioneros.

—¿Y por qué?

—Serían buenos rehenes. Los ilyrios tienen a docenas de los nuestros. Van a mandarlos a los Batallones de Castigo. Los queremos de vuelta. Nosotros combatimos a los ilyrios, como vosotros.

Just Joe se rió.

—No tenéis nada que ver con nosotros —dijo—. Sois bandidos. Sois ladrones y violadores. Robáis a vuestra propia gente a punta de pistola, pero ni uno de vosotros



ha puesto las armas al servicio de la Resistencia. Al primer indicio de lucha, os perdéis en las Highlands y dejáis morir a los demás. Me alegro de que Ritchie haya acabado empalado, porque si no me habría visto obligado a matarlo yo, tarde o temprano.

Just Joe se acuclilló de manera que quedó a la altura de McKinnon. Sacó un cuchillo de su cinturón y lo sostuvo intencionadamente delante del hombre pálido.

—Bueno, supongo que con Ritchie muerto, eres tú el que queda al mando, ¿me equivoco? Y si estás al mando, eres el responsable de todo este follón. Es el precio del liderazgo, McKinnon. ¿Qué vamos a hacer contigo, eh?

McKinnon no apartaba la mirada del cuchillo. Con sus extraños y blanquecinos rasgos, ya parecía que le hubieran desangrado.

—¿Cómo nos encontrasteis?

—Dejáis un rastro que podría seguir un ciego —respondió McKinnon.

—Eso no es verdad, no es verdad —dijo Just Joe. Con la punta del cuchillo levantó el extremo de la pernera izquierda de los pantalones de McKinnon, dejando la espinilla al descubierto. El cuchillo pinchó la piel y apareció una burbuja de sangre—. Entre vosotros no hay ni uno solo capaz de hacer lo que no han podido hacer los ilyrios y sus agrones. No sois rastreadores. Ni siquiera sois de esta zona. Todavía hay que arroparos al acostaros y vuestra mamá os da el cacao con cucharilla.

Syl vio que Paul se tensaba. Él apartó la mano de su hombro, donde la había puesto para ayudarla por si volvía a flaquear. Ella se giró para mirarle, preguntándose si iba a cuestionar lo que Just Joe estaba haciendo, pero Paul no miraba a su jefe. Tenía los ojos fijos en Duncan, que se acercaba lentamente al grupo trazando un círculo, aproximándose al lugar donde Just Joe estaba acuclillado delante de McKinnon. La mano de Duncan se deslizó dentro de su abrigo y, mientras Syl miraba, sacó una pistola. Se acercó de manera furtiva a Just Joe, sin que nadie pareciera reparar en él, salvo Syl y Paul, que rápida y sigilosamente se adelantó para intentar interceptarlo.

—A ver —proseguía Joe—, ¿cómo os las apañasteis para acercaros tanto a nosotros sin que os descubriéramos?

Ahora Duncan se había situado ya detrás de Just Joe. Alzó la pistola, pero Syl vio que apuntaba más allá de Joe. Era a McKinnon al que quería matar.

Se oyó un fuerte chasquido cuando Paul apareció de repente al lado de Duncan, apuntando con su propia arma a la cabeza del hombre más pequeño.

Just Joe ni siquiera se dio la vuelta.

—¿Lo tienes? —preguntó.

—Lo tengo —dijo Paul—. No muevas ni un músculo —advirtió a Duncan—. Suéltala.

El arma cayó de la mano de Duncan. Mike, que era el que estaba más cerca, la recogió, comprobó el seguro y se la guardó en el bolsillo. Los congregados se apartaron de Paul y de Duncan mientras Just Joe se ponía en pie y se daba la vuelta

encarando a ambos. Parecía más triste que irritado.

—Me imaginaba que serías tú —le dijo a Duncan—. Esperaba que no, pero cada vez que dabas una excusa para perderte por ahí, tenía mis dudas, y al final las dudas se convirtieron en certezas. No podía saber con quién estabas conchabado: ¿con los ilyrios? No, los odias casi tanto como te odias a ti mismo, así que tenían que ser Ritchie, McKinnon o alguien como ellos.

Just Joe le guiñó el ojo a McKinnon.

—Deberías haberte buscado un aliado más digno de confianza —dijo Just Joe—. Duncan iba a pegarte un tiro antes de permitir que le delataras. Te hemos salvado la vida.

McKinnon no respondió pero clavó una mirada asesina en Duncan.

Logan apareció al lado de Joe, con la mochila de Duncan. Vacío el contenido en el suelo. Entre otras cosas, llevaba un pequeño transmisor-receptor CW portátil, con una antena alámbrica ligera y un conmutador para señales en código Morse.

—Déjame adivinar —dijo Just Joe—. Uno de éstos nos seguía de cerca para captar las señales, mientras que los demás se mantenían a distancia hasta que llegara el momento oportuno.

La cara de Duncan era la viva imagen de la rabia contenida.

—McKinnon no se equivoca —dijo—. Tenemos rehenes, y son importantes. Te he oído hablando con tus colegas. Hemos capturado a la hija de un gobernador, ¡y a un gran cónsul! Eso no nos lo has dicho, Joe. Te lo tenías bien callado. Podríamos pedir casi cualquier cosa a cambio de su vida. Podríamos pedir que las Highlands fueran libres, que los ilyrios se retiraran más allá de la Muralla, a cambio del compromiso de mantenerlos con vida. ¿Y qué hacemos? Los protegemos. Los alimentamos. Los mantenemos a salvo, aun al precio de vidas de los nuestros.

Just Joe puso la mano izquierda en el hombro de Duncan.

—No lo entiendes. Esto va más allá de unos rehenes. Tendrías que haber confiado en mí. Deberías haber tenido fe.

Entonces le dio un puñetazo con la derecha en la boca del estómago a Duncan, que cayó de rodillas. Luego Just Joe le dio otra palmada en el hombro y se ajustó el cuello del abrigo, como si quisiera parecer alguien respetable que acude a una reunión importante. Se volvió hacia Aggie, Frank y Howie.

—¿Estabais implicados? Decidme la verdad.

—No —dijo Aggie—, puede que no estemos de acuerdo contigo, pero eso no significa que te traicionáramos con semejantes asesinos.

Joe pareció creerlos, aunque Syl vio que Logan y Ryan habían estado moviéndose por detrás de Aggie y los primos por si Joe tomaba otra decisión.

—¿Qué vamos a hacer con él y con los demás? —preguntó Paul.

—Quitadles las armas, y también la comida, y luego soltadlos.

Se oyeron gritos de desconcierto en el grupo. Incluso McKinnon pareció sorprendido, pero Just Joe levantó una mano, acallando cualquier posible objeción.

Sólo Paul no mostró la menor inquietud.

—¿Qué queréis que haga, matarlos? —preguntó Joe—. Ya os lo he dicho antes: no somos asesinos. No somos como ellos y tampoco vamos a hacerles el trabajo a los ilyrios. Les dejaremos marchar y que tengan suerte.

—Vinieron por el lago —le informó a Paul—. Logan encontró su bote. Suéltalos y que se vayan por donde vinieron. Llévate mis prismáticos y vigílalos hasta donde puedas, luego vuelve con nosotros.

—Eso haré —dijo Paul.

—Te has portado bien —dijo Just Joe.

—Gracias.

—Que no se te suba a la cabeza —dijo Just Joe—, todavía no me fío de ti. —Miró fijamente a Syl—. Y tampoco de ella.

Pero antes de que alguien pudiera decir algo más, Syl se llevó el último susto del día. Un ilyrio irrumpió a grandes pasos en el campamento y nadie parpadeó siquiera. Incluso Aggie apenas le miró antes de volver su atención hacia su marido, que parecía tan molesto por su herida como lo habría estado por una picadura de mosquito. Syl creyó que sufría alucinaciones, pero el ilyrio, alto incluso para los estándares de su raza, parecía ser real. Incluso oía el sonido de succión que producía el barro contra sus botas. Su ropa era exclusivamente terrestre: una cazadora larga sobre un viejo jersey y pantalones impermeables metidos en unas botas de senderismo ligeras. Se había cortado el pelo hasta dejárselo al cuatro y lucía un pequeño aro plateado en el lóbulo de una oreja.

—Te lo has tomado con calma —dijo Just Joe—. Te has perdido toda la diversión. El ilyrio miró a los prisioneros y a los heridos. Su mirada se detuvo en Duncan.

—Nunca me cayó bien —dijo.

—A mí tampoco —coincidió Just Joe.

—Entonces no perdemos nada.

—Nada de nada.

Just Joe sonrió y le dio un abrazo al corpulento ilyrio, que éste le devolvió.

—Me alegro de verte —dijo Joe.

—Y yo a ti, amigo mío.

El ilyrio dio un paso atrás y Joe señaló a Syl y a Ani.

—Sanas y salvas —dijo Joe.

—¿Y el otro?

—Todavía vive, pero no habla mucho.

El ilyrio se encogió de hombros.

—No le hará falta hablar para contarnos lo que sabe.

—Si tienes razón.

—Sí, si tengo razón.

El ilyrio alzó una mano en gesto de saludo a Syl y a Ani.

—Me llamo Fremd —dijo—, que se escribe con D, pero se pronuncia con una T

final, Fremt. Voy a cuidar de vosotras durante un tiempo...

McKinnon se repantigó en el asiento delantero de la furgoneta, cavilando, mientras Craven, el conductor del grupo, los alejaba del muelle donde habían amarrado y abandonado su bote. Habían tenido que arrastrar la embarcación varios cientos de metros desde el punto donde había tocado tierra, pero por suerte su furgoneta seguía aparcada donde la habían dejado, bajo un bosquecillo de árboles raquíuticos, un vehículo sin nada especial y que seguía intacto. No les inquietaba la posibilidad de que les detuvieran los ilyrios. No llevaban armas y les habían interrogado con la suficiente frecuencia para saber a qué se dedicaban. El día era bastante luminoso, al menos había luz en el cielo: la que podía filtrarse entre las nubes y la lluvia, cosa que le animó. Antes de la llegada de los ilyrios, él viajaba con frecuencia; su padre había trabajado para un gran banco, y McKinnon había pasado sus primeros años en Extremo Oriente, Australia y Estados Unidos. Había visto muchos lugares hermosos, pero amaba las Highlands por encima de todo, aunque a veces hubiera preferido que lloviera un poco menos.

Duncan iba sentado atrás, con los demás, perdido en sus propios resentimientos. Duncan era otra boca que alimentar, a no ser que McKinnon se deshiciera de él, algo que pensaba hacer en cuanto llegaran al siguiente pueblo. Duncan podía buscarse la vida por su cuenta, porque McKinnon no le quería cerca. Un hombre que ha traicionado a su señor traicionaría al siguiente aún más rápido, porque todavía tendría el regusto de la traición en la boca. McKinnon ya tenía bastantes problemas para controlar a los suyos. No le apetecía nada añadir a Duncan al grupo, sobre todo visto lo más que dispuesto que había estado a pegarle un tiro para asegurarse su silencio.

A McKinnon le había sorprendido que Just Joe les hubiera dejado ir con tanta facilidad. Joe era un hombre duro, y McKinnon siempre le había respetado. Por eso sus palabras le habían dolido profundamente. Aunque, ciertamente, él era un bandido. Había empezado de otra forma, mejor, pero había perdido la fe en algún punto del camino. Ritchie le había cambiado. Ritchie pensaba que en aquellos tiempos difíciles, los fuertes se ensañaban con los débiles y se aprovechaban de ellos porque era importante que los fuertes sobrevivieran. Pero ahora Ritchie había muerto, y McKinnon era el jefe de la triste banda. Tal vez podría cambiar, pero ¿qué sentido tendría? Dudaba de que la Resistencia lo aceptara aunque quisiera unirse a ella, y la única razón por la que seguía vivo —no digamos libre— era porque mucha gente le temía, a él y a sus hombres. No, la suerte estaba echada, y no había vuelta atrás.

Mierda, él habría querido hacerse con los cautivos ilyrios. El gran cónsul y la hija de un gobernador le habrían dado mucho: libertad para sus hombres encarcelados, y hasta es posible que también la oportunidad de otra vida. Podría habérselos entregado a los ilyrios a cambio de que le dejaran empezar de cero: dinero, un nuevo nombre, una casa decente. Por mucho que le hubiera dolido, hasta se habría sentido tentado de dejar las Highlands y emprender una nueva vida en otro lugar. Todavía estaba soñando con las oportunidades perdidas cuando oyó que se acercaba el deslizador. Descendió desde el este, se dejó caer en picado sobre la furgoneta y luego se alzó por detrás de ella en un arco lento.

—¿Qué hago? —preguntó Craven.

—Por el momento sigue adelante —dijo McKinnon—. Si quieren que paremos, nos lo harán saber bien pronto.

Lo habitual era que los ilyrios iluminaran cualquier vehículo que querían investigar utilizando reflectores, pero este deslizador parecía contentarse con seguirles sin obligarlos a parar. Oían su zumbido por encima de los motores de la furgoneta y McKinnon lo veía volando al este. Era negro y le daba mal fario.

—No me gusta —dijo Craven—, ¿por qué no nos han parado?

—No lo sé —contestó McKinnon. No era el comportamiento típico de las naves ilyrias.

Cualquier posible pregunta más se vio interrumpida por un profundo estruendo y un par de cruceros negros surgieron de entre las nubes. Uno de ellos se detuvo a menos de un kilómetro de la furgoneta, bloqueando la carretera. El segundo se situó justo encima de ellos hasta que Craven paró, momento en el que aterrizó cerca y empezó a descargar securitats y galateanos, que rodearon la furgoneta antes de que Craven tuviera siquiera tiempo de apagar el motor. Más securitats salieron del transporte estacionado en la carretera. Por primera vez, McKinnon le agradeció sinceramente a Just Joe el que le hubiera quitado todas las armas. Si no lo hubiera hecho ahora, estarían viviendo sus últimos momentos sobre la Tierra. Los securitats no se habrían tomado la molestia de llevarlos a juicio y exiliarlos a Batallones de Castigo, los habrían matado ahí mismo y habrían arrojado sus cuerpos a una ciénaga.

—Guardad la calma —dijo McKinnon—. Poned las manos donde puedan verlas y no digáis nada. Si nos preguntan dónde hemos estado, les respondemos que somos obreros de vuelta a casa. No tenemos nada que ocultar. Acordaos bien.

Una voz resonó atronadora desde un altavoz del transporte más cercano.

—Salgan de la furgoneta. Mantengan las manos en alto en cuanto bajen. No desobedezcan. Cualquier movimiento extraño será considerado hostil y se les abatirá.

Los hombres de la furgoneta obedecieron. Una vez en el suelo, los galateanos pasaron a la acción obligándoles a arrodillarse, y un par de securitats registraron el vehículo. Mientras lo hacían, un ilyrio vestido con un elegante traje negro se acercó a McKinnon, indiferente a la lluvia. La única pista sobre su identidad y su cargo era la insignia plateada de su solapa, pero McKinnon sabía quién era, porque su fotografía

circulaba desde hacía mucho por las Highlands y por todas partes: Sedulus, el torturador-jefe de la Securitat. Tal vez, después de todo, pensó McKinnon, no llegue a ver el final de este día.

Los dos varones, humano e ilyrio, se observaron atentamente pero no dijeron nada mientras la furgoneta era casi desmontada. Al cabo de un rato, los dos securitats se aparearon. Parecían desconcertados.

—Está vacía, señor.

Sedulus frunció el ceño.

—¿Estáis seguros?

—Hemos quitado los paneles laterales y levantado el suelo. No hay la menor duda.

Sedulus señaló a los hombres arrodillados.

—Escaneadlos.

Los securitats, cada uno con un pequeño escáner circular, se colocaron detrás de los seis humanos. Los dos se detuvieron cuando llegaron a la altura de Duncan, que miró con nerviosismo por encima del hombro.

—¿Qué?, ¿qué pasa?

Uno de los securitats se acercó más, el escáner casi rozaba la ropa de Duncan. Tras un momento de vacilación, el securitat metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de Duncan y sacó un localizador ilyrio.

McKinnon empezó a reírse. Había subestimado a Just Joe.

Los otros le miraban como si se hubiera vuelto loco. Sólo Sedulus pareció hacerse eco de la diversión de McKinnon. Su rostro esbozó una leve sonrisa.

—Dejadme adivinar —dijo—. Eras señuelos sin saberlo.

La risa de McKinnon se apagó.

—No sé de qué está hablando.

—Bien, en ese caso no me sirves de nada —dijo Sedulus. Sacó su arma de pulso y mató a McKinnon de un disparo. Hizo lo mismo con cuatro de los otros y sólo dejó a Duncan con vida. Duncan se encogió, con la cara casi pegada al suelo, las manos entrelazadas sobre la cabeza, esperando su turno para morir, pero Sedulus se guardó el arma en la funda, como si hubiera acabado su tarea por el momento. En su rostro volvió a aparecer la sonrisa al mirar a Duncan.

—Bien —dijo—, a lo mejor no te importaría contarme cómo te hiciste con ese localizador...

Duncan hizo un desangelado intento de resistirse al interrogatorio. Mantuvo su historia original y afirmó que la chaqueta se la habían dado en una granja cuando la suya se había hecho jirones por el uso. Desgraciadamente para él, el localizador había estado emitiendo su señal desde que Paul lo había sacado de su caja de plomo y se lo había metido en el bolsillo, mientras empujaba a Duncan al barco, y la transmisión

inicial no procedía de ningún lugar ni remotamente cercano a la ubicación de la granja inventada en la que Duncan decía haber trabajado con los demás. Joe le había dado el localizador de Gradus a Paul cuando lo puso a cargo de los prisioneros, y Paul supo al instante lo que tenía que hacer.

La historia de Duncan cayó por su propio peso de inmediato; lo llevaron al crucero más grande y lo sujetaron con correas a una silla. En una jaula situada en un rincón había lo que parecían tres trajes espaciales mecanizados y vacíos, hasta que uno movió la cabeza y Duncan vio una especie de humo negro grasiento agitándose detrás del visor. Habría tenido tentaciones de preguntar qué eran si Sedulus no le hubiera aplicado la primera descarga eléctrica, seguida de una segunda y una tercera. Al cabo de unos minutos, Duncan le había contado que habían hallado los restos del accidente, que habían sobrevivido los tres ilyrios, y que él mismo había intentado traicionar a los suyos, así como que había llegado un desertor ilyrio llamado Fremd.

—¿Adónde van a llevarlos? —preguntó Sedulus.

—No lo sé —respondió Duncan—, sólo Just Joe lo sabe.

—Mientes.

—No, lo juro.

—Entonces, ¿por qué debería dejarte con vida?

Duncan reflexionó sobre la cuestión. Vio una vez más el cuerpo de McKinnon desmoronándose sin vida en el suelo, y los de los demás que cayeron a continuación, con la sangre saliéndoles de las bocas y los oídos.

—Me matará de cualquier modo —dijo.

—No te mataré —dijo Sedulus—, te doy mi palabra.

—La palabra de un ilyrio... —replicó Duncan dejando claro el poco valor que le concedía.

—Eso dolería más si no procediera de boca de un traidor.

Duncan aceptó que tenía razón encogiéndose de hombros.

—No puedo ir a los Batallones de Castigo —dijo—, no duraría ni una semana. Soy demasiado viejo.

—No serás enviado a los Batallones de Castigo. De nuevo te doy mi palabra.

Duncan tragó saliva. Miró la jaula. Los tres trajes se habían erguido ahora. Fuera lo que fuese lo que se movía detrás de aquellos visores negros parecía interesado en él.

—¿Qué son? —preguntó.

—Las entidades de Sarith.

—No sé qué es eso —dijo Duncan.

—Para serte sincero —dijo Sedulus—, yo tampoco estoy muy seguro. ¿Qué me estabas diciendo?

Duncan dejó caer la cabeza.

—Sólo Just Joe conoce el destino a ciencia cierta, pero oí que le decía a Logan y a los demás que irían hacia el nordeste y han estado hablando de Green Man.



—¿Quién es Green Man?

—Es un nombre en clave para el líder de la Resistencia, pero nunca lo he visto. Sedulus asintió.

—Te creo.

—¿Qué va a pasarme? —preguntó Duncan.

—Vaya, vas a morir —dijo Sedulus.

Aparecieron un par de securitats. Desataron las correas de los brazos y piernas de Duncan y le ayudaron a ponerse en pie. Se tambaleó, debilitado por las descargas.

—Pero ¡me lo había prometido! —dijo.

—Te prometí que yo no te mataría, y yo no te mataré —dijo Sedulus—. Lo harán ellas.

Señaló hacia los tres trajes mecanizados. Las nubes negras se arremolinaron detrás de las placas frontales cuando Sedulus dio la orden:

—Dádselo de comer a las entidades.

Syl no podía evitar lanzar miradas furtivas a Fremd, el fuerte y elegante ilyrio. Ya se había enterado de alguna cosa sobre él gracias a Alice, a la que intimidaba un poco. Era un desertor ilyrio, uno de los primeros que había cambiado de bando, y la Securitat había puesto precio a su cabeza, una recompensa que aumentaba cada año que pasaba. Alice no sabía por qué había abandonado a los ilyrios por los humanos, y Heather, cuando se unió a ellas, sólo dijo que había tenido sus razones. La Resistencia lo tuvo encerrado durante mucho tiempo antes de empezar a confiar en él.

—Ahora es el núcleo dirigente de la Resistencia —dijo Heather—, él y Maeve.

—¿Quién es Maeve?

—Ya la conoceréis —había respondido Heather—. Os está llevando a ella.

El dorado de la piel de Fremd mostraba un matiz rubicundo que delataba los largos días pasados soportando las inclemencias del tiempo de Escocia. Tenía arrugas alrededor de la boca y los ojos, algo asombroso para alguien que era todavía relativamente joven. A su padre sólo le habían salido algunas arrugas en el rostro y era bastante mayor que Fremd. Pero lo que más sorprendía a Syl de él era que transmitía la sensación de ser un espíritu libre, un ser en paz consigo mismo. Por extraño que parezca, ese ilyrio perseguido había encontrado el lugar al que pertenecía. Si moría en las Highlands, moriría feliz.

Fremd, a su vez, parecía sentir curiosidad por Syl y Ani. Después de todo, ellas se encontraban en una situación parecida. Él le había dado la espalda a su gente, poniendo en peligro su propia vida, para vivir entre humanos, del mismo modo que Syl y Ani eran ahora perseguidas por su traición.

Finalmente, tras hablar durante veinte minutos en privado con Just Joe, Fremd se retrasó para unirse al pequeño grupo que formaban Syl y Ani, Steven y Paul. Alice también iba con ellos. Su madre se la había confiado porque habían decidido que el grupo de combatientes de la Resistencia se dividiera. El primer grupo ya se estaba preparando para partir. Sólo el joven llamado AK se mantenía aparte, sosteniendo la punta de una cuerda que ataba al gran cónsul Gradus. La mandíbula de éste colgaba abierta y sus ojos seguían en blanco y sin vida.

—Vais a venir conmigo y con AK —les dijo Fremd.

En el pequeño promontorio que se alzaba sobre ellos, Just Joe dejó que el resto de los miembros de la Resistencia pasaran por delante de él, luego se detuvo y alzó una mano hacia Fremd en gesto de despedida antes de unirse a los demás. En el gesto

había cierta tristeza, como si temiera que no volvería a verlo.

—¿Por qué se van? —preguntó Syl.

—Porque ahora a Joe le toca un juego peligroso —dijo Fremd—. Hace tiempo que sospechaba de Duncan, así que le ha estado dando informaciones falsas sobre sus planes. Si todo ha salido bien, Duncan está ahora en manos de los ilyrios y les ha contado lo que sabe, o cree que sabe. Eso les alejará de nosotros y les llevará hacia Joe.

—¿Y qué hará Joe entonces?

—Combatirlos.

Syl miró hacia el promontorio, pero ya no había nadie a la vista. Eran muy pocos. ¿Cómo se hacían ilusiones de que podrían vencer a sus perseguidores ilyrios si se enfrentaban a ellos?

—Dicho sea de paso, hasta ahora los habéis esquivado muy bien —dijo Fremd—. Para seros sincero, pensaba que os pillarían en menos de un día, pero parece que los antiguos dioses os sonrían.

—¿Antiguos dioses? —preguntó Ani—, ¿qué antiguos dioses?

—No puedes vivir aquí mucho tiempo sin empezar a creer en espíritus, buenos y no tan buenos —dijo Fremd—. Están en las rocas, y en el aire. Es mejor no estar a malas con ellos; si los tratas como es debido, ellos cumplirán su parte del trato.

Ani lo miró como si estuviera loco.

—¿Bebes? —preguntó.

—¿El qué, whisky? Pues claro.

—Pues a lo mejor tendrías que plantearte beber menos.

Fremd se rió.

—¿Sabes qué es la apuesta de Pascal?

Ani negó con la cabeza.

—Es un argumento filosófico —dijo Fremd—. Pascal era un francés que afirmaba que tenía más sentido creer en la existencia de Dios que no, porque no tenías nada que perder si creías. Así que pienso que si me comporto como si hubiera dioses antiguos, y al final resulta que no existen, no pasa nada, pero si existen, al tratarlos con respeto evitaré un posible daño. Sea como sea, gano.

Fremd empezó a caminar y los demás lo siguieron. AK tirando de Gradus como un pastor tiraría de una mula obediente.

—Aquella mujer del campamento, Aggie, me odia, pero apenas te miró cuando entraste en el campamento —dijo Syl.

—¿Tú odias a todos los humanos?

—No, claro que no.

—Aggie no odia a todos los ilyrios —dijo Fremd—; odia lo que los ilyrios representan en la Tierra, conflictos, represión, cautividad, pero está aprendiendo poco a poco que no todos somos iguales. Ella no te conoce. Para ella, tú, Ani y el gran cónsul sois todos enemigos. Pero con el tiempo aprenderá cómo sois en realidad.

—Tu nombre —dijo Syl— no es ilyrio.

—No, es alemán. Significa «extraño» o «extranjero». O, en mi caso, «alienígena». Uno de mis primeros carceleros era alemán. Él me puso el nombre y se me quedó.

—¿Y cuál es el verdadero?

—No importa —dijo Fremd, y por primera vez Syl percibió las aristas aceradas bajo su plácido carácter—. Es el nombre de alguien que ya no soy.

La conversación acabó, y siguieron andando durante una hora o puede que más. Aunque se desplazaban por un terreno en el que había poco cobijo, Fremd prefería avanzar todo lo que pudieran, aunque eso les dejara expuestos a sus perseguidores, hasta que por fin llegaron a una zona de pinos plantados hacía poco. En el pasado remoto, el antiguo Bosque Caledonio había cubierto las Highlands, pero las tribus primitivas empezaron a destruirlo, labor que continuaron los vikingos quemando amplias extensiones y, más adelante, los granjeros y los que utilizaban la leña como combustible acabaron dándole la puntilla. Incluso antes de la llegada de los ilyrios se había emprendido la recuperación del bosque y ahora crecían millones de árboles en las Highlands, no sólo pinos, sino también alisos, abedules, acebos, avellanos y serbales. Fremd les había conducido a las lindes de uno de esos nuevos trechos de bosque y les dejó rellenar sus cantimploras en un pequeño arroyo.

Syl hizo una mueca y cojeó un poco al sentir que le reventaba una ampolla del pie derecho.

—¿Te duelen los pies? —preguntó Fremd.

—Mucho.

—Llevo algo en mi bolsa que te irá bien, te lo daré cuando paremos a comer.

—¿Calcetines secos?, ¿botas de mi número?

—Nunca se sabe; siempre hay milagros. Pero te comprendo. Just Joe lleva un ritmo de marcha endiablado.

—A veces me daba la impresión de que nos movíamos en círculos, o al menos de que tomábamos la ruta más larga entre dos puntos —dijo Syl.

—Joe no quería dejar un rastro limpio, ni ninguna ruta obvia —explicó Fremd— porque eso es lo que buscan los agrones. Es su naturaleza: ¿por qué dar rodeos cuando puedes ir directamente? Ellos pensarán que nosotros hacemos lo mismo. Su sentido del olfato es increíble, pero la lógica de su pensamiento deja mucho que desear, y sus adiestradores dependen de ellos. Ellos van en línea recta, nosotros seguimos una ruta enrevesada y los agrones se confunden. Al dar un paso atrás, en realidad avanzamos dos.

—¿Y cuánto tiempo piensas mantenernos dando estas milagrosas vueltas? —preguntó Ani.

—Sólo un par de horas más. Hay un *bothy* en ruinas junto a un lago con un arsenal de reserva cerca. Os dejaremos descansar allí como es debido antes del último tirón.

Ani miró a Syl frunciendo el ceño.

—¿Qué es un *bothy*?

—Una cabaña típica de estas regiones —dijo Fremd—. No salís mucho, ¿verdad que no? Lleváis en Escocia la mayor parte de vuestra vida y todavía no sabéis qué es un *bothy*.

—Nunca he tenido necesidad de saber qué era un maldito *bothy* —contestó Ani.

Se detuvo para mirar cómo AK desgarraba un jirón de tela de su camiseta y se lo ataba alrededor de la frente antes de ponerse en cuclillas y mancharse con destreza la cara con barro.

—¿Qué está haciendo ese idiota? —dijo—. Eh, idiota, ¿qué haces?

—No me llames idiota, idiota —respondió AK.

—Bonita réplica —dijo Syl.

AK gruñó.

—Camuflaje —aclaró él, que dio unos intencionados pisotones con las botas embarradas sobre el suelo y entornó los ojos para mirar el horizonte.

Syl se inclinó sobre el agua y empezó a embadurnarse también con barro. Cuando se volvió para mirar a Ani, se había pintarrajeado una burda P de «Perdedor» en la frente y empezaron a reírse. Era la primera vez que Syl se reía desde hacía semanas, o al menos a ella se lo parecieron. Durante un instante, se olvidó de la persecución, y de lo mucho que echaba de menos a su padre y a Althea. Incluso se olvidó de Ritchie empalado en su bayoneta y del hombre ahogado en el arroyo, y del don —o la maldición— que había causado sus muertes. Su risa tuvo un filo de histeria, pero siguió riéndose porque temía que si paraba se echaría a llorar. Al cabo de un momento recuperó el control. Se enjugó los ojos. Le caían lágrimas, pero eran de alegría, por ahora.

—Pues mira, no era gracioso —dijo Ani.

Y Syl se echó a reír otra vez.

Fremd negó con la cabeza, desconcertado, y reanudó la marcha. Tras él, las risas se desvanecieron, y el pequeño grupo reemprendió su fatigoso avance.

Syl bajó el ritmo para hablar discretamente unos minutos con Steven. Él caminaba con cuidado por temor a tropezar, caer y que se le saltaran los puntos de sutura. Le confirmó que no había contado nada de lo que había pasado, ni siquiera a Paul, en parte porque ni siquiera estaba seguro de qué había pasado.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

—No estoy segura —dijo Syl—. Me enfadé y entonces deseé que pasara. También tenía miedo. Creo que eso contaba. No podía controlarlo. Estaba muy asustada y furiosa. Era como si se hubiera desatado una tormenta dentro de mí.

—¿Lo has hecho antes?

—No, no de esa manera. Creo que antes ni siquiera me daba cuenta de que lo hacía. Si vuelvo la vista atrás, me parece que podía conseguir que los demás hicieran cosas porque yo quería que las hicieran, pero era sutil. Casi siempre les persuadía con

argumentos, pero empiezo a pensar que, si se resistían, les daba un empujoncito. Entiendes por qué nadie tiene que saberlo, ¿verdad? Pensarían que soy un monstruo. Me harían pruebas. A lo mejor hasta me encerraban.

—No —dijo Steven—. Te utilizarían, como un arma.

El comentario era tan acertado que hizo que Syl se detuviera de golpe. Steven tenía razón.

Se percató de que Paul y Ani se volvían a mirarla al ver que no los seguía. Dio un pisotón con el pie derecho en el suelo y se estiró el muslo, como si se aliviara un calambre, luego les hizo un gesto para que supieran que no pasaba nada.

—Bueno, entonces, ¿es nuestro secreto? —le preguntó a Steven.

—Sí, nuestro secreto. Lo sería aunque no lo hubieras utilizado para salvar mi vida.

—Gracias —dijo Syl.

—De nada —dijo Steven, y Syl deseó que fuera verdad.

Durante la hora siguiente, Syl caminó al lado de Paul y le contó historias de lugares donde nunca había estado pero que le gustaría visitar, describiéndole cosas que sólo había visto en libros o vislumbrado en pantallas, o en recreaciones de realidad virtual, y algunas que tal vez sólo hubiera soñado: los insectos con formas de arabesco de Ilyr, como notas musicales que se movían por el aire; grandes lagos que resplandecían, pero no en tonos azules sino dorados y amarillos, mientras el cielo en las alturas se arremolinaba con nubes feroces teñidas de azul y rojo y las tormentas atronaban en la atmósfera aunque todo permanecía en calma y húmedo en el suelo. Le habló de plantas tan altas que crecían hasta el cielo y absorbían la lluvia de las nubes, y de las extrañas criaturas que se pasaban la vida entera sobre esa flora descomunal, cuyas alas y escamas estaban cubiertas de una piel roja brillante, como una lona que les protegiera de las tormentas, y cuyos cuerpos sólo descendían al suelo al final, tras morir. Le habló de las lunas que se batían sobre las olas, y del lento arco que trazaba la estrella brillante del planeta —el sol de Ilyr— que transmitía la sensación de días casi interminables y noches profundas y oscuras. Le habló de las criaturas luminosas que seguían a la noche de manera que siempre vivían a oscuras, y de las criaturas diurnas camufladas que siempre permanecían al sol, cuyos cuerpos se confundían tan perfectamente con el entorno que sólo eran visibles como un borrón recortado contra las nubes, una ondulación en el tejido del cielo.

Por su parte, él respondió a las preguntas de Syl sobre su vida. Le habló de su decisión de unirse a la Resistencia. Le habló de una hermana que sólo había sobrevivido unas horas al parto y cuya presencia a veces sentía cerca, como si su fantasma hubiera permanecido con ellos y siguiera creciendo, reticente a separarse de sus hermanos. Y le habló de su madre, que, a la muerte de su marido, había sabido encontrar en su interior el doble de amor y dárselo a sus hijos para compensar su ausencia.

—Parece una mujer maravillosa —dijo Syl.

—Bueno, a veces me saca de quicio, pero yo también a ella. En fin, ya sabes cómo son las madres.

—No —dijo Syl—, no lo sé. Pero tengo a Althea.

—Oh, Syl, lo siento. Lo dije sin pensar. Pero cuéntame más cosas de... ¿Althea?

Y eso hizo, dando rienda suelta a sentimientos que nunca había compartido sobre sus años de formación, sobre el hueco que sentía dentro, un vacío que nunca había

desaparecido del todo y que Althea había llenado al menos en parte, y así fue desgranando su historia a alguien que era casi un desconocido, contándole cosas que nunca le había contado a un amigo. Paul había oído que había una ilyria en el castillo que era amiga —y puede que algo más— de Trask, pero no había sabido cómo se llamaba hasta ese momento, y pensó lo extraño que era que también en ese detalle hubiera estado conectado con Syl sin saberlo. Al ver que Syl se iba entristeciendo a medida que recordaba su separación de aquellos que la amaban en el castillo, Paul intentó animarla con historias divertidas de su vida y de su amplia y excéntrica familia, de primos, tíos y tías tan raros que ella creyó que seguramente se los inventaba, hasta que llegó a la conclusión de que nadie podría inventarse una familia tan peculiar.

Luego él le hizo más preguntas de su lugar de origen, de su mundo, así que Syl le habló de las maravillas de las ciudades legendarias: de Olos, con sus castillos de hielo; de la mágica Arayyis, que se desplegaba con elegancia en el mar; y de las majestuosas agujas de Tannis, donde había nacido su madre, la más esplendorosa de todas aquellas urbes.

Finalmente llegaron a un pequeño lago en la profundidad del bosque, un estanque de aguas tranquilas y frías que reflejaban las montañas con matices azules y verdes glaciales, y Syl suspiró complacida, sonrió a Paul y dijo:

—Pero esto también es hermoso, claro.

Él la cogió de la mano y se la apretó, sonriendo también, y ella sintió que el roce le subía hormigueante por el brazo y se le atascaba como un suspiro en la garganta. Syl le devolvió el apretón y él se llevó sus dedos a la boca y puso los labios en el dorso de su mano. En ese momento, Fremd empezó a gritar órdenes y, ruborizándose, ambos se soltaron antes de que alguien pudiera verlos.

Fremd anunció que se detendrían a descansar ahí. AK dijo que también podían pescar algo para la cena.

—Con las manos, claro —dijo Ani.

El desagrado que le producía AK, irracional e instintivo, no había disminuido durante el trayecto y parecía regodearse provocándole. AK le dedicó una mirada curiosa antes de alejarse a «inspeccionar el terreno» y regresó un poco más tarde con cuatro gruesos peces plateados clavados en una lanza de madera tallada a mano. Ani farfulló sorprendida cuando él le entregó sus capturas.

—¿Estás de broma? —dijo—, ¿qué se supone que voy a hacer con esto?

—Cocinarlos —replicó—. O metértelos donde te quepan.

—Cocinarlos sería mejor —dijo Steven.

—Y también sabrían mejor —añadió Syl.

Paul estaba sentado en un canto rodado haciendo guardia mientras Fremd se acercó al *bothy* a buscar las provisiones que necesitaba. Syl había pensado en ir con Paul, pero luego optó por dejarle un rato a solas.

—Yo te ayudaré —le dijo Alice a Ani—. Yo sé qué hay que hacer.



—Muy bien —dijo Ani, mirando con dudas los ojos vidriosos de las caras de los peces. Alice rebuscó en su pequeña mochila, sacó una navaja y se la dio a Ani, que con resolución se puso manos a la obra y destripó los peces sobre una piedra lisa, arrugando la nariz con repugnancia mientras seguía las instrucciones de la niña.

—¿Crees —preguntó— que nos atreveremos a hacer un fuego o cenaremos sushi?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Fremd emergiendo entre los árboles.

De la mochila había sacado un par de hornillos de camping gas y una ajada bandeja metálica.

—Esto debería servir.

También traía dos latas de judías, una pequeña olla, unas tabletas de chocolate, un tarro de café instantáneo, bolsitas de leche en polvo y vasos de papel.

Iba a ser un auténtico banquete.

Comieron juntos, compartiendo el pescado a medida que se iba asando ensartado en varas, metiéndose los trozos todavía calientes en la boca con los dedos. Ani ofreció los primeros bocados a AK, que dijo que estaban muy ricos y así empezó el deshielo en su relación. Cuando hubieron dado cuenta de la última judía, Fremd enjuagó la sartén y la llenó de agua que puso a hervir, echó unas cucharadas de café en las tazas y repartió el chocolate. Syl había perdido la noción del tiempo. Todavía había luz en el cielo. Eso era lo único de lo que estaba segura.

—De repente me han entrado ganas de nubes de azúcar tostadas —dijo Paul.

—Yo me conformaría con un poco de jabón —dijo Steven olisqueándose teatralmente las axilas.

—Magia potagia —anunció Fremd y del bolsillo se sacó dos gruesas pastillas de jabón amarillo. Steven las cogió.

—Visto lo visto, declaro que es la hora del baño —dijo.

Se puso de pie y con un grito se lanzó precipitadamente pendiente abajo, hacia el agua.

—¡Vamos! —gritó y se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos—. ¡Gallina el último!

Paul y AK corrieron tras él, con Alice pegada a sus talones, pero las chicas ilyrias se resistían. Syl hizo una mueca.

—¿Una gallina?, ¿por qué el último que se meta es una gallina?

Ani se encogió de hombros frunciendo el ceño.

—Yo tampoco lo entiendo.

Pero ahora Paul les estaba gritando desde el fondo de la cuesta mientras, también él, se quedaba en calzoncillos de tartán. Su cuerpo era pálido y delgado; su estómago, plano; sus extremidades, unidas por tendones claramente a la vista, y nudos de carne todavía magullada; y Syl sintió un hormigueo en los muslos y una extraña ingravidez en el pecho.

—¿Syl? —dijo Ani—. Aquí la Tierra, ¿Syl a la escucha?

—Lo siento —dijo Syl—, sólo estaba...

Ani esperó con una ceja arqueada como un pájaro que alzara el vuelo.

—¿Sí? Sólo estabas... ¿qué, exactamente?

—Da igual —contestó Syl.

Cogió la mano de su amiga y juntas bajaron la pendiente para bañarse en el agua gélida. Estaba helada —tan fría que Syl creyó que sólo la aguantaría durante unos segundos—, pero estaba desesperada por lavarse. Se apartó de los demás, que jugaban a pasarse una pastilla de jabón, y Steven y Paul la apretujaban en las manos para que pasara por encima de la cabeza de Ani. Syl no estaba de humor para juegos. Se restregó una y otra vez con la segunda pastilla de jabón, como si pudiera arrancarse no sólo la suciedad y el barro, sino el recuerdo de la sangre que había derramado. Cuando ya no pudo aguantar más el frío, salió a toda prisa y temblando del agua. Llegó al campamento y vio que Fremd había encendido una hoguera protegida del aire por una piedra, tapando los lados que quedaban descubiertos con montones de tierra.

—No te preocupes —dijo desde cerca—. Todavía no ha oscurecido mucho, así que sería difícil verlo aunque ardiera sin la piedra y la tierra, y a todos os hará bien recuperar el calor junto al fuego. Podemos cocinar en un hornillo, pero no podemos secarnos con él.

Sacó un pequeño tubo de pomada y con suavidad se la aplicó a Syl en la ampolla del pie. Iba con el pecho al aire porque también había aprovechado para lavarse. Syl vio cicatrices y quemaduras en su piel. Cuando acabó de aplicarle la pomada, le dio la espalda para ponerse la camisa y Syl vislumbró un gran tatuaje que se extendía desde los hombros hasta la base de la columna. Era una cara con una barba de hojas y enredaderas y brotes de ramas, todas de un verde intenso. Era un rostro de los mitos antiguos, la cara de un dios antiguo.

Era el «hombre verde», Green Man.

Entraron en calor, se vistieron e intentaron dormir un rato mientras Fremd hacía guardia. Syl permaneció despierta observando cómo agonizaba el fuego y pensando en el gran tatuaje de su espalda. ¿Era posible?, ¿podía estar un ilyrio en el centro mismo de la Resistencia?, ¿qué era lo que había dicho Heather de Fremd?

*Es el núcleo dirigente de la Resistencia.*

Y Syl se quedó dormida y soñó con los antiguos dioses.

Fremd los despertó cuando todavía estaba oscuro y caminaron durante el resto de la noche. La lluvia se reanudó antes del amanecer, más fuerte y más fría que la que habían padecido hasta entonces. El suelo se convirtió en un cenagal e incluso Fremd tuvo que hacer esfuerzos para ir abriendo camino. Por fin se vieron obligados a acampar junto a un grupo de rocas, la mayor de las cuales se alzaba como la pared de un acantilado sobre los árboles. Había una grieta en la base donde Fremd encendió otra pequeña hoguera, convencido de que quedaba protegida de cualquier mirada indiscreta desde las alturas. Estaba demasiado dentro de la pared de roca para poder dar mucho calor a los que quedaban fuera, pero les dijo que se quitaran los zapatos y los calcetines para que el fuego los secara. De nuevo sacó el recipiente de pomada de la bolsa y se la aplicó a los que tenían ampollas en los pies. Lo hacía distraídamente, como si para él fuera lo más natural del mundo sostener y curar las extremidades mugrientas y heridas de desconocidos. Sólo AK le rechazó.

—Ya me la pondré yo —dijo. Fremd se encogió de hombros. Si se ofendió no lo exteriorizó.

Dieron unos sorbos de agua y unos bocados de compuestos proteínicos y barritas de muesli, más tesoros del almacén de Fremd en el *bothy*. Ani se puso a partir laboriosamente sus dos barritas en pequeños cuadrados con los que confeccionaba sándwiches metiendo el pringue proteínico marrón entre el muesli. Steven la imitó y dio a su barrita de proteínas la forma aproximada de un perro, y al momento se la comió. Ani consoló a Alice, que echaba de menos a su madre, hasta que la niña se quedó dormida, y luego empezó un juego tonto en el que se garabateaban figuras en la espalda de los demás que había que adivinar, pero AK lo fastidió dibujando un par de burdas y gigantescas tetas en la espalda de Ani, que le hizo merecedor de un puñetazo que le durmió la pierna; Syl notó que se ruborizaba y no supo cómo reaccionar cuando Paul dibujó un corazón en su columna.

—No quería decir nada, bueno, nada raro —le susurró él por encima del hombro

—. Sólo me pareció lo más fácil de dibujar. —Ella no sabía si se sintió aliviada o decepcionada, pero le gustó el cosquilleo de su aliento cálido en la oreja. Se estremeció de alegría.

—Estás fría —dijo él, que se quitó la gruesa chaqueta impermeable y se la echó sobre los hombros.

—No seas tonto —se quejó ella, volviéndosela a poner en las manos—, te quedarás frío tú.

—Entonces, ¿por qué no te sientas aquí, entre mis rodillas, y la echo por encima de los dos y así entramos en calor a la vez? —dijo.

Las piernas de Paul se enroscaron a su alrededor, formando un asiento, extendió su gran parka alrededor de ambos, y la acurrucó entre sus brazos. Syl sentía demasiada vergüenza para escabullirse, pero también era consciente de su propio peso sobre él y se creía demasiado torpe para relajarse.

—Así estamos mejor —le dijo Paul al oído, atrayéndola hacia sí y apoyando la cabeza en su hombro—, no te importa, ¿verdad?

—No, no, en absoluto. Sí, se está mucho mejor así —se oyó decir y tuvo que reconocer que era verdad, incluso cuando vio que Ani los miraba y sonreía con malicia. Ani estaba tan concentrada en hacer que Syl se sintiera incómoda que no se fijó en la mirada anhelante que le dirigía Steven, pero Syl sí la vio. Quería decirle a Ani que se anduviera con cuidado, porque a todas luces Steven se estaba enamorando de ella. Ani podía hacerle daño si no tenía tacto.

Pero entonces se dio cuenta de que ella también se estaba encariñando de alguien que podía hacerle daño.

—¿Te gusta lo que haces? —le preguntó a Paul.

—¿A qué te refieres?

—A todo esto. La lucha. La Resistencia.

Ella se movió entre sus brazos para poder verle la cara cuando respondió. Él la miró desde arriba, y ella creyó que nunca había visto tanta ternura en los ojos de alguien con quien no tuviera vínculos de sangre o una relación de muchos años.

—No tiene nada que me atraiga. Pero la ocupación aún me gusta menos.

—Pero ¿por qué? No quiero parecer frívola ni nada por el estilo; simplemente no puedo entenderlo, porque me parece aberrante que tú prefieras morir combatiendo a los ilyrios, quiero decir... a nosotros.

Su cuidadosa elección de las palabras se había visto traicionada por la fuerza de sus cada vez más intensos sentimientos hacia Paul y la confusión que le causaban —ella era una ilyria, los ilyrios eran su pueblo—, pero Paul no se dio cuenta. Aunque sí se fijó en el énfasis que ella había puesto en la palabra «tú»: era de su seguridad, la seguridad de Paul, y de su vida, de lo que ella estaba hablando.

—¿Nos odias? —prosiguió Syl—. Me refiero a ti mismo, personalmente, como Duncan.

—A veces —contestó Paul—. Pero, para serte sincero, sólo querría que os

marcharais, que os largarais por donde habéis venido.

Ella bajó la mirada a los pies; la cara le ardía.

—Muy bien —fue lo único que acertó a responder.

—¡No me refiero a ti! —La agarró el hombro y la hizo volverse hacia él—. Quiero decir, tú eres... Esto es... —Buscó la palabra apropiada, pero al final se conformó con—: Tú eres diferente.

—¿Diferente?, ¿es eso lo único que se te ocurre?

—No —dijo él.

Los labios de Paul acariciaron los suyos, fugaz y dulcemente, otro roce robado antes de que los demás pudieran verlo. Syl sonrió, con las mejillas sonrosadas. Los ojos de Paul brillaban cuando la miró fijamente a la cara y su rostro dibujó una amplia sonrisa.

Por fin, Syl sintió que podía relajarse apoyada en él. Se quedó adormilada en sus brazos como si fuera lo más natural del mundo, hasta que un agudo gemido la despertó y vio que Ani y Fremd reaccionaban con la misma sorpresa que ella. Al cabo de unos segundos, los humanos lo oyeron también.

—Un deslizador —dijo Fremd.

Alzaron las miradas hacia el cielo cuya luz se intensificaba, iluminado por los primeros rayos dubitativos del alba. Fue Ani la que divisó primero la nave que se desplazaba rápidamente.

—Allí —dijo.

Un par de motas negras se desprendieron de ella, como si la nave se estuviera desintegrando.

—¿Qué son? —preguntó AK.

Fremd parecía inquieto.

—No lo sé, pero me sorprendería mucho que fueran algo bueno.

Se puso en pie.

—AK, quédate de guardia. Si no he regresado dentro de una hora, apaga el fuego y busca a Maeve. Just Joe irá pronto, si todo sale bien. —Señaló a Gradus—. Y cuídate de no perderlo.

Fremd cogió su arma y desapareció entre los pinos. Syl, roto el hechizo, se apartó de Paul. Todos guardaron silencio. No hubo más risas, ni más bromas, ni más juegos. Sólo podían esperar que Fremd regresara y les contara qué nuevo giro había dado la persecución.

Transcurrió una hora y Fremd no volvió.

—AK —dijo Paul—. Tenemos que irnos.

Pero AK negó con la cabeza.

—Esperaremos.

—Pero Fremd dijo que...

—¡Esperaremos! —gritó AK, y Syl vio lo asustado que estaba.

Pese a todas sus fanfarronadas y bravatas, no era más que un niño. No quería tomar decisiones. No quería ser el jefe. Fremd tendría que haber dejado a Paul al mando, pensó Syl, pero también era verdad que Fremd no conocía mucho a Paul. Ahora, al ver el miedo en los ojos de AK, Syl sospechó que Fremd tampoco conocía muy bien a AK.

Se quedaron donde estaban mientras AK fijaba los ojos en el bosque, deseando que apareciera Fremd.

—Syl —susurró Ani.

—¿Sí?

—¿Lo oyes?

Lo oía. Era un zumbido bajo, pero estaba ahí.

—Se está acercando —dijo.

—¿El qué? —preguntó AK—, ¿qué es lo que se está acercando?

Entonces lo vieron: un pequeño objeto negro que se cernía sobre ellos, un poco más grande que un balón de fútbol, con una única luz roja parpadeando en el centro. Descendió hasta quedar a poco menos de metro y medio del suelo, cambiando de dirección para esquivar los árboles. Se les iba acercando cada vez más. AK empezó a levantarse, apuntando con su arma a la amenaza inminente, listo para disparar, cuando oyeron la voz de Fremd desde cerca.

—¡No os mováis! —gritó—, ¡ni se os ocurra!

Todos se quedaron petrificados. AK, paralizado en la incómoda postura de quien está medio arrodillado medio erguido. El objeto se aproximó al chico y Syl vio que tenía la superficie cubierta de sensores y antenas. Estaba a muy pocos metros de él cuando se detuvo y se adelantó. Volvió a pararse un momento, como si se lo pensara, entonces descendió hasta que su luz roja quedó a la altura de la cabeza de AK. El chico temblaba, en parte por el miedo y en parte porque había quedado paralizado en una postura dolorosa. Syl lo veía en su cara. Tenía la frente retorcida por el dolor del esfuerzo que le requería mantenerse inmóvil. Deseó que aguantara. Sólo unos segundos más, AK. Hazlo por nosotros. Por favor.

Como si su súplica hubiera sido atendida, la esfera rotó en el aire, su luz roja se volvió hacia el bosque y empezó a alejarse. AK se dejó caer aliviado al suelo.

Y el objeto giró bruscamente hacia él.

A AK le entró el pánico, echó a correr y Fremd gritó una única palabra:

—¡No!

AK sólo pudo dar unos pasos antes de que un dardo saliera silbando del cuerpo del objeto y le alcanzara en la espalda. Se tambaleó y se desplomó, mientras el rifle de Fremd hacía añicos la esfera.

Syl fue la primera en llegar junto a AK. Alargó la mano hacia él, pero al instante se le echó encima Fremd, que la apartó.

—No lo toques —dijo.

AK se retorció en el suelo, como si le torturaran con descargas eléctricas. Al menos cinco centímetros del dardo sobresalían todavía de su espalda. Una serie de luces verdes a lo largo del dardo empezaron a titilar.

—¿Qué le está pasando? —dijo Syl.

—El dardo ha reconocido que es humano, no ilyrio —contestó Fremd.

—¿Y?

—Nanobots —explicó Fremd—, está inundando su organismo de nanobots.

Dentro de AK, millones de diminutas formas robóticas autorreplicantes se estaban reproduciendo. Técnicamente, esas armas habían sido prohibidas como parte de las restricciones aplicadas al programa ilyrio de formas de vida artificial, porque los nanobots habían resultado más difíciles de controlar de lo que se había esperado. Los robots más avanzados, utilizados para atacar células enfermas o defectuosas en los ilyrios, se habían vuelto contra los pacientes al identificar toda la carne como inferior o defectuosa en comparación con las máquinas, y habían acabado matando a aquellos a los que se suponía que debían curar, aunque el problema al final se hubiera resuelto.

Pero a la Securitat no le importaban las restricciones y había visto el potencial que tendrían los díscolos nanobots como armas. Esos robots concretos habían sido diseñados para atacar órganos esenciales en los humanos —el hígado, los pulmones, el corazón y los riñones— y destrozarlos. La sangre borboteaba en los labios de AK. Sus ojos se agrandaron, su cuerpo se sacudió una última vez, y luego yació inmóvil. Dentro de él, los nanobots, acabado el trabajo, apagaron sus sistemas y murieron con su huésped.

Vena se encontraba en el centro de control del Proyecto Eden. Había estado ahí muchas veces. Aunque su base de operaciones era Edimburgo, Sedulus le había confiado la tarea de supervisar discretamente los protocolos de seguridad de Eden, si bien allí ya había altos oficiales de la Securitat para ocuparse de esas cuestiones. Todo era como un engranaje dentro de otro: los espías vigilaban a la gente y otros espías vigilaban a los espías. Más que suficiente para que cualquiera dudara de su fe en todos los demás, humanos o ilyrios; eso en el supuesto de que, para empezar, se hubiera tenido alguna vez fe, que no era el caso de Vena.

Había examinado los cuerpos de los científicos muertos. Sidis, el cadáver del aparcamiento, había sido asesinada de una única puñalada antes de perder un dedo y un ojo. Su cuerpo había sido revisado buscando alguna prueba. Se encontraron huellas dactilares, pero no concordaban con ninguna existente en las bases de datos ilyrias. A Vena no le sorprendió; si, como se sospechaba, el ataque había sido llevado a cabo por un Meca, las huellas dactilares podrían variarse a voluntad con la simple aplicación de una piel ProGen recién estampada. Los demás cuerpos habían revelado poca cosa, aunque la ropa que le habían quitado a Harvis, el científico que había herido al Meca, tenía salpicaduras tanto de sangre como de lubricante interno. La sangre no contenía identificadores, lo que confirmaba que la carne del intruso era un material artificial creado en laboratorio.

Se trataba de una cuestión interesante. El Meca era, en cierto sentido, biomecánico: había añadido una delgada capa de tejido genuino sobre sus mecanismos y sistemas hidráulicos. ¿Por qué? Vena supuso que, en el caso de una herida leve, se le vería sangrar como un ilyrio normal. Una herida más profunda, como la que Harvis le había infligido, causaría más problemas, pero sólo si había alguien para presenciarlo.

Vena se preguntó si el Meca podría sentir placer o dolor. A los ilyrios que habían sufrido heridas graves que habían requerido amputaciones, y para los que no podían confeccionarse extremidades de repuesto por razones genéticas, se les solía aplicar tejido que volvía a crecer a la extremidad artificial y luego se unía a su sistema nervioso de manera que no perdieran ninguna sensación. Tal vez el Meca simplemente quería el tejido para mantener la ilusión de que era un ilyrio y así camuflarse con más facilidad, pero ¿por qué detenerse ahí? Uno de los problemas con los Mecas había sido que empezaron a creer que eran capaces de *sentir*. Pero para



tener una verdadera vivencia del mundo se necesitaba algo más que un cerebro de ciborg y una serie de complejos sistemas artificiales. ¿Cómo iba alguien a amar si no podía disfrutar del tacto de la piel del amante?, ¿cómo podía sentir dolor sin conocer la vulnerabilidad de la carne?

No, pensó Vena, eso no eran sólo delirios de un Meca. Se trataba de algo más especial, más peligroso. Era un Meca en vías de transformarse él mismo: no del todo artificial, pero tampoco todavía no ilyrio, sino una entidad intermedia.

Era una aberración.

Aparecieron fragmentos de vídeo en las pantallas alrededor de Vena mientras el sistema recopilaba todas las grabaciones del intruso. El Meca había tenido cuidado — una capucha alzada aquí, una cabeza agachada allí, siempre consciente de la vigilancia, tanto la que veía como la que no—, pero poco a poco el programa empezó a componer una cara a partir de los fugaces atisbos de rasgos que las cámaras habían captado: un ojo de un fotograma, una mejilla de otro, la comisura de la boca de un tercero.

Al cabo de una hora, Vena tenía una imagen. Casi se rió al verla porque la identidad del Meca fue tanto una sorpresa como un inesperado regalo.

Meia.

A Vena le resultaría un verdadero placer poner fin a su existencia.

Sedulus estaba en la cabina de mando del crucero, con un mapa físico de las Highlands en la pantalla que tenía delante. A su derecha estaba el sargento galateano; como todos los de su raza, carecía de nombre, o al menos de uno que los ilyrios pudieran pronunciar. Los galateanos se llamaban entre sí «hermano» o «hermana», según su sexo, aunque en realidad no existían lealtades de familia ni de clan entre ellos y, hasta donde los ilyrios sabían, dedicaban poco tiempo a emociones complejas como la aflicción, la culpa o siquiera el amor. Se apareaban, procreaban, vivían, morían y, al servicio de los ilyrios, mataban. Parecía bastarles. Sedulus se alegraba de dirigirse al galateano como «sargento». Cuando éste muriera —como sin duda ocurriría pronto porque los galateanos sólo tenían una esperanza de vida de veinte años— lo sustituiría otro que tendría el mismo aspecto, la misma voz y el mismo olor que éste.

A la izquierda de Sedulus iba Beldyn, que había regresado hacía poco de informar a Syrene en persona. Sedulus se fiaba de Beldyn tanto como de cualquier otro de sus subordinados, que no era mucho, con la excepción de Vena. Él mismo podría haber hablado con Syrene a través de su lente, pero le preocupaba la posibilidad de que su conversación privada fuera interceptada, y había veces en que convenía una charla en voz baja.

Syrene había respondido como él había esperado: las traidoras, Syl y Ani, no tenían que volver con vida a Edimburgo. Todavía sentía cierta curiosidad por la ilyria llamada Ani, porque tenía poderes que podrían ser útiles para la Hermandad, pero, como había ocurrido con Syl, parecía que tentarla para que entrara en la Marca podría implicar más problemas que ventajas, suponiendo que a Gradus, una vez estuviera de vuelta sano y salvo en sus brazos, pudieran convencerlo de que perdonara sus vidas por su traición previa. Aunque el Cuerpo y la Hermandad habían limitado su influencia, Andrus y Danis eran todavía hombres poderosos y no abandonarían a sus hijas sin pelear. De todos modos, las aprendices forzosas no eran de ninguna utilidad para la Hermandad. Las predecesoras de Syrene habían aprendido esa desagradable lección hacía mucho tiempo. Las chicas obligadas a entrar en la Hermandad por sus familias, o reclutadas con la esperanza de que podrían moldearlas según los deseos de las hermanas, invariablemente resultaban problemáticas e indignas de confianza, y sembraban el descontento entre las demás. En el pasado, para evitar las angustias a sus familias, la Hermandad había solido informarlas de que las novicias en cuestión

no eran apropiadas para la vida en la Marca y que las habían enviado a nuevos mundos donde buscar conocimientos que podrían serle útil a la Hermandad.

En realidad, habían sido indolora y sigilosamente asesinadas.

Pero todo eso había sucedido en el pasado. La Hermandad era ahora un refugio para las que querían, para las que habían elegido, libremente y sin presiones, dedicar sus vidas a la búsqueda del verdadero conocimiento.

Sedulus estaba al tanto de gran parte de todo eso, y lo que no sabía lo sospechaba. A él no le importaba. La Hermandad había dado al Cuerpo poder real y lo que era bueno para el Cuerpo era bueno para él, pero ésta era una cuestión delicada. La sucesión de dificultades con que se había topado Sedulus para devolver al gran cónsul Gradus a su esposa amenazaba gravemente la ascensión, hasta ahora imparable, de Sedulus en las filas de la Securitat, por no decir su propia vida. Si Gradus moría, Sedulus le seguiría al vacío.

Sin embargo, ahora disponían de una posible pista gracias al chaquetero de Duncan. Sedulus había mandado el segundo crucero y su último deslizador en esa dirección y pronto habría galateanos y securitats sobre el terreno. El cerco se iba estrechando alrededor de los humanos y sus prisioneros ilyrios. Sedulus sólo esperaba la confirmación de que los habían visto para acudir con el crucero que quedaba y unirse a la caza. En la pantalla que tenía delante, dos luces rojas señalaban la posición de la nave. Los securitats que iban a bordo estaban representados por las luces blancas más pequeñas de sus localizadores. A los galateanos no se les había provisto de localizadores, lo que daba una idea de lo prescindibles que se les consideraba.

El crucero aterrizó. Las luces se desplegaron en la pantalla cuando los securitats empezaron a dispersarse. Entonces, mientras Sedulus miraba, una de las luces blancas desapareció, seguida de una segunda, luego una tercera. A sus espaldas, el asistente que monitorizaba las comunicaciones se dio la vuelta en la silla.

—Señor —dijo—, ¡tenemos contacto!

Just Joe sabía que vendrían. Era meramente cuestión de tiempo, y él había hecho una apuesta calculada al ordenar a Paul que le colocase el localizador de Gradus a Duncan. Él o McKinnon habrían acabado delatándoles, de eso no le cabía duda, aunque Joe apostaba a que sería Duncan. McKinnon era un matón, pero moriría antes de dar a los ilyrios algo más que su nombre y la hora. No, Duncan había sido el débil, y en cuanto Joe había empezado a sospechar de él, le había ido pasando fragmentos de información falsa.

Just Joe había tendido una trampa a los ilyrios: una hoguera, un puñado de sacos de dormir llenos de piedras y algunos combatientes que se movían y ofrecían la apariencia de que había vida en el campamento. La de estos últimos era la función más peligrosa, y sólo esperaba que los ilyrios no abrieran fuego contra ellos desde el aire y prefirieran atacarles en el suelo. Creía que las posibilidades estaban alrededor

del 70 / 30 a favor de la Resistencia si los ilyrios aterrizaban en lugar de disparar; seguramente no se arriesgarían a acribillarlos desde sus naves por temor a que los prisioneros ilyrios estuvieran entre quienes dormían en el campamento. En ese caso, 70 / 30 no parecía una mala probabilidad, pero a Just Joe no le hacía mucha gracia. La gente importaba, y él se había pasado buena parte de su vida informando a hombres y mujeres de que sus seres queridos no volverían a su lado.

El terreno era irregular, salpicado de rocas. Sólo había dos lugares donde los ilyrios podían aterrizar sin contratiempos a una distancia adecuada para asaltar el campamento. En un mundo ideal, habría minado los dos emplazamientos y, en cuanto la nave tocara tierra, hubiera saltado por los aires, pero no tenía minas. Sólo disponía de armas y granadas, y tendrían que bastarles. Tampoco contaba con suficientes hombres para cubrir los dos lugares, así que había hecho otra apuesta: que los ilyrios mandarían un crucero, no un simple deslizador cargado de tropas. En ese caso, sólo uno de los dos potenciales lugares de aterrizaje era lo suficientemente grande, y había concentrado en él toda su potencia de fuego. Si se equivocaba, todavía estaría a tiempo de desplazar a los combatientes a otras posiciones, pero quedarían al descubierto y serían vulnerables al fuego de las armas de pulso, además de haber perdido el factor sorpresa.

Just Joe estaba tumbado bajo una manta de camuflaje. A su alrededor, el resto de su grupo se había ocultado de forma similar. Había colocado a sus dos mejores tiradores en terreno elevado, armados con rifles potentes capaces de penetrar el chaleco antibalas ilyrio incluso a gran distancia. Más cerca del punto de aterrizaje, había otros dos combatientes ocultos, cada uno con un lanzagranadas y una única granada, las últimas del arsenal de Joe.

Joe pensó en Fremd y las dos ilyrias que iban con él. Habían confiado mucho en Fremd y ahora la gente de Joe probablemente iba a morir a causa de poco más que una corazonada del ilyrio. Mierda, ya habían puesto en peligro a otros miembros de la Resistencia por sus propias sospechas, como, hacía bien poco, en Birdoswald. Pero Gradus era una presa demasiado valiosa para renunciar a ella sin luchar, y si Fremd tenía razón, merecía la pena morir por la información que podía dar.

Ni siquiera oyó al crucero hasta que apareció. El piloto, sin duda, había optado por planear, una maniobra arriesgada para una nave tan pesada y voluminosa. A su lado había un único deslizador, que seguramente había localizado el fuego y a la gente desde arriba y había guiado al crucero.

Just Joe respiró hondo. Le temblaban las manos. Siempre le temblaban antes de una batalla. Sólo un estúpido no tendría miedo de morir, se dijo, y no había valor sin miedo.

El crucero tomó tierra. La gente del campamento cogió las armas y corrió a protegerse. El deslizador volaba sobre ellos y un par de esferas negras cayeron desde su vientre dirigiéndose hacia los humanos más próximos que ya huían. Joe oyó el siseo de dardos que se desplegaban y vio caer a Kathy y a Howie.

Se abrieron las puertas del crucero y apareció el enemigo.

Just Joe apuntó su arma y sus hombres y él lanzaron una lluvia de fuego en venganza por los muertos de Durroch.

Sedulus contemplaba cómo más luces blancas se iban apagando.

—Tenemos que ayudarles —dijo Beldyn.

—No —dijo Sedulus—. Esperaremos.

La primera granada alcanzó el costado del crucero y explotó sin causar daño contra su potente blindaje. Una ráfaga de disparos de armas de los galateanos destrozó el emplazamiento del lanzagranadas. El hombre murió al instante, pero la distracción fue suficiente para que el segundo apuntara. Desde su posición, detrás de un inmenso canto rodado cubierto de musgo, Heather fijó el lanzador y tensó el dedo sobre el gatillo.

—Por Tam —dijo.

La granada salió disparada y desapareció en las fauces abiertas del crucero. A los pocos segundos explotó en el espacio cerrado, mutilando la nave y matando o hiriendo a todos los que quedaban dentro. Astillas de piedra saltaron alrededor de Heather cuando los ilyrios respondieron al fuego, pero una descarga de disparos de cobertura le permitió alejarse en busca de refugio. Estaba aterrada, pero se acordó de recoger el lanzagranadas. En alguna parte ya encontrarían más granadas, y no podían permitirse perder armas como ésa. Llegó al lugar donde estaba la primera línea de combatientes de la Resistencia, se tiró al suelo, sacó su pistola de largo alcance y empezó a disparar.

Mientras tanto, Just Joe y Norris intentaban derribar las esferas negras. Ya habían visto morir a tres de los suyos y estaban resueltos a que no cayeran más. Norris disparó a la primera con su escopeta y consiguió destrozarse su sistema de guía. El artefacto reaccionó lanzando su serie de dardos a ciegas, y uno de ellos fue a parar bastante cerca de la cabeza de Norris e hizo saltar chispas de una roca a sus espaldas. Un segundo disparo de escopeta puso fin a todo, y los restos de la esfera cayeron al suelo y se apagó chisporroteando inofensivamente.

Just Joe atrajo la segunda hacia sí agitando su abrigo desde detrás de un tocón. Era, pensó mientras el primer dardo se clavaba en la madera, la mayor estupidez que había hecho jamás, y eso que se había pasado la vida haciendo cosas no muy inteligentes que digamos. Cuando la esfera se acercaba, salió de detrás del tocón, con la mochila sujeta al pecho, y rezó. Sintió el impacto del dardo al alcanzar la mochila y entonces acribilló a la esfera con una lluvia de balas, aunque no paró de rezar hasta que vació el cargador y la esfera reventó, y lo único que se oía ya era su propia voz invocando a algún dios, cualquier dios, para que le protegiera.

—Hemos perdido contacto con el crucero —informó el operador de radio a Sedulus.

Sedulus lo veía por sí mismo. La luz roja parpadeó de forma acelerada, señalando un daño catastrófico. Sólo seis luces blancas seguían intactas y una de ellas desapareció mientras el operador hablaba. Sedulus se mantenía aparentemente en calma. Era un desastre, pero no podía permitir que sus hombres notaran su pánico.

—Era una trampa —dijo Beldyn—. El humano mintió.

—No, no creo que mintiera —dijo Sedulus—. Simplemente le engañó alguien más listo que él. Que vuelva el deslizador.

—¿Y los ilyrios y galateanos que quedan en tierra?

—Ya están muertos —dijo Sedulus—, lo que pasa es que todavía no lo saben.

El operador de radio volvió a hablar.

—Señor, hemos perdido una esfera de caza.

—¿Se ha vuelto loco? —dijo Sedulus—. ¡Acabamos de perder un crucero!

—No, señor, no en esa zona. Al oeste. Lanzó un dardo y luego cayó.

Sedulus lo miró fijamente.

—Deme su última localización conocida en el mapa.

Ante él, apareció una luz verde titilando.

—Son ellos —dijo Sedulus.

—¿Cómo puede estar seguro? —preguntó Beldyn.

—Tengo que estarlo —dijo Sedulus—. Y si me equivoco, todos estamos acabados.

Muerto, encogido en el suelo, AK parecía muy pequeño, casi un niño. No tuvieron tiempo de enterrarlo ni de nada más, aparte de mirar anonadados sus restos hasta que Ani, precisamente Ani, se echó a llorar.

—Yo..., yo habría podido ser más amable con él —confesó.

Y nadie encontró palabras para consolarla o contradecirle porque era verdad, del mismo modo que también lo era que AK podría haber sido más amable con ella. Ani nunca le había parecido tan triste ni tan mayor a Syl. Más tarde, Ani recordaría ese momento como el primero en que había experimentado auténticos remordimientos de adulto, y que algo de su infancia se había perdido para siempre, arrastrado entre el barro, la sangre y la lluvia.

—Tenemos que marcharnos —dijo Fremd—. Sabrán que han perdido un dron de persecución y vendrán a investigar qué ha pasado.

Pero Ani no pareció escucharle. Se dejó caer de rodillas y limpió la humedad de la cara de AK. Steven se acuclilló a su lado. Su mano izquierda se cernió vacilante sobre ella, como un pájaro temeroso de posarse, y entonces la apoyó suavemente sobre su hombro. Ani se inclinó hacia él, y sus cuerpos se estremecieron a la vez cuando él absorbió su dolor. Alice se les acercó y acarició el pelo de Ani.

—¡Ani! —repitió Fremd—, he dicho que tenemos que marcharnos.

—¿Para qué? —preguntó Ani—. Estoy cansada de huir. No hacemos más que correr y correr sin parar ni llegar a ninguna parte. Dejadles que me atrapen y me lleven de vuelta. Me da igual.

Fremd la agarró por el brazo y la puso en pie de un tirón. Steven pareció a punto de intervenir, pero Paul le contuvo.

—¡Escúchame! —exclamó Fremd y la zarandeó un poco—. No van a llevarte de vuelta a ningún sitio. ¿Es que no lo entiendes? Tú no les interesas. A quien quieren es a Gradus. Si Syl y tú morís aquí, todo será más fácil para ellos. En cuanto Gradus esté a buen recaudo en sus manos os matarán. Le echarán la culpa a la Resistencia, o a un fuego cruzado, o a lo que se les ocurra, el resultado será el mismo: acabaréis como AK, muriendo en el polvo, pero ya no habrá nadie que lllore por vosotras porque todos habremos muerto también.

—¡Mientes! —dijo Ani—. ¡No puedes saberlo!

—Lo sé. Lo sé porque conozco a Sedulus. Y lo conozco porque yo era como él. Ani dejó de resistirse.

—Explícate —le pidió Syl.

—Lo haré —dijo Fremd—. Lo prometo. Estamos cerca de nuestro destino. Llegaremos dentro de un par de horas y entonces os lo explicaré. Todo.

Los cuatro jóvenes se miraron y sin necesidad de palabras llegaron a un pacto.

—Muy bien —dijo Paul—. ¿Y qué pasa con él?

Señaló con el pulgar a Gradus, que seguía sentado en el barro, con la boca flácida y los ojos inexpressivos de un muerto.

—Ponedlo en pie.

—Nos está retrasando —dijo Paul—. Sin él, nos moveríamos el triple de rápido. Que se lo queden los ilyrios.

—¡No! —dijo Fremd.

—¿Por qué?

—Porque, si no me equivoco, él guarda el secreto de todo esto.

—¿Y si te equivocas?

—En ese caso, le mataré yo mismo antes de entregárselo a los suyos. Y ahora, en marcha. ¡Moveos!

Syl creyó que se desmayaría. Le dolían todos los músculos del cuerpo, en especial los de las piernas. Las sentía tan pesadas que apenas podía adelantar los pies y los arrastraba por el barro. Sudaba y tenía calor a pesar del frío, pero también temblaba y los dientes le castañeteaban dolorosamente en la boca. Ani y Steven caminaban con visible fatiga por delante, con las cabezas gachas, tambaleándose más que andando. Paul iba a su lado, pero no hablaba. Como los demás, le quedaban las fuerzas justas para seguir. Y las pocas que le quedaban las utilizaba para turnarse con Ani en cargar con Alice.

Fremd aceleró el paso, tirando de Gradus por la cuerda. A veces, el gran cónsul se resbalaba y se caía, y una vez se dio un golpe tan fuerte en la cabeza que le salió sangre, pero no hizo ningún ruido ni dijo nada. Cada vez que se caía, Paul y Steven ayudaban a Fremd a levantar al pesado ilyrio y luego reemprendían la marcha.

Esperaban oír en cualquier momento el sonido de un deslizador rasgando las nubes o el estruendo de un crucero, pero no oyeron nada. Aun así, a medida que le aumentaba la fiebre, Syl se volvía más paranoica. Miraba al cielo, intentando penetrar los bancos de nubes grises y negras. Seguro que la estaban vigilando, aguardando el momento oportuno para atacar. Se lanzarían en picado, la arrancarían del suelo, y luego la colgarían de las puertas del castillo, sus piernas patalearían en el aire, la sangre se le acumularía en la cara. Ya sentía la cuerda que se ceñía alrededor del cuello mientras andaba, y la sensación era tan real que se llevó las manos al cuello y se arañó la piel, rascándosela con rabia hasta que Paul la detuvo, bajándole con suavidad pero firmeza los brazos y colocándoselos a los costados donde se los retuvo atrayéndola hacia él y obligándola a caminar a su lado.



—Casi hemos llegado —dijo—. Falta poco.

Ahora veía a Ritchie empalado en su bayoneta, pero seguía vivo y pudo sacarse la afilada hoja de la bayoneta del pecho, presionando el rifle apoyado en la tierra hasta que el metal se separó de su cuerpo con un sonido húmedo y de succión. Se acercó a ella bajo la lluvia, con las manos extendidas por delante, las palmas hacia arriba, teñidas del rojo de su propia sangre.

*Te maté.*

*Te maté y me alegro.*

Veía naves de guerra ilyrias atravesando oleadas de luz y oyó llorar a un bebé que salía del útero. Y ella era ese bebé, pero ya no era simplemente una niña sino una colección de miles de millones de átomos a los que la luz corrompía, a todos sin excepción, alterándolos, mutándolos.

Mutándola.

Era una alienígena, no sólo para la gente de la Tierra, sino también para los suyos. Extraña a todos. Era diferente. Sólo Ani podría entenderlo, pero ni siquiera Ani era como ella. Ani podía nublar las mentes haciendo que los demás vieran lo que ella quería que vieran, pero no quitaba la vida a nadie. Tal vez podría si ponía empeño en ello, pero Syl no estaba segura; de lo que sí estaba segura era de que había sido ella la que había mirado a un hombre y le había obligado a volver su arma contra sí mismo. De nuevo vio la mirada que asomó en los ojos de Ritchie antes de colocar la hoja para clavársela en su propio pecho: el terror, la desesperación, la conciencia de que una parte de la chica alienígena había irrumpido en su interior y lo había vuelto contra sí mismo. En esa última mirada había una súplica para que le salvara, para que le perdonara la vida, y ella se había negado. Había sentido demasiado miedo, y demasiada rabia.

—Lo siento —susurró, pero ya mientras pronunciaba las palabras, éstas le sonaron huecas.

«No», pensó, «no lo siento. Me alegro. Se merecía morir, él y el otro, el que golpeé con la piedra, al que le metí la cara bajo el agua». Porque también había hecho eso, por fin acabó reconociéndolo en su fuero interno. Mientras Ritchie agonizaba, se había dado cuenta de que el hombre caído en el arroyo intentaba incorporarse, pero ella lo había sumergido de nuevo, deseando que le entrara agua en los pulmones, deseando que sufriera, igual que él la habría hecho sufrir si le hubiera dado ocasión.

—¿Qué soy? —dijo—, ¿quién soy?

Y mientras Paul repetía su nombre una y otra vez, en un intento de tranquilizarla, creyó que sufría alucinaciones al ver antorchas a lo lejos y oír voces de hombres y mujeres. Vio un muro con almenas y atisbó a gente acampada dentro, y hogueras encendidas. Olió humo y carne asándose y oyó mugidos de ganado. Una manita le aferró la suya, miró hacia abajo y vio a Alice, que le sonreía.

—Todo va bien, Syl —dijo Alice—. Estamos a salvo.

Pero no, no iba bien, pensó Syl. Nunca volverían a estar a salvo.

El castillo se llamaba Dundearg. Había sido erigido durante el reinado de Jacobo II de Inglaterra, y una misma familia, los Buchanan, lo había ocupado desde entonces, aunque ya sólo quedaba un miembro de la estirpe. Se llamaba Maeve, y era una mujer baja y morena de cuarenta y pocos años, cuyo pelo se había vuelto casi completamente gris, pero que se conservaba joven y bonita. Miró con severidad a Syl, a Ani y a Gradus mientras los introducían en la fortaleza, observados por los ojos hostiles de quienes ahora vivían dentro de los muros del castillo en alojamientos improvisados o en grandes contenedores que habían sido reconvertidos en hogares. Los habitantes formaron un estrecho pasillo por el que pasaron los recién llegados. Pese a la protección de Fremd, los empujaron y alguien escupió a Ani en la cara. Aunque Syl lo sintió por su amiga, se alegró de no haber sido ella la víctima. Incluso en su estado febril, se imaginó volviéndose contra el culpable y deseándole algún mal. Las consecuencias de una reacción así habrían sido fatales para todos.

—No —dijo Fremd, y, en un primer momento, Syl creyó que se dirigía a ella, que le advertía para que no respondiera, hasta que se dio cuenta de que hablaba a la multitud. Le obedecieron y no hubo más empujones ni escupitajos.

Al final quedaron a salvo dentro de los muros de la fortaleza, y las puertas se cerraron tras ellos. Dentro hacía frío, pero no tanto como fuera, y al menos no había humedad. A su derecha ardía un gran fuego en una sala atestada de sofás y sillones mullidos.

Syl no sabía qué pasaría a continuación, pero desde luego no esperaba ver lo que vio: a Maeve Buchanan abrazando a Fremd y besándole en los labios. Ella lo atrajo hacia sí e inhaló su olor.

—Huelo —dijo él.

—Apesta a barro, a hierba y a sudor.

—Y a sangre —dijo Fremd—. Perdimos a AK, el joven Alan.

Maeve apretó los ojos de dolor.

—Habrá que decírselo a sus padres —dijo—. Están en Perth.

—Se hará, y con tacto.

—Era un chico con problemas, lleno de rabia, pero habría cambiado, yo ya lo veía.

—Yo también.

Maeve se separó de Fremd y se volvió hacia Syl y Ani.

—Dios mío, estas jovencitas están heladas. —Tocó la frente de Syl—. Y ésta tiene fiebre. —Gritó un nombre—: ¡Kathleen!

Y una mujer robusta en zapatillas de felpa y con delantal apareció en lo alto de las escaleras.

—Sí, señora.

—Trae toallas y ropa de invierno, y una palangana con el agua caliente que nos quede.

Acercó a Syl y a Ani al fuego.

—Ahora quitaos esa ropa, ¡toda! Podéis envolveros en los manteles de los muebles hasta que venga Kathleen.

Iba a cerrar la puerta al salir tras Fremd para dar cierta intimidad a Syl y a Ani, pero Syl se levantó y la detuvo.

—Acuérdate —le dijo a Fremd—. Lo prometiste. Prometiste que nos contarías tu historia.

—Y lo haré —dijo él—. Primero secaos y entrad en calor. Cuando acabéis, venid a buscarnos, porque lo que va a pasar aquí os concierne tanto como nos concierne al resto de nosotros. Pero, si no me equivoco, mi historia, y lo que podéis ver en este castillo, os dejará con todavía más preguntas, y no seréis las únicas.

Detrás de Fremd, dos hombres que no había visto antes sostenían con fuerza a Gradus por los brazos. Tal vez se debía a la relativa calidez del castillo, o al lento reconocimiento de que su situación había cambiado, pero Gradus parecía comenzar a volver en sí. Todavía estaba aturdido, pero empezaba a hacerse una idea de su entorno.

—Lavadlo, pero mantenedlo bien controlado —ordenó Fremd.

—Despertaré al técnico —dijo Maeve—. Todo está listo. Sólo tenemos que preparar el generador.

—Hazlo —dijo Fremd—. No disponemos de mucho tiempo.

La mujer que se llamaba Kathleen, ayudada por sus dos hijas, Marie y Jeanie, llevó a Syl y a Ani no sólo toallas, ropa limpia y dos palanganas de agua caliente, sino también unas enormes tazas de espeso caldo de pollo y verdura. También le dio a Syl dos pequeñas pastillas para que le bajara la fiebre.

Unos graves vítores resonaron al otro lado de la puerta. Syl la abrió y se asomó, a tiempo de ver entrar a Just Joe, junto con Logan, Aggie y Norris. También estaba Heather con una encantada Alice en brazos. Maeve se acercó a saludarlos.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, pero Joe se limitó a negar con la cabeza.

—El bueno de AK también nos ha dejado —informó Maeve.

—Ah —fue lo único que acertó a decir Joe—. Ah.

Syl cerró la puerta.

La comida y el cambio de ropa habían hecho que Syl se sintiera un poco mejor, pero la frente seguía ardiéndole al tacto y se notaba débil. No obstante, no quería quedarse en la habitación. Tenía que encontrar a Fremd.

—¿Nos llevarás a verle? —le preguntó a Kathleen cuando volvió, y ella y Ani fueron cumplidamente conducidas a las entrañas de la fortaleza, donde se había establecido una enfermería. Una de las camas la ocupaba ahora Norris, cuya herida en el hombro se había infectado. Le habían sedado mientras le limpiaban y vendaban la herida y miraba aturdido a Syl y a Ani, como si no estuviera seguro de si las estaba viendo o soñando con ellas.

Al final entraron en una sala más pequeña, y a Syl le sorprendió ver que había equipo médico, tanto ilyrio como humano, la mayor parte del cual era nuevo y estaba en perfectas condiciones. La habitación vibraba con el zumbido de los generadores, y Fremd estaba trabajando meticulosamente con otro ilyrio —que parecía un poco mayor que Syl y Ani—, comprobando el cableado y cerciorándose de que todo estaba en sincronía. Maeve los observaba, mordisqueándose el labio inferior como un perro habría mordisqueado un hueso.

—Muy bien —dijo Fremd—, parece que estamos preparados.

Reparó en la presencia de Syl y Ani.

—Señoras, permítanme que les presente a Lorac —dijo, y el joven ilyrio les sonrió con dudas—. Lorac, éstas son Syl y Ani.

—Hola —dijo Lorac y se levantó desde su postura acuclillada para erguirse del todo. Era apuesto incluso para los estándares ilyrios, pero daba la impresión de encontrarse incómodo en su propia piel, y caminó con una leve cojera cuando se acercó a ellas. Syl vio que era mayor de lo que al principio le había parecido, seguramente rondaría los veintipocos.

—¿Estás herido? —preguntó Ani.

—Es una herida antigua —respondió Lorac.

Fremd se había acercado a Maeve y la había abrazado por la cintura con gesto protector.

—Lorac cometió el mismo error que yo —dijo Fremd—. Miró demasiado tiempo a una hermosa mujer y se perdió.

Maeve le dio una palmada cariñosa en el pecho, pero el cumplido le ruborizó las mejillas. Ani pareció un poco decepcionada por la noticia de que Lorac estaba enamorado de otra. Syl se alegró de que Steven no estuviera allí para verle la cara.

—Ya la conocéis —dijo Lorac—. Es Jeanie, la hija de Kathleen.

Ani no pareció muy impresionada, e incluso Syl se sorprendió un poco. Jeanie era bonita, pero nada del otro mundo; ¿había abandonado Lorac a su gente y se la estaba jugando con la Resistencia para estar con ella? Tanto si era del Ejército como del Cuerpo, eso estaba castigado con cadena perpetua en un mundo prisión, y las perpetuas en mundos prisiones tendían a ser breves y brutales, aunque Syl sospechaba que pocos desertores llegaban siquiera a las prisiones porque eran asesinados por la

Securitat. Ciertamente, pensó, los caprichos del amor eran peculiares, sí, estaba claro, pero, bien mirado, ¿acaso no se estaba enamorando ella de Paul?, ¿qué futuro tenían los dos juntos? No era la primera vez que la asaltaba la sensación de que su vida se había vuelto demasiado complicada en muy poco tiempo.

A la mención de su hija, Kathleen se enderezó y resplandeció orgullosa. Apenas había hablado hasta ese momento, salvo para quejarse de Syl y Ani, pero ahora dijo:

—No encontrarán chica mejor de aquí al cabo de Land’s End.

Pareció que Ani estaba a punto de discrepar, pero Syl, con tanto disimulo como fuerza, le dio un pisotón, sólo para evitar que algún otro acabara callándole la boca.

Lorac se palmeó la pierna derecha.

—Mis compañeros de armas nos descubrieron. Para quitarme las ganas, me destrozaron el pie con las culatas de los rifles. Esa noche deserté, pero el pie quedó tan dañado que no se pudo hacer nada para salvarlo y hubo que amputarlo.

Las palabras salieron de la boca de Syl antes de que se diera cuenta de que las estaba pronunciando, ni menos aún de que las pensaba.

—¿Mereció la pena? —preguntó.

Lorac respondió como si le sorprendiera que alguien pudiera plantearse siquiera esa pregunta.

—Por supuesto que mereció la pena —dijo—. La amo. ¿Es que nunca has estado enamorada?

Syl vio cómo Ani la miraba sonriendo. Todo eso estaba adquiriendo un tono demasiado personal, pero habiendo hecho la primera pregunta, se sentía obligada a dar alguna respuesta.

—No de ese modo —contestó—. O eso creo, me parece.

—Lo sabrás cuando te enamores —dijo Maeve. En su rostro apareció una expresión de escepticismo, y Syl creyó que la mujer no se creía la respuesta que ella había dado. Bien pensado, tampoco se la creía del todo la propia Syl. Al fin y al cabo, se había metido en todo ese lío a causa de un joven. Había puesto su vida en peligro por un varón humano, del mismo modo que Lorac había puesto en peligro la suya por una chica. A Syl le entraron ganas de mesarse los cabellos, sentía que se ahogaba en un remolino de emociones. Se volvió hacia Fremd con la esperanza de que él pudiera sacarla de allí por un momento siquiera.

—Prometiste que nos contarías qué está pasando —le recordó.

Él le dio una palmada en el hombro a Lorac.

—Trae a nuestro estimado invitado, el gran cónsul. Ahora estamos preparados para él.

Y mientras Lorac iba a buscar a Gradus, Fremd les contó su historia.

La primera sorpresa fue que Fremd no había sido un simple miembro del Cuerpo Diplomático, sino que había llegado a ser mando de la Securitat, con Sedulus como subordinado.

—Yo me lo creía —dijo Fremd—. Creía en la gran expansión del Imperio ilyrio. Los agujeros negros nos habían abierto el universo, y yo era joven y quería explorarlo. Se trataba más del descubrimiento de otros mundos que de su conquista, aunque reconozco que sabía que eso formaba parte de la misión. Pero nosotros seríamos gobernantes comprensivos. No arrasariamos las sociedades de otros mundos. No esquilmaríamos los recursos de los planetas. Lo que era bueno para el Imperio, sería bueno para las nuevas razas que encontráramos, y a la inversa también.

»Pero la humanidad era diferente. Por primera vez nos encontramos con una raza que se nos parecía en muchos sentidos. El Imperio había monitorizado el desarrollo de la raza humana durante décadas. Hubo debates sobre si la conquista era la respuesta apropiada ante la iniciativa y la ambición de la humanidad, y el Cuerpo se impuso al Ejército. Y, para ser justos, había razones poderosas para someter a la humanidad. Como raza, los humanos eran hostiles unos con otros, de manera que podíamos hacernos una vaga idea de que su reacción a una invasión alienígena sería violenta. Tenían una larga historia de brutalidad y guerras, y dejaban que naciones enteras se murieran de hambre mientras otras almacenaban comida en graneros hasta que se pudría. Se creía que no se podía razonar con ellos.

»Así que la Tierra se convirtió en un planeta que había que conquistar, no obstante, debíamos ser respetuosos con sus habitantes porque eran muy parecidos a nosotros, y todavía no habíamos descubierto ninguna raza tan avanzada. Pero entonces, como bien sabéis, la humanidad resultó más difícil de controlar de lo que se había esperado y la ocupación se tornó menos comprensiva. Entre los nuestros había quienes empezamos a creer que no deberíamos estar en la Tierra y que debía adoptarse una nueva estrategia de acercamiento a la humanidad, una de cooperación y coexistencia pacífica.

»Yo, sin embargo, no participé directamente en esos debates. Estaba destinado a cuatro años y medio luz, en el sistema que los humanos llaman Alfa Centauri, supervisando la explotación minera del mundo de diamante 55 Cancri, y la extracción de metano de los planetas mayores del sistema.

El metano extraído servía para que las naves ilyrias que viajaban sin utilizar

agujeros de gusano no tuvieran que llevar tanto combustible para sus vuelos. Podían repostar en las bases de metano esparcidas por las galaxias. Dentro del sistema solar terrestre, los ilyrios habían situado bases de extracción en Júpiter, Marte y Urano, pero la mayor instalación extractora estaba en Titán, una de las lunas de Saturno, donde literalmente llovía metano y la superficie estaba salpicada de ríos y lagos del gas.

—En la extracción trabajaban prisioneros ilyrios y, lamento decirlo, los Batallones de Castigo de la Tierra —explicó Fremd—. Faltaba poco para que acabara mi servicio allí. A mí no me importaba, yo era poco más que un guarda de prisiones, y, para mi gusto, pasaba demasiado tiempo enfundado en un TEL, un Traje para Entornos Letales, así que había pedido un traslado a la Tierra. Además, se habían producido conatos de revuelta y se había intentado secuestrar una lanzadera para huir. Un cónsul de alto rango, tío de nuestro amigo Gradus, fue enviado a Alfa Centauri para investigar el problema. Estaba previsto que yo acabara mi servicio cuando él llegara y que luego viajara a la Tierra; pero el piloto cometió un error en el ataque al aproximarse a la estación de Cancri y la nave resultó dañada. Hubo una fuga de oxígeno y murió la mayor parte de la tripulación, aunque pudimos rescatar al cónsul. Estaba malherido, pero lo llevamos a quirófano y los médicos empezaron a operarle.

»Y fue entonces cuando me avisaron, porque los escáneres descubrieron algo vivo dentro de la cabeza del cónsul.

Fremd todavía recordaba con toda nitidez el momento; la «primera observación», cómo él la llamaba, el primer vislumbre del Otro. Envuelto alrededor del bulbo raquídeo del cónsul, ceñido a su cerebelo con sus finos tentáculos, había un organismo parásito de algún tipo. Cuando intentó quitárselo, el organismo se aferró con más fuerza al cerebelo y aquellos tentáculos que parecían látigos se introdujeron más profundamente en el cerebro del cónsul. El cuerpo empezó a sufrir convulsiones y se optó por interrumpir el examen del organismo ante el riesgo de dañar a su huésped. Se envió un mensaje cifrado a Gradus, informándole del descubrimiento, y se instaló al cónsul en una sala de aislamiento. El mensaje de respuesta era simple: nadie podía abandonar la estación por temor a un posible contagio, y no habría más comunicaciones sobre el cónsul o el organismo hasta que llegara un equipo de la División de Desarrollo Científico.

—Pero en Cancri se multiplicaban las algaradas —dijo Fremd—, y yo no tuve más remedio que salir de la estación y bajar al planeta para abordar la situación sobre el terreno. En cualquier caso, en Cancri tenía que moverme con un TEL completo, así que no había peligro de que contagiase nada a nadie.

En ese momento hizo una pausa, como si el recuerdo de lo que venía a continuación todavía le resultara doloroso.

—Los científicos llegaron cuando yo estaba en Cancri, pero con ellos se presentaron también escuadrones de la muerte de la Securitat y empezó la matanza. Yo me quedé en el planeta mientras todos los que estaban en la estación eran

masacrados. Había dejado un canal de comunicación abierto con mi segundo oficial, Seval, por si tenía que dar explicaciones sobre mi ausencia, y le oí morir. Oí cómo morían todos. Fueron asesinados por mi propia gente. Lo último que hizo Seval fue eliminar todos los registros de mi viaje a Cancri. Por lo que a la Securitat se refería, yo estaba desaparecido, se me consideraba un desertor.

»Luego volaron la estación y abandonaron a los que estaban en Cancri para que murieran. Los prisioneros vieron explotar la estación y se abalanzaron a mi nave. Tuve que matar para salvar el pellejo y tuve que abandonar a los mineros que quedaban en el planeta. Ésa es la cruz con la que cargo. Noto su peso todos los días.

—¿Y cómo llegaste a la Tierra? —preguntó Syl.

—Me colé haciendo autoestop a través del agujero de gusano aprovechando una nave del Cuerpo —dijo—. Al final acabé llegando aquí, a Escocia.

Syl no pudo evitar sentirse impresionada. «Hacer autoestop» era una maniobra increíblemente arriesgada, que dependía de la fuerza gravitatoria de la nave mayor en el agujero de gusano para tirar de la nave más pequeña. Si el autoestopista calculaba mal, por mínimo que fuera el error, o si la nave principal sufría sacudidas tanto al entrar como al salir del agujero de gusano, la nave menor sería destruida.

—La Resistencia tardó mucho en confiar en mí, y yo en ella —dijo Fremd—. Me tuvieron encerrado en una celda durante dos años. Apenas vi la luz del sol. Con el tiempo conocí a Maeve, y las cosas empezaron a cambiar. Pero no dije nada de lo que había visto en la estación, no hasta hace unos meses, cuando empecé a oír rumores de que desaparecían cuerpos humanos, y de instalaciones secretas abiertas por la División de Desarrollo Científico. Por nuestros espías nos enteramos de que estaba llegando a la Tierra una avalancha de oficiales del Cuerpo, todos ellos emparentados con Gradus, o de su total confianza, y todos vinculados también con la División de Desarrollo Científico. Lo que sucedió en la estación de Cancri indicaba que había quienes, en las más altas instancias del Cuerpo y su Securitat, querían mantener la existencia del organismo, el Otro, en secreto. Pero ¿y si no era el único?, ¿y si había más cosas como ésa infectando a los ilyrios? Y hasta es posible que la relación entre el organismo y su huésped no fuera parasitaria sino simbiótica.

—¿Simbi... qué? —preguntó Ani.

—Dos organismos de especies distintas que funcionan al unísono, para provecho de ambos —dijo Fremd—. Como, por ejemplo, el pez piloto que se alimenta de las bocas de tiburones y, de paso, las limpia de materia en descomposición, o incluso los perros y los humanos, con la diferencia de que en el caso del Otro y su huésped, la relación es más, digamos, íntima. Así que decidimos atacar a los oficiales del Cuerpo llegados recientemente, sobre todo a los que tenían algún parentesco con Gradus, con la esperanza de capturar a uno, pero no tuvimos éxito hasta que Gradus en persona cayó en nuestras manos, como llovido del cielo, gracias a vosotras dos.

En ese momento apareció Gradus, forcejeando entre dos hombres, con Just Joe pegado a sus talones. Ya no era la lamentable figura que había recorrido



fatigosamente las Highlands atado al extremo de una cuerda. Ahora gritaba y juraba, y en sus ojos era visible el pánico. Vio el equipo médico y supo cuál era su propósito: había una pequeña máquina de rayos X y un escáner ligero ilyrio para tomografías computarizadas, capaz de generar imágenes de gran precisión y detalle del interior de un cuerpo. También había bisturíes, prótesis y vendajes.

—¡No! —gritó Gradus—. No podéis hacer esto.

—Ponedlo boca abajo —ordenó Fremd.

Los hombres echaron a Gradus sobre una camilla y le sujetaron las manos, los pies y la cabeza con correas.

—Sedadlo —dijo Fremd, y Lorac introdujo una jeringuilla en el brazo de Gradus. Poco a poco, el gran cónsul se fue calmando, pero seguía consciente.

—No —repetía—. No, no, no...

—Vamos —les dijo Kathleen a Syl y a Ani, conduciéndolas hacia la puerta—. Será mejor que salgáis.

—No —dijo Fremd—. Que se queden. Si estoy en lo cierto, deben verlo.

Siguiendo la orden de Fremd, todos se colocaron máscaras protectoras en las narices y las bocas. Lorac encendió el escáner de tomografías computarizadas. Los labios de Fremd se movieron alzando una oración a sus dioses antiguos, y entonces dijo:

—Empecemos.

Había dejado de llover, pero había una bruma que empapaba igual. Cada diminuta partícula de humedad podía verse bajo las luces del castillo, pero el alumbrado artificial se atenuó cuando la energía se desvió a las máquinas en el sótano de la fortaleza. Un puñado de bombillas de emergencia siguieron brillando con potencia, pero tuvo que recurrirse también a luces a pilas e incluso, aquí y allá, a lámparas de aceite.

Los que hacían guardia en los muros observaban atentos la bruma, y quienes se habían instalado tras los muros observaban a los guardias. Era gente que había huido de sus hogares aislados en el campo debido a bandidos como McKinnon, o familias con algún miembro en la Resistencia que había sido descubierto y cuyas casas habían sido destruidas como represalia, pues las tácticas de los ilyrios al norte de la muralla eran a menudo más brutales que en las ciudades. Toda esa gente había encontrado refugio en Dundearg, y Maeve Buchanan casi se había arruinado ocupándose de ellos. Pero ella pertenecía a un mundo en el que regía una ley más antigua, un orden que reconocía que tenía un deber para con aquellos que vivían en las tierras que eran propiedad del castillo, o incluso en tierras que no lo habían sido desde hacía mucho tiempo. Eran su gente, porque siempre había sido así, era la gente de su familia.

Pero entre aquellos muros todos sabían lo que había pasado en los últimos días: habían cazado una pieza de mucho valor. Ahora la presa estaba dentro del castillo y todos temían que los perseguidores no tardaran en llegar a sus puertas.

Y esos temores estaban a punto de cobrar forma.

Cuatro guardias patrullaban las almenas que se extendían por encima y a los lados de la puerta principal. Dos eran adolescentes y otros dos mayores, más experimentados. Así era la situación de la Resistencia en las Highlands: había abundancia de agua dulce y por eso, al contrario que los habitantes de las ciudades, habían salido relativamente indemnes de la contaminación ilyria del suministro de agua con sustancias químicas que atenuaban el instinto de lucha, de resistencia. Pero al mismo tiempo, en las Highlands el combate contra los ilyrios se libraba de forma más abierta, y más dura. La tasa de bajas era por tanto más elevada y resultaba fundamental que los más jóvenes aprendieran rápidamente de los combatientes mayores, porque era posible que éstos no sobrevivieran mucho tiempo.

Las puertas habían sido reforzadas con un camión cargado con sacos de cemento y arena. Una vez cerradas, se colocaba detrás el camión, que sólo se movía cuando grupos amistosos querían entrar o salir. Se habían emplazado ametralladoras en cada uno de los torreones circulares, así como morteros detrás de los muros.

El más joven de los guardias era Jack Dennison, que acababa de cumplir los diecisiete. Podía identificársele fácilmente por la bufanda verdiblanca del Celtic que llevaba alrededor del cuello, hiciera el tiempo que hiciese. Los ilyrios habían intentado reprimir hacía mucho las rivalidades deportivas más exaltadas disolviendo ciertos equipos: los Red Sox y los Yankees en béisbol; el Real Madrid y el Barcelona en el fútbol español, y una larga lista de equipos en Inglaterra, entre ellos prácticamente todos los de la Premier League inglesa. Pero uno de los objetivos especiales habían sido los Rangers y el Celtic en Escocia. Los dos equipos llevaban mucho tiempo a la greña, una consecuencia del conflicto religioso que se había ido enquistando hasta convertirse en simple odio, pero la gota que colmó el vaso para los ilyrios fue una final de la Copa escocesa durante la cual la violencia estalló no sólo entre los seguidores, sino también entre los equipos. Cuando los ilyrios intentaron intervenir, consiguieron lo que siglos de esfuerzos de sacerdotes, pastores y políticos no habían logrado: unieron a las aficiones rivales, aunque sólo fuera contra un enemigo común. Los disturbios posteriores contra el dominio ilyrio se prolongaron durante semanas, y echaron leña al fuego de la feroz Resistencia escocesa que sigue ardiendo hasta el día de hoy. Incluso lucir los colores, el verdiblanco del Celtic o el azul oscuro de los Rangers, era un delito por el que podían detenerte.

Ahora Dennison miró a la oscuridad con los ojos y, sobre todo, los oídos alerta. Oirían a los ilyrios antes de verlos. Siempre hacían ruido antes de aparecer chillando o rugiendo de la nada. Pero todo estaba en calma. Dennison se estremeció. A su lado, Phil Pelham se acurrucó en su chaqueta impermeable. Pelham era de Manchester, y mientras Dennison iba de verdiblanco, Pelham prefería el blanquiazul, los colores del antiguo Manchester City. El joven y él habían encontrado que compartían algo como seguidores de equipos que ya no existían.

—¿Estás bien, chaval? —preguntó Pelham.

—Sí, muy bien.

—Están haciendo experimentos en el sótano. —Pelham señaló con el pulgar hacia la fortaleza a su espalda—. Están construyendo el monstruo de Frankenstein.

—Necesitarán relámpagos —dijo Dennison—, y cadáveres.

Se dio cuenta de lo que acababa de decir y se removió inquieto.

—Bueno —dijo Pelham—, lo mejor es que nos aseguremos de que no los consigan, ¿eh?

—Qué razón tienes, Phil.

La bruma se levantó ante ellos. Dennison odiaba esa niebla. Le hacía ver figuras donde no las había, fantasmas de su imaginación. Deseaba que las luces principales del castillo se encendieran de nuevo de una vez. Como poco, permitían distinguir lo

que era real de lo que no. Habían encendido antorchas en los muros, tanto para darse calor como para tener un poco de luz, pero no ayudaban gran cosa.

Una forma apareció en la bruma y al instante se desvaneció. Dennison entornó los ojos entre la humedad y la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó Pelham.

—No estoy seguro, me ha parecido...

Ahí estaba otra vez, pero ahora más cerca y a la izquierda. Aunque, ¿cómo había podido moverse tan rápido?

—Ahí fuera hay algo.

Pelham se descolgó el AK-47 que llevaba al hombro.

—No veo nada. ¿Dónde?, ¿estás seguro?

La aparición del primer galateano fue la respuesta. Una inmensa explosión alcanzó las puertas cuando Pelham tocaba la alarma. El camión cargado hasta los topes se estremeció en sus ejes, pero permaneció en su sitio.

Por el momento.

El asalto a Dundearg había empezado.

Peris y su escuadrón de asalto estaban monitorizando el movimiento del crucero que le quedaba a Sedulus, manteniéndose muy por encima de él, con la esperanza de que la atención de la Securitat se concentrara en lo que estaba sucediendo en tierra, a sus pies, y no en los cielos por encima. Cuando el crucero aterrizó por fin, aparentemente a kilómetros del pueblo más cercano, Peris sacó un mapa del área circundante y encontró el Castillo de Dundearg en el centro.

—Ése tiene que ser su destino —le dijo a Aron, su segundo, mientras su lanzadera sobrevolaba muy por encima del nivel de las nubes—. Es lo único que hay en las cercanías.

—Entonces, ¿por qué han aterrizado tan lejos del castillo? —preguntó Aron. El crucero había tomado tierra a casi dos kilómetros, y se le había unido el último deslizador de Sedulus.

—Quiere tener a sus soldados en los muros antes de que se den cuenta y la bruma ocultará su acercamiento —dijo Peris—. Además, sólo le queda un crucero: si el castillo está defendido con misiles o armas de gran calibre, podrían volarlo en el aire.

—No entiendo por qué no ha pedido refuerzos.

—Porque supondría la admisión definitiva de su fracaso, así como el reconocimiento de la pérdida de la mayoría de sus fuerzas —dijo Peris—. Por encima de todo, quiere devolver al gran cónsul a su esposa bruja y cosechar los beneficios. El orgullo va a ser la perdición de Sedulus.

Señaló el mapa en pantalla.

—Parece una zona despejada. Planea hasta ahí.

Aron suspiró.

—Por lo que sabemos, podría ser una ciénaga.

—Bueno —dijo Peris—, al menos aterrizaríamos en blando.

Pero el movimiento de Peris sí estaba siendo objeto de seguimiento, aunque no por Sedulus. Meia tenía en su monitor tanto al crucero y al deslizador que acababan de aterrizar, como a la lanzadera de Peris que descendía. Entendió lo que pretendía Peris: aterrizar sigilosamente más cerca del castillo que los securitats de Sedulus, e

intentar entrar para rescatar a Syl y a Ani antes de que Sedulus llegara a los muros. Había que detenerle, porque Meia sabía que ella, sólo ella, era la única esperanza de Syl y Ani de salir vivas de Dundearg.

La lanzadera de Peris descendió sobre lo que era, afortunadamente para su escuadrón, tierra firme, y encendió los motores sólo en el último momento para amortiguar el aterrizaje, como Meia había previsto. Su propio deslizador se diferenciaba de la nave de Peris, y, de hecho, de las del resto de la flota ilyria, en dos detalles cruciales: su software era más rápido y sus motores más silenciosos. Había utilizado toda su habilidad y conocimientos para hacer esas mejoras y no las había compartido con nadie. En la guerra, cualquier ventaja era decisiva, sobre todo para Meia y para quienes como ella luchaban en las sombras.

Y, lo más útil, su deslizador era casi invisible para el radar. Además de haber alterado sus emisiones de gases de escape infrarrojas con refrigerante y de haber sustituido las estructuras internas y externas de la nave por materiales compuestos diametrales transparentes al radar, utilizaba gas ionizado para formar una nube de plasma deflectora a su alrededor. Tras el escudo de esa nube pudo llegar al Proyecto Eden, y escapar de allí sin que la derribaran, y ahora le permitió aterrizar cerca de la lanzadera de Peris, cuya estela la zarandeó suavemente mientras descendía detrás de ella.

Así pues, lo primero que vio Peris cuando él y su escuadrón desembarcaron fue a Meia, envuelta en volutas de bruma como fantasmas enfadados. Peris supuso que debería haberse sorprendido más, pero había tratado con Meia el tiempo suficiente para saber que, con ella, las normas de comportamiento habituales no servían. Se fijó en el traje blindado de combate y en el rifle de munición explosiva modificado que llevaba. El arma de doble cañón podía soltar una descarga de munición de uranio empobrecido contra sus objetivos, junto con cartuchos incendiarios. Se veía inmensa colgada del ligero cuerpo de Meia, pero su peso no parecía entorpecerla lo más mínimo. Llevaba un cinturón de granadas explosivas a la cintura. Meia, era evidente, estaba dispuesta a librar la guerra por su cuenta.

—No creo que sirva de nada decirte que estoy al mando aquí —dijo Peris.

—Oh, manda, si quieres —dijo Meia—. A mí no me importa.

—El simple hecho de que digas eso ya significa que mi autoridad es ilusoria.

—Sí.

—Bueno, siempre se me ha dado mejor ser un simple soldado. Así que ¿cuál es el plan?, ¿vamos a irrumpir en el castillo a tiros o a hurtadillas?

—De ninguna de las dos maneras —dijo Meia—. Van a dejarnos entrar sin ponernos ningún obstáculo.

—¿Cómo es posible?

Meia sonrió.

—Porque el mundo es mucho más complicado de lo que un simple soldado como tú podría imaginar jamás.

Lorac ya había activado los escáneres de tomografías computarizadas cuando oyeron el ruido de la primera explosión. Estremeció el castillo, levantó polvo e hizo caer pequeños fragmentos de mampostería de las paredes. Al cabo de unos segundos, Paul entró corriendo.

—¡Están en las puertas!

—¿Cuántos? —preguntó Just Joe.

—No lo sé. La bruma es demasiado espesa. Pero nos están disparando.

Just Joe cogió su rifle. En la enfermería, los que estaban en condiciones de luchar empezaron a levantarse de las camas. Incluso Norris se había puesto en pie aunque se tambaleaba ligeramente.

—Vuelve a la cama —ordenó Just Joe.

—Pégame —dijo Norris.

—¿Qué?

—¡Que me pegues!

Just Joe le soltó un fuerte bofetón en el lado derecho de la cara. Habría tumbado a un hombre menos corpulento, pero en el caso de Norris sirvió para despejarle.

—Eso ha valido —dijo—. Bien, ¿dónde está mi escopeta?

Encontró el arma debajo de la cama, junto con su mochila y empezó a llenarse los bolsillos de proyectiles. Cuando estaban lo bastante abultados, se unió a Paul y Just Joe.

—Necesitamos tiempo —dijo Fremd.

—Lo sé —dijo Just Joe—. Os daremos todo el que podamos.

Syl cruzó la mirada con Paul. Quería decirle tantas cosas..., pero lo único que se le ocurrió fue:

—Ten cuidado.

—Lo tendré —dijo—. Y tú también.

—Sí.

Antes de que pudiera decir nada más, Norris le había agarrado por la nuca con su garra carnosa y lo arrastró hasta donde estaba Syl, mientras los dedos de los pies de Paul se arrastraban por el suelo.

—Por el amor de Dios, besa a la chica —dijo dejando a Paul en el suelo—. Tal vez sea la última ocasión que tengas.

Paul hizo lo que le mandaban. Besó a Syl, levemente al principio, luego con más convencimiento, y ella respondió a su contacto. Los brazos de Syl se alzaron para rodearle y las manos de él se apoyaron con suavidad en la cintura de la joven antes de verse arrancado con brusquedad de su abrazo una vez más.

—Es suficiente —dijo Norris, tirando de Paul hacia la batalla—. Te había dicho que la besaras, no que te casaras con ella.

Fremd tocó el hombro de Maeve.

—Tienes que empezar la evacuación —dijo.

Maeve asintió. Una lágrima cayó de su ojo derecho.

—Sabíamos que este día llegaría —dijo Fremd—. No podíamos tener suerte eternamente.

—Un poquito más de tiempo no habría estado mal —dijo Maeve.

—Todavía no hemos muerto.

—No —dijo Maeve—. Y roguemos a Dios para que falte mucho.

Besó al alto ilyrio, poniéndose de puntillas mientras él se inclinaba hacia ella; luego abandonó la sala. Sólo Syl y Ani se quedaron con Fremd y Lorac, pero al poco Ani se dio la vuelta y siguió a Maeve.

—¿Adónde vas?

—A ayudar —dijo Ani—. Tú quédate aquí. ¡Tú eres la lista!

Syl no estaba tan segura de que fuera así. Hizo gesto de seguir a Ani, pero Fremd le puso una mano en el hombro.

—Quédate.

—Eh, ¿a mí no me dices que tenga cuidado? —preguntó Ani.

—Ten cuidado —dijo Syl.

—Gracias —dijo Ani—. Aunque, a propósito, a mí no me hace falta el beso. Se rió y en un abrir y cerrar de ojos se había ido.

Paul corría para mantenerse a la altura de Just Joe y Norris cuando Steven se le unió. Llevaba un rifle de asalto AK-47 en la mano derecha.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Paul.

—No lo sé —dijo Steven—. Simplemente lo he cogido.

—Pues devuélvelo a su sitio. Y quédate en un lugar seguro.

—No —dijo Steven y su voz sonó más profunda y más seria que antes.

Paul se detuvo.

—Steven...

—No lo haré —dijo Steven.

Parecía resuelto, seguro de sí mismo. A Paul le recordó a su padre, pero aun así todavía veía en sus ojos al niño que era.

—No puedes seguir protegiéndome así. Tengo que aprender. Tengo que saber pelear. —Steven tragó saliva—. Porque puede que no siempre andes cerca, y tendré que cuidar de mí mismo, y de mamá, y... hasta de Ani.

Norris le clavó una mirada implacable.

—¿Ani? —preguntó—. No me fastidies tú también.

Se volvió hacia Just Joe.

—Dios mío, a todos les ha dado por lo mismo. Son como conejos.

Just Joe hizo gestos de impaciencia mientras se desataba un tiroteo desde los muros exteriores, pero no dijo nada. Era una discusión entre hermanos.

Paul cedió.



—Muy bien —dijo—, pero no te separes de mí y procura no pegarte un tiro en el pie con esa cosa.

El camión seguía en su sitio detrás de las puertas cuando salieron de la fortaleza, a pesar de la lluvia de disparos que caía desde las almenas frente a las balas explosivas y los pulsos de los atacantes al otro lado de los muros. Un flujo continuo de mujeres, niños y ancianos se movía en la dirección contraria, todos cargados con bolsas donde llevaban sus pertenencias más preciosas. Paul vio a Maeve y a Kathleen, con las hijas de ésta, dirigiendo la marcha.

—¿Adónde van?

—Hay una red de túneles de evacuación bajo el castillo —dijo Norris—. Uno de ellos se remonta a los tiempos del rey Jacobo, pero los demás son nuevos. Van a parar más allá de los muros. Esta gente sabe lo que tiene que hacer.

Sobre la puerta, un hombre se retorció cuando le alcanzó una descarga explosiva y se desplomó. Cayó boca arriba, y una bufanda blanquiazul le cubrió la cara como un sudario. Just Joe hizo una mueca, y Norris cargó el cerrojo de su escopeta.

—Vamos —dijo—. Tenemos una matanza pendiente.

Los galateanos formaban la primera línea de las tropas de asalto y la mitad de ellos ya había caído. La intención de Sedulus había sido reventar las puertas con una explosión masiva causada por sus últimas armas pesadas, pero no había contado con el camión cargado de cemento. Ahora avisó al crucero. Los hombres y mujeres que estaban sobre el muro lo oyeron llegar y al momento rugía sobre ellos, con sus luces rojas titilando en la oscuridad.

—¡Alejaos de las puertas! —gritó Just Joe—. ¡A cubierto!

Un par de misiles dieron de lleno en las puertas, destrozándolas junto con el camión. La potencia de la explosión estremeció los cimientos y derribó a los defensores. Paul se vio lanzado contra los muros del castillo y le pitaban los oídos. El aire se llenó de polvo y tierra que se mezcló con la bruma para crear una cortina grisácea. Los ojos le escocían y apenas podía mantenerlos abiertos. Lo primero que le vino a la cabeza fue Steven, pero su hermano lo encontró antes, y le echó agua a los ojos para aclararle la vista.

—¿Estás bien? —preguntó—, ¿estás herido?

—No, estoy bien.

A su lado, Norris, Just Joe y los demás se ponían en pie tambaleándose. Unas figuras aparecieron en el gran agujero que se había abierto donde antes estaban las puertas, mientras los restos del camión ardían alrededor en llamas.

—¡Están entrando! —gritó Just Joe.

La ametralladora situada en lo más alto de la fortaleza abrió fuego y los invasores

empezaron a caer bajo los disparos, pero algunos entraron y ocuparon posiciones detrás de los escombros, los trozos retorcidos de metal y los sacos intactos de cemento. El crucero se elevó de nuevo sobre el castillo y su cañón pesado atacó el emplazamiento de la ametralladora hasta silenciarla.

—Ese bicho nos hará pedazos —dijo Just Joe mientras una figura aparecía en las almenas, retorciéndose bajo el peso de lo que parecía un largo tubo metálico.

—Ésa es Heather —dijo Paul.

—Heather con un Stinger —añadió Just Joe—, ¡vamos, chica!

Heather se puso el lanzamisiles sobre el hombro, apuntó y disparó a los propulsores del crucero, uno de sus pocos puntos vulnerables. El misil salió disparado dirigiéndose a la gran nave a mil quinientos kilómetros por hora. Desde tan cerca, no podía fallar.

El crucero pareció rebotar en el aire cuando lo alcanzó la cabeza explosiva, y de su tubo de escape de estribor salieron llamas. La inmensa nave se escoró pronunciadamente al caer y chocó con la proa contra el suelo. Sus depósitos de combustible se incendiaron y la oscuridad se tornó luminosa como el día cuando explotó. Los defensores del castillo prorrumpieron en vítores, pero al momento las almenas fueron acribilladas por las armas de pulso desde abajo, y Heather desapareció en una nube de escombros, humo y fuego. Un puñado de miembros de la Resistencia corrieron a ayudarla, pero Paul temía que había pocas esperanzas.

Un disparo de pulso dio en el muro, a su lado, y la onda expansiva rebotó y le revolvió el estómago. Pegado a él, Steven empezó a disparar y el retroceso del rifle casi hizo que se le cayera de las manos, pero Paul vio que se lo apoyaba con firmeza en el hombro y que su cuerpo, pese al miedo, estaba relajado. Un securitat se encogió cuando una de las balas de Steven dio en el blanco, y el ilyrio alcanzado desapareció en la bruma.

«Ya estás manchado de sangre, hermanito», pensó Paul. «Estás tan perdido como todos nosotros».

El primer escaneo básico de la tomografía computarizada del cráneo de Gradus apareció en la pantalla, revelando una pequeña y densa forma de materia, de unos ocho centímetros de largo, encogida en la base del cerebelo. A Syl le recordó una larva de insecto, con patas que se enrollaban alrededor de la médula espinal del cónsul para mantenerse fija. No parecía tener ojos ni boca. ¿Cómo se alimentaba?, ¿está vivo siquiera?

Fremd y Lorac se agacharon ante la imagen del monitor, mientras Syl miraba entre ellos.

—¿Es la misma que viste en la estación de Cancri? —preguntó Lorac.

—Creo que sí. Aunque ésta es más grande. ¿Puedes mejorar la definición, acercarte un poco más?

—Acabamos de empezar —dijo Lorac.

Detrás de ellos, Gradus gemía mientras el escáner realizaba una serie de pases alrededor no sólo de su cerebro, sino de su cuerpo entero. La tecnología ilyria había creado aparatos portátiles y ligeros; los inmensos tubos del pasado habían sido sustituidos por delgadas pantallas de baja radiación capaces de generar imágenes tan detalladas que parecía que el funcionamiento interno del cuerpo se proyectaba al exterior; el latir del corazón, los espasmos de los músculos, incluso el flujo de la sangre a través del cerebro: todo era visible. La máquina emitió un pitido y un indicador digital que tenía al lado empezó una cuenta atrás desde diez, señalando que una secuencia de imagen completa estaba casi acabada. Gradus dejó de quejarse. Torció levemente la cabeza bajo la correa que se la sujetaba para poder ver con un ojo lo que pasaba. Syl pensó que tal vez el sedante estaba empezando a dejar de hacer efecto. Iba a decirle algo a Fremd cuando la cuenta atrás llegó a cero y lo que reveló la pantalla borró todas las demás preocupaciones.

El organismo de la cabeza de Gradus, la cosa que Fremd había descrito como el Otro, parecía respirar, su cuerpo se hinchaba y deshinchaba lentamente como si inspirara y expirara. Su cabeza era una masa de tentáculos retorcidos, que no debían de medir más que unos milímetros de largo, bajo la que se abría lo que parecía una boca que succionaba. Syl podía ver ahora los órganos, aunque la mayoría le resultaban desconocidos. Distinguió lo que podrían ser pulmones, y lo que tal vez hiciera las veces de unos corazones laterales, casi como los de una lombriz, pero la mayor parte del resto de su fisiología le era extraña. Examinadas más de cerca, lo que

habían parecido patas eran más bien unos tentáculos adherentes, versiones más desarrolladas de los que tenía en la cabeza, o más gruesas que los filamentos que parecían sobresalir por casi todo el cuerpo.

Pero eso no era lo peor, porque el escáner revelaba que el organismo no estaba aislado en el cerebro de Gradus; aquellos filamentos se habían extendido a través de todo su sistema nervioso. Y estaban creciendo en ese mismo instante, mientras los ilyrios miraban, como cables que se desplazaran por dentro del cuerpo del gran cónsul.

—Nunca había visto nada igual —dijo Lorac, y lo dijo no con horror sino con fascinación—. ¿Cómo se alimenta? Debe de absorber nutrientes del organismo del cónsul, tal vez a través de esos filamentos. Pero son mucho más extensos de lo necesario.

Dio unos golpecitos en una de las pantallas para enfocar una imagen aumentada del cerebelo de Gradus.

—Aquí parece haber una concentración de filamentos, en la formación reticular —apuntó—. Y diría que está conectado a su conciencia, pero hay poco contacto con el tálamo, sólo una conexión marginal con el lóbulo frontal, y ninguna con los lóbulos temporales o parietales.

—Lo que significa... ¿qué? —preguntó Fremd.

—Lo que significa que sus sentidos corporales: el oído, la vista, la memoria de sucesos no verbales, la percepción espacial, están básicamente desconectados de esa cosa. El lóbulo frontal se ocupa de las respuestas motoras, de la creatividad y de las reacciones emocionales; el vínculo parece mayor ahí. Esta cosa puede tener experiencia del mundo en parte a través de las reacciones emocionales de su huésped. También está enganchada a su cerebelo, así que podría ser capaz de estimular ciertas respuestas musculares.

Fremd se acuclilló más cerca de la camilla. Habló al oído derecho de Gradus.

—¿Qué es? —preguntó.

La voz de Gradus sonó casi clara. Dado su estado, tendría que haber articulado peor, tendría que haber farfullado, pensó Syl. Le hemos drogado.

—Es... Dios.

Empezó a reírse. Lorac examinó los ordenadores conectados al escáner.

—Están guardando los datos —dijo—. Es lento, pero ya llegamos.

Fremd se echó desinfectante en las manos antes de acercarse a la bandeja de equipo quirúrgico que había junto al escáner. Gradus pudo mover la cabeza lo suficiente para ver sus movimientos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Vamos a tomar una muestra de tu «dios» —dijo Fremd.

Cogió un paquete en el que se leía «Aguja Espinal BD», y sacó de dentro un instrumento largo y fino. Syl hizo una mueca involuntaria.

—No —dijo Gradus—. No debes.

Empezó a resistirse de nuevo; forcejeando con las correas como un gran gusano.

—Dale más sedante —dijo Fremd, y Lorac pinchó a Gradus en el brazo con una jeringuilla más pequeña. No pareció hacer mucho efecto, es más, dio la impresión de que lo ponía más nervioso todavía.

—¡Otra vez! —pidió Fremd. Se metió entre las pantallas de tomografías computarizadas y empujó al cónsul sobre la camilla intentando calmarlo. Colocó la punta de la aguja de punción lumbar contra la piel del cuello de Gradus y empezó a introducirla.

—¡Lorac! —gritó Syl—, ¡Fremd!

—Espera un momento —dijo Lorac.

—No, creo que tenéis que ver esto —dijo Syl, que miraba fijamente la pantalla—. Creo que tenéis que verlo ahora.

Meia y Peris observaban el caos del ataque contra el castillo con creciente frustración. El humo y la bruma ocultaban buena parte de la batalla, pero habían visto caer el crucero, y también cómo Sedulus retiraba sus tropas después de que el asalto inicial pareciera fracasar. Su lealtad como ilyrios les impelía a presentarse ante Sedulus y luchar junto a las fuerzas que le quedaban, pero eso habría supuesto desoír la sospecha de que Sedulus no estaba pensando precisamente en el bien de Syl y Ani. Además, Sedulus podría haber hecho que los desarmaran a punta de pistola para impedir que pudieran obstaculizar su tentativa de rescatar a Gradus. Por si fuera poco, Meia no tenía ningunas ganas de empezar a matar a miembros de la Resistencia, no después de que la hubieran ayudado a rescatar a Syl y a Ani, no mientras siguiera vigente la frágil tregua que había pactado con Trask.

Peris y el escuadrón de asalto se estaban impacientando.

—Creí entender que podríamos entrar por las buenas —dijo Peris.

—Por desgracia, Sedulus ha llegado a los muros antes que nosotros —dijo Meia—, ¿no te has fijado?

—No podemos quedarnos aquí fuera con los brazos cruzados. Sedulus no cejará hasta que entre, y no le importará a quién mate una vez dentro para rescatar al gran cónsul. Y, si no lo consigue...

—Entonces los matará a todos —acabó la frase Meia.

—Incluidas...

—¡Silencio! —pidió Meia.

Su oído era más agudo si cabe que el de los demás ilyrios. Ella era, en todos los sentidos, una creación más avanzada. Ahora había oído pisadas sobre la hierba, y susurros de mujeres y niños.

—¿Tenéis bengalas? —preguntó a Peris.

Peris sacó un par de bengalas autoencendibles de su cinturón. Eran unos tubos ligeros, de poco más de quince centímetros de largo. Meia se las quitó.

—Creo que he encontrado otra forma de entrar en el castillo —dijo—. Si no ves una de estas bengalas subir al cielo en los próximos treinta minutos, tienes mi permiso para irrumpir a tiros y sacar a Syl y a Ani, y no me importa a quién tengas que matar para hacerlo.

Meia se separó del escuadrón. Se echó el arma al hombro y se acercó a los ruidos de los humanos que huían. Veía las figuras que emergían del suelo, como muertos que se levantarán. Cuando se encontraba casi a su lado, se dejó caer sobre la hierba y gritó:

—Me llamo Meia. Estoy sola y voy desarmada.

Se alzaron voces presas del pánico, y entonces alguien las acalló.

—Nosotros no estamos solos y no vamos desarmados —respondió una voz femenina, pero se vio interrumpida de inmediato por otra que gritaba el nombre de Meia, una voz más joven y que ésta reconoció al instante.

Era Ani.

Paul estaba recargando su semiautomática cuando los ilyrios se replegaron, con la bruma cubriéndoles la retirada, abandonando temporalmente el castillo en manos de sus defensores. Los combatientes de la Resistencia avanzaron hasta los muros. Los hombres empezaron a arrastrar sacos de arena y de cemento intactos a las puertas para levantar una barricada detrás de la cual poder luchar cuando volvieran los asaltantes, como sin duda harían. Entre los heridos se oían gritos pidiendo ayuda; los todavía ilesos pedían municiones y agua.

Norris y Just Joe, junto con Paul y Steven, se quedaron cerca de la fortaleza del castillo.

Estaban demasiado exhaustos para moverse. A diferencia de los demás, habían caminado durante días para llegar a Dundearg, y bordeaban la extenuación.

—¿Y ahora qué? —preguntó Steven.

—Se reagruparán y lo intentarán de nuevo —dijo Just Joe—. Probablemente ya hayan pedido refuerzos.

—Tendríamos que abandonar el castillo —sugirió Norris.

—Lo haremos, en cuanto recibamos la señal. Por ahora, necesitan tiempo para acabar la evacuación, y también los que están abajo, trabajando.

—¿Sabes qué están buscando? —preguntó Norris.

—Alienígenas.

—Pues qué bien —dijo Norris—, como si no tuviéramos ya bastantes.

Fue Steven el que se percató del cambio en la bruma.

—¡Vuelven! —gritó poniéndose en pie, pero lo que apareció al otro lado de las puertas no eran securitats ni galateanos. Un traje mecanizado se materializó ante ellos. Iba seguido de otro y aún de un tercero. La luz de las antorchas titilaba sobre las placas frontales de sus cascos de forma que parecían iluminadas por dentro con

fuego, pero incluso por detrás de la luz reflejada de las llamas, Steven habría jurado que veía otro movimiento. No una cara, no, sino algo que intentaba parecerlo.

Sedulus sólo había dado una orden a las entidades de Sarith: acabar con cualquier rastro de vida humana en el castillo. Ahora, desde su escondite en la bruma, rodeado de las pocas tropas que le quedaban, abrió los trajes y soltó a sus demonios.

En la pantalla de la tomografía computarizada se iban desvelando los cambios en el organismo de Gradus. Los filamentos se extendían cada vez más deprisa por su cuerpo, tan rápido que Gradus chilló de dolor, la espalda se le arqueó tan pronunciadamente por el sufrimiento que las correas de sujeción se tensaron al límite, y Syl oyó el metal de las hebillas rozando contra la camilla. Algunas partes del cerebro del cónsul empezaron a iluminarse en los escáneres, explotando en colores naranjas y rojos chillones. Las imágenes en tiempo real se desenfocaron por la agitación de Gradus, pero Syl captó un atisbo de la punta de la aguja que seguía introduciéndose, acercándose cada vez más al organismo de la cabeza.

Las correas reventaron. Gradus se levantó de la camilla con tal fuerza que Lorac salió despedido contra la pared y Fremd se cayó al suelo, con la aguja todavía aferrada en la mano derecha. Las pantallas de la Resonancia Magnética saltaron hechas añicos. Instintivamente, Syl cogió la primera arma que tuvo al alcance de la mano: un bisturí. Lorac se sacó un revólver del cinturón y apuntó a Gradus.

Pero no podía disparar, todavía no.

Porque Gradus estaba cambiando.

En los muros del castillo, los defensores respondieron a la nueva amenaza. Una descarga de disparos alcanzó a los trajes, pero estaban fuertemente blindados, y las balas sólo conseguían sacarles chispas. El fuego cesó cuando Just Joe pidió granadas y, en el silencio que siguió, todos oyeron la silbante liberación de los gases comprimidos cuando los cascos de los trajes se abrieron y los visores se levantaron.

Durante un instante, todo quedó en calma.

Unas columnas de humo negro empezaron a salir de los trajes, y cada una adoptó una forma oscura, que imitaba vagamente la de un hombre, antes de que el humo se transformara en un enjambre, y las entidades comenzaran su alimentación. Un chico que debía de rondar la edad de Paul fue el primero en verse rodeado: las entidades se dispusieron en círculo a su alrededor y lo devoraron desde la cabeza hacia abajo, y su ropa —incluida la bufanda blanquiverde— se desvaneció mientras daban cuenta de él. Dos miembros más de la Resistencia, una joven y un hombre mayor fueron los siguientes. Paul y los demás no podían disparar por temor a alcanzar a su propia gente, y las formas negras se movían muy rápido...



—¡Adentro! —gritó Just Joe—. Todos.

Los supervivientes corrieron a la fortaleza, pero entonces las entidades se separaron, y cada una fue a por su propia presa. Murieron otros tres hombres, aunque ahora más lentamente dado que la primera punzada de hambre se había saciado con los bocados iniciales. Eso dio tiempo a que los demás llegaran al interior, pero fue Paul el que se percató de que, aun entre los muros, seguían corriendo peligro. Las puertas eran viejas y estaban imperfectamente selladas. Incluso cuando se cerraban, entraban las corrientes de aire por abajo y por los lados, y esas sombras se movían como un vapor oscuro, o un enjambre de abejas negras, aislando y matando. Se acabó, pensó: no podemos combatirlos, y si no podemos combatirlos, estamos muertos.

De repente, alguien lo empujó a un lado. Una ilyria estaba a su lado. En su mano derecha oscilaba un cinturón de granadas.

—¿Quién...? —empezó, pero fue Just Joe el que respondió.

—¡Meia! —exclamó.

—Joe —respondió—. Tienes que quitarte de en medio si quieres seguir vivo.

—¿Qué son esas cosas?

—Las mascotas de Sedulus.

—¿Cómo las matamos?

—Tú no puedes. Yo, sí.

Meia bajó las escaleras de la fortaleza mientras las entidades daban cuenta de sus últimas víctimas y empezaban a buscar más sangre. Se reunieron las tres, formando una gran nube, como si reaccionaran al acercamiento de la ilyria. Se abatieron sobre ella, arremolinándose a su alrededor y mordiéndola. Paul vio que desaparecían fragmentos del tejido de la cabeza de Meia —un trozo de su mejilla, la punta de la oreja derecha—, pero entonces las criaturas se replegaron. Paul se fijó en que Meia sangraba, pero también perdía gotas de un fluido lechoso y amarillento por las heridas, un líquido que se iba acumulando en las juntas de su blindaje. Creyó que veía mecanismos hidráulicos moviéndose en su cara. Las entidades parecieron percatarse de la amenaza que suponía, pero no podían devorarla. Fuera lo que fuese, estuviese hecha del material que fuese, no podían comerlo.

—¿Qué está haciendo? —dijo Steven.

—Creo que va a por sus trajes de metal —dijo Paul.

Meia echó a correr, montando las granadas a la vez. Las dos primeras entraron por los visores abiertos hasta el interior del cuerpo de los trajes, en el tercero de ellos lanzó el cinturón entero. Se tiró al suelo, y los hombres de la fortaleza también se arrojaron boca abajo al explotar las granadas. Cuando Paul alzó la mirada, dos de los trajes seguían en pie, pero desgarrados por fisuras y grietas. El tercer traje se había partido por la cintura y yacía en dos partes sobre la tierra.

Los enjambres negros se fundieron para formar una cara, con cuencas de ojos y una boca abierta. Gritó en silencio y al momento se desvaneció en la bruma.

El gran cónsul, o una versión de él, estaba en el centro de la sala. Tenía los brazos separados de los costados, extendidos, y se estremecía de pies a cabeza. Unas manchas de sangre aparecieron en su piel desnuda, que fueron fluyendo desde la cabeza y el cuero cabelludo hasta teñírseles como si llevara una máscara roja, y sus manos parecían las de un asesino. Los temblores se hicieron más intensos. Se le abrió la boca y gritó de dolor mientras la cabeza y las manos empezaban a desdibujarse, el contorno de sus rasgos se difuminaba, como si se vieran a través de una niebla. Los gritos de Syl se unieron a los del cónsul, aunque ella vio que no se trataba de ninguna niebla sino de filamentos que emergían a través de los poros de su piel y se agitaban en la tenue luz, sondeando el aire desconocido. Syl advirtió que se movían por debajo de la ropa del ilyrio, empujando el tejido, y que sus extremos se endurecían en puntas afiladas cuando finalmente lo desgarraron.

Ahora había desaparecido todo rastro de los rasgos de Gradus. El gran cónsul era una masa turbulenta de filamentos amarillos que se movían al ritmo de una marea que sólo ellos percibían, como una criatura del océano abandonada en una isla que recordara el mar. El cuerpo se hinchó y la boca se abrió aún más, y Syl oyó que los huesos del cráneo se resquebrajaban y la mandíbula se dislocaba. De la boca salió una corriente de partículas, como el polen que expulsara una planta, y la sala se llenó del olor empalagoso de la carne corrupta. Las partículas golpearon al desafortunado Lorac en la cara. En la confusión, el chico había perdido la máscara y se derrumbó ahogándose. Casi al instante emergieron filamentos de su nariz y orejas, como si explotaran. Le cubrieron la boca, los ojos y la cara, asfixiándolo poco a poco, mientras el vientre se le hinchaba rápidamente, y Syl casi vio los filamentos propagándose por su organismo, infectándolo, preparándose para lanzar otra nube letal en cuanto el estómago de Lorac reventara.

Gradus se volvió hacia Fremd; el cuerpo del gran cónsul ya no era más que un arma para el organismo que llevaba dentro. Otra lluvia de partículas salió de su boca, pero Fremd cogió una de las pantallas de tomografías computarizadas rotas y la utilizó para protegerse la cara mientras corría hacia donde estaba Syl, paralizada por el terror junto a la pared.

—¡Corre! —le dijo—, ¡corre!

La cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta, pero la mano de Syl se escurrió y se soltó. No podía moverse. Se miró los pies y vio los filamentos que ya le envolvían los tobillos. Intentó caminar, pero se ciñeron con más saña todavía. De repente tiraron de ella hacia atrás tan fuerte que cayó boca abajo en el suelo. Extendió la mano hacia Fremd, pero otra explosión de partículas salió rociada hacia él, y lo único que pudo hacer para protegerse fue cubrirse con la pantalla e intentar no respirar, porque incluso la máscara era un escudo muy pobre.

—¡Ayúdame! —gritó Syl.

Ahora la arrastraban hacia atrás, hacia los restos de lo que había sido Gradus, y la

máscara se le cayó de la cara, dejándola totalmente desprotegida. Los dedos de Fremd se acercaron a los suyos, y las puntas llegaron a tocarse, pero a la izquierda de Syl se produjo un movimiento y vio que el cuerpo entero de Lorac se había hinchado casi hasta el límite. Nubes de partículas salían despedidas en ráfagas de los poros de su piel, como el agua expulsada por el espiráculo de una ballena.

Un par de sombras cayeron sobre Fremd, y la voz de Meia gritó:

—¡Quédate en el suelo, Syl!, ¡quédate en el suelo!

Sintió un peso encima. El torrente de calor abrasador que salió del rifle de munición explosiva de Meia pasó por encima de ella mientras Paul susurraba:

—Estoy aquí, estoy aquí.

Y Gradus y Lorac empezaron a arder.

Sedulus estaba delante del último deslizador. Si todo salía mal, al menos le permitiría escapar. A su alrededor se movían cuatro securitats y media docena de galateanos, lo que quedaba de las tres secciones completas que había llevado a las Highlands. La bruma se estaba disipando poco a poco y la distante silueta del castillo ya era visible. Mientras esperaban a que las entidades de Sarith acabaran su trabajo oyeron el sonido difuso de tres explosiones en rápida sucesión, la última, más potente que las dos primeras.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Beldyn.

—¿Qué importa? —respondió Sedulus.

La bruma se deformó hinchándose delante de ellos. Algo emergía de ella, algo inmenso y veloz. Beldyn se adelantó con el arma lista. El resto de los soldados hicieron lo mismo.

Beldyn fue el primero en verlas. Se dio la vuelta para gritar un aviso, pero la entidad entró por su boca abierta, se derramó por su garganta y lo devoró desde dentro. Las otras se abatieron sobre los galateanos y los securitats, persiguiéndoles mientras corrían, con un hambre azuzada por la conciencia de que estaban muriendo. Sedulus fue el único que no corrió. Se quedó donde estaba y contempló cómo caían sus últimos soldados.

Dos de las entidades empezaron a debilitarse, la voracidad empleada para alimentarse fue menguando, su esencia se fusionó en una única masa agitada que latía como un corazón humano hasta que del negro pasó al gris y luego a nada.

Pero quedaba una. Adoptó forma humana y Sedulus pensó que siempre había sabido que ese día llegaría. Nunca había entendido del todo la naturaleza de estos seres. Los había utilizado, pero ellos también le habían utilizado a él. Los temía, pero ellos le odiaban. Eran como aves de rapiña, cuyas solamente en tanto pudiera alimentarlas, y no tenían lealtad hacia su señor, sobre todo no hacia uno que había abusado de su poder sobre la vida y la muerte con ellas.

—Acaba —susurró.

La entidad se abatió sobre él, y murieron juntos.

Lo único que quedaba de Gradus y Lorac eran restos calcinados. Algunos de sus miembros se habían fundido con el equipo derretido por el calor de las llamas, pero los viejos muros de piedra de la fortaleza habían contenido el fuego.

A Paul se le había quemado la ropa por la espalda, la piel se le había quedado en carne viva, cubierta de ampollas. Parte del pelo se le había chamuscado hasta el cráneo. Syl estaba ilesa. Sentada sobre las frías baldosas del pasillo apoyaba la cara en el pecho de Paul. No le abrazaba, aunque quería, porque Maeve lo estaba atendiendo, aplicándole pomada a las heridas antes de vendárselas. Ani y Steven observaban todo lo que estaba pasando. De pie, el uno al lado del otro, sus hombros se rozaban.

Heather y Alice esperaban fuera, con Just Joe y Norris y lo que quedaba de las fuerzas del castillo. Heather estaba herida, pero Fremd había hecho todo lo posible por ella. Podía caminar y sobreviviría. Ahora volvió su atención hacia Meia.

—Tenemos que decírselo a todos —dijo Syl, mientras Fremd revisaba los daños causados por las entidades—. Tienen que saberlo.

—¿A quién se lo decimos? —preguntó Meia—. ¿Y qué pruebas tenemos? Ha desaparecido, no queda rastro.

Les contó lo que había visto en el Proyecto Eden mientras Fremd la remendaba con piel ProGen. Se utilizaba normalmente para curar heridas de combate, incluso quemaduras, y era posible que injertaran un poco en la espalda de Paul si sus heridas resultaban lo bastante graves. Meia daba muestras de dolor mientras la atendían. Si hubiera sabido que Vena había descubierto su verdadera naturaleza, habría coincidido con una, al menos, de las conclusiones de la oficial de la Securitat: la carne daba sensaciones, y una vez se podía experimentar dolor, las emociones dejaban de ser una ilusión. Con el dolor llegaba la rabia, el arrepentimiento, la pérdida.

¿El amor?

Lo más sorprendente del descubrimiento de la verdadera identidad de Meia fue lo poco que, en realidad, sorprendió a Syl y a Ani. En cierta forma, para ellas tenía todo el sentido, dada la creciente conciencia que tenían las dos de sus propios dones.

«Tendría que haberme dado cuenta», pensó Syl. «Meia fue la única a la que nunca pude manejar a voluntad».

—Mi padre nos creará —dijo Syl.

—No sabemos quién ha sido infectado —repuso Meia.

—¡El Cuerpo! —dijo Syl—. Sólo los oficiales del Cuerpo y de la Securitat. Tiene que ser así. Mi padre no es como ellos.

Fremd y Meia se miraron. Syl los vio.

—¿Qué? —dijo—. Es la verdad.

—No lo sabemos —dijo Fremd—. Y aunque lo fuera, al contar lo que sabes pones en peligro a todos a los que se lo digas, empezando por ti. Piensa en el pánico que se desatará en cuanto se sepa. Ningún ilyrio estará a salvo: todos los pirados de aquí al Polo Sur se pondrán a decapitar ilyrios para averiguar qué tienen dentro de la cabeza.

»No, necesitamos pruebas, y a gran escala. Necesitamos entender la naturaleza de los Otros. Hasta entonces, tenemos que mantener en secreto lo que hemos descubierto. Aquí no se trata sólo de un puñado de oficiales del Cuerpo que llevan dentro una forma de vida. Gracias a lo que Meia ha visto sabemos que han estado experimentando con humanos. Han estado implantando esa cosa, y también sembrándola en cadáveres. Tenemos que averiguar por qué.

—Y además está la Hermandad —dijo Meia—. El Cuerpo cumple los deseos de la Hermandad. Si el Cuerpo está implicado, también lo están las Nairenes. Debemos permanecer en silencio, todos nosotros. Debemos andarnos con cuidado.

—Tiene razón, Syl —dijo Paul, y durante un momento, a Syl le entraron ganas de odiarle.

—No conoces a mi padre —replicó.

Intentó apartarse, pero él la retuvo con suavidad.

—Te conozco a ti —dijo—. Si tú confías en él, yo también. Pero todos lo que lo sepan estarán en peligro. Si se lo cuentas, él también lo estará. Sean lo que sean esas cosas, es mi gente, los humanos, la que está siendo utilizada para los experimentos. Haré cuanto pueda para detenerlo, pero tenemos que planearlo bien, e ir a por todas una vez empecemos. Para que sea así, hay que saber a qué nos enfrentamos, todos, tanto humanos como ilyrios.

—Y eso significaría volver a Edimburgo —dijo Meia—. Aunque Ani y tú seguís siendo unas fugitivas. Eso no ha cambiado.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer? —preguntó Ani—. ¿Seguir huyendo?

—Yo puedo ocultaros —contestó Meia—. A su debido tiempo, podríamos sacaros de Escocia, tal vez fuera del planeta. Puedo manteneros siempre un paso por delante de ellos.

—Pero son nuestras vidas, ¿no? —dijo Syl—. Será como el tiempo que hemos pasado en las Highlands, salvo que se alargará durante toda la eternidad. Nunca dejarán de perseguirnos y eso no es vida.

Se hizo el silencio porque Meia no podía negar la evidencia. Le tocaba hablar a Ani, y lo que dijo le desgarró el corazón a Syl porque había sido Syl la que, para empezar, las había metido a ambas en todo ese embrollo.

—Syl tiene razón —dijo Ani—. Debemos volver. Estoy cansada de escapar.

Paul y Steven gritaron al unísono la misma palabra:

—¡No!

Empezaron las discusiones, pero se vieron interrumpidas por Peris, que le hizo una seña a Meia para que se le acercara. Ella siguió al soldado fuera de la fortaleza, al patio, y se quedaron junto a las puertas en ruinas. A lo lejos, Meia oía el sonido de naves que se aproximaban: deslizadores y lanzaderas. También distinguió el zumbido moribundo de los motores de un crucero perdiendo potencia; ya había aterrizado y no tardaría en descargar tropas. El motor, se fijó, indicaba que se trataba de una nave militar, no del Cuerpo ni de la Securitat. Eso, al menos, no era una mala noticia.

—Lo siento —dijo Peris—. He intentado mantenerlos alejados todo lo que he podido. Y tienes que saberlo: mis órdenes son llevar con sus padres a Syl y a Ani.

—No pasa nada —dijo Meia—. Ellas quieren volver.

Peris adoptó un aire serio.

—También tengo que llevarme a los chicos —dijo.

—Tienen pendiente una condena a muerte.

—Ya no. Con Sedulus y Gradus muertos, el gobernador Andrus ha vuelto a recuperar el control, al menos por el momento, y es previsible que el Cuerpo y la Securitat pierdan su influencia después de todo este caos. El gobernador ya ha abolido la pena de muerte; ha dicho que lo abordará directamente con el Consejo de Gobierno en caso de que éste se oponga. Y el médico que extrajo muestras de ADN de los chicos ha declarado que cree que las mismas muestras se utilizaron para contaminar las pruebas de las explosiones.

—¿Cumpliendo órdenes de quién?

—Dice que de Sedulus, sólo suyas.

—Siempre va bien culpar a los muertos —dijo Meia—. Ha empezado el encubrimiento.

—Es lo más fácil. Pero los chicos siguen siendo culpables de pertenecer a la Resistencia.

—Después de esta matanza y de la muerte de Gradus, el Cuerpo presionará para que los envíen a los Batallones de Castigo.

—Sí.

—Tal vez sobrevivan —dijo Meia, pero pareció poco convencida.

—Sé que hay un túnel oculto en esa sala que acabamos de dejar.

—Para ser un simple soldado, me pareces excepcionalmente sutil —dijo Meia—. Pero sospecho que esos jóvenes también querrán volver. Paul no abandonará a Syl y Steven hará lo que haga su hermano.

Vio que se acercaban los refuerzos, marchando a paso ligero hacia el castillo. Estaban a unos minutos.

—Tendría que haber adivinado que eras una Meca —dijo Peris.

—¿Por qué?

—Nunca te conquisté con mis encantos.

—Conocía tu reputación.

—Y yo la tuya —dijo Peris—. Debería avisarte de que también llegó una segunda orden. Prioridad absoluta, de Vena en persona, que ahora, tras la muerte de Sedulus, es la oficial superior de la Securitat. Se te acusa de traición y asesinato. Si alguien te ve, debe detenerte y has de ser entregada a la Securitat. Si te resistes, debes ser abatida.

Meia se volvió para encararle. Él había colocado el dedo dentro del guardamonte de su rifle de munición explosiva, aunque el arma no la apuntaba.

—¿Eres culpable de los cargos? —preguntó Peris.

—El de traición lo niego, pero sí, he matado.

—¿Por qué?

—Porque aquí intervienen fuerzas que tú no comprendes. Ninguno de nosotros las comprende. Pero la humanidad está en peligro y creo que la especie ilyria también.

—Te lo he dicho antes, soy un simple soldado —dijo Peris—. Me limito a cumplir órdenes.

—En ese caso, ¿qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Cumplir mis órdenes —respondió él. Una levísima sonrisa ablandó sus rasgos—. Pero, si no puedo verte, no puedo detenerte y menos aún abatirte.

—No puedo abandonarlos —dijo Meia—. Tengo que ayudarlos. A todos.

—No podrás si estás muerta. O desmantelada, si lo prefieres.

Meia alzó la mano derecha y acarició el brazo de Peris.

—Esos chicos son importantes —dijo—. El mayor en concreto se ha encariñado de Syl, y ella de él. Habrá quienes intenten hacerle daño a ella haciéndoselo a él, pero el chico también ha visto cosas en el castillo, cosas que, por el momento, no puedo contarte, pero que afectarán al futuro de nuestra especie. Hay que mantenerlos con vida. Haz cuanto puedas por ellos, hasta que yo regrese. Por favor.

—Lo haré.

Peris le dio la espalda. Cuando volvió a mirar, ella había desaparecido.

Cuando Peris regresó a la sala en la fortaleza, Fremd y los supervivientes de la Resistencia ya no estaban allí. Peris suspiró. No sabía muy bien cómo iba a explicar que todas las fuerzas de la Resistencia del castillo hubieran desaparecido delante de sus narices. Sin duda, habría quienes le considerarían no sólo un simple soldado, sino un soldado y un simple.

Aun así, cuatro caras se alzaron hacia él. Syl y Ani habían estado llorando. Y a Peris le pareció que los chicos también habían derramado alguna lágrima. Se habían cogido de las manos, como niños que quisieran resistir juntos el castigo que se avecinaba.

Peris sintió emociones contradictorias, entre ellas, y no la menos intensa,



admiración.

—Es hora de marcharse —dijo.

El mensaje de Peris llegó al Castillo de Edimburgo. Syl y Ani estaban a salvo, pero el mariscal Sedulus había desaparecido y el único securitat superviviente había dado una descripción perturbadora de su posible destino. El gran cónsul, informó Peris, había muerto abrasado vivo durante el asalto de Sedulus al castillo.

Como había comentado Meia, los muertos eran unos estupendos chivos expiatorios.

Los gritos del dolor de Syrene por la pérdida reverberaban como un eco por el castillo. Sus doncellas revoloteaban impotentes a su alrededor como polillas atraídas a la llama de su duelo. Como reacción a la avalancha de emociones, el organismo en su cerebro se ciñó con más fuerza alrededor de su corteza cerebral, y sus chillidos fueron todavía más estridentes.

En el silencio de sus aposentos, Vena se dolía también de la pérdida de Sedulus, pero no lloraba. El fuego de su rabia evaporaba sus lágrimas antes de que le cayeran de los ojos.

*Con mis propios ojos contemplaré cómo es aniquilada hasta la última criatura de la Tierra.*

*Proseguiré la obra de mi amante.*

Syl y Ani fueron enviadas de regreso a Edimburgo en la misma lanzadera que Paul y Steven, todos bajo la atenta mirada de Peris. Los chicos iban esposados, pero las dos ilyrias no. Peris los mantuvo separados para guardar las apariencias, y ellos permanecieron en silencio durante todo el viaje, pero le pareció que el chico mayor en ningún momento dejó de mirar a la hija del gobernador, y la joven ilyria tampoco le quitó ojo.

Al aterrizar, Peris abrió la puerta de la lanzadera y se asomó. Vio un pelotón militar a la derecha y una hilera de miembros del Cuerpo y de la Securitat a la izquierda. Por el momento, la balanza se inclinaba hacia los que estaban a la derecha, pero el equilibrio volvería a cambiar. El juego no se interrumpía nunca y los cuatro jóvenes no eran más que unos peones sobre el tablero.

Un pelotón de cuatro militares se acercó, listo para hacerse cargo de los prisioneros. Alzando la mano, Peris les ordenó que esperaran. Se volvió hacia los ocupantes de la lanzadera y, con un gesto brusco de la cabeza, les quitó las esposas a los humanos. Con incomodidad, observó cómo Paul abrazaba a Syl y cómo se besaban con desesperación, con ansia. Confundida, Ani también le dio un abrazo a Steven, y una torpe palmada en la espalda. Por la expresión que se le quedó, estaba claro que Steven habría querido algo más, pero Ani no tenía nada más que darle.

—Lo siento —dijo Peris—, lo siento de verdad.

Se separaron y Peris esposó a los chicos una vez más. Los miembros del equipo de asalto rodearon a los prisioneros para salir de la lanzadera. Paul y Steven sintieron el odio que despertaban entre los securitats. Sus colegas en Escocia habían sido diezmados durante los días anteriores, y habían perdido a quien era su superior en la Tierra. Esos dos chicos eran los únicos a los que podían culpar. Si de ellos dependiera, los habrían ejecutado en la plaza misma.

A los hermanos los trasladaron a un par de celdas militares, confortables pero seguras, donde tendrían que aguardar su destino. A Syl y a Ani las llevaron al despacho del gobernador. Por las cabezas de ambas pasaban pensamientos similares: estar encerrada en una celda era casi preferible a la tormenta que estaba a punto de caerles encima.

Balen se hallaba sentado en su sitio de siempre. Se levantó de la silla cuando las jóvenes ilyrias entraron en la sala. Le pareció que estaban sucias y cansadas.

Y mayores. Éstas no eran las mismas chicas que habían dejado el castillo hacía

sólo unos días. Habían pasado una prueba de fuego y la experiencia las había cambiado. Balen ya no tenía delante a unas adolescentes aniñadas sino a unas adultas jóvenes.

—Bienvenidas de vuelta —los saludó.

—¿En serio? —preguntó Syl.

—Aquí siempre seréis bienvenidas —respondió Balen—. Las dos. Recordadlo en las horas y días venideros.

Syl intentó sonreírle, pero no pudo. Al estar ahí de vuelta fue consciente de todo lo que había sacrificado, y de todo lo que tal vez todavía tendría que sacrificar. Pasara lo que pasase, nada volvería a ser como antes.

La puerta se abrió. Dentro estaban sentados Danis y su esposa, Fian. En cuanto hicieron pasar a las chicas, Fian corrió hacia su hija y la abrazó, aunque su marido intentó retenerla. Andrus estaba de pie, detrás de su mesa, con el rostro serio. No se acercó a Syl. Sólo cuando se cerró la puerta a sus espaldas Syl vio por qué.

Syrene esperaba en un rincón de la sala. Había cambiado sus túnicas rojas de la Hermandad por las azules oscuras del atuendo de viuda. Llevaba la cara descubierta y estaba tan pálida que los tatuajes de la Hermandad parecían heridas sobre su piel.

—Fian —dijo Andrus, y en su voz resonó un tono de advertencia. A regañadientes, Fian aflojó el abrazo a su hija y volvió a su silla.

Andrus miró a las dos ilyrias. Las amaba a ambas, a su hija y a la que casi lo era. Ya habría tiempo más adelante para abrazar a Syl y decirle lo mucho que la quería y lo que se alegraba de su regreso sana y salva.

Habría tiempo, pero sólo un poco.

Por el momento, Syrene llenaba la sala con los filos mellados y cortantes de su duelo. El dolor de la Archimaga era un arma a la espera de ser usada. Si no se andaban con cuidado, los destrozaría a todos.

—¿Estáis ilesas? —preguntó Andrus.

Syl y Ani asintieron aturdidas.

—Bien —dijo él, e intentó que en esa única sílaba resonara todo lo que no podía ser pronunciado—. Ahora quiero que le contéis a la Archimaga lo que sepáis de su marido. Tiene derecho a saber cómo murió.

Andrus y Danis habían llegado a ese acuerdo con Syrene. No podían negárselo. Ella quería estar presente cuando llevaron a las chicas ante sus padres. Quería que no hubiera secretos. Quería que se lo contaran todo.

Syl y Ani habían preparado su historia. Peris las había instruido mientras los chicos escuchaban. Fuego desde el transporte de tropas; depósitos de combustible dañados; una fuga de carburante.

Llamas.

Intentando descubrir si era mentira, Syrene las sondeó, tanto abiertamente con sus preguntas como subrepticamente con su mente. Ellas notaron su intromisión como un escozor en sus cráneos, un insecto que reptara por sus cerebros, pero Balen tenía

razón: las jóvenes habían cambiado, y el dominio que tenían de sus dones estaba afinándose. Tal vez los de Syl, aunque nunca reconocidos, eran mayores, porque el sondeo que le hizo Syrene no delató el menor signo de sus capacidades, mientras que el cerebro de Ani se crispó como un músculo estimulado. Ellas, a su vez, percibieron el dolor y la furia de Syrene. Su rabia estaba buscando una válvula de escape. Una parte de Syrene deseaba verlas abrasadas a ambas, quemadas como su marido.

Cuando acabó, se volvió hacia Andrus.

—Están mintiendo —dijo.

Syl abrió la boca para protestar, pero su padre levantó un dedo como advertencia y ella guardó silencio.

—Yo no he oído ninguna mentira —replicó Andrus—. Su historia coincide con la de Peris, y él es un hombre honorable.

—Él es uno de sus lacayos —dijo Syrene—. No me fío de él ni de ellas. Ni de usted, Lord Andrus. Tengo entendido que ha amparado a una Meca en su equipo.

La expresión de la cara de Andrus se mantuvo imperturbable.

—Desconocía su verdadera naturaleza.

—No le creo. Y aunque le creyera, no me importaría. Es una renegada y una asesina. La encontraremos y la aniquilaremos.

—Como sea —dijo Andrus—, pero he solicitado más información a la Securitat sobre los delitos de los que se la acusa y no me han dado ninguna respuesta. Dicho lo cual, además tenemos razones para creer que los atentados de Edimburgo pudieron ser obra de disidentes ilyrios, posiblemente del propio Cuerpo.

Sabía que Syrene se había metido en un terreno pantanoso. Hablar de los crímenes de Meia implicaba hablar de Eden, y Syrene no quería ni tocar el tema. Tampoco le apetecía sacar a la luz los atentados en la Milla Real. A Andrus le hubiera gustado que Meia hubiera informado de sus hallazgos antes de desaparecer.

—Nada de esto ayuda a vengar a mi marido, ni alivia mi dolor por su pérdida —dijo Syrene.

—No sé qué más podemos hacer —repuso Andrus—. Los restos de su marido los están trayendo de vuelta a Edimburgo. Su muerte es un golpe para todos. Llevaremos luto con usted.

—¡No quiero vuestro luto! —El cuerpo de Syrene se retorció de rabia. Escupió baba y se salpicó sus labios rosas y su vestido azul. Inspiró hondo para calmarse. Repitió las palabras, esta vez con más tranquilidad—. No quiero vuestro luto.

—¿Y qué quiere?

—Un castigo que se ajuste al crimen. Sus hijas son culpables de traición. Ayudaron a los humanos a escapar.

—Los chicos eran inocentes.

—Tal vez, pero sólo de los atentados. Son miembros de la Resistencia. Han matado a ilyrios. Sus hijas se confabularon con ellos.

—Hicieron una tontería. Son jóvenes.

—No tan jóvenes. Si no hubieran hecho lo que hicieron, mi marido todavía estaría vivo. Invoco la Voluntad de la Viuda.

La tensión en la sala se disparó. La Voluntad de la Viuda se utilizaba muy raramente en los últimos tiempos. Era una reliquia del pasado, cuando las mujeres ilyrias tenían menos poder y su patrimonio y bienestar dependía de sus maridos. Un delito contra el marido era considerado un delito contra la esposa, y el asesinato del marido era el peor de todos. Antes de la supresión de la pena de muerte en Ilyr, la Voluntad de la Viuda permitía que una mujer decidiera si los responsables de la muerte de su marido eran encarcelados o ejecutados. En los últimos años se había podido utilizar para aumentar o reducir la gravedad de la pena impuesta, pero era básicamente una herramienta de la que se valían los pobres y raramente recurrían a ella los privilegiados. Sin embargo, seguía consagrada en la ley y no podía ignorarse.

—¿Y cuál es tu voluntad?

—Que la decisión definitiva de mi marido sobre la suerte de estas dos traidoras ilyrias siga en vigor.

Syrene sacó una nota del bolsillo de su vestido. Con cuidado, la desdobló y se la entregó a Andrus. Éste la leyó en silencio. Cuando acabó, parte de su confianza se había desvanecido.

—Los Batallones de Castigo —dijo, y vio que Danis se tensaba en la silla al oír sus palabras.

Syl vaciló sobre sus pies. Eso era una sentencia de muerte.

—Todavía no han sido juzgadas.

—Entonces, que lo sean. Las pruebas contra ellas son abrumadoras. Era la sentencia propuesta por mi marido, y también por mí. Ningún tribunal se opondrá. Si intenta privarme de ese derecho, si intenta sacar a estas hijas de Ilyr de aquí y ocultarlas, abatiré sobre ustedes toda la ira de la Hermandad y del Cuerpo. Habrá guerra civil, se lo garantizo.

Fian se levantó. Parecía a punto de saltar sobre Syrene para asesinarla, pero Danis agarró con fuerza a su mujer.

—En ese caso, que haya guerra —dijo él—. No voy a condenar a estas niñas a los Batallones.

—Se lo advierto... —amenazó Syrene.

—Esperen —dijo Syl—, esperen.

Y aunque pronunció la palabra en voz baja, muy baja, había algo en su voz, en su certidumbre, que los hizo callar a todos.

—Queremos ofrecernos a la Hermandad —dijo.

—¿Qué? —gritó Andrus—. ¡No! ¡No lo permitiré!

Entonces Danis empezó a chillar y su mujer rompió a llorar.

Syl miró a Ani, y Ani comprendió. Tragó saliva antes de decir nada, pero cuando por fin habló, lo hizo con casi tanta seguridad como Syl:

—Queremos ofrecernos a la Hermandad —dijo, y añadió, para que sólo la oyera

Syl—: me parece.

El griterío cesó. La sala quedó en silencio. Si la Voluntad de la Viuda era una ley antigua, raramente invocada, el compromiso con la Hermandad era más antiguo todavía, e incluso más grave. No podía ser rechazado, ni por la familia de la que se comprometía ni por la propia Hermandad. Si la novicia no demostraba estar a la altura, podía buscarse una solución, pero a cualquier ilyria que estuviera dispuesta a ofrecerse como Nairene tenía que concedérsele un sitio en la Marca.

—Acepto —dijo Syrene. De su rostro había desaparecido todo el dolor. En su lugar había aparecido una expresión de triunfo.

Y, en esa palabra de Syrene, Syl oyó el ruido de una trampa que se cierra de golpe.

En la sala reinaba la consternación. Los gritos incluso levantaron a Balen de su mesa e hicieron que un par de guardias del gobernador acudieran corriendo con las armas preparadas. Andrus los despachó asegurándoles que se encontraba a salvo, y la enconada discusión prosiguió. Pero todo era inútil. Incluso en su dolor, Syrene los había manipulado con habilidad. Tenía a Ani, cuyos poderes creía poder utilizar en provecho de la Hermandad, y había vengado a la propia Hermandad por la pérdida de Lady Oriane ante su marido, Andrus. Si no pudieron poseer a la madre, ahora poseerían a la hija.

Pero Syl tenía sus secretos. Mientras la discusión proseguía violenta a su alrededor, vio otra vez la silueta recortada de un hombre sobre el fondo de un amanecer de las Highlands, con una bayoneta hundida hasta el fondo del pecho. Syrene no era la única que podía jugar juegos perversos.

—¿Y qué será de Paul y Steven? —preguntó Syl, cuya voz volvió a silenciar a los adultos—. Nos ayudaron después del accidente. Nos mantuvieron a salvo.

—Porque les interesaba para sus propios fines —respondió Syrene, y su tono dejó claro que estaba al tanto de los sentimientos que habían aparecido entre los humanos y las jóvenes ilyrias.

—Nos mantuvieron a salvo —repitió Syl, y clavó la mirada en Syrene durante tanto tiempo que fue la hermana de Nairene la que tuvo que apartar la suya primero.

—Traedlos aquí —ordenó Andrus.

Agradeció la distracción. Le daría tiempo para pensar. No quería dejar a su hija en manos de la Hermandad. Quería que permaneciera cerca de él. Tenía que haber alguna forma.

Por fin aparecieron Paul y Steven, acompañados de Peris. Ya no llevaban su ropa, sino que les habían dado unos monos carcelarios grises. A Steven le quedaba demasiado grande y había tenido que arremangarse los puños. Eso le hacía parecer muy pequeño, y muy joven. Los dos chicos apenas miraron a Syl y a Ani. Al principio, a Syl le dolió, hasta que comprendió que no querían hacer nada que pudiera suponer más problemas para las ilyrias desvelando sus sentimientos.

Demasiado tarde, pensó Syl. Syrene lo sabía, y creía que hasta su padre podía albergar también algunas sospechas. Lord Andrus miraba a Paul como si no se fiara un pelo de él. Syrene ya no parecía triunfante, sino sólo vengativa. Estos chicos eran parte del grupo que había apresado a su marido. Si no lo hubieran capturado, él



seguiría con vida.

Quería sus cabezas.

Andrus se levantó. Su corpulencia se alzó imponente sobre los chicos.

—Parece que vosotros no fuisteis los responsables de los atentados de la Milla Real —dijo.

Paul y Steven se miraron. La esperanza brilló fugazmente en sus ojos, pero las siguientes palabras de Andrus la apagaron de inmediato.

—Sin embargo, sois culpables de ser miembros de la Resistencia, y del asesinato de ilyrios.

—No hemos asesinado a nadie —dijo Paul—. Luchamos. Somos soldados.

—¡Sois terroristas! —estalló Syrene.

—¡Callaos! —dijo Andrus—, todos.

Antes de seguir, esperó a cerciorarse de que le prestaban atención. ¿Dónde estaba Meia?, se preguntaba. Quería consultar con ella. Él había conspirado con ella para que su hija y Ani acabaran en manos de la Resistencia e impedir que la llevaran a los mundos exteriores. Ahora se veía obligado a castigar a estos dos chicos básicamente por haber cumplido su propia voluntad.

—La sentencia para los culpables de participar en acciones de la Resistencia es el exilio de por vida en los Batallones de Castigo —dijo—. Dada vuestra edad, conmuto la sentencia a cinco años.

Paul y Steven parecieron conmocionados. Cinco años en los Batallones de Castigo seguían siendo prácticamente una condena a muerte. Había una remota posibilidad de que Paul sobreviviera, si era lo bastante fuerte y afortunado, pero Steven no lo conseguiría. Era demasiado joven. El hambre y la brutalidad le matarían en unos meses.

—No —dijo Syl en voz baja—, eso no.

La sentencia que habían eludido Ani y ella había recaído sobre los Kerr. Ani cogió la mano de Syl y la estrujó con todas sus fuerzas.

Entonces Peris se adelantó.

—Si me permite hablar, Lord Andrus.

Andrus asintió.

—En modo alguno justifico las actividades de estos dos jóvenes —sentenció Peris—. Son miembros de la Resistencia y han combatido contra los ilyrios en Dundearg. Pero creo que estaban protegiendo a su hija y a la hija del general Danis, así como a las mujeres y los niños refugiados en el castillo. El mariscal Sedulus, en su deseo de rescatar al gran cónsul, recurrió al uso de una fuerza excesiva y fue responsable de la matanza de civiles humanos, de poner en peligro la seguridad tanto de ilyrios como de humanos, y de introducir formas de vida hostiles en un entorno protegido.

»Si yo hubiera estado en la piel de estos chicos —concluyó Peris—, también me habría enfrentado al mariscal Sedulus.

—¿Tiene alguna propuesta alternativa de castigo? —preguntó Andrus y su voz

delató la esperanza de que la tuviera.

—Son valientes, y fuertes —dijo Peris—. Podrían ser útiles para el Imperio. Si los envía a los Batallones de Castigo, morirán. Pero si los destina a las Brigadas...

Las Brigadas eran distintas. Allí era adonde mandaban a los jóvenes humanos reclutados a la fuerza, apenas una décima parte, y los que servían en ellas eran bien tratados. Los alimentaban como era debido y recibían la mejor instrucción. Eran soldados, no presos. Seguía siendo peligroso, pero las tasas de supervivencia multiplicaban varias veces las de los Batallones.

—No es lo habitual —dijo Andrus—. Podría incluso ser peligroso destinar a miembros de la Resistencia a las Brigadas. Podrían sembrar el descontento.

—Responderé por ellos —dijo Peris—. Les instruiré personalmente. Y personalmente abortaré cualquier tentativa de fomentar la rebelión.

Andrus y Danis no ocultaron su sorpresa. Lo que Peris proponía implicaba que él mismo abandonaría su cómodo destino en la guardia personal del gobernador y volvería a ser un militar activo. Un destino en la guardia se consideraba una merecida recompensa a un servicio leal. Nadie pasaba de la guardia a las Brigadas. El movimiento era siempre en la otra dirección.

—¿Está seguro de que eso es lo que quiere? —preguntó Danis. Peris y él habían servido juntos mucho tiempo, y el capitán era uno de sus compañeros de armas más estimados.

—Sí, general —contestó Peris—. Soy un soldado normal y el lugar de un soldado no está en los palacios lujosos sino sobre el terreno.

—Me opongo... —empezó Syrene, pero Andrus la hizo callar.

—Se toma nota de su oposición, pero la decisión es firme. Los presos se unirán a las Brigadas, y el capitán Peris se hará responsable de ellos. Que así sea. Capitán, prepárese para la partida.

Peris hizo el saludo militar y se llevaron a los chicos. Esta vez, Paul se aventuró a lanzar una mirada hacia Syl y ella acertó a esbozar una leve sonrisa. Como respuesta, él le guiñó el ojo.

Después de todo, había esperanza, aunque poca.

Una vez se fueron, Danis y su mujer pidieron permiso para pasar un rato a solas con su hija, porque ahora ella pertenecía a la Hermandad. Syrene se lo concedió, aunque insistió en que hubiera personal del Cuerpo delante de los aposentos de Danis para asegurarse de que no se les pasaría por la cabeza intentar sacar a Ani del castillo.

—Y nada de trucos —advirtió a Ani en un susurro mientras ésta se dirigía ya tras sus padres—. Si me enfadas, destruiré a tu padre y a tu madre.

Ani salió con la cabeza muy baja.

Y así se quedaron solos Syl, Andrus y Syrene.

—¿Puedo pedir la misma comprensión? —preguntó Andrus.

—Puede —dijo Syrene—, aunque primero quisiera quedarme a solas un momento con usted.

A Andrus no pareció hacerle especial gracia la perspectiva, pero no tenía mucha opción. Le pidió a Syl que saliera, cosa que ésta hizo. Syl se sentó enfrente de Balen, pero no habló. Pensó en su conversación con Meia y Fremd, y en la advertencia de que no contara nada de lo que había ocurrido durante los últimos instantes de vida de Gradus. Pero tenía que decirle algo a su padre. Era un hombre inteligente y cauteloso. Él sabría qué hacer.

Andrus estaba delante de Syrene. Ahora la odiaba y no hizo nada para disimularlo. En el pasado la había considerado un enemigo potencialmente peligroso, pero que podía ser manejado y contenido. La situación había cambiado. Ella tenía a su hija, y a Ani. Pero ya buscaría la forma de traerlas de vuelta, aunque tuviera que librar una guerra para ello.

—Diga lo que tenga que decir —pidió—, y luego márchese. Me duele cada momento que paso lejos de mi hija.

—Estará bien cuidada —dijo Syrene—. Será una excelente incorporación a la Hermandad.

«No por mucho tiempo», pensó Andrus. «La Marca no me la arrebatará».

Syrene dio un paso hacia él. Le puso la mano en la manga.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Andrus.

—Un beso —dijo Syrene—. Un beso para una viuda afligida por el duelo.

Andrus se rió.

—Antes besaría a una serpiente.

Los tatuajes de la cara de Syrene adquirieron un color más vívido, y Andrus, por un instante, creyó que los veía moverse, retorcerse como serpientes. Miró a los ojos de Syrene, y las motas de sus iris brillaron como la luz de remotas estrellas muertas. Intentó apartarse, pero no pudo. La boca de la Archimaga se clavó en la suya. Sintió que algo tanteaba sus labios, separándose. Al principio creyó que era la lengua de Syrene, pero entonces empezó a dividirse y sintió unos zarcillos dentro de la boca, explorando su paladar y encías, moviéndose imparables hacia su garganta. Intentó apartarse, pero más zarcillos salieron de las mandíbulas de Syrene y se enroscaron en la cabeza de Andrus, sujetándolo.

La espalda de Syrene se arqueó. Ella exhaló con fuerza dentro de él y la boca de Andrus se llenó de polvo.

La puerta de la oficina del gobernador se abrió y salió Syrene. Apenas miró a Syl mientras se bajaba el velo ocultando su rostro.

—Ve con tu padre —dijo—. Despedíos porque nos vamos esta noche.

Syl entró en la sala. Su padre estaba sentado a la mesa. Parecía aturdido, pero sonrió al verla aparecer.

—Tengo que hablar contigo —dijo Syl—. Tengo que contarte algo importante.

—Syl —dijo él. Se levantó y tendió los brazos hacia ella. Syl fue hacia él, que la abrazó con fuerza—. Syl —repitió—. Todo va a ir bien. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella alzó la mirada hacia su padre. El aliento le olía fuerte y picante, pero también empalagoso, como el aire viciado de Dundearg cuando Gradus empezó a transformarse.

Y entonces ella lo supo.

—¿Qué querías decirme? —preguntó Andrus.

Syl se echó a llorar. Intentó contener las lágrimas, pero no pudo. Abrazó a su padre y enterró la cabeza en su pecho. Lloró sin parar hasta que no le quedaron lágrimas que derramar, hasta que la garganta se le irritó y el cuerpo le dolía. Se apartó de él y supo que nunca jamás le permitiría abrazarla de ese modo.

—Sólo que te quiero —dijo—. Y que siempre te querré, pase lo que pase.

Dicho lo cual lo dejó y fue a su habitación a recoger sus pertenencias.

Paul y Steven iban sentados uno al lado del otro en la lanzadera militar. A su alrededor había otros chicos y chicas, la mayoría de ellos reclutas forzosos del servicio ilyrio. Tenían tanto de rehenes como de reclutas, y la mayoría parecían asustados. Pero había otros que se habían incorporado voluntariamente, anhelando dejar atrás sus vidas en la Tierra. Los que se conocían, reían y bromeaban o hablaban en voz demasiado alta sobre lo curtidos y duros que eran para impresionar a los demás, pero a Paul no le costaba detectar la tensión oculta tras las fanfarronadas.

La madre de Paul y Steven los había visitado ese mismo día. Despedirse de ella fue lo más difícil que habían hecho ambos chicos en su vida. La separación había afectado profundamente a Steven, que desde entonces apenas hablaba y se había retraído. Paul no se sentía mucho mejor, pero ponía buena cara para animar a su hermano.

En el fondo de la lanzadera iba sentado un Peris transformado. Vestía de verde militar, y recuperar su antiguo uniforme parecía haberle cambiado. Ya no era el guardia del castillo un tanto blando de antes; se había desprendido por completo de esa identidad. Ahora tenía un aspecto más relajado y más amenazador a la vez, como si ésta fuera su verdadera vocación —instruir, combatir— y se sintiera cómodo en su nueva piel. Vio que Paul le miraba, y le hizo un único y rápido gesto de asentimiento con la cabeza.

Paul apartó la mirada. Por razones que él sabría, Peris se había ofrecido para instruirles, y Paul no tenía claro cómo tomárselo, ni siquiera si podía fiarse del todo del curtido soldado. Su instinto le decía que sí, pero el combatiente de la Resistencia que llevaba dentro le decía que no. Llegaría un momento en que quizá debería volverse contra Peris, porque Paul tenía la intención de volver a la Tierra, a su Tierra, y liberarla de los ilyrios.

De los ilyrios y de los Otros. Los verdaderos alienígenas.

Pensó en Syl. Sus dedos se crisparon en los reposabrazos de su asiento. La separación era sólo temporal. No pensaba dejarla en manos de la Hermandad. Ellos habían nacido para estar juntos.

Steven le sacó de sus pensamientos cuando habló:

—¿Qué va a pasarnos, Paul? —preguntó. Su voz sonó muy baja, y frágil.

—Vamos a convertirnos en soldados —susurró Paul—. Aprenderemos cómo usar las armas, y tácticas, el arte de la guerra.

—¿Y luego?

—Aprovecharemos lo que hayamos aprendido y lo utilizaremos para combatir a los ilyrios —dijo—. Vamos a luchar, y vamos a vencer...

En un oscuro sótano de Glasgow, lejos de miradas curiosas, Meia se sentó delante de un espejo y rezó. Ya no podía seguir siendo quien era, no si iba a ayudar a Syl y a Ani a descubrir la verdad sobre los Otros. Se había inyectado un anestésico, pero lo que iba a pasar sería inmensamente doloroso, tanto física como psicológicamente. Intentó decirse que no importaba, que lo que contaba era lo que había dentro de ella.

Lo que importaba era su alma.

Cogió el bisturí de la bandeja, situó el filo junto a su ojo derecho y empezó a rajarse poco a poco la cara.

La estilizada lanzadera de la Hermandad atravesó la atmosfera de la Tierra con una sacudida y entró en la inmensidad del espacio. Syl y Ani miraban fijamente la luz de las estrellas y las luces entre ellas, y vieron cómo una mota luminosa se iba haciendo cada vez mayor hasta que los contornos y dimensiones distintivos de la gran nave quedaron a la vista. Era el *Balaron*, recién llegado a través del agujero de gusano, que las esperaba para llevarlas a la Marca.

Syl y Ani vestían las túnicas amarillas de las novicias. Todas sus pertenencias, que con tanto cuidado habían recogido, se las habían quitado siguiendo órdenes de Syrene, y estaban seguras de que no volverían a verlas. Syl se las había apañado para encontrar un momento y contarle en voz baja a Ani sus sospechas sobre su padre, aunque Ani parecía no albergar el mismo temor con respecto a Danis. Si bien, como habían acordado, tampoco le había contado nada.

Entre la sucesión de horrores del día de la partida sólo hubo una chispa de bondad, una razón para que no se sintieran completamente solas: Althea había regresado, y de la misma forma que Peris se había ofrecido para acoger a Paul y a Steven bajo su protección, Althea había anunciado que allá adonde fuera Syl iría ella también. Syrene no se opuso. ¿Por qué iba a oponerse a que la desvalida y lastimosa aya de Syl la acompañara? En cualquier caso, no era raro que las novicias más acaudaladas llevaran consigo una doncella a la Marca, y a menudo su presencia hacía que la transición a la vida de la Hermandad resultara menos traumática para todos. Pero Syl le había hecho un último encargo a Althea en la Tierra antes de partir, porque Ani le había contado todo sobre el papel que había desempeñado en su huida del castillo.

—¿Puedes enviar un mensaje a la Resistencia? —había preguntado Syl mientras Althea le ayudaba a hacer la bolsa con sus cosas.

—Sí —susurró Althea—, si me lo das ahora.

—Diles que se pongan en contacto con Meia —dijo Syl—. Que la avisen de que no se fíe de mi padre.

Y Althea, con reticencias, había pasado el mensaje, aunque no entendiera su sentido.

Ahora se inclinó por el pasillo, y juntas, ella, Syl y Ani, contemplaron la inmensidad del *Balaron*.

Syrene estaba sentada en la proa de la lanzadera, ya había sustituido el atuendo de



viuda por las túnicas rojas de la Hermandad. La Archimaga no se había movido ni hablado durante el viaje. Ani se había aventurado a echarle una mirada y les había dicho a las demás que Syrene estaba meditando, aunque ella misma lo habría denominado «comunicándose».

«Medita todo lo que quieras», pensó Syl. «Crees que has vencido, pero esto no ha sido más que la primera batalla. Del mismo modo que una infección se ha propagado entre los ilyrios, igual que una desconocida amenaza se ha fijado a la columna vertebral colectiva de mi raza, también la Hermandad está a punto de ser infectada por un enemigo secreto.

»Ese enemigo soy yo».

## Agradecimientos

Los autores quieren manifestar su agradecimiento a Jane Morpeth, Frankie Gray y a todos los de Headline; a Emily Bestler, Judith Curr, Megan Reid, David Brown y el personal de Emily Bestler Books/Atria Books, y a nuestra agente Darley Anderson y su equipo, en especial a Jill Bentley.

*Physics of the Future*, de Michio Kaku (Doubleday, 2011) [*La física del futuro*, Debate, 2011], y *The Singularity Is Near*, de Ray Kurzweil (Viking Penguin, 2006) [*La Singularidad está cerca*, Lola Books, 2012], fueron dos de los libros que nos resultaron especialmente útiles y estimulantes durante la investigación y escritura de esta novela.



JOHN CONNOLLY (Dublín, Irlanda, 1968). Estudió filología inglesa en el Trinity College y periodismo en la Dublin City University. Colabora regularmente con el *Irish Times* y reside en Dublín, pero pasa parte del año en Estados Unidos, donde se desarrollan sus obras.

Es autor de la novela *Malvados* —un thriller con tintes sobrenaturales que la crítica ha asociado con las novelas de Stephen King y las películas de Quentin Tarantino—, del volumen de relatos de terror *Nocturnos* y de la serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Charlie Parker.



JENNIFER RIDYARD. Nació en Inglaterra y creció en Sudáfrica, donde trabajó como periodista durante muchos años. En 2004 se trasladó a Irlanda, pero pasa mucho tiempo en Sudáfrica.

*Conquista e Imperio* son sus dos primeras publicaciones y pertenecen a la serie «Las Crónicas de los Invasores».

Tiene dos hijos y además de escribir, lee, recicla, trata de pintar, no come carne y disfruta de largos paseos.